

RUTH LILLEGRAVEN

EN EL FIORDO PROFUNDO



MAEVA | NOIR

EN EL FIORDO PROFUNDO

ESCUCHA EL SILENCIO DEL FIORDO

RUTH LILLEGRAVEN



MAEVA

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Ruth Lillegraven, 2019

© de la traducción, Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

© de la cubierta, OPALWORKS sobre imagen de Shutterstock

© Maeva Ediciones, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417708511

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

Todo es cercano, todo es lejano.
Todo le ha sido prestado al hombre.

Todo me pertenece, y todo me será arrebatado.
Pronto todo me será arrebatado.
Los árboles, las nubes, la tierra sobre la que camino.

Pär Lagerkvist,
Es el crepúsculo lo más hermoso (fragmento)

PRÓLOGO

CLARA

1988

—EL ESTRUENDO QUE provocó el coche al caer al agua fue tan fuerte que me sorprendí cuando abrí los ojos y vi que seguíamos vivos. A pesar de que nunca he viajado en avión, pienso que debe de ser igual cuando se estrella. Uno o dos segundos después de alcanzar la superficie, todo quedó en completo silencio y pensé que lo lograríamos, que el coche saldría a flote como si fuera un barco hasta que apareciese alguien para salvarnos. Pero entonces el agua empezó a filtrarse por las rejillas de ventilación y por todas las ranuras, y comprendí que nadie llegaría a tiempo para rescatarnos.

»Ay, perdón, iba a empezar por el principio... Veamos; era miércoles y nuestro profesor de conocimientos domésticos se había puesto enfermo, por lo que acabamos las clases antes de lo habitual. Yo podría haberme ido a casa de papá, pues es allí donde vivo, pero Magne, mi padrastro, me había dicho que, si quería, podíamos ir un día al hospital para visitar a mamá; la habían operado de alguna cosa de esas de mujeres. Pensé que era un buen momento, ya que nos habían dado el resto del día libre, así que subí a la granja donde viven Magne y mamá.

Magne parecía contento de verme. Nos montamos en el coche, bajamos la empinada cuesta de gravilla de la granja y, una vez en la carretera principal, giramos en dirección al hospital. Cuando nos acercábamos a Stora-Gravjet, el sol brillaba con mucha intensidad y nos cegó.

»Sí, esto es un poco difícil de recordar, todo pasó muy deprisa.

»En un segundo tomamos una curva y al siguiente nos precipitamos por

el arcén. Seguro que nos desviamos más de lo debido y giramos a demasiada velocidad; en realidad, antes de alcanzar el agua solo me dio tiempo a chillar. Magne me desabrochó el cinturón de seguridad y me gritó que tenía que bajar la ventanilla y salir por ella. Pensé que él haría lo mismo, pero cuando me giré, seguía en el asiento, rígido y con la mirada al frente, y yo no entendía por qué. Una vez fuera, intenté abrir mi puerta, pero no fui capaz; era como si tuviese el seguro puesto. Después rodeé el coche nadando, lo que me llevó algún tiempo. Había empezado a hundirse, yo tiraba con todas mis fuerzas de la puerta de Magne, pero estaba bloqueada por completo; golpeé la ventanilla, intentando establecer contacto, pero él permanecía ahí, sin moverse, y el coche iba sumergiéndose cada vez más. Al final tuve que nadar hacia la superficie.

»El agua estaba mucho más fría de lo que esperaba, tanto que me quedé entumecida y a duras penas logré llegar a la orilla. Una vez allí, me senté sobre una piedra, temblando y sollozando. En realidad no creo en Dios, pero tampoco se puede saber a ciencia cierta, ¿no?, de modo que recé un poco. Pero Magne no apareció y al final entendí que no lo haría, que jamás volvería a verlo... Ay, lo siento, no quería llorar, pero es horrible pensar que él me ayudó y que yo dejé que se hundiera hasta desaparecer en las profundidades. Pobre mamá y pobre Magne.

—Gracias, Clara —dice el agente de policía y hace un gesto con la cabeza hacia el refresco y el bollo que hay sobre la mesa; quiere que coma algo, pero me entran náuseas solo de ver el trémulo y amarillento glaseado de huevo.

El agente es bastante amable, pero me pregunto si es uno de los que no lo entienden, de los que no van a entenderlo.

A través de la ventana veo a gente aparcando para ir a la consulta del médico, que está pegada a las dependencias de la Policía, donde nosotros estamos.

Al otro lado de la calle veo el supermercado, el colegio y la residencia de ancianos. Alrededor se yerguen las montañas, que nos protegen o nos encierran.

Detrás está el fiordo.

—El resto de la historia lo conozco —dice él—. No debes tener mala conciencia, fuiste muy valiente al salir del coche e intentar salvar a Magne. Ahora lo importante es que estás viva y que vas a estar bien.

PRIMERA PARTE

1

HAAVARD

«HAGAS LO QUE hagas, no te divorcies.»

Un amigo divorciado me lo había advertido la noche anterior, tomando una cerveza, con la Premier League de fondo. «Un divorcio resulta caro de la leche —dijo—. Te deja desplumado. Imagínate la peor situación económica posible y multiplícala por dos. ¡No, por tres! Eso es lo que cuesta un divorcio.»

Bueno, yo resisto, aguanto el tirón.

La puerta de la terraza se cierra de un portazo; es la manera pasivo-agresiva que tiene Clara de despertarme. A través de las ondeantes cortinas blancas del dormitorio, atisbo levemente su alta y esbelta figura en la terraza.

Clara es un animal de costumbres, le encanta quedarse así uno o dos minutos por la mañana, en la misma postura estilo *Titanic* que adopta cuando cogemos un ferri en la zona oeste del país.

En los últimos días, el calor ha ido acumulándose y vibra casi ferozmente en el aire; es algo inusual después de un largo y duro invierno y una primavera que simplemente no llegó. En el colegio de los niños, en la calle, en la tienda, por todas partes, la gente habla del invierno que acaba de pasar, de la primavera que no hemos tenido, de lo insólito de este precipitado calor africano.

Yo, por mi parte, lo disfruto. Si Clara consigue llevar a buen puerto el proyecto de ley, tal vez podamos hacer una escapada a Kilsund; mis padres se hacen mayores y alguien tiene que preparar la cabaña para el verano.

—Tienes que levantarte —dice cuando vuelve a entrar—. Si no, llegaréis

tarde al colegio.

Esta semana nos toca acompañar a los niños del vecindario al colegio y me he comprometido a hacerlo.

Noto un nauseabundo regusto a cerveza en la garganta. Anoche tomé un par de más; al parecer ya no tengo aguante.

Mantengo los ojos cerrados, finjo estar dormido todavía. A Clara siempre le ha irritado que no sea tan madrugador como ella, pero eso no quiere decir que no sea capaz de levantarme y llevar a los niños al colegio; soy yo el que lo hace la mayoría de las veces.

—¿Haavard? —dice y me da un rodillazo en el muslo; de hecho, me hace daño.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunto irascible—. ¿Estás maltratándome?

Ella suspira.

—Tengo una reunión importante a las ocho y tengo que irme enseguida.

—A mí me toca guardia toda la noche —mascullo.

—No eres el único que salva vidas —objeta ella.

Me incorporo, saco las piernas de la cama y bostezo.

—¿Han desayunado los niños?

—Están en ello.

Ahora se dirige al cuarto de baño, que considera suyo en exclusiva, para adoptar su pose de ministerio. Me entran ganas de fastidiarla, así que me incorporo de un salto y la adelanto corriendo. Sin cerrar la puerta, levanto la tapa del inodoro y empiezo a orinar salpicando ruidosamente contra la taza.

Ni una palabra por su parte, se queda esperando fuera.

¿Por qué diablos tiene que quedarse aquí dando vueltas, cuando se supone que ya tendría que haberse marchado, e insistir en que yo tengo que darme prisa? ¿Por qué tiene que controlarme y estar encima de mí como si yo no estuviese acostumbrado a estar solo con los niños, cuando es ella la que apenas pasa por casa?

Durante el tiempo que ha estado trabajando en el nuevo proyecto de ley, solo ha llamado por teléfono para decir que vuelve a casa para cenar, no para avisar de que no viene.

Salgo del baño silbando.

Ella entra decidida, sin mirarme, y cierra la puerta.

Yo me visto y bajo las escaleras.

Los niños están sentados a la mesa. Cuando llevan puesto el pijama siempre me enternecen sus cuellecitos estrechos, el pelo alborotado de Nikolai, los rizos en la nuca de Andreas.

Entonces descubro que están desayunado Choco Krispies. Y encima están con un iPad cada uno. Joder.

—Esto solo está permitido los fines de semana —digo señalando el envase de cereales—. Lo sabéis. La caja de cartón es igual de nutritiva que esta porquería.

—Nos ha dejado mamá —gritan a coro.

Busco paracetamol en el armario y me trago una pastilla bebiendo leche directamente del cartón.

—¿Y qué dice la abuela de los iPad?

Los niños vuelven a gritar a la vez:

—¡Bobo!

—No. Dice que se os van a poner los ojos cuadrados.

Los niños devoran las bolitas de chocolate bañadas en leche, que ahora se ha vuelto de color marrón claro, mientras discuten sobre los videojuegos de Fortnite, para los que, de hecho, no tienen edad suficiente.

Clara también ha bajado.

—¿Krispies? —pregunto con las cejas alzadas—. ¿En serio?

—Se negaban a comer otra cosa y tú no estabas, alguien tenía que hacer que desayunasen algo.

—Dios mío —murmuro.

Los niños se levantan de repente de la mesa y salen corriendo al jardín por la puerta que da a la cocina.

—¡Oye! —grito—. ¿Adónde vais? ¡Volved a entrar! ¡Ahora mismo!

Acto seguido vuelven con dos ramitas de lilas cada uno entre las manos. Me dispongo a regañarlos tanto por su intempestiva salida como por las lilas arrancadas, pero me muerdo la lengua; parecen tan dulces y orgullosos...

—Una para mamá y otra para papá —dice Nikolai; Andreas muestra una sonrisa desdentada—. No discutáis más, anda.

—No, claro que no —digo—. Muchas gracias, qué buenos sois.

Saco uno de los bisturíes del trabajo que guardo en un cajón y que utilizo para recortar las ramas. Cuando estoy cortando la segunda, la fina hoja del bisturí se desliza inesperadamente y se me ensarta en la yema del dedo.

—¡Joder! —exclamo.

—No deberías dejar los bisturíes desperdigados por todas partes, te lo he dicho muchas veces —dice Clara.

—Gracias —mascullo. La herida sangra en abundancia.

—Papá, ¿qué ha pasado? —pregunta Nikolai.

—Me cago en la leche —digo antes de recobrar la compostura—. Me he hecho un corte en el dedo.

—¿Te duele?

—Un poco. Por suerte, soy médico y puedo cosérmelo yo mismo —digo intentando sonar alentador. No parecen muy convencidos.

—Podrías tener un poco de cuidado, ¿no? —dice Clara, tan empática como de costumbre. Siempre se frustra cuando los niños o yo nos hacemos daño; creo que lo considera un signo de debilidad.

Examino la herida, cojo un poco de papel de cocina y lo enrolló alrededor del dedo. Intento volver a ser un padre duro.

—No se pueden decir palabrotas, papá —advierde Andreas.

—Pero ¿estás bien? —pregunta Nikolai.

—Adiós —se despide Clara y atraviesa la cocina y el pasillo con pasos veloces. Hasta que ella no da un portazo y se va, no consigo relajarme y sonreírles a los niños de verdad.

Así somos. En esto nos hemos convertido.

2

CLARA

UN MINISTRO CASI nunca llama en persona. La costumbre es que Vigdis, la secretaria del ministro de Justicia, Anton Munch, llame y pregunte si puedo pasarme a verlo.

El tono es educado, pero se trata de una pregunta retórica que significa que tienes que presentarte. *Ipsa facto*.

—Voy para allá —respondo. Me levanto, me ajusto bien el traje de chaqueta y guardo el documento en el que estoy trabajando. Es como mi tercer hijo: la propuesta de realizar una modificación en la legislación noruega, el proyecto de Ley 220 L. Setenta y ocho páginas de texto, once capítulos; antecedentes, objetivos, legislación vigente, evaluaciones y propuestas. Al final, las observaciones. Y la propuesta de texto legal.

Y el colofón, la absurda fórmula estandarizada «Nosotros, Harald, rey de Noruega».

El proyecto de ley debe asegurar que desde todas las instancias —los hospitales, el área de protección del menor, las guarderías y los centros de salud—, se adopte una mayor responsabilidad a la hora de denunciar ante sospechas de violencia o abusos.

Hasta ahora la obligación de denunciar estos hechos ha sido ambigua, el secreto profesional ha prevalecido en todas partes.

A partir de ahora eso será diferente.

El proyecto de ley está casi acabado. Lo único que me queda por hacer es ajustar y pulir el texto, como si se tratase de una escultura; intento hacer que todo brille.

Me esmero en evitar las ambigüedades que caracterizan muchos de los textos que redactan los juristas como yo, plagados de comas, una salvedad tras otra, hasta convertirlos en una mezcolanza ilegible y ambigua; tanto es así que los asesores de comunicación se tiran de los pelos cuando tienen que redactar comunicados de prensa y, año tras año, dan trabajo a una serie de consultores externos que aparecen e imparten cursos sobre el llamado lenguaje llano.

Van a tener su lenguaje llano.

Atravieso los pasillos acompañada del repiqueteo de mis tacones, que resuenan contra el rústico suelo de madera marrón, hasta llegar a la sección de los políticos. En los departamentos solo hay linóleo; aquí dentro, en lo más sagrado, hay suelos de teca con líneas negras entre las lamas.

Lo primero con lo que me topo en la zona de los políticos es con el estúpido oso polar disecado que se alza sobre las dos patas traseras y que, por lo visto, derribaron a tiros en la escalera de la iglesia de Svalbard. Tiene la espalda erguida y la mirada fija. Yo solo le llego al codo.

Durante mucho tiempo he trabajado directamente para el ministro, sin seguir los cauces oficiales. En los últimos meses he ido estrechando la relación con Munch y, por consiguiente, he ido acercándome cada vez más a mi objetivo.

Todas las objeciones y preguntas de los dirigentes se han resuelto en los últimos días. Aunque el proyecto de ley debe pasar por consulta pública antes de presentarlo ante el Parlamento, se tiene mucho ganado una vez que el ministro ha dado su beneplácito.

En un ministerio se nota enseguida si hay un líder al frente o no. Munch lleva ya un año en el cargo, tiempo suficiente para poder constatar que tiene mucho de postureo, pero yo he adoptado una actitud más optimista hacia él que muchos de mis compañeros, debido al proyecto de ley.

El punto álgido llegó hace una semana, cuando nos encontramos en su despacho; él se reclinó en la silla, se colocó los brazos detrás de la nuca y dijo:

—De acuerdo, Clara. Vamos a por ello.

En aquella ocasión estaba sentado detrás de su enorme escritorio marrón con estanterías a juego de fondo, igual que lo está ahora.

Se deshizo de las obras de arte expuestas en el despacho al día siguiente

de su toma de posesión; como contrapartida, instaló una enorme pantalla de plasma y decoró la oficina con cientos de miniaturas de helicópteros y vehículos de emergencia, algo sobre lo que los periodistas se hicieron un sonoro eco en sus artículos.

La reluciente mesa de teca, la fruta, las tazas de café blancas, la pantalla, los archivadores de anillas colocados tras él, los documentos apilados...; nada resulta llamativo en particular; no obstante, el hombre situado detrás del escritorio ostenta uno de los cargos con más poder del país.

—Pasa —dice sin apartar la vista del teléfono.

—Hola, Clara —dice una voz, y hasta ese momento no veo a Ernst Woll al otro lado de la mesa de reuniones, casi oculto en un rincón.

Todos los que forman parte de la dirección política son hombres. Woll es el más mordaz y el único jurista; le han concedido el despacho más grande y el rango más alto.

Antes solo había un ministro y un secretario de Estado; ahora hay una jauría de secretarios de Estado, además de un asesor político. Todos luchan por el favor del ministro, por ser el que trabaja con más ahínco, el que se esfuerza más.

En un cargo político, la gente tiene que demostrar todo el tiempo que en realidad pinta algo ahí, lo cual resulta difícil sin implicarse en una infinidad de temas. El resultado es que los secretarios de Estado siempre van con retraso en el trabajo, y se apropian del tiempo de los técnicos administrativos, que deberían estar dedicándose a otras cosas.

Mientras el ministro se dedica a ser el mascarón de proa y a defender sus decisiones en los medios de comunicación y en Facebook, los secretarios de Estado asisten a las reuniones, trabajan estrechamente con los técnicos administrativos y toman muchas de las decisiones políticas.

No obstante, he sido capaz de hacer que Munch se implique en mi proyecto de ley. Y he evitado a Woll. Hasta ahora.

—No vamos a robarte mucho tiempo —dice Woll.

—Está bien —respondo.

—Bueno, Clara —anuncia Munch, apartando al final la vista del móvil—. Nuestra propuesta de ley ha sido tema de discusión en el Consejo de Ministros.

Se hace el silencio.

—¿Y? —pregunto y me percato de que se trata de una reunión distinta a la que me había figurado. Los dos se miran. Munch parece incómodo. Woll se encoge de hombros; parece preparado para dar el tema por zanjado.

—Y bueno... Tenemos que suspenderlo —dice Munch al final.

La piel de los brazos se me eriza bajo la blusa blanca de seda.

—¿A qué te refieres? —pregunto con la voz afligida—. Los ministros han leído y aprobado todos los informes que he redactado.

—Estas cosas ocurren constantemente, ya lo sabes. Es una propuesta controvertida. Somos un gobierno de coalición, los demás opinan que es demasiado radical y tengo otros asuntos para los que necesito apoyo en este momento.

—Pero esto podría ser lo más importante que hicieras durante los años que estés aquí —digo—. ¿Sabéis lo que significaría para los más desfavorecidos?

A mis espaldas, Woll suelta una breve risita.

—Unas veces se gana, otras se pierde. El asunto está decidido —me interrumpe. En su voz se percibe un indicio de regodeo, como un sonido crepitante.

Así son ellos. Todo tiene que ver con el poder.

Todo se puede negociar. Todo se puede exprimir.

—El primer ministro ha dicho lo que tenía que decir. Gracias por venir —añade Woll y se levanta. Un desahucio ministerial.

Munch vuelve a concentrarse en el móvil, evitándome la mirada.

Me levanto casi sorprendida por el hecho de que mi cuerpo responda. Salgo por la puerta, paso por delante del escritorio de la secretaria de Munch, del enorme frutero cuyo tamaño es el doble que el de los que hay en los departamentos, por delante del oso polar, súbitamente aterrador en toda su amable capciosidad. Paso por delante de más maquetas de helicópteros y vehículos de emergencia, salgo de la sección y atravieso los pasillos.

Al final, llego a mi despacho, cierro la puerta, me dejo caer y me quedo en cuclillas en el suelo.

Haavard suele llamarme «la Princesa Gélida». Él llora cada dos por tres.

Creo que yo no he llorado ni una vez en treinta años y tampoco tengo la intención de hacerlo ahora; sin embargo, necesito cubrirme el rostro con las

manos, presionar las yemas de los dedos contra los ojos. Intento respirar con normalidad, pero no puedo.

Cuando tenía trece años, uno después del accidente, empecé a pasar la noche en una cabaña yo sola, tres o cuatro noches seguidas. Preparaba la comida, encendía la chimenea, leía, daba paseos.

En una ocasión se me ocurrió subir a Trollskavlen. Era una larga y tediosa caminata, pero mi padre me había explicado adónde solía ir él cuando era joven; lo había mirado en el mapa, sabía que podía conseguirlo. En efecto, lo habría conseguido si el sol que brillaba cuando inicié el recorrido no se hubiese convertido en una capa compacta de nubes.

Cuando me quedaban tan solo unos cientos de metros para llegar a la cumbre, una densa niebla fue instalándose con lentitud.

Al principio dejé de ver la cima; al poco ya no veía nada.

Todo era blanco.

Saqué la brújula y el mapa, y empecé a caminar en la dirección que estimaba que debía ser la correcta. Al final, llegué a una pendiente empinada que creía recordar haber trepado. Me coloqué de espaldas al desnivel, pegué el cuerpo a la montaña y empecé a descender hasta que, de repente, me quedé parada, despatarrada como una especie de Spiderman en mitad de la montaña, sin ser capaz de subir ni bajar.

Me había quedado atrapada en una cornisa, tal y como me había contado mi padre que les pasaba a veces a las ovejas. Permanecían allí, en un pequeño saliente verde, en medio de la negra montaña, balando sin parar.

En ocasiones se podía subir a buscarlas en caso de descubrirlas a tiempo; otras veces no quedaba más remedio que pegarles un tiro.

Ahora era yo la que se encontraba allí. Había muchos metros hacia abajo y ningún sitio donde colocar los pies.

Al cabo de un rato comencé a descender con cuidado, un pie tras otro, agarrándome con una mano, después con la otra.

Recorrí uno o dos metros; luego, salté.

Cuando impacté contra el suelo, me quedé tumbada durante varios minutos respirando con dificultad antes de ser capaz de comprobar si tenía algo roto.

Es la misma sensación que tengo ahora, sentada en el suelo del Ministerio

de Justicia y Seguridad Ciudadana, treinta años más tarde.

He invertido tanto en este proyecto de ley... Para mí ha significado más que cualquier otra cosa.

Ahora esos dos me lo han arrebatado, lo han destrozado, sin siquiera tener idea de lo que están haciendo.

3

HAAVARD

JUSTO DESPUÉS DE ponerme la bata blanca y entrar por la puerta de la unidad, entiendo que va a ser una guardia maratoniana; toda la ciudad ha salido a disfrutar del buen tiempo. Nosotros recibimos las frutas caídas en forma de lesiones y enfermedades. Los pacientes entran como una corriente inagotable. 15:35 horas: una niña pequeña con coma diabético. 16:21 horas: un niño con asma y choque anafiláctico. 16:53 horas: dos hermanos víctimas de una colisión en cadena. 17:20 horas: un niño de seis años con deshidratación grave.

Y luego, a las 18:53, entra una nueva familia.

El hombre está en mitad de la treintena y lleva en brazos a un niño de unos cuatro años. Es probable que sean de origen pakistaní, quizá afganos. El niño viste unos pantalones cortos azules y una camiseta de manga larga roja. Alrededor del dedo índice de la mano derecha lleva una tirita de *Star Wars*. Tiene las uñas sucias y luce una pulsera hecha de abalorios con letras, y una pequeña cabecita con el cabello negro azulado.

Parece estar sin vida.

—Necesito hablar con el médico —vocea el padre; lleva una camiseta azul del Chelsea y una gorra, su piel está marcada por las huellas del acné adolescente.

Justo detrás de él aparece Roger, corriendo con la lengua fuera y rodeado por un intenso olor a loción para después del afeitado. Es un olor dulzón, pasado de moda; quizá Jean Paul Gaultier, uno de esos frascos con forma de torso masculino, traje de marinero o Dios sabe qué.

Por supuesto, yo no tengo nada en contra de los homosexuales ni de los enfermeros y Roger es un excelente profesional; hábil, experimentado, cálido y atento, un hombre con muchas cualidades. No obstante, su forma de perfumarse resulta excesiva.

—He intentado decirles que iba a recibirlos yo —dice—. Deberían estar en la unidad de urgencias, pero ha traído al crío directo aquí y ahora no vamos a enviarlos para allá a toda prisa, ¿no?

—No —respondo.

Aquí, en Ullevål, tenemos el mejor equipo traumatológico del país; nos envían los casos más graves desde otros hospitales, a menudo en una ambulancia que va directa a admisiones. Sin embargo, en ocasiones los padres traen aquí ellos mismos a sus hijos. Si saben dónde está la unidad de pediatría, acuden directamente.

—Soy el médico de guardia —le digo al padre con toda la diplomacia de la que soy capaz—. ¿Qué le ha ocurrido a su hijo?

—¿Está usted ciego, doctor? —pregunta el padre, de pie frente a mí, con los ojos llenos de una mezcla de ira y temor. Me recuerda a los típicos matones que acudían al patio del colegio en Vinderen durante mi infancia.

—¡Doctor! ¿No ve usted que se ha desmayado? ¡No se despierta!

La madre lleva velo y unos pantalones de chándal que sobresalen por debajo del *shalwar kameez*. Habla y gesticula. El marido le dice algo en una lengua que no entiendo; ella se calla.

El niño es muy pequeño y está visiblemente delgado, tiene las caderas estrechas y nuca de pajarito. Lleva unas zapatillas azules y naranjas idénticas a las de Andreas, pero estas están desgastadas y sucias, con un agujero en la tela sobre el dedo gordo.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto mientras tomo al niño de los brazos del padre y lo recuesto sobre la camilla de exploración.

Levanta cuatro dedos. Su madre me mira suplicante, alza las manos, de nudillos blancos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto.

—Se cayó de un árbol —responde el padre—. Luego solo se quedó dormido. ¡Y ahora no se despierta! ¡Haga algo, doctor!

Le indico a Roger que debe ir a buscar ayuda.

—Hay que llevarlo a Tomografía —comento con discreción.

La madre rompe a llorar, el padre le grita algo, yo me detengo en medio de la consulta. Tengo que recobrar la compostura; uno, dos, tres segundos. El niño está inconsciente. Tras la ventana, los pájaros cantan y me hacen añorar el aire libre.

Experimento una sensación de urgencia, como cuando crees darte cuenta de que en realidad el dolor de cabeza es un tumor cerebral, de que las erupciones cutáneas son leucemia, de que pronto vas a tener que comunicarle a alguien un mensaje que no quiere recibir.

La sensación me envuelve como algo gélido.

Me inclino sobre el niño. Huele a vómito ácido, pero también a polvo y sol, y a otra cosa, a chicle, pasta de dientes, champú, y desprende un olor impregnado a jengibre, ajo y curri.

—Vayan a darse una vuelta —les pido a los padres—. Yo cuidaré bien de su hijo.

Parecen escépticos, pero salen de la habitación. Tan solo unos minutos más tarde entra Sabiya.

—¿Qué ocurre? —pregunta sin aliento.

Sabiya apenas mide más de un metro cincuenta y cinco, y su forma de caminar, ligera e imperceptible, hace que parezca que flota sobre el suelo. Lleva el cabello cortado en una media melena, siempre reluciente y recogido con un pasador de pelo; las manos libres de anillos y esmalte, tal y como requiere el reglamento. Con las caderas estrechas y el cuello erguido, se mueve grácilmente y con eficacia.

—No lo sé —contesto—. Conmoción cerebral grave, en el mejor de los casos. Se ha caído de un árbol.

Permanece quieta, examinando al niño con una expresión extraña.

—Vale —dice al final y empieza a desvestirlo mientras va dando órdenes a Roger y a Bente, una de las enfermeras.

Sin que Sabiya se dé cuenta, le guiño un ojo a Bente, que se sonroja, como de costumbre.

Lo de desvestir a alguien para examinarlo es el caballo de batalla de Sabiya. Hace unas semanas, dio una charla en la reunión matutina al hilo de una presentación de Power Point repleta de fotografías de espaldas con

marcas de latigazos, bocas llenas de llagas, radiografías de huesos rotos. Todo eso lo estudiamos en la carrera, pero cuando empezamos a trabajar estamos tan ocupados que es fácil que esas señales se nos escapen. «Tenemos que estar alerta, tomarnos unos segundos extra, examinar también a los que en apariencia han llegado por otras causas», decía ella, y la gente asentía, sintiéndose algo culpable.

Ahora Sabiya se inclina sobre el niño y le remanga la camiseta roja.

—Joder —digo cuando descubro las marcas en la parte interior del brazo, en un lugar donde no debería tenerlas. La ropa es traicionera, hace que todo parezca normal. Sabiya va a por unas tijeras y empieza a cortar las prendas.

Más moratones. En los hombros y en los muslos.

Tomo aliento.

—Mierda.

—Sí, no hay lugar a dudas —dice Sabiya y continúa, mostrando una profesionalidad impresionante. Junto con los enfermeros, trasladamos al niño a una cama y corremos por los pasillos hacia la unidad de urgencias, donde se practicará la tomografía. En estas situaciones no me gustaría tener que prescindir de Roger. Nadie tiene más experiencia en primera línea que él, nadie ha levantado a más heridos y enfermos para introducirlos en la ambulancia y sacarlos de ella.

La tomografía termina a las 19:40. Sabiya y yo nos quedamos de pie esperando las radiografías. Acuden varias personas más, tanto radiólogos como médicos anestesiistas.

Entonces oímos unos pasos pesados y una respiración agitada detrás de nosotros. El padre del niño irrumpe en la sala; debe de habernos seguido hasta aquí.

—Está prohibido el acceso —digo con voz decidida y camino hacia él.

No se mueve ni un ápice del vano de la puerta.

—¿Qué ha dicho, doctor?

—Debe esperar fuera.

—Puto racista —exclama.

—Las reglas se aplican a todo el mundo —dice Roger en un tono hosco.

El hombre se aleja reacio de la puerta, pero sigue deambulando fuera, como un toro bravo.

Cuando me doy la vuelta, Sabiya se queda mirándome con una expresión extraña.

—¿Lo conoces? —pregunto.

Asiente, pero no dice nada más, y poco después llegan las radiografías. Debe de ser la primera vez que oigo a Sabiya maldecir. Me inclino sobre su hombro, contemplando una gran sombra en la imagen, como una especie de mal augurio en forma de mancha de tinta.

—Hemorragia intracraneal traumática. Hay que intervenirlo cuanto antes —constato.

Sabiya asiente imperceptiblemente; tiene los ojos húmedos y el rostro pálido.

Trasladamos al niño de nuevo a la unidad; el padre nos sigue de cerca.

De vuelta a la habitación, los anestésistas vigilan la presión arterial, el pulso, la saturación de oxígeno y el ritmo cardiaco en el monitor. Preparan la anestesia y la intubación, traen el respirador.

Sus padres entran en la habitación; la madre está llorando. El padre grita algo sobre que debemos ponernos las pilas, hacer nuestro trabajo. Alguien vuelve a enviarlo fuera. Roger sale al pasillo e intenta tranquilizarlo.

Sabiya se acerca al niño, empieza a acariciarle con cuidado la mejilla, donde hay rastros de lágrimas sobre la piel polvorienta. Después, toma la pequeña mano con la tirita de *Star Wars* entre la suya, empieza a hablarle en punyabí suavemente y en voz baja. El niño, tan menudo y pálido, es incapaz de explicarse o de dar cuentas de nada, pero esto tiene que ir bien; en breve abrirá los ojos, irá recuperándose poco a poco. En los próximos días vendré a verlo, me tomaré mi tiempo, hablaré con él y bromearé un poco; comprobaré que va mejorando y que cada vez está más alegre, más seguro.

En el momento en que acabo con este hilo de pensamientos, empiezan a descender el pulso y la saturación de oxígeno.

Joder, pienso. Joder, joder, joder. La desesperación se apodera de mí. No podemos perderlo ahora.

El anestésista coloca enseguida una vía intravenosa en el brazo del niño para administrarle adrenalina.

—Pide sangre urgentemente —le digo a Roger.

Le administramos suero y otros medicamentos para mantener la presión

sanguínea. Al niño se lo traslada al quirófano; Sabiya y yo lo seguimos corriendo. Fuera de la sala de quirófano nos relevan los médicos anestesistas; nosotros debemos retirarnos.

Son las 21:10. Nadie dice nada. Sabiya deambula sin descanso; yo me acerco a la ventana. El tranvía traquetea al pasar por Sognsveien. Los coches se detienen ante la luz roja del semáforo en dirección a Kirkeveien. La gente brinda por el verano en las terrazas de los restaurantes, en Majorstuen en una dirección y Torshov en la otra, y mientras el mundo prosigue su curso habitual, sacan al niño del quirófano.

El neurocirujano, que es uno de los más experimentados, niega con la cabeza.

—La hemorragia es enorme, es incompatible con la vida.

Lo que más me apetece es sentarme en el suelo y llorar.

Un niño con cuatro años de vida. Cuatro años de moratones.

Regresa al quirófano.

—Tenemos que informar a los padres —digo—. Y la madre no sabe noruego.

En el momento de pronunciar estas frases, entiendo lo cobarde y patético que sueno, que esto es pasarle la pelota a Sabiya.

Sin responder, se acerca a los padres.

El padre golpea la mano contra la pared; la madre se derrumba. Sabiya le acaricia la espalda. Los demás permanecemos quietos, indecisos: más tarde habrá que realizarle otra tomografía al niño que constate que el riego sanguíneo al cerebro ha cesado, antes de declararlo muerto. Todo esto requiere un tiempo, es probable que no ocurra nada más hasta mañana; entonces también tendremos que consultar con los padres el tema de la donación de órganos. Intentamos darles un poco de tiempo a los familiares antes de preguntar, pero tampoco podemos esperar demasiado.

Se genera una especie de afecto en el grupo que por lo general no existe. Estamos juntos en esto. Duele, pero también tenemos otros pacientes, niños acostados que esperan y a los que no hemos podido atender mientras ocurría esto; el estado de excepción no puede prolongarse demasiado tiempo.

Entonces el padre viene corriendo hacia nosotros. Bente intenta ponerle una mano sobre el hombro, pero él se la aparta.

—Lo lamento —digo.

—¿Dónde está la sala de oración?

No digo lo que estoy pensando: un hombre que ha matado a palos a su hijo no tiene nada que hacer en una sala de oración, no existe perdón para lo que ha hecho. Me giro un poco, apartándome.

—Bente —musito—. ¿Le enseñas dónde está la sala?

En el momento en que veo desaparecer su espalda a través de las puertas acristaladas, apoyo las manos contra la pared, inclino la cabeza hacia delante y tomo un profundo aliento.

Una vez, dos, tres veces.

4

CLARA

HOY NO ME apetece hablar con nadie, ni siquiera con mi padre, pero suelo llamarlo todos los días. Se inquieta si no sabe de mí, así que cuando los niños están en la cama, le doy un toque.

—Hola, ¿va todo bien? —le pregunto cuando responde al teléfono.

Me lo imagino; cuando habla por teléfono suele ponerse junto a la ventana mirando hacia el fiordo. A mi padre le gusta contemplar el paisaje, quedarse mirándolo embobado, como solía decir mi madre. Supongo que eso me viene de él.

—Bueno —dice con voz débil.

—¿Qué ocurre?

—Pues no me encontraba muy allá y pasé por la consulta del médico.

—¿Sí? —le pregunto; siento un hormigueo en el cuero cabelludo.

Musita algo en voz tan baja que no puedo oírlo bien.

—Papá —digo—. ¿Puedes hablar un poco más alto?

—Sí, luego me trajeron hasta aquí en ambulancia —prosigue.

—¿Cómo? —le pregunto. Me deslizo hacia el suelo por segunda vez en el día—. ¿Aquí, dónde?

—Al hospital. Piensan que puedo haber sufrido un pequeño derrame o algo... ¿Sigues ahí?

—Sí —respondo, carraspeo, me encuentro mareada.

—Ya verás como va bien —continúa en un tono que indica lo contrario—. Pero, de todas maneras, tengo que quedarme aquí esta noche, quizá más tiempo. Oye, ahora van a hacerme unas pruebas. Hablamos más tarde.

En el momento de colgar me doy cuenta.

Algo húmedo me asoma por los ojos, algo que creo que no podré detener.

Entonces llama Haavard.

5

HAAVARD

—Sí —CONTESTA CLARA, su voz parece algo afligida; es posible que haya estado dormitando sobre el Mac, pues es lo que suele hacer.

Son las 21:40, debe de haberse olvidado ya del mal ambiente que había esta mañana, aunque a menudo le duran bastante los enfados.

—Clara —le digo—. ¿Puedes ir a ver si los niños están bien?

—¿Qué quieres decir?

No parece que esté de mal humor, solo cansada y melancólica.

—Solo échales un vistazo. Para ver si están bien...

—En serio, llevo sentada en el salón desde que los acosté y son tan dormilones como tú; no se despertarían ni aunque un avión de combate hubiese roto la barrera del sonido encima de la casa. ¿Qué te ocurre?

Trago saliva.

—¿Ha ocurrido algo?

Me encuentro solo en un oscuro lavabo de la unidad y ahora me derrumbo.

—Un puto gánster con camiseta del Chelsea hasta arriba de esteroides anabólicos...

—No entiendo nada en absoluto.

—Vino con su hijo de cuatro años, decía que el niño se había caído de un árbol. Examinamos al muchacho y descubrimos que tenía la piel llena de contusiones, arañazos y quemaduras... La tomografía ha desvelado una hemorragia intracraneal masiva. Ahora el niño se halla en situación de muerte cerebral y solo estamos esperando hasta que llegue el momento de

desenchufar la máquina.

—Dios mío —susurra Clara al teléfono.

—Por si no fuera suficiente, el padre no ha parado de armar bronca en la unidad desde que llegó. ¡Como si todo fuese culpa nuestra! Acaba de venir y exigir acceso a una sala de oración. ¡Para ir a rezar! ¡Después de haber matado a su hijo a palos! El mundo está muy jodido. Tendrías que haber visto al niño, Clara, me recordaba tanto a nuestros hijos a esa edad... Incluso llevaba unas zapatillas idénticas a las de Andreas.

Durante algunos segundos se hace el silencio, solo oigo unos sonidos débiles, como si ella estuviese desplazándose. Luego la oigo susurrar; debe de estar en la puerta del cuarto de los niños.

—Los niños están dormidos —constata.

—Gracias —susurro como respuesta y lo digo de verdad.

A LAS DIEZ SALGO de la unidad; necesito un descanso para soportar el resto de la guardia. Cuando vuelva a entrar, tengo que acordarme de llamar a la policía; es el procedimiento estándar en casos así.

En el vestíbulo hay un enorme barco con una bandera pirata negra decorada con una calavera; en realidad, resulta bastante inadecuada para este lugar.

Doy una vuelta y, cuando me dispongo a entrar, veo a alguien agachado al lado de un arbusto, vomitando.

—Sabiya —digo—. ¿Va todo bien?

—No —responde ella colocándose los dedos sobre los ojos y estirándoselos con furia hacia los lados. Choca la mano contra la pared de ladrillo, se encoge en el mismo instante y, en lugar de volver a golpear la pared, se pega en la frente con la mano, como para castigarse.

Sabiya es la más profesional y tranquila de todos nosotros, pero ahora parece estar desmoronándose por completo.

—Entiendo que... —comienzo.

—No lo entiendes —dice con cierta ferocidad en la mirada—. Mukhtar Ahmad vivía cerca de mi casa. En la calle Sverdrup, en un extremo de Løkka. Tiene dos años menos que yo. Mi padre conocía al suyo, trabajaban juntos en el Consorcio de Transportes de Oslo.

—¿Mukhtar? ¿Quién?

—El maltratador. En aquella época ya le teníamos miedo. Yo jugaba con su hermano pequeño cuando tenía la edad de su hijo. No lo entiendes...

Su rostro se contrae en una mueca y enseguida vuelven a llenársele los ojos de lágrimas.

—Perdón —se disculpa en cuanto alzo la mano para acariciarle la mejilla.

—No digas eso —respondo y extendiendo los brazos; le acaricio el pelo como suelo hacer con los niños—. No pasa nada. Desahógate.

Se apoya contra mi pecho durante un par de segundos; a continuación, se pone rígida, se endereza, alza un puño y golpea los nudillos contra mi hombro varias veces.

—Dios mío, Haavard. Estamos aquí sin hacer nada.

—Sí —digo y la miro a los ojos.

Ella me aguanta la mirada.

—Esto no puede ser, joder. Tenemos que hacer algo.

6

ROGER

EN EL MOMENTO de salir, los veo.

Haavard y Sabiya.

Están hablando debajo de unos árboles o discutiendo. Ella agita los brazos, gesticula; él niega con la cabeza, la abraza.

¿Qué hacen los dos médicos responsables de la guardia aquí fuera en estos momentos? Me quedo mirándolos unos segundos, luego sigo caminando.

Son las 22:05, me queda casi media hora de guardia, pero tengo que encontrar a Ahmad; contarle lo que ha hecho, hacer que lo entienda. Lo último que merece es arrodillarse sobre una alfombra de oración y sentirse como un bendito.

Sabiya, Haavard y los demás andan dando vueltas como pollos sin cabeza, y mientras tanto hay un infanticida suelto.

Cuando estaban examinando antes al niño, esta misma noche, supe enseguida que no había nada que hacer. He pasado muchas más horas junto a los monitores que ninguno de los médicos, pero ellos apenas se percatan de nuestra presencia, la de los enfermeros. «¿Puedes buscarme esto y lo otro? ¿Puedes arreglar esto y aquello?» Por lo demás, no me hablan a menos que sea estrictamente necesario; no me piden consejo, aunque haya trabajado en todas las unidades, ayudado a traer al mundo a miles de bebés, cuidado de los neonatos en la unidad de maternidad, vigilado a los prematuros en cuidados intensivos en la unidad de recién nacidos, consolado a padres, tomado a madres de la mano. Lo único que ellos ven es un enfermero, alguien con un

rango inferior.

Askildsen, el director médico de la unidad, me ha comentado que ha recibido quejas por el fuerte olor de mi loción de afeitar. ¡Imagínate! Imposible que provengan de los pacientes o sus familiares; no, esto tiene que venir de uno de los médicos. Podrán tener cuatro hijos, un Volvo, un perro y una cabaña en la montaña, vacaciones en Italia y una foto familiar en Facebook, pero detrás de esa fachada todo está podrido por completo.

Haavard estaba ahí, acariciando a Sabiya como si fuese un cachorrito o algo parecido. El hombre es guapo, es cierto, aunque a su manera desaliñada de barrio bien. Pero no me gusta. Es demasiado desenfadado, siempre se queda en la superficie, como si en realidad no le importase nada, tal y como hace la gente cuando se ha criado en casas gigantescas con jardines aún más grandes. Jovial e íntegro, de acuerdo, pero, a pesar de todo, un capullo burgués de Vinderen.

¿Y Sabiya?

Es posible que engañe a los demás con su aspecto de niña buena, con sus pendientes de perlas y el discreto brillo de labios, pero yo me he criado en Linderud. Sé que puedes sacar a una tía del gueto, pero no sacar el gueto de la tía.

Ahmad y Sabiya son astillas del mismo palo, la diferencia es que ella ha aprendido a comportarse.

Yo, por ejemplo, vivo en Rosenhoff. A la gente le suena como un lugar triste al lado de Carl Berner, pero tengo mis vistas al fiordo, mi música, mis series, a mis amigos y a mi madre, a la que voy a ver todos los días para sentarme junto a ella y contarle mis cosas mientras le sujeto la mano. Novio no tengo, hijos tampoco, pero trato de volcar todo mi amor y mi cariño en los niños que llegan a la unidad.

Aquel niño es uno de los más hermosos que he visto en mi vida. Tan inocente, colgando de los brazos de su padre. ¿Cómo es posible que alguien le haga algo así a su propio hijo?

Estoy sudado y acalorado después de pasarme toda la noche corriendo por la unidad, tengo las axilas empapadas; cuando llegué a casa voy a darme una larga ducha bien fría y a acostarme bajo las sábanas nuevas y limpias.

Por suerte, el aire fresco de la noche ayuda un poco, cubre mi piel ardiente como una capa refrescante.

Justo en ese instante lo veo, veo al individuo que le ha robado el futuro a su propio hijo; de repente, aparece caminando justo delante de mí.

Lo sigo sigilosamente, con cuidado, cual Pantera Rosa, y enseguida vuelvo a estar igual de acalorado.

Pasamos por delante de Hafslund, del museo, de la caseta para fumadores; nos adentramos cada vez más en un agujero.

Fuera no hay nadie más, parece que el tipo delante de mí solo esté deambulando sin saber adónde va. ¿Era lo de ir a rezar solo una trola? ¿O es que no se ha enterado de dónde está el cuarto de oración?

Lo sigo a diez metros de distancia, pero él anda con los auriculares puestos y, por increíble que parezca, no se percata de mi presencia.

Al final se detiene, sube una escalera de metal y tira de una puerta azul de acero. Así que este es el lugar al que van a rezar los musulmanes de doble moral, los responsables de que la gente no reciba la ayuda social que necesita para hacer la compra, de que se acose a los niños de etnia noruega en el colegio, de que la gente sufra palizas en Grønland por andar por la calle de la mano de su pareja solo porque son del mismo sexo.

Todo lo que tiene que ver con este capullo me enfurece; el cuello ancho, el cabello corto, la gorra, la camiseta azul del Chelsea de un modelo antiguo, la que lleva publicidad de Samsung en el pecho.

Siento un deseo demencial de partirle la cara, de destrozarle la cabeza contra una pared, de hacer algo.

7

HAAVARD

JUSTO ANTES DE medianoche estoy en medio del pasillo, examinándome la yema del dedo corazón de la mano derecha. Las tiritas no cumplen demasiado bien su función si se combinan con un lavado de manos frecuente, así que he dejado de usarlas, pero he procurado ponerme guantes cuando he estado en contacto con los pacientes. Por suerte, la herida dejó de sangrar de inmediato y parece que está cicatrizando bien; sin embargo, debo tratar de cortar el trocito de piel suelta que queda en cuanto tenga ocasión.

En ese mismo instante entran por las puertas de vidrio de la unidad dos policías rigurosamente uniformados.

Es muy probable que el hombre se aproxime a la edad de jubilación de los agentes de policía, pero está bastante delgado y tiene aspecto de estar en buena forma. Un bronceado apropiado, el pelo corto, la mirada penetrante; es posible que se trate del tipo de policía que lleva toda la vida trabajando en casos de homicidio y que, a pesar del buen físico, tiene todas las papeletas para que le dé un infarto después de muchos años de dormir poco y trabajar en exceso.

La mujer es más joven, debe de rondar los cuarenta, de aspecto juvenil, con pecas, uñas cuidadas y una larga coleta más rubia en las puntas que en la raíz.

Se presentan; vienen de la unidad de violencia, yo solo me quedo con sus nombres de pila: Elin y Morten.

—¿Estaría dispuesto a prestar declaración como testigo? Tiene derecho a negarse.

—Está bien —digo; ya he pasado por esto en ocasiones anteriores, cuando hemos tenido que llamarlos.

—¿Desea solicitar un abogado?

—No, no...

Sus fórmulas rígidas y formales casi me hacen reír.

—Empecemos, pues. ¿Tienen un paciente llamado Faisal Ahmad? —pregunta Elin, y es ahora cuando me doy cuenta de que me he olvidado de algo en medio de todo el caos.

No he llamado a la policía.

Como médico de guardia era mi responsabilidad, pero el hecho de que la policía se haya presentado debe de significar que Sabiya se ha hecho cargo y los ha avisado.

—¿Ha tenido algún tipo de contacto con el padre de Faisal Ahmad, Mukhtar Ahmad? —pregunta la agente.

—Sí, claro —digo—. Ha pasado gran parte de la noche aquí.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Pues —reflexiono—. ¿Alrededor de las 21:40? Salió a buscar la sala de oración; quizá deberíamos haber intentado retenerlo, pero en realidad no habría sido fácil hacerlo. En la situación en la que se encontraba resultaba difícil negarle esa petición.

Se miran mutuamente; observo que forman un equipo muy compenetrado, que se caen bien, trabajan bien juntos.

—Han venido después de recibir nuestro aviso, ¿verdad? —añado.

La mujer niega con la cabeza.

—Estamos aquí por el hallazgo de un cadáver todavía sin identificar en el recinto del hospital. El documento de identidad de Mukhtar Ahmad se ha encontrado en posesión del fallecido. En admisiones nos han informado de que un tal Faisal Ahmad se encuentra en esta unidad. ¿Es correcto?

—Sí, de alguna forma —respondo.

Me debo al secreto profesional, también con respecto a la policía. Algunos de mis compañeros de más firmes convicciones probablemente se habrían aferrado a él en un momento como este.

Sin embargo, han encontrado a un hombre muerto en el recinto del hospital.

Mi cerebro tarda un par de segundos en procesar lo que me han dicho.

—Disculpe, pero ¿ha dicho que Mukhtar Ahmad está muerto? —digo y me quedo boquiabierto.

—Es un hecho que estamos intentando esclarecer —comenta Morten.

—Pero volvamos a Faisal Ahmad —dice la agente de policía.

Intento recobrar la compostura.

—El niño tenía una hemorragia intracraneal —explico al final—. Antes, esta misma noche, se le ha intervenido quirúrgicamente, pero la hemorragia era demasiado abundante, incompatible con la vida. Su padre se ha marchado poco después. Faisal sigue respirando, pero con asistencia. La máquina se desconectará. Tenía una fractura craneal. Su padre sostenía que se había caído de un árbol, pero también presentaba antiguas lesiones de fracturas y otros signos de maltrato, como contusiones en partes del cuerpo donde no debería haberlas tenido, además de la grave hemorragia intracraneal. No cabía duda de que se trataba de maltrato infantil.

—¿Cuándo ha llegado usted hoy al trabajo? —pregunta el agente y suena como alguien procedente de la región de Trøndelag que lleve viviendo en Oslo desde que cursó sus estudios en la Escuela Nacional de Policía. Elin es la típica oriunda de Bergen.

—Fiché justo antes de las tres; a menos cinco o así.

—¿Ha abandonado el edificio durante su guardia?

Vacilo durante unos segundos.

—No.

—¿Qué impresión le causó Ahmad?

—No la mejor —admito aliviado por el cambio de tema—. Intimidante. Agresivo. Fácil de ofender, además de amenazante. Gritaba y estaba alterado.

—Su mujer ¿sigue aquí todavía?

—No, hasta donde yo sé volvió a casa con sus otros hijos.

Elin echa un vistazo a su reloj deportivo rosa.

—¿Podría acompañarme para realizar una identificación provisional? Nos gustaría tener la certeza antes de ponernos en contacto con los familiares.

—¿QUIÉN ENCONTRÓ EL cadáver? —pregunto mientras caminamos por el recinto del hospital.

—Un vigilante de seguridad que por casualidad se encontraba cerca oyó algo que podría haber sido un disparo y decidió comprobar la zona con más detenimiento. Avisó al servicio de urgencias, que a su vez nos llamó a nosotros. Ahora estamos tratando de determinar todos los movimientos en la zona en el periodo de tiempo en cuestión.

—Entonces, ¿le pegaron un tiro? —pregunto.

Sin responder, la agente me acompaña hasta el lugar de los hechos y yo decido no preguntarle nada más.

El recinto hospitalario se ha convertido en una especie de circo, con cordones y coches policiales, así como luces intermitentes. Fuera del cordón policial se han instalado los periodistas.

Subimos los cinco peldaños de la escalera de acero y entramos por una puerta azul entreabierta: «Sala para la práctica religiosa».

La habitación tiene unos veinte metros cuadrados. En el centro de esta, bocabajo, yace un hombre con una camiseta azul del Chelsea.

—Pisa solo encima del plástico —me advierte Elin.

Tengo ganas de preguntar si en realidad es adecuado que yo entre aquí así, de golpe, pero me callo; son ellos los que me lo han pedido.

De rodillas, junto al cadáver, hay dos técnicos forenses vestidos con traje de protección blanco del mismo tipo que yo he tenido que ponerme, fotografiando el cadáver desde distintos ángulos. Uno de ellos saca un primer plano de una franja oscura, quemada, en la camiseta del Chelsea.

Me agacho, examino su rostro, que está orientado hacia la puerta.

Sus ojos lucen opacos, sin vida, y la piel ya ha comenzado a adquirir un aspecto gomoso, aunque su tez natural le proporciona una apariencia menos amarillenta que la que adquiere una persona de etnia noruega.

Debe de haber llegado hasta aquí, se habrá lavado y preparado para la oración, todas esas cosas.

¿Se había sentido afligido? ¿Arrepentido? ¿O solo furioso, maldiciendo al mundo en general, enfadado con todo y con todos como cuando estuvo con nosotros? ¿Quién era en realidad? ¿Era de verdad creyente o se trataba solo de una artimaña para salir de la unidad?

¿Estaba avergonzado? ¿Apenado? ¿Amaba a su hijo?

En cualquier caso, no siento más que alivio por su muerte. Detrás de mí,

la agente de policía se aclara la garganta; me levanto y hago un gesto afirmativo hacia ella.

—Pues sí —digo cuando volvemos a salir—. Es él, el hombre que trajo a su hijo.

—Bien. Muchas gracias, eso es todo de momento. Tendrá noticias nuestras —responde ella y me sorprende al introducirse bajo el labio una porción de tabaco sueco extrafuerte de la marca General Portion.

Me marcho de allí tan rápido como puedo sin echar a correr.

De camino a la unidad veo a algunos policías que llevan perros; otros dan vueltas con detectores de metal. Hay gente por todas partes.

CUANDO LA CALMA de la noche ha llegado a la unidad, se presenta el director médico, Askildsen; alguien debe de haberlo llamado.

—Menuda historia —dice y niega con la cabeza después de que yo le haya hecho un breve resumen—. Me quedo aquí esta noche.

Askildsen es un fanático de su profesión que vive solo y se desvive por su trabajo. Le gusta el whisky escocés y ve todos los partidos del Liverpool en la tele; salvo eso, la unidad médica es su vida. El día que se jubile seguro que se desintegrará para convertirse en polvo.

—Ahora mismo todo parece tranquilo por aquí, ¿no? —añade.

—Sí, por fin.

—Puedes irte a casa, Haavard.

Estoy a punto de negarme, pero entonces me doy cuenta de lo exhausto que me siento. La guardia de un médico especialista dura desde las 15:00 hasta las 10:00 del día siguiente. En circunstancias normales resulta bastante agotador; hoy me parece insoportable.

—Gracias —digo—. Es posible que, de hecho, te tome la palabra.

Subo un momento al despacho, me siento y saco el móvil.

El homicidio en el hospital de Ullevål ya es titular en VG digital. El vídeo que han publicado muestra, junto a la entrada principal, a una periodista rubia que señala con el brazo los edificios a su espalda.

Dejo el teléfono, me quedo contemplando la oscuridad estival de color azul terciopelo, la luna, los tejados, las ventanas iluminadas. Me acerco a recoger el bisturí que había dejado justo en la curva que une mi escritorio con

el de Sabiya; quiero cortar el trocito de piel suelta que tengo en la yema del dedo. Sin embargo, el bisturí ya no está; Sabiya debe de haberlo cambiado de sitio.

En el escritorio de Sabiya hay una foto de ella, su marido y sus tres hijos. Lucen alegres, con ropa veraniega. Todos guapos, pero los ojos del marido resultan demasiado penetrantes, desagradables.

Las estrellas centellean sobre los tejados de los edificios. En su interior hay miles de personas durmiendo, pero el hospital nunca duerme.

Antiguamente, en ocasiones, oía a mi padre hablando solo en su estudio cuando algo estaba en juego.

Ahora intento hacer lo mismo.

Esta guardia ha sido más dura que la media, pero aun así es una de muchas, me digo a mí mismo.

De vez en cuando llegan niños a los que no podemos salvar; también ocurre, como en cualquier otra gran ciudad, que en Oslo disparan y matan a gente. Todo aquello que no debería ocurrir, sucede.

Sin embargo, el discurso motivacional no sirve de nada. Es imposible que el cuerpo del pequeño Faisal o los ojos opacos de su padre sobre el suelo de la sala de oración desaparezcan de mis retinas.

Tengo una sensación extraña en el cuerpo, la percepción de que todo ha cambiado. Me persigue al bajar las escaleras, al entrar en el garaje, mientras recorro las calles en bicicleta.

La noche es de una hermosura espectacular. La luna brilla, no hay nadie en la calle, solo yo, en medio de la noche de verano, en medio de Oslo, rodeado del olor de los cerezos alisos y las lilas que están a punto de florecer.

Este año todo florece temprano. Florece y muere.

8

CLARA

CUANDO ME DESPERTÉ, Haavard seguía dormido. En realidad, le tocaba trabajar hasta las diez de la mañana, pero por algún motivo debió de volver a casa durante la noche. Yo me fui sin despertarlo, me llevé a los niños y al resto del grupo de chicos al colegio, como estaba previsto.

Ya llevo unas cuantas horas en el trabajo.

—Qué pena que tu proyecto de ley se haya suspendido —dice el asesor político esbozando una sonrisa en los labios. Entra en el despacho cuando estoy recogiendo mis cosas para irme; no pregunta si es un buen momento, no llama a la puerta, solo entra.

El tipo tiene la cara llena de acné, aunque es probable que ronde los veinticinco años, y ya se las ha apañado para engendrar tres hijos en la región del sur del país, de donde proviene. Su cabello reluce a causa de la cera que se pone; el olor es nauseabundo, me recuerda a los chavales de mi pueblo en la década de los noventa.

Mientras que los secretarios de Estado a menudo tienen experiencia laboral fuera de la vida política, los asesores políticos son unos mocosos que vienen de la organización juvenil del partido y jamás han formado parte del mundo real. Controlan las agendas y las reuniones, coordinan los encuentros políticos, actúan como contacto para los responsables de comunicación del departamento, administran la cuenta de Facebook y se consideran irremplazables.

La verdad es que nadie es más fácil de reemplazar que un asesor político.

—Oye, voy mal de tiempo —respondo echando un vistazo al reloj—.

Tengo una reunión importante en media hora en...

—Está bien, solo quería entregarte esto —dice y deja caer una carpeta sobre mi escritorio—. Del antedespacho. Aquí tienes algunas tareas con las que deleitarte ahora que vuelves a disponer de algo de tiempo libre.

Abro el portafolio. Dios mío. Cartas de los ciudadanos.

También podría haberme pedido que preparase el café.

La mayoría de los que nos escriben están chalados perdidos; no obstante, tenemos la obligación de responderles. La carpeta contiene un montoncito considerable. Muchas cartas.

El asesor no tiene autoridad para obligarme a hacer esto, debe llegar a través del cauce administrativo, siguiendo el procedimiento establecido. Sé que él es consciente de ello; sin embargo, no me apetece rebajarme a su nivel ni tampoco perder el tiempo con este tema ahora mismo.

—Gracias —digo escuetamente.

Entonces alguien carraspea a sus espaldas.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta la secretaria general del ministerio, Mona Falkum, que se encuentra detrás de él, rígida como una estaca en uno de sus clásicos trajes de chaqueta de color gris antracita.

El asesor se estremece.

—Nada —responde él—, solo me he pasado a charlar un rato.

—Bueno, Clara no tiene tiempo ahora mismo para estar de cháchara; ella y yo nos vamos a una reunión muy importante. ¿Estás lista? —pregunta Mona mientras el asesor sale retrocediendo por la puerta.

—Sí —respondo y me calzo—. Más que lista.

Mona fue la primera jefa que tuve cuando empecé en el Ministerio de Justicia y ella era la directora de departamento. Ya han pasado dos años desde que tomó posesión del cargo de secretaria general. Es la abeja reina que dirige el ministerio mientras los ministros van y vienen, la clase de jefa que siempre sale en nuestra defensa intentando protegernos de Munch y de sus hombres.

Sin embargo, hay algo en lo que no ha tenido éxito.

Lleva mucho tiempo intentando que los secretarios de Estado y el asesor envíen sus encargos a través del cauce oficial en vez de bombardear a los funcionarios de forma extraoficial, sin éxito. Los secretarios de Estado

modernos saben que, formalmente, no están subordinados al secretario general, sino coordinados; no se dejan amedrentar por ningún burócrata de alto nivel.

Cuando empecé a trabajar aquí, la gente prácticamente se hablaba de usted; ahora todo el mundo usa el nombre de pila y está al mismo nivel, todos emplean el mismo sistema de gestión administrativa; los correos electrónicos y los SMS se cruzan en todas las direcciones. Aquellos tiempos en los que los directores tenían una visión general de la información que se transfería de sus subordinados al ministro han pasado a mejor vida.

Decir que Mona y yo somos amigas sería exagerar; los secretarios generales no tienen amigos en el trabajo, y yo no soy el tipo de persona que suele socializar con la gente. No obstante, nos llevamos bien, nos entendemos a la perfección.

—No puedo prometer que esto vaya a funcionar —comenta ella cuando nos dirigimos al ascensor—, pero al menos es una última oportunidad para presentar el proyecto de ley en condiciones, aunque en realidad se haya rechazado. Y quizá consigas colarlo. Los secretarios generales tienen peso en las audiencias de informes; si consigues llevártelos a tu terreno, todo puede dar un giro.

—Eso espero —digo—. Gracias por intentarlo.

Una vez por semana, los dirigentes de todos los ministerios se reúnen en lo que Munch suele denominar con sorna «el club de *sir* Humphrey», en alusión a la serie de sátira política *Yes, Minister*. Ese es el almuerzo al que ella me ha invitado.

—Pero, eso sí, sé consciente de que vas a reunirte con las dieciocho personas más aburridas del país —prosigue ella y pulsa el botón que indica «planta baja». Sonrío, pues sé que intenta animarme y hacer que me relaje.

—Y yo que pensaba que esos eran los que se sentaban en el Gobierno...

—Bueno, entonces se puede decir que están entre las treinta y seis personas más aburridas.

Nos mantenemos en silencio hasta salir por la puerta giratoria y pisar el asfalto abrasador.

—De hecho, antes del 22 de julio estos almuerzos se celebraban en el bloque alto¹ —dice Mona y asiente con un gesto hacia el edificio cuyas plantas superiores albergaban antes la sede de la Oficina del Primer Ministro

de Noruega, en donde ahora han colocado unos contrachapados delante de lo que solían ser las ventanas. El edificio vacío sigue ahí, año tras año, esperando una decisión.

Pasamos con rapidez ante la plaza del Tribunal Supremo, cruzamos Grensen, Karl Johan, Prinsen, Tollbugata y Rådhusgata. Intento evitar que mis ridículos tacones de aguja se atasquen entre los adoquines.

Al final, llegamos a la Fortaleza de Akershus. La Oficina del Primer Ministro en la calle Glaci es un enorme edificio moderno de ladrillo rojo y vidrio; en realidad, pertenece al Ministerio de Defensa. Los edificios de ladrillo circundantes se reflejan en los cristales.

Muestro mi identificación. Primero una vez. Luego otra.

cometió el primer atentado el 22 de julio de 2011, antes de ir a la isla Utøya.

Después se abren dos compuertas, una en el exterior y otra en el interior. Tras la última compuerta hay un oso polar idéntico al que tenemos en nuestro edificio.

—En efecto, es el gemelo —dice Mona—. La primera ministra se enamoró de él una vez que fue a visitarnos; después, lo trasladó hasta aquí.

Subimos a la primera planta, llamamos a la puerta, aparece una secretaria y nos acompaña a la sala de reuniones; me pide que me siente y espere fuera mientras repasan el orden del día.

Saco mis notas, las palabras clave que he pegado en cuatro cartulinas de pequeño formato, como suelen hacer los asesores de comunicación con los discursos del ministro. Las hojeo, vuelvo a guardarlas. Es demasiado tarde para ponerse a memorizarlo todo ahora. Me levanto, empiezo a dar vueltas.

Después de pasarme unos minutos deambulando, me siento e intento respirar profundamente hasta que me dejan entrar al lugar más sagrado. Alrededor de la larga y reluciente mesa caoba están sentados los dieciocho secretarios generales y el fiscal general del Estado. En el centro del lateral derecho se encuentra el secretario general del Gobierno, que representa a la Oficina del Primer Ministro de Noruega: el primer ministro del mundo ministerial, el más poderoso de todos. No tienen sitios fijos asignados, pero hoy Mona se sienta junto a él, puede que porque hoy es ella la que está a

cargo del entretenimiento.

—Bueno, ya habéis tratado muchos informes en relación con este proyecto de ley —dice ella—. Sabemos que el proyecto es muy controvertido, que muchos opinan que viola la privacidad y que, por consiguiente, se ha paralizado hace poco. No obstante, querría pedir os que escucharais a Clara Lofthus, una de las funcionarias más habilidosas del Ministerio de Justicia. Ella os explicará por qué opinamos que esto es importante y también lo correcto.

—Gracias —digo y me coloco ante ellos.

En las últimas horas, después de que Mona me invitase a asistir al almuerzo, he preparado una intervención breve y concisa que he ensayado de manera que parezca que hablo sin tener nada escrito, aunque tenga ante mí los puntos de la intervención a modo de palabras claves.

—Todos los cambios que son de verdad necesarios, que marcan una diferencia, duelen —comienzo—. Si esto no es así, es posible que se deba a que son demasiado amables, precavidos, carentes de importancia. Este es un cambio necesario; no para mí, no para ustedes, sino para los más pequeños, los más vulnerables. Si nos atrevemos a dar este paso, para ellos puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Sé que debo brillar. Y soy buena. No me excedo en lo que digo ni me quedo corta; digo las cosas apropiadas de una manera apropiada.

—Hasta ahora ha supuesto un gran problema que la gente piense que el secreto profesional tiene más peso que la obligación de notificar. El deber de notificación ha sido ambiguo; en cambio, el secreto profesional ha prevalecido en todos los contextos. Por ello, nadie se ha atrevido a denunciar cuando algo iba mal. Este proyecto de ley supondrá un cambio de paradigma, lo más importante que se ha llevado a cabo en este campo en muchos años; de hecho, me atrevería a afirmar que se trata del proyecto de ley más importante que van a presenciar como secretarios generales del ministerio.

Todos escuchan con atención.

A continuación, explico cómo y por qué debería estar permitido hacer excepciones en cuanto al control de los tribunales. Que se puedan permitir escuchas y videovigilancia oculta en las guarderías, las instituciones y los hogares; que simultáneamente se introduzca la responsabilidad penal personal para los empleados que se abstengan de denunciar las sospechas de

violencia y abuso.

Cuando acabo, asienten en reconocimiento.

Comparten algunos comentarios positivos.

Entonces toma la palabra el secretario general del Ministerio de Desarrollo Local; es el típico hombre de sesenta y tantos años con gafas, peinado de cortinilla y una verruga en la nariz; lo tiene todo.

—La Agencia de Protección de Datos —dice—. La privacidad —continúa—. Violencia policial —añade.

Después se les cede la palabra a los demás presentes en la mesa. Ya nadie se atreve a hacer comentarios positivos. El secretario general agradece la intervención. Mona asiente con la cabeza cuando me marchó.

En el camino de vuelta me imagino la cara hinchada y engreída del secretario general del Ministerio de Desarrollo Local y Regional o de Desarrollo Local y Modernización, o como quiera que se lo denomine en estos momentos.

¿Cómo se llamaba? ¿Quién es? ¿Ese tío no tiene hijos?

En Lille Grensen se me atasca el tacón del zapato derecho entre dos adoquines y caigo de bruces hacia delante. Consigo adelantar las manos a duras penas, de tal forma que me quedo en la posición de un corredor en la línea de salida. Permanezco con las manos en el suelo unos segundos antes de levantarme de nuevo.

El tacón se queda incrustado ahí, partido por la mitad.

—Joder —murmuro recogiendo los restos del zapato estropeado y quitándome el otro. La gente se detiene y se queda mirándome, los niños se ríen. Parece que no todos los días se ve a una señora en traje de chaqueta sin zapatos.

Continúo mi camino, descalza, con los zapatos en las manos.

9

HAAVARD

ESTE DÍA HA pasado sin pena ni gloria. Dormí hasta tarde, después deambulé sin ton ni son por la casa, sin ser capaz de hacer nada coherente hasta que llegó el momento de ir a recoger a los niños.

Clara no volvió del trabajo hasta la hora en que los chicos se iban a la cama, y subió directamente con ellos.

Ahora está sentada en la terraza, con su porro de la noche en una mano y el teléfono en la otra. Observo que está otra vez en Strava. Cada noche se sienta a contemplar la aplicación de entrenamiento, analizando sus segmentos, las rutas para correr, quién ha corrido por dónde y a qué hora.

Según lo que he entendido, el objetivo es mantener tu récord personal en cada momento; supongo que es algo que apela a su instinto competitivo. Por lo general suelo meterme con ella por la manía que tiene con Strava; hoy no me siento con fuerzas, me limito a hundirme en el sillón.

—He llamado para preguntar por el niño del que te hablé —comienzo.

Es la primera vez que estamos los dos solos hoy y, por una vez, siento una intensa necesidad de conversar con ella.

—¿Sí? —dice y me mira expectante.

—Justo acababan de desconectar la respiración asistida.

Ella suspira.

—¿Está muerto, entonces?

—Sí —respondo, trago saliva, vuelvo a imaginarme sus ojos—. Pero ¿te has enterado de lo que le pasó al padre?

Ella asiente.

—He leído sobre el homicidio en internet, pensé que quizá se tratase del tipo ese del que hablaste.

—Anoche tuve que acompañar a la policía al lugar de los hechos para comprobar que era él el que se encontraba allí...

—¿Y era él? —pregunta Clara fijando la mirada en mí.

Nadie tiene los ojos tan azules como Clara; incluso aquí, en la terraza, inmersos en la penumbra, resultan deslumbrantes.

Al principio la llamaba Bette Davis, por «Bette Davis Eyes», la canción que compuso Kim Carnes en 1980 sobre los luminosos ojos azules de Bette Davis que en las fotografías, sobre todo en las que son en blanco y negro, podían parecer marrones. *A posteriori* la referencia resultó ser desacertada, pues nadie puede tomar los ojos de Clara por otra cosa que no sea azules, con independencia de la iluminación.

Clara era diferente a las chicas con las que yo había crecido, diferente de una forma que resultaba refrescante. Tenía conocimientos sobre cosas que yo ignoraba, sobre cómo podar árboles frutales o instalar cercas, asistir en partos de corderos y conducir un tractor.

Una especie de hija de la naturaleza andrógina, un pedazo de naturaleza cruda de la zona de los fiordos.

—Sí —digo—. Todos nos hemos quedado fuera de juego. La dirección está estresada, esto no pinta bien para nosotros. Nadie sabe quién puede haberlo hecho. Al final, la policía consiguió bloquear todas las salidas, pero ya había pasado mucho tiempo; la persona en cuestión pudo haber logrado alejarse bastante.

—¿Por qué iban a matarlo? —pregunta Clara.

—Nadie lo sabe, pero era un tipo agresivo; tal vez tuviese enemigos. Por cierto, el hombre tenía unas extrañas ampollas de color azul rojizo en la espalda y en el costado; lo descubrí cuando tuve que ir a la sala de oración para identificarlo y estaban fotografiándolo.

—Dios mío...

—Tenía una pinta horrible. Yo ya he visto antes esa clase de ampollas, un par de veces. Deben de haberle disparado con balas expansivas. Durante el día he estado leyendo sobre esa clase de munición. Hace algunos años, la policía llegó a un acuerdo sobre el empleo de balas expansivas, ya que estas no atraviesan al sujeto y evitan que alcancen a terceras personas, como puede

suceder con el uso de las balas normales. Además, este tipo de munición está permitida en la caza, para asegurarse de que el animal muere de verdad.

»El tío parecía algo sospechoso. Digamos que no era exactamente un angelito de Dios, o de Alá...

Hay un breve silencio.

—Por cierto, ¿cómo va todo por el ministerio? —pregunto.

Siempre intento incluir alguna pregunta sobre el trabajo de Clara, pues después de todo, es lo que más le interesa en este mundo.

—Todo se ha ido al carajo —responde ella, suspira y su rostro se ensombrece.

—¿Y eso?

—Se ha suspendido el proyecto de ley. Está muerto.

—¿Cómo? —digo conmovido.

Es cierto que en muchas ocasiones he deseado mandar a freír espárragos su proyecto de ley, con todo el tiempo y la atención que le ha requerido, pero ahora esa maravilla ya estaba lista, y si la propuesta no llega a ver la luz, hará que Clara esté de un humor de perros durante una buena temporada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Si al menos lo supiese... —responde ella, expulsa un anillo de humo y se queda callada.

Cuando comenzamos a salir, me gustaba la tozudez de Clara, el hecho de que fuese tan ambiciosa e intransigente; sin embargo, también pensé que iría suavizándose con el tiempo. No lo ha hecho. Todo lo contrario.

Ahora agarra la gruesa manta de Røros, la retira y baja los pies; al parecer, tiene intención de levantarse y marcharse, como siempre hace cuando intento hablar con ella.

—Tranquila —digo y me levanto—. Me voy yo. Quédate aquí.

Entonces vuelve a sentarse.

Entro y cierro la puerta de la terraza, no quiero que entre el olor pesado y dulzón a hachís. Aun después de tantos años juntos, no acabo de acostumbrarme a que ella se fume un porro cada día. En realidad tengo la esperanza de que lo deje pronto, antes de que los niños se den cuenta de qué se trata, aunque tengo mis dudas.

Me siento en la sala de estar, saco el móvil y pulso el icono naranja.

Como suelo meterme con los que usan Strava, he puesto la aplicación en la última pantalla del móvil, para que no sea visible en ningún momento. Las notificaciones instantáneas, obviamente, las he apagado. Clara no me revisa el móvil, pero si llegase a descubrir la aplicación, le diría que me la he descargado para comprobar qué es lo que tanto le fascina a la gente.

Un número rojo en la esquina derecha del icono indica ocho notificaciones.

Abro la aplicación, me desplazo hacia abajo, entro en el perfil de *mrssplendid*.

Ha corrido el mismo trayecto en su vecindario, dentro del bosque y alrededor de un laguito, que suele recorrer cada martes, jueves y sábado cuando no trabaja. Hoy ha tenido un día bastante bueno, ha hecho uno de sus mejores tiempos en esta ruta. El pulso alto en todo el recorrido. Estos datos digitales me hacen sentir más cercano a ella.

«¡Bien, *mrssplendid!*», escribo debajo.

Y después: «¡Creo que pronto necesitarás a alguien con quien competir!».

«¡SÍ!» responde.

Entro en la ruta de *mrssplendid* del martes pasado, hago *zoom* en una colina, un montículo en forma casi de volcán con una depresión en el centro, una especie de foso que protege de todo tipo de miradas ajenas si a alguien se le ocurriese pasar por la senda de abajo.

Cierro los ojos y revivo nuestro último encuentro.

Nuestro lugar. Nuestro momento.

Tan infinitamente alejado de este tristísimo paisaje desértico en el que se ha convertido mi matrimonio.

10

CLARA

LA PRIMERA VEZ que vi a Haavard fue un sábado de junio de hace muchos años, en el encantador jardín de Edith rebosante de vegetación y a un simple tiro de piedra del lugar donde vivimos ahora.

Yo me alojaba allí gratis a cambio de hacerme cargo de las labores de jardinería y de limpiar, llevar leña y varias tareas más. Resultó ser mucho más agradable que el trabajo de limpiadora que había tenido hasta entonces, en el que tenía que viajar en metro hasta Lambertseter y limpiar dos peluquerías cutres y destartaladas en las que las cucarachas se paseaban por la encimera de la cocina y había pelos desparramados por todas partes. Gracias a Edith pude permitirme renunciar a aquellas peluquerías y no volver a poner un pie allí jamás.

Tras una fachada cursi, Edith resultó ser muy divertida; permanecía sentada en su hamaca, fumando y tosiendo mientras contaba viejas anécdotas de París, de sus avenidas y cafés, de las fiestas y las peleas.

Era un ser pequeño y enjuto, arrugada como ella sola, pero vestía blusas de lunares, llevaba pendientes y el cabello recogido, y se maquillaba según todas las reglas del arte. Era imposible determinar su edad, aunque tendría unos ochenta y cinco años.

Enseguida comprendí que lo que buscaba aquella anciana era, sobre todo, compañía.

—Venga, ahora vamos a sentarnos —solía decir. Y aunque yo intentase dejar constancia de que debía atender mis obligaciones, siempre acabábamos haciendo lo que ella sugería, en general con una botella de vino rosado.

Los pájaros cantaban, las moscas zumbaban y las flores florecían.

Me sentía como en casa en aquel enorme jardín de barrio bien y en aquella casona gigantesca, una antigua casa con un jardín repleto de vegetación, como en la granja, aunque ahí se acababan todas las similitudes.

Edith solía preguntarme por los estudios de Derecho que yo estaba cursando. Sin escuchar en realidad mi respuesta, repetía una y otra vez que no lograba comprender por qué tenía tantas ganas de sufrir. Ella les había echado un vistazo a los libros de su hijo cuando este cursó Derecho en su momento, «pero no, por favor, qué aburrimiento más desolador», decía soltando una de sus características carcajadas roncadas. Yo trataba de explicarle que, en efecto, los estudios no eran algo demasiado emocionante, pero que creía que me proporcionarían un trabajo interesante, una profesión en la que podría hacer algo importante, marcar una diferencia para la gente. Entonces tendría que conocer a su hijo, opinaba ella; él había llegado muy lejos en su campo.

Se negaba a creerme cuando le decía que no tenía novio, ni siquiera un rollo o alguien de quien estuviese enamorada. En aquel momento, la conversación solía desviarse hasta sesenta años atrás, cuando ella vivía junto a la basílica de Montmartre y se dedicaba a ligar con hombres en las cafeterías.

Yo subía los pies a la hamaca, alzaba la copa de cristal con vino rosado y la escuchaba.

No tardé en comprender que el antiguo juez del Tribunal Supremo, oficio que, por otra parte, había heredado su hijo, tenía que haber engañado por completo a Edith. En apariencia, le costaba admitir que la hubieran traicionado de aquella manera, siendo como era una mujer orgullosa, pero una vez que traspasamos esa barrera, me lo contó todo.

—Esas cosas son hereditarias. Sí, mi hijo William tiene muchas cualidades buenas, pero me temo que es el vivo retrato de su padre, también en ese aspecto. Una se da cuenta, ¿sabes? La gente cree que una debe buscar rastros de pintalabios o esas tonterías; no es necesario. Si tu marido deja de insistirte por las noches y al mismo tiempo parece de buen humor y satisfecho con la vida, pues entonces ya lo sabes. Entonces hay algo que no cuadra y, cuando menos te lo esperes, notarás el olor a perfume u otras fragancias. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, claro —dije yo entre risas.

No solo era entretenida; además, era la única amiga que tenía en la ciudad.

Fue en uno de esos días en los que estábamos hablando de bobadas cuando de repente apareció Haavard ante nosotras, en el camino cubierto de baldosines. No me di cuenta de su presencia hasta que Edith se levantó con rapidez y se echó a sus brazos.

—Ay, querido —se rio con disimulo y orgullo, y la situación adquirió un cariz cómico no solo porque ella fuese muy menuda, sino porque el hombre flacucho al que abrazaba debía de medir al menos metro noventa y vestía unos pantalones cortos de color azul marino y un polo blanco; ambas prendas algo desteñidas por los numerosos lavados, pero en apariencia de buena calidad. Observé que el polo era de marca. En la muñeca llevaba un elegante reloj que seguro que valía mucho dinero. Cabello oscuro, un flequillo que le caía todo el rato sobre la frente. Estaba moreno; parecía que pasaba mucho tiempo al aire libre, en el mar, en la montaña o en el campo. Avispados ojos azules, una especie de nariz aguileña.

En realidad, me recordaba a mi padre en las fotos de antes de nacer yo, antes de Agnes, antes de todo; sin embargo, a este tipo lo envolvía una autoridad natural que mi padre nunca había tenido. Todo su ser irradiaba una especie de seguridad; supongo que ese es el aspecto de alguien que ha crecido en un entorno donde jamás le ha faltado de nada, en el que le han leído en la cama desde siempre, lo han llevado a esquiar todos los domingos desde que era niño y jamás ha dudado del amor que le profesan y del hecho de que le va a ir bien en la vida.

—Abuela —dijo Haavard abrazándola y observé que intentaba hacerlo con cuidado. Edith era como un pajarito; yo siempre temía romperla cuando le daba un abrazo.

—¿Así que tú eres la nueva favorita de mi abuela? —preguntó mirándome con curiosidad—. He oído hablar de ti.

—Yo también he oído hablar de ti —dije y era cierto, aunque me había interesado más lo que Edith me contaba sobre el hijo que sobre aquel nieto que había decepcionado tanto a su padre.

—Ya me lo imagino —repuso él—. La oveja negra, ¿verdad, abuela?

—Así es —dijo Edith entre risas, muy contenta ahora—. Oye, trae una silla del cobertizo.

—Tengo planes, pero puedo quedarme un rato —dijo Haavard y fue a por una silla; yo saqué otra copa y una nueva botella de vino.

Luego aplazó su cita y Edith se quedó dormida en la hamaca; Haavard, sin embargo, estaba despierto y yo estaba despierta, y él hablaba y yo hablaba, y el sol cada vez descendió más entre los altos árboles.

Y así comenzó todo, una vez hace mucho tiempo.

Yo no tenía planeado echarme novio y menos en aquella época; sin embargo, antes o después hay que juntarse con alguien. Haavard era inteligente, estudiaba Medicina sin hablar de marcharse fuera con Médicos Sin Fronteras, algo que yo no habría soportado. Tenía un efecto tranquilizador en mí; me gustaba acurrucarme entre sus brazos por la noche, recostarme sobre él.

Además, tenía buena maña con los niños, algo que noté a medida que lo observaba con los hijos de sus amigos. Tenía un atractivo escultural, pero al mismo tiempo era lo bastante desaliñado como para no resultar demasiado relamido, con el flequillo largo y barba de varios días.

Tenía por costumbre tratarme con cierta rudeza cuando manteníamos relaciones sexuales, algo que nadie había hecho antes. A veces lo sentía en la piel al día siguiente, pues la tenía un poco sensible; era algo que me gustaba. Caminaba por la sala de lectura sintiendo que guardaba un secreto. Me iba al servicio, me bajaba los pantalones o me levantaba el jersey y examinaba los pequeños rasguños y moratones. Era como si tuviese una piel nueva, un cuerpo nuevo.

Tenía la sensación de que todo el mundo debía notármelo, que era otra, que algo había ocurrido.

CUANDO ENTRO EN casa, Haavard está con el móvil en la mano viendo las noticias de la noche.

—Esa —dice y hace un gesto de asentimiento hacia la tele, donde están entrevistando a la directora general de la Policía, Cathrine Monrad, vestida de riguroso uniforme.

Es una mujer resoluta, visionaria, con una gran integridad, no se deja intimidar. Los medios la adoran; Munch, no.

—Joder, en realidad está buena con ese uniforme... —continúa.

Lo dice con la sonrisa socarrona con la que suele hacer ese tipo de

comentarios.

—Venga ya —digo yo—. Qué comentario más machista.

Pero la mujer está de buen ver, parece atlética con la camisa azul, la corbata y las divisas en los hombros. Lleva el cabello rubio largo y maquillaje sofisticado.

—Es difícil encontrarle el sentido común a esto —dice mirando directamente a la cámara.

Está comentando la propuesta de luchar contra las bandas y la violencia en los barrios de la zona este de la ciudad estableciendo centros de reclusión para alborotadores menores de edad. Junto a la creación de un orfanato en Kabul para menores no acompañados solicitantes de asilo, consiste en una de las iniciativas más radicales propuestas por Anton Munch en los últimos tiempos.

Varios críticos han establecido un paralelismo con el reciente escándalo del presidente de los Estados Unidos, que por sistema ha separado a los inmigrantes ilegales de sus hijos ante las protestas indignadas de todo el mundo.

Munch, por su parte, no tiene ningún comentario que hacer en cuanto al escepticismo expresado por la directora de su propio ministerio, concluye el periodista.

—Menos mal que alguien alza la voz. Esto no resulta justo de ninguna manera —dice Haavard.

Todavía no había madurado lo suficiente como para dejar de pensar que el mundo es justo.

—La justicia no existe, Haavard —repongo—; ya es hora de que lo entiendas. Dudo que Monrad vaya a gozar de mucha popularidad en el ministerio a partir de ahora, pero es verdad que está mal. Es maltrato infantil sistematizado desde el Estado.

11

ROGER

ME PARECE SURREALISTA el hecho de encontrarme prestando declaración por segunda vez sobre un homicidio ocurrido en mi lugar de trabajo.

—Sabemos que Mukhtar Ahmed abandona la unidad de pediatría a las 21:35, según su propio testimonio, para dirigirse a la sala de oración y rezar. Se tarda un par de minutos en llegar hasta allí si se camina a buen paso — dice la agente policial.

Su voz es fría y profesional.

Una vez más, han comenzado la conversación informándome sobre mis derechos. A continuación, me han pedido que preste declaración sobre el trascurso de aquella noche, algo que he hecho sin que me interrumpieran.

Ahora se encuentran, por lo visto, en la fase en la que intentan corroborar de forma más minuciosa lo que he relatado.

—Nos ha dicho antes que estuvo en la unidad hasta terminar su guardia a las 22:30. Sin embargo, el registro de accesos al hospital demuestra que empleó su tarjeta para entrar en la unidad a las 22:23. Este hecho apunta a que usted estuvo ausente entre las 22:00 y las 22:30, ¿es correcto?

—Salí, pero fueron solo unos instantes —constato; mi voz y mis manos tiemblan. No se me había ocurrido que fueran a comprobar mi informe de acceso.

—¿Cuándo dice que salió?

—Alrededor de las 22:05, creo —digo intentando recordarlo—. Miré el reloj y comprobé que me quedaba menos de media hora de guardia, así que,

de alguna manera, me pareció más legítimo salir. Tenía que encontrar a ese hombre. Su hijo había sufrido una muerte cerebral y era culpa suya; por lo tanto, quise hacer algo al respecto, razonar con él, hacer que volviese a entrar, que asumiese la responsabilidad de sus actos. Además, antes o después tenía que considerar la cuestión de la donación de órganos. Quería prepararlo para ello, aumentar las posibilidades de que respondiese afirmativamente. Si otro niño pudiese recibir los órganos del chico, al menos existiría algo positivo en medio de tanta miseria.

Ella toma nota sin hacer comentarios.

—Pero no fui tras él para pegarle un tiro —continúo desesperado de repente—. De hecho, jamás he tocado un arma en mi vida; lo juro. Cuando lo vi entrar en la sala de oración, me di la vuelta y regresé al trabajo; pensé que tendría que arreglármelas con el tipo más tarde. Sí, me disgusta el islam, pero no sentí que pudiese enfrentarme a ese hombre mientras estuviera rezando.

—¿Y a qué hora entró Ahmad a la sala de oración y volvió usted?

—No lo sé. ¿Alrededor de las 22:10 horas?

—Sin embargo, no volvió a usar su tarjeta de acceso hasta las 22:23. Si sus indicaciones son correctas, esto implica que tardó trece minutos en volver al hospital desde la sala de oración, una distancia que puede recorrerse en pocos minutos caminando a paso normal. A menos que en realidad no dejase solo a Ahmad ante la sala de oración, sino que lo siguiese dentro. ¿Existe esa posibilidad?

Ahora debería seguir manteniendo la calma.

Pero algo empieza a picarme bajo la piel.

—Hay que joderse —espeto—. ¿Sospechan de mí o qué? Díganmelo a la cara entonces y ya está. Ya he respondido a estas preguntas antes. ¿Por qué continúan molestándome?

—Estamos hablando con muchos testigos —dice ella, todavía igual de tranquila.

—Pero es de mí de quien sospechan, ¿no? Ya he explicado con todo detalle lo que ocurrió esa noche, no tengo nada más que decir.

—De acuerdo, cambiemos un poco de tema —dice el agente más mayor—. Roger, ¿puede hablarnos acerca de su opinión sobre la inmigración de ciudadanos procedentes de países con mayoría musulmana?

—Eh, bueno... —respondo—. Soy algo crítico, al igual que la mayoría de

la población de Noruega. Pero ¿cuándo se convirtió eso en un delito?

Me examina, igual de tranquilo.

—¿Ha hecho usted comentarios en *rights.no* y *document.no* bajo el sobrenombre de *miketyson66*?

—Sí, pero no tiene nada en absoluto que ver con esto.

Él les echa un vistazo a sus papeles y empieza a recitar.

—Bueno, veamos lo que escribe *miketyson66* el 14 de noviembre de 2015, justo después de los atentados terroristas en París: «Las élites políticamente correctas y los medios de comunicación dominantes han ocultado la verdad. Los musulmanes y los europeos étnicos jamás podrán convivir. Si no se hace algo pronto, si a los criminales musulmanes y los predicadores del odio no se los repatria a sus países de origen, llegará un día en que los europeos de a pie tomarán el asunto con sus propias manos».

Niego con la cabeza, agitado.

—¿Qué disparate es este?

—Resulta bastante interesante que también tenga otro alias —continúa el agente de policía—. Un tal *grorudgay66*, que escribe lo siguiente en *gaydar.no* a *babylonqueer*: «¿Eres de Irak? Me encanta dejarme someter por chavalines árabes...». ¿Qué significa en realidad?

—Esto sobrepasa todos los límites —digo y me levanto.

—Por favor, siéntese —ordena Elin.

Entonces obedezco, pero sigue temblándome la voz.

—¿Son conscientes de lo que ocurre ahí fuera? Los niños de etnia noruega sufren abusos en el colegio por la comida que llevan. Los alumnos musulmanes no respetan a los adultos noruegos, ni siquiera a la Policía; a muchas personas normales y corrientes les aterra caminar de la mano por las calles de Oslo; gente que ha dibujado caricaturas inofensivas vive bajo amenaza de muerte, y ustedes se dedican a molestarme a mí. Es ridículo. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Por Dios, si soy enfermero! ¡Yo salvo vidas!

12

HAAVARD

NOS HAN CONVOCADO a una reunión con tan solo un par de horas de antelación. Todos los presentes tuvimos guardia la noche del homicidio, excepto Askildsen, que apareció a última hora.

—Os he pedido que vengáis porque pienso que será útil hacer una valoración de los hechos —afirma Askildsen y parece bastante incómodo—. Dejad que os informe en primer lugar de las actuaciones que está llevando a cabo la policía, al menos hasta donde yo sé. Poco después del suceso, se estableció un centro de control provisional *in situ* por el que habéis pasado todos; ahora este se ha trasladado a la Jefatura de Policía. El equipo consta de investigadores técnicos y tácticos. Están trabajando a destajo en la investigación de las circunstancias en torno a la víctima, buscando testigos e intentando conseguir una visión general de lo sucedido durante aquellas horas. El objetivo es determinar todos los movimientos que se produjeron en el recinto del hospital aquella noche y establecer dónde se hallaban todos los involucrados en el momento en cuestión. Al parecer, están evaluando sobre la marcha si es conveniente hacer una reconstrucción de los hechos que sucedieron aquella noche. Es posible que soliciten vuestra asistencia.

La gente asiente, pero sin decir nada. Echo un vistazo a los árboles que se encuentran al otro lado de los enormes ventanales que hay aquí, en el edificio de administración.

De pequeño pensaba que el hospital de Ullevål era un palacio.

A mi padre y a mi madre les hacía gracia, pero yo era feliz cuando tenía ocasión de ver aquel palacio de ladrillo rojo almagre cada vez que pasábamos

por delante con el coche.

Poco después descubrí que la torre, los hermosos árboles, las plantas, los bancos, todo aquello se había colocado allí para crear barreras contra el contagio. Unos días antes de la inauguración del hospital, en 1887, una epidemia de difteria y escarlatina estaba arrasando la ciudad y, al cabo de tan solo cuatro días, la unidad estaba llena de pacientes; por lo visto, noventa y dos camas por cada médico.

Los conocimientos sobre arquitectura me los transmitió mi abuela paterna, Edith, que siempre había soñado con ser arquitecta y que despertó en mí el deseo de crear edificios hermosos, como habían hecho Nordan y Schirmer en Ullevål.

Durante toda mi infancia mi padre creyó en ello y tuvo la esperanza de que siguiese sus pasos, mejor si eran los pasos largos, impregnados de artículos legales, hasta llegar al trono del Derecho. Sin embargo, después de que lo intervinieran quirúrgicamente a causa de una apendicitis perforada y estar a punto de morir, opté por no decidirme ni por el Derecho ni por la Arquitectura, sino por la Medicina. Quería hacer algo útil.

Desde entonces mi padre me ha recordado constantemente que lo traicioné al elegir otro camino; por supuesto, no me lo dice a la cara, pero es imposible no captar sus insinuaciones.

—¿Alguna pregunta? —prosigue Askildsen cuando acaba su exposición.

—¿Y si se repite? ¿Qué va a pasar a partir de ahora? ¿No vamos a recibir ningún tipo de protección policial? Ha habido un homicidio en nuestro lugar de trabajo —explota Roger, que hoy parece más agitado y estresado que de costumbre.

—No lo sé —responde Askildsen—, pero voy a enterarme.

—Esto solo demuestra lo mal que están las cosas en esta ciudad.

Tengo que hacer un esfuerzo para no soltar un ruidoso suspiro. Roger es la única persona que conozco que en realidad se lee los artículos de Resett y Human Rights Service; siempre da la lata sobre los niños en la zona de Groruddalen a los que no les dejan comer bocadillos de salami en el recreo.

—Para ya, anda —dice Sabiya mirando irritada a Roger—. Tú mismo deseabas ver a aquel tío muerto y enterrado; todos lo queríamos.

Todo el mundo guarda silencio.

—¿Sabes si el maltrato a Faisal Ahmad está investigándose? —continúa

Sabiya, como para hacer que la gente se olvide de su anterior comentario. Debe de estar hecha polvo todavía; en circunstancias normales no le habría hablado a Roger en ese tono.

—Eso parece —dice Askildsen.

—¿Qué va a ocurrir con la madre del niño? ¿La encarcelarán por complicidad? —pregunto, más que nada por decir algo.

—En efecto, parece ser que están investigándola, a juzgar por las preguntas que hacen. Y se le está haciendo un seguimiento a la familia.

—Pero ¿cómo podemos sentirnos a salvo en nuestro lugar de trabajo después de esto? —pregunta Bente, como un eco de lo que Roger ha dicho antes—. Puede volver a ocurrir en cualquier momento.

—Bueno —responde Askildsen—. No creo que haya nada de qué preocuparse.

—No lo crees, ¿no? —comenta Bente y niega con la cabeza—. Vaya consuelo...

—Como ya he dicho, parece tratarse de un caso aislado que es probable que tenga relación con el ambiente en el que se movía ese hombre. No obstante, es importante que reflexionéis sobre si tenéis otras contribuciones que hacer, si habéis visto u oído algo; cualquier cosa que pueda ser de interés, notificadla. Más vale prevenir que curar. La policía se encargará de filtrar y clasificar la información. Y recordad que va en nuestro propio interés que el caso se resuelva.

CUANDO LA SESIÓN termina, me doy una vuelta por el recinto hospitalario.

Después de haber estado desgastando mis zuecos contra el suelo de linóleo del hospital durante diez años, hace tiempo que descubrí que lo que vi desde la calle Kirkeveien a los cinco años no corresponde a la verdad.

Ullevål no es un palacio.

En el interior, estos venerables edificios están desgastados, son feos.

Los edificios nuevos están bien por dentro, pero son horribles por fuera, como si alguien hubiese recogido a toda prisa los materiales más baratos que pudo encontrar y los hubiese arrojado unos encima de otros; más que nada, esto parece un aeropuerto en obras. Hay edificios por todas partes, pequeños,

grandes, antiguos, nuevos.

Y una enorme cantidad de gente.

Creo que nos acercamos a los diez mil empleados, el hospital más grande del norte de Europa, una pequeña sociedad. Y un ambiente bastante duro, luchas por prestigio, por puestos y algo tan banal como los contratos fijos.

Al menos una tercera parte de los médicos son imbéciles, extremadamente ambiciosos; otra tercera parte está de baja por enfermedad a causa del primer tercio. Luego tienes a los demás, como yo, que estamos a medio camino entre ambas categorías, apretando las mandíbulas, trabajando duro, hablando mal los unos de los otros solo de vez en cuando.

DE CAMINO AL despacho consulto internet en el teléfono. En el VG digital, con el llamativo titular «Gánster asesinado», hay una foto de la víctima.

Muhktar Ahmad, criado en el barrio de Grünerløkka, por lo visto era una figura conocida en el entorno de las bandas de Oslo a principios de la década del 2000. Las fuentes informan al periódico digital de que hay mucha gente que podría haber tenido motivos para quitarle la vida. A partir de las balas y el calibre, se ha constatado que el arma homicida, que todavía no se ha encontrado, es de las habituales en el entorno en el que se movía. El arma, en teoría, llevaba instalado un silenciador.

Asimismo, el periódico revela que la policía está examinando todos los registros y contactando con todos los comerciantes de armas para vincular el arma en cuestión con alguien de su entorno o que conste en el registro de personas con antecedentes penales.

El artículo no menciona las balas expansivas; los medios de comunicación no deben haberse enterado de eso todavía.

Aún se proyecta una especie de película en mi retina.

Ahora se detiene en un punto concreto, la imagen se congela.

Mukhtar Ahmad no llevó a su hijo a urgencias. Nos lo trajo directamente a nosotros.

Sabía adónde ir. Había estado antes en la unidad de pediatría.

YO DEBERÍA SEGUIR trabajando en mi artículo sobre la leucemia

infantil; somos tres médicos los que estamos redactándolo juntos, aunque mi nombre aparecerá en primer lugar. La semana pasada, mis compañeros me hicieron llegar algunos comentarios sobre el primer borrador; ahora están esperando a que yo les mande uno nuevo y es urgente.

Pero cuando me siento en el despacho, ni siquiera soy capaz de abrir el documento.

En lugar de eso, leo con atención el historial del niño. Luego busco su apellido en la base de datos.

Bingo. Aparecen cuatro resultados más. Entro en el primero, lo leo; entro en el segundo, lo leo. En el tercer resultado descubro un detalle que hace que me incline hacia delante y me quede boquiabierto. A continuación, vuelvo a abrir el historial del niño, lo comparo.

Sí, joder.

Faisal Ahmad (nacido en 2014), 9 de abril de 2017: presenta hematoma subdural sobre el hemisferio izquierdo. Fractura conminuta occipital en el lateral izquierdo. Además, existen múltiples fracturas costales no desplazadas (desde el segundo hasta el quinto arco costal posterior derecho). Hematomas de distinta antigüedad en el torso y la espalda.

No es la primera vez que su familia acude al hospital.

El niño ya había venido antes, hace tan solo trece meses.

Me informo sobre este niño y su hermana, y sobre todas las demás familias recurrentes.

Leo sobre un niño que se presentó lleno de rasguños, pinchazos y escoriación, y al que su padre había obligado a atravesar con la bici un seto de arbustos espinosos.

Encuentro documentación sobre niños con profundas y sangrientas llagas que les recorren la columna vertebral después de que los hayan arañado con una moneda para exorcizar malos espíritus.

Aparecen informes que hablan de niños a los que les han sujetado y los han forzado a practicar sexo oral, que tienen heridas detrás de las orejas; otros con lesiones bucales causadas al alimentarlos por la fuerza.

Descubro la existencia de niños con muchas marcas similares después de que los hayan golpeado con un bate de béisbol.

Hay niños con lesiones en los glúteos porque los han introducido en agua

hirviendo.

Sigo leyendo historiales hasta sentirme enfermo.

Cada vez me resulta más evidente el motivo por el que Clara ha estado tan convencida de que su proyecto de ley es necesario. Hasta ahora yo me he mostrado algo escéptico, pensando que, aunque sus intenciones son buenas, la propuesta viola en exceso el derecho a la privacidad. Mi padre me ha enseñado a ser un acérrimo defensor de la protección de la privacidad y la libertad individual.

Los casos como estos sobre los que estoy leyendo se denuncian a la Policía y a los Servicios de Protección del Menor, que, por su parte, deben actuar con diligencia; sin embargo, todo el mundo sabe que existen casos recurrentes, que el sistema falla en algunas ocasiones, que falla incluso en muchas. Vivimos con ello porque pensamos que no se puede hacer otra cosa, pero tal vez exista una alternativa, tal vez le deba a Faisal Ahmad el intento de cambiarlo.

Justo cuando apago el ordenador, entiendo lo que debo hacer, lo que hace falta. He de convertirme en un denunciante.

13

CLARA

ESTOY EN LA terraza de la primera planta contemplando las vistas.

A lo lejos veo el fiordo de Oslo, algo neblinoso y azul grisáceo, que se funde prácticamente con el vasto cielo.

A menor distancia se encuentra la ciudad; desde aquí solo parece una simple franja gris oscura salpicada de puntitos.

Las vistas me deslumbraron la primera vez que vine a esta casa, mientras los padres de Haavard todavía residían en ella. Ya llevo casi diez años viviendo aquí. Lo mejor siguen siendo las vistas al mar, que se extiende como una especie de puente hacia la granja de mi pueblo natal, con sus vistas panorámicas al fiordo.

Tardé muchos años en comprender que, para gente como la familia de Haavard, un jardín desaliñado es una marca de nobleza. Un jardín bien cuidado al estilo de Hollywood es hortera y poco más. Desde ese punto de vista estamos haciéndolo fenomenal, pues ninguno de nosotros tiene tiempo para dedicarse a la jardinería.

Por suerte, las plantas perennes se cuidan solas. Las primeras lilas ya están floreciendo, este año han brotado más temprano que nunca.

En junio aparecen las peonías.

Ambas especies llevan sobreviviendo cinco o seis generaciones; lo mismo sucede con los viejos y retorcidos manzanos.

«Zona residencial muy atractiva y bien asentada en Vinderen —diría el anuncio en caso de que vendiésemos la casa—. Céntrica, pero al mismo tiempo tranquila, en la calle Haakon den Gode.» Un seto alto protege la

entrada de vehículos, y la manera en que las viviendas están construidas evita que penetren miradas ajenas. Esto permite que la gente vaya y venga sin que los vecinos se percaten del movimiento.

Me doy la vuelta y entro en casa. El dormitorio es mi habitación favorita, cuadriforme, con techos altos y unas molduras ornamentales que también se encuentran en las otras habitaciones. Ventanas antiguas. Terraza exterior. El suelo pintado de blanco. Cortinas blancas y ligeras, una silla de mimbre, una cómoda de roble y, por lo demás, mucho espacio.

Bien ventilado, limpio y ordenado, como a mí me gusta.

En el lado del vestidor dedicado al trabajo tengo diez blusas de seda, todas en diferentes tonos suaves. Cuatro o cinco pantalones, negros, de color gris oscuro y azul marino. Dos o tres faldas.

Un par de veces al año me paso por las tiendas donde sé que encuentro las cosas que me gustan. Por lo general voy a Hugo Boss, Donna Karan o a las que hay en la parte baja de la calle Hegdehaugsveien. Massimo Dutti. Filippa K. Elegancia discreta y calidad. Siempre prendas clásicas de un solo color, mejor de lino, seda, algodón. El mínimo ruido visual posible.

Simplificar las cosas. Así no tengo que gastar tiempo y energía en ir de compras.

Ahora elijo un traje de chaqueta de Filippa K, un pantalón y una chaqueta de lino de color azul marino combinados con un top de seda blanco por dentro.

Me seco el pelo, me maquillo, me rocío con el perfume exclusivo de mi suegra, adquirido en una casa de perfumes en Grasse o algo así.

En mi primera entrevista de trabajo en el ministerio, hace quince años, me presenté con un traje de chaqueta muy caro con un corte bastante clásico que había comprado en el centro comercial Paleet con lo que me quedaba del préstamo estudiantil. Solía ir a la sala de lectura en vaqueros y jersey, por lo que me sentía disfrazada.

Sin embargo, el primer día de trabajo me puse el mismo traje de chaqueta.

Resultó que los demás funcionarios iban vestidos casi como lo hacíamos en la universidad: vaqueros, jersey, quizá una blusa o una camisa; apenas se veían americanas. Vamos, siempre *casual*.

El segundo día estuve a punto de vestirme como los demás, pero cambié de idea en el último momento y me puse una falda negra y un jersey de cuello

alto azul marino con la chaqueta del traje encima.

La ropa dice mucho de nosotros.

Es una forma de inspirar autoridad en la que he perseverado. En casa solo visto vaqueros, camisetas y sudaderas con capucha.

SON LAS 8:00 cuando atravieso la recepción, en donde hay un equipo del canal TV2 montando sus cámaras. Cuando llego a la compuerta, deslizo la tarjeta y entro, espero a que se cierre una puerta y se abra la otra, salgo y me dirijo al ascensor.

Las puertas se abren y Munch sale acompañado de su asesor político. El ministro alza la vista, me sonríe; yo le devuelvo el saludo con un gesto de la cabeza. El equipo de TV2 seguramente esté esperándolo a él.

La cobertura mediática ha cambiado bastante durante los años que llevo aquí.

Los de la prensa son más insistentes, se hace un mayor énfasis en los errores, y el ritmo se ha vuelto mucho más frenético, día y noche; incluso se preparan importantes ruedas de prensa en el momento en el que están recorriéndose a toda prisa los pasillos para encontrarse con los medios.

Entro en el ascensor del que acaba de salir Munch. Una vez en la octava planta, vuelvo a pasar la tarjeta, entro en mi despacho, saco el ordenador portátil del bolso y lo conecto a la base de conexión. Mientras el ordenador arranca, voy al pasillo a por café. Después, me siento, repaso los periódicos digitales y les echo un vistazo a los recortes de prensa.

Y de repente él está en la puerta. El ministro en persona.

—No te levantes —dice cuando hago ademán de incorporarme—. ¿Tienes un par de minutos?

—Sí —respondo y hago un gesto con la cabeza hacia la silla de las visitas, mirándolo expectante. Munch tiene numerosas iniciativas, siempre quiere resolver cualquier asunto por nimio que sea, es extremadamente visible. Es algo que hace que aparezca bien valorado en la prensa. De momento. Pero carece de talento a la hora de establecer prioridades, deja que la presión mediática determine su agenda para conseguir anotarse algunos puntos baratos. Antes o después estas cosas acaban saliendo a relucir. Y entonces uno cae en el olvido. Después de haber renunciado a mi proyecto de ley, espero que esto ocurra cuanto antes.

—Bueno, Clara, no hemos podido hablar en condiciones sobre tu proyecto de ley. Como sabes, yo pensé que conseguiría que prosperara —dice juntando las manos, haciendo crujir los dedos y provocando un sonido que no soporto. Porta una estrecha alianza. Nunca he visto a su mujer, salvo en las fotos de las cenas en el Palacio Real que, por lo visto, él detesta—. Y eso a pesar de que tu propuesta no gozaba de una gran popularidad en este pasillo. Varios de tus jefes pasaron por mi despacho para protestar. Pero tú no dejaste que eso te amedrentara; es algo inusual, he de decirlo.

Entonces caigo en la cuenta.

Ha venido para comunicarme que debo irme o que van a trasladarme a alguna división patética y recóndita para que así pueda perderme de vista.

Por supuesto, no será él quien se haga cargo; esto sucederá, con toda probabilidad, como consecuencia de alguna reestructuración turbia del tipo que solo afecta a una o dos personas. Pero él ha entendido que ocurrirá e indirectamente lo ha permitido para acallar a todos los que están exasperados a causa del proyecto. En cierto modo, le honra que haya venido a comunicármelo; debe de tener cargo de conciencia.

—Estos días no están siendo muy agradables por aquí, ¿no? —dice tanteándome con la mirada—. Debe de significar que este no es el lugar correcto para ti, Clara. Eres demasiado buena para quedarte aquí estancada.

—Sí, sí —digo retorciéndome en la silla; lo que más me apetece es pedirle que se marche, no tengo fuerzas para quedarme aquí escuchando cómo intenta presentar el hecho de que voy a perder mi trabajo como si fuese una oportunidad única, en el mejor de los espíritus políticos.

—Es hora de que continúes con tu carrera. Bueno, entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Eso creo —digo toqueteando la almohadilla de mi escritorio, un viejo bodrio de la Agencia para la Gestión Pública y el Gobierno Electrónico. Es probable que me envíen al departamento de administración, a un polvoriento puesto de planificación.

—¿Y tú qué piensas al respecto? —pregunta.

—Como si mi opinión valiese de algo —respondo mirando fijamente por la ventana; observo las últimas plantas del bloque alto.

—Je, je, creo que estás sobrevalorando mi poder; no puedo obligarte, por supuesto.

—¿No puedes obligarme a qué? —pregunto, pues ahora quiero que este hombre se marche de mi despacho, ya sea ministro o no. Permanece sentado con la pierna derecha cruzada sobre la rodilla izquierda de forma desenfadada, balanceando el pie calzado con zapatos marrones. Por lo visto, en su momento Munch fue un futbolista prometedor.

—Woll va a dimitir—dice; su tono indica que disfruta dándome sorpresas.

—Vaya —comento. No lo había visto venir—. ¿Adónde se va?

—A Hacienda.

—Ajá —digo.

A menudo, los más competentes van a parar al Ministerio de Hacienda si antes no los capta un cazatalentos para puestos directivos en la empresa privada. De la noche a la mañana se transforman en escuderos del ministro de Hacienda en su lucha para mantener el saco de dinero bien atado. Resulta igual de fascinante cada vez que ocurre.

—Y sí —dice Munch suspirando—. Es cierto que es una pena. Pero cuando me enteré, pensé, ¿por qué no hacer algo diferente...? ¿Me entiendes?

—En realidad, no.

—Bueno... Me preguntaba si querrías ser mi nueva secretaria de Estado.

—¿Yo? —pregunto—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No —responde y se ríe un poco—. Eres competente, Clara; además, eres mujer... Pero no, no es por eso —prosigue a la defensiva, seguramente porque ve la expresión de mi rostro—. Eso es solo una de las muchas ventajas. Ante todo se trata de algún que otro factor x; soy bueno para detectar esas cosas. Tienes todos los conocimientos profesionales y la experiencia que debe tener un buen burócrata, pero, al mismo tiempo, posees voluntad de cambio y ferocidad, eres diferente, quieres algo, al contrario que muchos. ¿Qué me dices, podría interesarte?

Está convencido de que voy a aceptar a pesar de lo poco convencional de su pregunta, lo noto.

Una burócrata como secretaria de Estado. Ha sucedido antes, pero no es muy habitual.

—Bueno, igual quieres discutirlo con tu familia; eso está bien, por supuesto, pero espero que lo consideres seriamente.

—Sí, puedo considerarlo...

—¡Estupendo! Pero no tardes demasiado; no voy a disponer de Woll por mucho más tiempo.

—Pero no creo que sea posible —concluyo, y su sonrisa palidece un poco.

¿Convertirme en secretaria de Estado? ¿De Munch? Ni aunque nevase en el infierno.

14

HAAVARD

ESTOY HACIENDO AQUELLO que jamás en la vida pensé que haría. Ahora parece natural. Y correcto.

Bajo por el sendero que hay por debajo de la línea de metro. Hacia abajo y por allá. Allí está el cruce sobre el montículo donde nos encontramos. Me siento sobre una piedra en el sendero que hay debajo de la colina y saco el móvil.

En tres minutos llega su metro.

Tarda tres minutos en llegar hasta aquí; es decir, que en seis minutos estará aquí, y luego caminaremos un minuto apartándonos del sendero, por una senda más estrecha que solo conozco yo.

Strava es genial, una manera impermeable de comunicarse.

Si Clara, contra todo pronóstico, descubriese a *doctorh*, no encontraría a *mrssplendid*, pues es obvio que no nos seguimos; sin embargo, a veces nos felicitamos, ponemos un «me gusta» en las publicaciones del otro o dejamos comentarios. Por supuesto, en un lenguaje codificado de apariencia inocente.

Lo genial es que Clara no conoce la identidad ni de *mrssplendid* ni de *doctorh*. Jamás se llaman por teléfono. No hay mensajes de texto de un alias masculino desconocido, nada que pueda ponernos en evidencia. Ni siquiera somos amigos en Facebook, aunque lo hayamos considerado; quizá resulte más sospechoso no serlo.

Todas estas reglas son, ante todo, para protegerla a ella, pero también por mí.

Echo un vistazo impaciente hacia el metro, añoro verla, abrazarla y, por

fin, hablar con ella de todo lo que ha ocurrido. El rato que permanecemos recostados hablando suele ser el momento más hermoso.

En breve se cumplirá un año desde que todo empezó, con calma y cautela, al contrario que los líos que había tenido en los últimos años, polvos rápidos después de una noche de marcha porque me lo merecía después de haber aguantado durante todos estos años a una mujer cada vez más frígida.

El problema de los polvos rápidos es que rara vez acaban siendo especialmente exitosos. Tan solo en las películas tiene la gente sexo maravilloso con un completo extraño contra una pared en el lavabo; en la realidad suele haber más sinsabores y molestias. Acabé encontrándome con la mayoría de las mujeres solo una vez.

Cuando conocí a Clara le gustaba el sexo; no era demasiado experimentada, pero sentía curiosidad, estaba dispuesta a aprender. Ahora parece algo muy lejano. Si hubiese sido otra persona, yo habría dado por supuesto que se había buscado un amante o que tal vez se había vuelto lesbiana; sin embargo, en realidad pienso que es solo que no está interesada ni en mí ni en otros desde el punto de vista erótico ni de ninguna otra forma.

A la mujer que estoy esperando ahora la conocí antes de conocer a Clara.

Solíamos sentarnos juntos en el auditorio, en primera fila; escribir los trabajos juntos, pasar los descansos juntos. Jamás intenté nada con ella, no por el hecho de tener escrúpulos con las mujeres, pues en aquella época me las tiraba a casi todas, se había convertido en una especie de deporte, pero, como la mayoría de los chavales de Oslo de mi edad, sentía un cierto respeto por las chicas pakistaníes. Eran la fruta prohibida.

No por las chicas marroquíes, turcas o indias, sino por las pakistaníes.

En el último semestre ella se casó con un tipo de Karachi que sus padres habían escogido y que le presentaron como un hombre moderno de la gran ciudad. A ella la situación le pareció horrorosa, por supuesto.

Diez años después de graduarnos nos reencontramos en la unidad de Ullevål y nos fundimos en un abrazo por la alegría de volver a vernos. Al menos le habían permitido trabajar.

Ahora ya llevamos dos años recorriendo los mismos pasillos.

Al principio no era más que una compañera dulce y divertida, inteligente, avispada, ocurrente. Me gustaba, pero eso era todo. Hasta un día en que habíamos compartido una guardia y nos reíamos sobre algo que había

comentado una madre algo insistente. Y mientras estábamos allí riéndonos, cansadísimos, se puso de puntillas y me besó, así como quien no quiere la cosa.

—¡Guau! —exclamé.

Guau. Menuda estupidez, como si fuese uno de mis hijos y no el hijo de mi padre.

Ella, sin embargo, se echó a reír, y esa risa ha iluminado mi existencia durante este último año.

Al contrario que Clara, ella es cálida, cariñosa, se interesa por mí. Merezco que alguien me entienda, que se preocupe por mí, pero últimamente me he preguntado si, contra todo el sentido común y las intenciones, estoy enamorándome. Eso nunca formó parte del plan.

Todas las tías con las que he estado en los últimos años tenían una cosa en común: deseaban más de mí de lo que yo estaba dispuesto a dar. Nada de sentimientos, solo sexo, ha sido mi mantra. Esto es diferente.

Por fin viene hacia mí bajando el sendero.

Un diminuto puntito cada vez más grande.

Siempre es algo extraña esta transición entre vernos como compañeros de trabajo y luego como amantes, pero suele durar tan solo uno o dos minutos. Menos mal, pues no tenemos demasiado tiempo, ya que a pesar de todo tenemos que bajar por la parte de atrás, viajar en metro y volver por separado. Pero nos da tiempo a tumbarnos media hora sobre el brezo, en la colina donde solo el sol puede encontrarnos.

El puntito va haciéndose cada vez mayor. Y luego está ante mí, con zapatillas Adidas, pantalones y chaqueta vaquera. Esta no es la ruta vespertina habitual de *mrssplendid*, está lejos de su casa; la ropa deportiva no es necesaria. Sin embargo, solemos registrar como entrenamiento en Strava nuestro encuentro semanal. Si alguien llegase a preguntar, podríamos decir que hemos hecho uso del tiempo que se nos permite para entrenar en horario de trabajo. Fue idea suya. Es inteligente. Además, eso es justo lo que su nombre significa.

Sabiya, «la brillante».

—ME MARCHO UN par de días al pueblo —me dice Clara la misma noche.

—¿Al pueblo? ¿A la Costa Oeste? —pregunto y ella asiente como respuesta.

Clara siempre dice a casa cuando se refiere a su pueblo, aunque he intentado señalarle que casa debe ser el lugar donde uno vive y trabaja y tiene marido e hijos.

—Por lo visto, mi padre no está muy allá.

Clara y su padre forman casi una simbiosis; supongo que es algo normal cuando tu madre muere. Leif me cae bien, pero no es tan fuerte como su hija. «Deberías haberlo conocido antes», dice siempre Clara. Antes del Líbano. Sin embargo, siempre he pensado que si Leif fuese tan fuerte como Clara, también llevaría bien el tema del Líbano.

—¿Y eso? —pregunto.

—No lo sé —dice ella y sale a la terraza.

—De acuerdo —contesto a su espalda—. Nos las apañaremos solos, ya que lo pides con tanta amabilidad.

No me responde. Nunca lo hace.

En realidad, estar sin Clara unos días no supone ningún problema; estamos acostumbrados. Llamaré a mi madre, yo tengo cosas de las que ocuparme.

MI DESPACHO ESTÁ en la primera planta, pegado a nuestro dormitorio, enfrente del dormitorio de los niños.

La librería de roble hecha a medida que cubre dos de las paredes lleva aquí desde que este era el estudio de mi padre y yo era un enano que se tumbaba debajo de la mesa intentando estarse quieto para que no se le ocurriese echarlo.

En la librería están presentes todos mis héroes. Hamsun, Bjørneboe, Hemingway, además de algunos placeres culpables de la juventud como Forsyth y Follet.

En el centro de la habitación hay un enorme escritorio. Un aparador, un sofá y un sillón, todos son producciones originales del fallecido Fredrik Kayser. En sus tiempos, Kayser residía aquí, en Vinderen, y le encargaron la fabricación de los muebles de las casas vecinas. Kaiser creaba los objetos más sobrios y elegantes, fue una pena que muriese tan pronto. Varios

fabricantes de muebles han empezado a producir sus diseños de nuevo, sin que se haya vuelto tan popular como Wegner, Jacobsen y el resto de los más conocidos.

Me siento junto al escritorio, enciendo la lámpara verde de abogado y el ordenador del trabajo, y abro un documento nuevo.

Todo comienza con el pequeño Faisal Ahmad.

En realidad, Mukhtar Ahmad tuvo un final mucho mejor del que se merecía. Deberían haberlo torturado despacio hasta morir, y lo mismo puedo decir del resto de los maltratadores de la ciudad de Oslo y del país en general.

Es algo que no puedo arreglar yo solo, eso está claro.

Sin embargo, lo que puedo hacer y haré es contribuir a mostrar que el sistema falla. Voy a reunir pruebas de que constantemente vuelven a nosotros niños provenientes de las mismas familias, niños sobre los que ya hemos dado la voz de alarma.

Hay demasiados casos reincidentes; Dios sabe cuántos puede haber. Hay que concretar. Negro sobre Blanco. Aportar la mayor documentación posible.

Un párrafo sobre Faisal Ahmad. Otro párrafo sobre su hermana de seis años, que ingresó hace un año.

Hoy he añadido un caso nuevo, una mujer llamada Susanne Stenersen. Su hija mayor ha venido con el brazo fracturado, el hombro dislocado y otras lesiones extrañas. El hijo menor ha estado ingresado con lesiones craneales y quemaduras, es posible que ocasionadas por un baño con agua hirviendo. Existe la sospecha de que la madre se droga y deja a los hijos solos en casa.

Sus hijos han acudido al hospital hasta en cuatro ocasiones; sin embargo, siguen viviendo con su madre. Es increíble.

Uno de los nombres de la lista me resulta familiar.

Melika Omid Carter, una especie de celebridad de la noche; la recuerdo de Løkka, de antaño. Ha acudido dos veces al servicio de urgencias, la primera vez hace ya doce años, con una bebé que sospecharon que había padecido malos tratos.

Me quedo contemplando la librería de mi padre.

Cuando tenía más o menos la misma edad que mis hijos tienen ahora, él estuvo trabajado sin descanso en algo que pareció durar años, para probar que habían condenado injustamente a un hombre en un caso de homicidio.

Contra todo pronóstico, lo consiguió, y yo me sentí orgulloso de él, claro está.

Sin embargo, lo que mejor recuerdo es su comentario de después.

—Ahí fuera hay un mundo cruel que jamás entenderás.

Me sentí tan pequeño y consentido en aquel momento... Él siempre ha sido grande e importante. Yo nunca lo he sido.

Ahora, por una vez, puedo hacer algo que marque la diferencia.

No tiene sentido presentarle esto a Askildsen o a otro de sus superiores; ellos saben que las cosas son así y viven con ello. Pero no, esto tiene que llegar a los medios de comunicación. Es la manera más efectiva.

La gente piensa que a los periodistas de los periódicos sensacionalistas se les ocurren los llamados casos de investigación por su cuenta. Sé que esto no es así, entre otras cosas, por la exmujer de Axel, el único matrimonio con el que hemos mantenido una relación estable todos estos años, ya que Clara no es una persona muy sociable. Ahora solo tenemos contacto con Axel, pero Caro, que era periodista, me enseñó que cuando VG escribe sobre pederastas es porque la policía ha filtrado información.

Casi todo viene de alguna parte, porque alguien desea poner el foco de interés sobre un tema, llamar la atención sobre algo.

Tengo que comentar esto con Clara; al fin y al cabo, ella trabaja con estos temas. Quizá pueda convertirse en un proyecto común. Echo de menos las discusiones nocturnas que solíamos tener; la noche siguiente al homicidio fue una rara excepción, por lo que solo fue un éxito parcial.

Estoy bastante seguro de que Sabiya sabrá valorar mi compromiso.

Las razones de los seres humanos para hacer lo que hacen rara vez son fortuitas. Actuamos como lo hacemos porque queremos hacer el bien, mejorar un poco el mundo, pero también porque es algo de lo que podemos sacar provecho.

15

CLARA

CRUZO VARIOS PUENTES con el coche. Túneles. Más túneles. Cuanto más me acerco a mi pueblo natal, más a menudo aparecen tramos donde solo cabe un coche a la vez, lugares en los que todo el tiempo hay que estar preparada para esperar a que un coche que venga en dirección contraria pase o, en el peor de los casos, para dar marcha atrás.

He conectado una lista de canciones aptas para viajes a la radio del coche, un clásico tras otro. En este momento suena «99 Luftballons», de Nena. Antes he escuchado a Kate Bush con «Cloudbusting». De Tanita Tikaram, «Twist in My Sobriety». «Heart of Glass», de Blondie, y «One Way or Another».

Blondie es una de mis favoritas.

Me he quedado algo anclada en la música que escuchaba durante la adolescencia, pues luego, de alguna manera, no he tenido tiempo para orientarme. Pero no hay mujeres solo, también tengo a Tom Petty, Dire Straits, Bruce Springsteen, esos viejos héroes que comparto con mi padre.

Me gusta escuchar música mientras conduzco, pero rara vez en otras ocasiones y nunca cuando salgo a correr.

Ahora toca Roxy Music. «More Than This».

It was fun for a while. There was no way of knowing...

Canto, piso el acelerador un poco más.

Maybe I'm learning. Why the sea on the tide. Has no way of turning.

A mi izquierda la escarpada vertiente se hunde en el fiordo y luego está el propio fiordo, con ese color verde que siempre me produce un vacío en el

estómago.

Paso por aquel lugar, evitando como siempre mirar a los lados.

Justo en este punto, lo único que rodea los guardarraíles es el aire. Por lo demás, los arceles resultan coloridos. Geranios de bosque, nomeolvides, dientes de león, cerezos de racimo. Y verde, verde y más verde.

Ahora, tan temprano en el verano, se puede conducir bien por esta zona. A mitad de estación empeoran las condiciones, cuando todo esto está repleto de filas de autocaravanas. Estas han ido expandiéndose en todas las direcciones en las últimas décadas, mientras que las carreteras siguen siendo igual de estrechas.

Entonces, cuando estoy a punto de llegar, cuando solo quedan diez kilómetros de camino, el trayecto en ferri.

Las fauces que se abren. Las ranuras en la superficie del ferri bajo los neumáticos de mi coche. El freno de mano puesto.

Salgo para sentir el viento, echo un vistazo por encima del borde blanco de acero, miro al fiordo, siento el aire fresco y las gotas de agua contra el rostro; contemplo el verde que se extiende alrededor del transbordador, arremolinándose con un gélido y húmedo *crescendo* mientras el ferri avanza con velocidad.

De fondo, el estruendo de los motores, el olor a gasoil y los empleados que caminan ataviados con sus monos, un día tras otro, año tras año.

Nunca bajo a la cafetería; el café, los perritos calientes y el olor a fritura del pequeño espacio cerrado en movimiento me producen náuseas. Jamás he entendido esa nostálgica relación que tiene la gente con los muelles de ferri y las tortitas que venden.

Sin embargo, en Oslo hay algo que siempre está apagado en mí y que aquí, entre las montañas y el fiordo, se enciende.

Algo se abre, de la misma manera que las fauces del ferri se abren tras un trayecto atronador de veinte minutos y dejan salir a los coches, de la misma forma en que el fiordo se abre y adquiere su máxima amplitud cuando pongo el intermitente para desviarme hacia el camino que lleva a nuestra granja, situada en lo alto de la cuenca de un valle, pero con vistas al fiordo.

Todavía no voy a subir allí.

En lugar de ello, tuerzo hacia el aparcamiento que hay junto al hospital del pueblo vecino, el hospital que siempre amenazan con cerrar, por cuyo

mantenimiento hay manifestaciones constantes.

Paro el coche, espero sentada un par de segundos, salgo. El coche, que estaba reluciente y limpio cuando salí, está ahora cubierto por una fina capa de polvo de la carretera.

MI PADRE ESTÁ sentado en un sillón reclinable en la habitación, con la tele puesta; parece ser una especie de documental de EE. UU., pero el sonido está apagado. Tiene los pies subidos a un reposapiés, cruzados. Un libro en el regazo, una taza de café en la mesilla de al lado. Las gafas en la punta de la nariz. Camiseta y vaqueros.

Alza la mirada sorprendido.

—¡Pero, Clara! ¿Has venido? —dice y se lleva la mano a la cara.

¿Tiene lágrimas en los ojos? Dicen que los derrames cerebrales pueden hacer más sensibles a las personas; por lo demás, está igual que siempre. Deja el mando a distancia y el libro de Clive Cussler, se agarra al sillón para intentar levantarse.

Y ahora lo noto, veo que le cuesta mantener el equilibrio; se queda erguido a medias, le tiemblan las piernas.

Lo agarro por el codo, ayudándolo a incorporarse; aparto el reposapiés para que tenga más espacio, coloco los brazos alrededor de su cuello y percibo el agradable olor a papá. El champú, la crema Spenol, Nivea o lo que use para el rostro, el jersey de lana y el chicle de nicotina con el que ha estado atormentándose después de dejar de fumar.

—Siéntate, anda —digo e intento llevarlo de vuelta al sillón.

Mi padre. En la habitación 27. En una cama ajustable, con alarma de cordón y mesilla de noche con ruedas, con uvas y periódicos y un mando a distancia, aseo para discapacitados, tubos fluorescentes y suelo de linóleo.

—¿Nos vamos a casa esta noche, entonces? —pregunta.

—Espera —respondo. Sujeto sus manos entre las mías. Están sorprendentemente frías y parecen más pequeñas de lo que las recordaba. Siempre ha tenido unas robustas manos de trabajador, bronceadas con independencia de la época del año. Ahora parecen tan débiles... Y le han aparecido manchas hepáticas, como si fuese un anciano.

—Déjame que vaya a casa primero, que haga la compra, compruebe que

todo está bien y mañana vengo a por ti, ¿te parece? Así supondrá menos estrés también para los de aquí.

Se queda pensativo, asiente y vuelve a sentarse con cautela.

—¿Te quedarás en casa una temporada?

—Tengo que verlo —respondo, aunque es probable que tres noches sea lo máximo que pueda quedarme. Haavard se va a un seminario en Lysebu. Yo me he tomado un par de días de excedencia por cuidado de familiares; jamás lo había hecho antes, apenas he faltado un día por enfermedad.

En realidad debería llevarme a mi padre a casa ahora mismo, aprovechar al máximo el tiempo que tengo con él, pero necesito una noche para mí. Quedarme sentada en el silencio, contemplar el fiordo, pensar en la alocada idea de Munch y en qué voy a hacer con todo a partir de ahora.

—He visto algo en la televisión sobre un homicidio en Ullevål —comenta él.

Eso quiere decir que está bastante espabilado.

—Sí, la víctima era el padre de uno de los pacientes de Haavard. Se ha implicado mucho en el tema, como es natural —digo arrepintiéndome en el mismo instante. Haavard siempre ha sido un poco negligente conmigo en lo que se refiere al secreto profesional, aunque yo siempre me he cuidado de no transmitirle nada a nadie—. Voy a ir a buscar a alguien que trabaje aquí. Ahora vuelvo, ¿de acuerdo?

Asiente.

—Clara —dice y extiende la mano hacia mí—. No deberías haber hecho este viaje tan largo por mí, aunque me guste tenerte aquí.

Me inclino y lo abrazo brevemente.

—Tú y yo, ya sabes, papá.

—Sí —dice y sonrío antes de que una sombra le oscurezca el semblante. Sigue agarrándome la mano, como para aferrarse a mí—. Pero, Clara, una cosa...

—¿Sí? —digo. Noto que hay algo que se resiste a contarme.

—Recibí una llamada de Kleivhøgda antes de que me pasase esto...

Me estremezco.

¿Eso qué quiere decir? ¿Ha muerto mi madre al final?

—Bueno, la cosa es que Agnes...—dice tratando de dilatarlo, toma

aliento, coge impulso—. Ha empezado a hablar de nuevo. Por lo visto, cada vez recuerda más cosas.

Pasa un segundo, dos.

Náuseas repentinas. Temblor en las manos.

Y regreso a aquel lugar.

El coche se precipita por el arcén y alcanza la superficie del agua con gran estruendo. Mi cabeza se sacude con violencia hacia delante, luego hacia atrás. El agua entra a borbotones.

Todo comienza de nuevo. Una y otra vez.

SEGUNDA PARTE

16

LEIF
1975

UN DÍA DE junio estaba esperando a que llegase un paquete que venía de la ciudad en el autobús cuando ella descendió con su larga falda, su largo cabello y sus largas piernas.

Se quedó mirando extrañada a su alrededor, como si fuese algo casual que se hubiera apeado del autobús justo en aquel lugar. Yo estaba fumando y pensé que era la criatura más hermosa que había visto jamás y que era inaccesible para alguien como yo. Cuando ella me habló, resultó que, de hecho, se había bajado del autobús en el lugar equivocado; despistada como era ella, se había bajado justo allí, donde el fiordo era muy profundo, la ladera muy empinada y la carretera se desviaba hacia el valle donde se encontraba mi granja, al fondo.

Era uno de esos días vibrantes y neblinosos en los que las montañas y el fiordo se fundían en un mismo color azul oscuro y entre ellos todo lucía rabiosamente verde, muy verde, las cimas repletas de nieve; sí, uno de esos días en los que todo aquello se mostraba cubierto de sus mejores galas. El próximo autobús iba a tardar mucho en pasar. Por lo tanto, ella me acompañó a la granja y a mí se me olvidó todo lo que iba a hacer aquella tarde, los animales que necesitaban mis cuidados, la cerca que iba a levantar, la hierba que iba a segar.

Agnes no cogió el autobús aquel día y tampoco el siguiente.

Se instaló en casa con lo que llevaba en su mochila; un par de faldas, dos blusas, sandalias, un cepillo para el pelo. Mis padres habían muerto, la granja

y la casa me pertenecían, no tenía que pedirle permiso a nadie para que ella se quedase. Ni siquiera lo hablamos entre nosotros.

Solo se quedó.

Sus piernas lucían curiosamente morenas bajo las faldas. Por las noches se quedaba dormida sobre mi brazo. A menudo permanecía tanto tiempo así que al día siguiente tenía el brazo entumecido y lánguido, pero jamás se lo dije. Por las noches solía despertarme y encontrármela desnuda, arrodillada sobre la cama, haciéndome cosquillas en la cara con su larga melena rubia.

Recuerdo que aquel verano los pájaros cantaban todo el tiempo sin cesar y siempre hacía sol.

Dulce. Fue lo primero que pensé de ella; era tan transparente, tan liviana y delicada... Luego me llamó la atención lo introspectiva que era; sin embargo, descubrí enseguida que poseía una personalidad compleja, además de una voluntad de hierro. Eso también me gustó de ella.

Entonces un día, tan solo un año después de que se bajase de aquel autobús junto al fiordo, en el hospital de la pequeña localidad que había a una hora y media del pueblo, Agnes y yo nos convertimos en padres.

Fue una niña que nació por cesárea y, por lo tanto, fui yo el que la sostuvo en brazos durante sus primeras horas de vida. Era tan diminuta que su cabecita casi desaparecía entre mis manos.

Se iba a llamar Klara, como mi madre, estaba decidido por completo; sin embargo, por algún motivo, Agnes insistió en Clara. Traté de protestar, pero fue inútil. Acabó llamándose Clara, a pesar de que a mí me parecía un nombre ajeno y extraño. Clara con C, como solía decir Agnes.

Al principio, Agnes se sentía muy cansada, era como si todo en ella se hubiese transformado un poco, entre nosotros; era difícil explicarlo de otra manera.

—Yo me ocupo de ella si quieres descansar —ofrecía yo asintiendo hacia el bebé, algo que a ella le parecía bien. Amamantaba y dormía, amamantaba y dormía, pero lo pasaba mal, tenía los pezones doloridos, le sangraban; los pechos le dolían por la retención de leche, como a las vacas cuando se les inflaman las ubres, solo que peor.

Cuando Clara no estaba mamando, yo me sentaba en la mecedora junto a la ventana con ella sobre el pecho, contemplando el fiordo más abajo, o daba paseos con ella por la granja, pues el trabajo no había desaparecido; había

que cuidar y alimentar a los animales, impermeabilizar los tejados. Llegó la época de siega del heno, la recolecta y la esquila de las ovejas, cosas que necesitaban reparación, impermeabilización, arreglos varios, todo eso. Y Clara me acompañaba.

Yo apenas dormía por las noches y menos aún durante el día; debería haber estado exhausto. Sin embargo, no lo estaba. Me pasaba todo el día sonriendo, no me cansaba de contemplar a aquella pequeña criatura que dormía en el carrito.

Y pensar que eran mías, Clara y su madre. Ellas eran mi rebaño, del que siempre iba a cuidar.

No obstante, sentía cierta inquietud por el hecho de que Agnes no pareciese interesarse por la pequeña. De vez en cuando se ponía en cuclillas y farfullaba un poco con ella, le hacía algunas muecas; entonces el pequeño rostro de la niña se iluminaba. Aquello, por lo visto, resultaba demasiado para su madre, pues cortaba la interacción y se encerraba de nuevo en sí misma, volviendo a su estado inmóvil y taciturno. Cuando esto ocurría, Clara empezaba a alborotarse, agitaba los brazos, soltaba pequeños chillidos.

En general esto acababa conmigo acercándome a ella para tomarla en brazos, jugar a los aviones, hacerla gorjear y reírse, y entonces todo volvía a colmarse de alegría; sin embargo, había momentos en los que me preguntaba cómo se desarrollaban las cosas cuando yo no estaba cerca. A medida que pasaba el tiempo iba observando que Agnes intentaba comunicarse cada vez menos con Clara. La niña estaba sentada en su mecedora agitando los brazos mientras su madre deambulaba por la habitación inmersa en su propio mundo, enfrascada en sus pensamientos.

Empecé a llevarme a la pequeña a todas partes. Al principio iba subida a mis hombros, pero al cabo de poco tiempo Clara ya corría por el patio, los prados, el establo; por todas partes. Fuese a donde fuese yo, ella venía detrás, con su peto y sus zapatillas, con una gorra de visera en la cabeza que se parecía a la de la cooperativa agrícola que llevaba yo.

Mucho antes de que ella aprendiese a hablar, empecé a hablarle yo. Le contaba todo lo que hacía y por qué lo hacía. Con el tiempo empezó a hacerme preguntas sobre los árboles de los prados, el agua del arroyo, las hormigas de la tierra, las estrellas y las nubes y todo lo que existía.

Así transcurrían los días, como una eterna conversación entre ambos. Y

un día pude comunicarle que iba a convertirse en hermana mayor.

Su madre llevaba a un bebé en la tripita que iba a crecer y a hacerse grande ahí dentro hasta que un día saliese un niño o una niña, un pequeño ser humano que iba a formar parte de nosotros, de nuestra pequeña familia.

El bebé nació sano, con dedos en las manos y en los pies, y unos lóbulos y unas pestañitas minúsculas. Era más tranquilo que Clara, se pasaba gran parte del día durmiendo. También lo hacía su madre. Era yo el que le cambiaba los pañales, le ponía su abrigo, lo llevaba detrás en el coche hasta el pueblo donde dejábamos a Clara en la guardería. Así lo habíamos acordado Agnes y yo, que sería beneficioso para Clara ir a la guardería, conocer a otros niños, a pesar de que los adultos estuviésemos en casa todo el día.

Clara regresaba a casa con dibujos y figuritas hechas de masa de sal, corazones de abalorios y un mar de historias. Yo me había temido que fuese a acabar siendo tan peculiar como su madre, pero cuando descubrí lo extrovertida que era, cómo absorbía el mundo, pude suspirar aliviado.

Agnes solía quedarse en la cama hasta el mediodía, de espaldas a mí y con el edredón entre las piernas; apenas se giraba hacia mí cuando entraba con Lars en brazos.

Los días iban y venían, y Lars alcanzó la edad en la que también lo llevaba a la guardería por las mañanas. Los dos permanecían juntos después de entrar por la puerta y se despedían de mí.

Clara, con su pelo rubio rizado recogido en dos pequeñas trenzas a los lados, trenzas que yo le había hecho aquella mañana.

Lars, con su fino cabello alborotado.

Agnes empezó a levantarse de la cama, realizó un curso por correspondencia, dijo que quería tener un oficio. En ocasiones incluso me acompañaba fuera a trabajar.

La vida nos sonreía.

Era indudable que muchas tareas recaían sobre mí, pero cada noche, cuando por fin podía sentarme en mi sillón de cuero, pensaba en lo afortunado que era de tener a estos pequeños y cálidos seres en mi vida.

17

CLARA

ME ACOMODO EN el desvencijado sillón de cuero de color beige de mi padre y me quedo contemplando las vistas.

Los últimos vestigios del invierno se aferran a las laderas de la montaña como reses blancas en la sierra. Las praderas verdes con las ovejas y sus retoños. Los corderos están ahora en su momento más hermoso, excitados, retozones, aunque todavía son muy jóvenes. Incluso aquí dentro de la casa puedo oír sus cencerros y sus balidos. Llaman a sus madres y ellas les responden.

Más allá de los prados hay un cinturón de bosque lleno de frondosos árboles de un verdor primaveral.

Luego, a lo lejos, está el fiordo, que desde aquí luce como un manto azul grisáceo, aunque yo sé que centellea y resplandece bajo el sol vespertino.

El fiordo, cuya profundidad jamás podrá conocerse; puede ser de diez metros, de cien, de mil. El fiordo, que alberga enormes peces, marsopas, vieja chatarra de coches y Dios sabe qué.

El fiordo es su propio dueño, no se le puede derrotar cuando ha tomado su decisión. Aunque ahora el cieno de las minas se vierta en los fiordos y el plástico invada las bahías, yo imagino que, a pesar de todo, el fiordo es el más poderoso. Y el más peligroso.

El fiordo me pertenece. Todo aquí me pertenece. Es un lugar seguro y, al mismo tiempo, no lo es.

—Dios mío —fue lo único que fui capaz de articular hace un rato cuando mi padre me contó lo de mi madre.

Perder la memoria a consecuencia de la terapia de electrochoque, como a la que la sometieron a ella hace mucho tiempo, por lo visto es un efecto secundario muy frecuente. Me he informado bien sobre el tema, estoy al tanto, y en realidad su evolución resulta bastante singular y sorprendente.

La terapia electroconvulsiva es cada vez más frecuente, a menudo sin el consentimiento del paciente; por ejemplo, a un hombre inmerso en la crisis de los cincuenta lo sometieron a una terapia de electrochoque después de comenzar a sufrir una leve depresión y se despertó sin recordar nada de los últimos veinticinco años, ni siquiera a su mujer y a sus hijos. Como es natural, acabó profundamente desesperado porque lo hubieran despojado de toda su existencia, su historia.

Quizá mi madre sentía lo mismo, quizá le era indiferente. No tengo la más mínima idea; en realidad, nunca la he conocido.

Los últimos treinta años ni siquiera la he visto.

—La mujer que llamó quería que fuésemos a ver a Agnes. En su opinión, podría resultar beneficioso para ella —había añadido mi padre.

—Dios mío...

—Sí, está claro que está fuera de cuestión.

—Exacto —dije—. ¿Alguna vez has ido a verla?

—¿A la residencia? No. ¿Y tú?

Su rostro lleno de surcos, como una montaña erosionada.

—Nunca. Pero ¿crees que tu malestar se debe a que te llamaron para hablar de ella?

—No —respondió con una pálida sonrisa—. Habría ocurrido de todas formas. Pero, Clara... Prométeme que, pase lo que pase, no irás a verla. ¿De acuerdo?

Y yo se lo había prometido.

Sin embargo, en este momento me hallo considerando hacerle una visita a Agnes al día siguiente. El hecho de que haya recobrado la memoria lo cambia todo; sin embargo, sería dar un gran paso, sobre todo después de tantos años contemplándolo como algo impensable.

Me pongo un jersey de lana, agarro una piel de oveja y me voy a la terraza. Bella, la vieja y gorda gata de mi padre, me sigue y pega un salto para subirse a mi regazo, donde se acurruca como una pelota. Por lo general

me odia, pero en ausencia de mi padre parece conformarse conmigo.

Enciendo un porro mientras la penumbra se cierne despacio sobre mí.

Fue Haavard el que me ofreció mi primera pipa aquel primer verano; para él era una especie de actividad festiva.

Yo, por mi parte, descubrí que el hachís me proporcionaba la grata sensación de estar anestesiada. Cualquier sentimiento, todos los pensamientos oscuros se atenuaban; me evadía de mí misma durante unos instantes.

Haavard, por supuesto, lo dejó hace mucho tiempo. Como la persona alegre que es, no tiene esa necesidad. Nada le atormenta. Él no tiene a mi madre y tampoco a Lars. Para él la vida ha sido fácil.

Contemplo el enorme jardín de la abuela Klara. He oído que siempre le interesaron mucho las plantas y los arbustos. Desde sus tiempos, el jardín ha ido decayendo. Cuando yo era pequeña, mi madre cuidaba las flores cuando pasaba por buenas temporadas, inclinada sobre los parterres con botas de agua y largas faldas, como en los cuadros de Nikolai Astrup, pintados no muy lejos de aquí.

En aquella época se parecía a Joni Mitchell, aunque era aún más hermosa y frágil.

Me imagino cómo estará ahora. Gorda y horrible, llevando un chándal manchado, el cabello grasiento y largos vellos en el mentón. Unos párpados pesados. Un rostro hinchado imposible de reconocer.

Su afición por el jardín fue muriendo; fue como con todo lo demás, mucho ruido y pocas nueces. Y mi padre tenía mucho de lo que ocuparse. Hoy en día corta el césped con guadaña; solo resisten las plantas perennes y los arbustos más macizos.

El dorado laburno común, por lo visto, es el más grande del pueblo. Las lilas violáceas, moradas, blancas. El jazmín. La madreselva. Ambos tan luminosos, delicados, blanco crudo, cada uno con su aroma distintivo. Y el acebo, también llamado espina de Cristo, mi favorito. Sus hermosas flores en primavera. Sus bayas rojas en otoño. Y su nombre.

Ahora el jardín se vuelve cada vez más sombrío y tenebroso. El rumor del río, los pajaritos, los cencerros de las ovejas, todos los sonidos se debilitan ahora que se acerca la noche.

Como siempre, me apetece otro porro, pero me aguanto. Todo en su justa medida; hay que mantener el control, no exagerar. Entro, me tumbo en el

suelo y realizo algunos de mis ejercicios de respiración. Me dedicaba mucho a ellos antes de empezar a fumar, antes de que tuviese idea de que existía algo llamado *pranayamas*; ni siquiera sabía que existía algo que se denominaba técnicas de respiración.

Yo misma me inventé los ejercicios, di con ellos a través de la experimentación. Cada mañana, cuando me despertaba, los practicaba. Cuando veía la tele, los practicaba. En verano, los practicaba cuando me bañaba en la poza del río.

Al principio solo consistían en mantener la respiración todo el tiempo posible.

El récord mundial estaba en ocho minutos para hombres y seis para mujeres. Algún día, si practicaba y lo intentaba lo suficiente, quizá llegaría a batirlo.

No lo he conseguido; sin embargo, sigo ensayando todos los días.

La mejor práctica consiste en contraer el estómago al espirar y empujarlo hacia fuera al inspirar, y así varias veces antes de inspirar profundamente, realizar la llave del cuello y la llave raíz, y luego mantener la respiración durante el tiempo que uno pueda. Luego se liberan los cierres y se espira con calma.

Normalmente hago tres tandas de veinte y treinta y cinco respiraciones cada una.

Si tengo tiempo, a menudo hago la variante extrema: diez tandas de cien respiraciones cada una.

Esto hace que me sienta llena de energía y con la cabeza despejada, me proporciona fuerzas para hacer más de lo que realmente soy capaz. Practicaba estos ejercicios constantemente cuando trabajaba en el proyecto de ley; ahora intento prepararme para lo que me espera al día siguiente.

No he estado en casa sin mi padre desde que él se fue al Líbano. Ahora tampoco llevo bien lo de estar aquí sola; sin embargo, es posible que su compañía no hubiera servido de nada esta noche, ya que lo único que hago es reflexionar sobre si ir a visitar a Agnes o no.

Saco el teléfono y le envío un mensaje a Haavard: «¿Puedo quedarme unos días más por aquí?».

Tratándose de mí, resulta un mensaje muy servil, pero me vendría muy bien poder quedarme algo más de tiempo.

Arriba, en la primera planta, los techos son bajos, las paredes de madera están pintadas de amarillo; los antiguos baúles, ubicados bajo el techo inclinado; el suelo es verde; un par de jarapas tejidas por mi abuela paterna.

En primer lugar, entro al antiguo cuarto de Lars. Está igual que siempre. Mi padre y yo estamos de acuerdo en dejarlo tal cual, pero no creo que él entre jamás. Cuando hay más personas en la casa, se cierra con llave. Me siento sobre la cama. Sujeto a Colargol, el osito de peluche de Lars, me lo coloco sobre el regazo y lo abrazo con fuerza; empiezo a cantar.

«Pajarito que cantas en la laguna...»

Es la canción que yo le cantaba todas las noches, a las ocho.

Sus cosas. El parque de bomberos de Lego. El caballito balancín. Su estuche en el escritorio. Los carteles de pájaros. Alzo el osito y lo huelo, hundo la nariz en la almohada; todo huele a viejo y polvoriento. Me arrepiento de haber entrado. Coloco el osito en su sitio, entro en mi habitación, abro la ventana y dejo penetrar el aire nocturno.

Entonces abro el chirriante cajón superior de la cómoda y saco el colgante, un cordón con una esquirra. Me lo acerco al cuello y me contemplo en el pequeño espejo que hay sobre la cómoda. La lámina de cristal es tan antigua que mi rostro se refleja torcido y deformado.

El teléfono emite un pitido.

«Tengo que ir al seminario en Lysebu, no tengo otra opción. Confío en que vuelvas a casa, como dijimos.»

Guardo el teléfono sin responder.

Fuera, hasta las ovejas guardan silencio. El único sonido que se aprecia es el rumor del río, cuyo caudal es más grande que nunca a causa del acelerado deshielo en la montaña.

Me desvisto y levanto la colcha hecha a ganchillo. Debajo veo la funda de edredón de color celeste con nubes blancas, la que más me gustaba cuando era pequeña.

«Clara celeste —solía decir mi padre cuando me arropaba—. Dulces sueños», decía a continuación, y luego me besaba en la frente.

Siempre dormía muy bien, hasta que me despertaban los gritos de mi padre.

Pero esta noche no voy a poder dormir.

18

HAAVARD

ESTOY SENTADO CON un periódico y un cortado fuera, en Ullevålsveien. He encadenado la bicicleta a una farola, por delante camina gente feliz a paso veloz vestida de verano y estrenando gafas de sol. Es como en los viejos tiempos, en la frontera entre la adolescencia y la vida de adulto. Clara y yo vivimos unos años muy cerca de aquí, en una de las casas inglesas de Geitmyrsveien.

Son las dos de la tarde, la reunión que tenía en el centro concluyó hace media hora y quedan varias horas antes de que tenga que ir a por los chicos, pero me he tomado el resto del día libre y he decidido no volver al despacho. Necesito despejarme un poco, elaborar una estrategia sobre cómo proceder con las denuncias de aquí en adelante.

En los periódicos digitales, el caso de Mukhtar Ahmad ha pasado a un segundo plano. Sostienen que la policía ha encontrado un cartucho vacío oculto entre las alfombras de oración. Junto a las balas que se encontraron en el cadáver de Ahmad, el casquillo constituye una pista sobre la clase de munición y, por consiguiente, el arma que se empleó.

Se ha establecido que el homicidio se cometió entre las 22:15 y las 22:20 horas, en parte gracias a la declaración del vigilante de seguridad y, además, porque el personal médico que acudió midió la temperatura corporal del cadáver.

El hecho de que alguien siguiese a Ahmad y le disparase con silenciador indica que el homicidio fue premeditado, es posible que relacionado con el entorno en el que se movía la víctima. Al mismo tiempo, nadie sabía de

antemano que Ahmad fuese a acabar en la sala de oración aquella noche. Nosotros éramos los únicos que sabíamos que se dirigía a aquel lugar. Que fuese justo allí donde lo habían asesinado podría indicar un homicidio menos premeditado, quizá cometido en estado de enajenación mental; no obstante, es demasiado pronto como para sacar conclusiones tajantes.

Necesito otro café; de repente me siento entumecido y débil. En el momento en que me dispongo a levantarme para entrar, veo un rostro familiar saliendo de una cafetería a unos metros de distancia.

Sabiya.

Empuja la puerta con el codo; lleva una bandeja con dos cafés y una bolsa de papel en la que pone «Pascal».

Y ella, ¿por qué no está en el trabajo a estas horas?

Estoy a punto de levantarme y alzar el brazo para saludarla, pues a pesar de todo, somos compañeros cercanos, pero entonces se levanta un tipo que estaba esperándola fuera.

La besa. Y ella le entrega uno de los dos vasos de cartón.

El tipo también es pakistaní, tiene mi edad o tal vez sea algo menor. Es delgado y me asombra lo apuesto que está con su traje oscuro y su camisa blanca. Sabiya lleva unos vaqueros ajustados de color gris oscuro, zapatos de tacón y una americana blanca.

Qué pareja más hermosa.

Lo reconozco por la foto familiar que hay sobre el escritorio de ella; sin embargo, sus ojos no parecen despiadados, falsos, como me había imaginado, y son cálidos, llenos de humor, avispados.

Es como si me propinasen una bofetada. Me echo para atrás en el asiento, noto la ruda pared de hormigón contra la espalda bajo la fina tela de la camisa.

Sabiya tira la bandeja de cartón en una papelera que hay fuera; podría habérsela ahorrado. Luego cruzan la calle en diagonal, cada uno con su café en la mano. El tipo la rodea con el brazo, ella lo mira y ríen.

Se me revuelve el estómago. Tengo ganas de acercarme y agarrarla del brazo, preguntarle qué está haciendo, por qué ha pintado a su marido como a un puto monstruo cuando abiertamente parecen tan felices.

Sin embargo, permanezco sentado donde estoy, inmóvil por completo.

Se suben a un Tesla blanco, un bicharraco enorme y reluciente. Ella se monta por el lado del conductor mientras que él rodea el vehículo para acomodarse en el asiento del copiloto, orientado hacia el parque. A continuación, Sabiya pone el intermitente y se aleja de la acera, incorporándose a Ullevålsveien. El vehículo desaparece en silencio calle arriba.

Yo me quedo sentado, pensando en cierta anécdota que ocurrió este invierno. En la pistola que ella me mostró, la que guardaba bajo llave en uno de los cajones de nuestro despacho, y en lo que ella me contó de su marido, un lunático y celoso patológico. La historia me conmocionó tanto que se lo conté todo a Clara al llegar a casa.

Por supuesto, le pedí encarecidamente a Sabiya que sacase la Glock de nuestro despacho; sin embargo, nunca llegué a comprobar que lo hiciera.

Una gaviota se acerca volando desde alguna parte calle arriba donde en su momento había un quiosco de Narvesen y una parada de taxis delante de una especie de espejo de agua. La gaviota grazna como una poseída, sobrevuela la calle en círculos antes de acercarse a la acera frente a mí, soltar una cagada en forma de franja blanca sobre el asiento de mi bicicleta y volver a alzar el vuelo con graznidos coléricos.

Sabiya está ocultándome algo. Lleva una vida de la que al parecer no sé nada, que no se corresponde con la imagen de esposa aterrorizada y sumisa a la que apenas dejan salir de casa.

Si miente sobre eso, ¿sobre qué más puede estar mintiendo?

Todavía quedan más de dos horas antes de que tenga que ir a por los niños. Decido volver al trabajo para intentar averiguar el motivo por el que Sabiya no ha ido hoy, pero, antes que nada, tengo que encontrar unas servilletas para limpiar el asiento de mi bicicleta.

LA LUZ DEL despacho está apagada. Enciendo el ordenador, compruebo el calendario de Sabiya. Solo dice «reunión» de 12:30 a 15:00 horas. Debería quedarme a trabajar un poco en el artículo o las denuncias, pero ahora mismo no tengo la calma que ello requiere; la jornada laboral está llegando a su fin, mañana empezaré de nuevo con renovadas energías.

Fuera de Espresso House me encuentro a Bente, alegre y enérgica, a punto de tomarse un capuchino adornado con un corazón.

Se me ocurre una idea, un pensamiento desvergonzado.

—¡Ey! —exclamo gesticulando con los brazos—. Justo la persona a la que quería ver.

Ella se sonroja.

—¿Estás esperando a alguien o puedo sentarme un rato contigo?

—Supongo que a ti no puedo decirte que no —responde ella, coqueta como una adolescente.

No se trata precisamente de un lugar romántico este en el que nos encontramos. El Espresso House del hospital es más bien un local triste en el que las mujeres sin cabello disfrutan de un atisbo de normalidad.

Café con espuma. Música. Lámparas, estufa y mantas. Voces, jaleo. La vida real, vamos.

Pido un batido verde; no me apetece tomar más café hoy. Bente sorbe discretamente la espuma del capuchino. Sus ojos están ocultos tras un par de enormes gafas Ray Ban; su sonrisa, sin embargo, es picarona, coqueta. Antes era jugadora de balonmano y conserva un cuerpo macizo; es parlanchina, tiene pecas y cabello rubio a media melena aclarado por el sol.

Es mona de una forma natural. Es tan distinta a mis otras dos mujeres que resulta liberador. Seguro que la convivencia con ella es poco complicada, aunque es posible que guarde alguna sorpresa, que sea una tigresa en la cama, con la crudeza que le viene de la cancha de balonmano.

—Bueno, por desgracia no puedo quedarme mucho rato —se lamenta Bente—. Tengo a los niños conmigo. Me cuesta conciliarlo todo; en realidad, debería estar trabajando en una consulta médica, pero no me apetece nada, qué aburrimiento...

Asiento comprensivo.

—Clara se ha ido a su pueblo, por lo que estoy solo estos días; es más que suficiente para mí, no entiendo cómo te las apañas.

Que uno se haga cargo de los niños en solitario, aunque solo sea por unos días, es algo que les encanta a las mujeres.

—Yo tampoco lo entiendo —dice soltando una risita.

—¿Sabes? —digo, tomo impulso—. Hay un asunto que debería discutir con Sabiya, pero no está en el despacho. ¿La has visto?

—Pues no, pero no es fácil tener controlada a esa chica, ya sabes —dice

con una sonrisa torcida.

—¿A qué te refieres?

—Fuimos juntas al colegio en Grünerløkka. ¿No te lo había comentado? Niego con la cabeza.

—¿Sabiya tampoco?

—Creo que no —respondo, aunque las dos lo han mencionado antes. Varias veces.

—De acuerdo —dice Bente; parece algo decepcionada—. En cualquier caso, también vivíamos bastante cerca, pero jamás fuimos íntimas. Me quedé boquiabierta cuando ella apareció por aquí como médica...

—¿Por qué? —pregunto—. ¿No se convierten la mayoría de los pakistaníes intachables en médicos?

—Pues sí —dice ella entre risas, le da un sorbito al café y usa la cucharita para retirar la espuma que se ha pegado a los bordes de la taza—. Pero no considerábamos precisamente a Sabiya como una persona intachable. Lista como ella sola, eso está claro, siempre muy aplicada en sus estudios; sin embargo, es como que ella pertenecía al otro lado, pasaba el tiempo con una de esas bandas. ¿Entiendes?

—En realidad, no —respondo con una sonrisa—. En mi clase solo había dos inmigrantes; uno era el hijo del embajador portugués, el padre del otro era un británico que dirigía la oficina de Statoil en Oslo.

—Bueno, pues en secundaria Sabiya siempre iba con pantalones caídos y unas sudaderas con capucha tan grandes que parecía ahogarse en ellas. Pasaba el rato con lo peor de lo peor; yo y los demás alumnos serios le teníamos miedo.

—¿Teníais miedo a una chavala que mide uno cincuenta y cinco? —pregunto entre risas.

—Pues sí —constata Bente—. Siempre andaban por el centro, en Arkaden o fuera de Oslo City, los lugares típicos. En una ocasión, una amiga mía de Gambia se dio el lote con un chaval marroquí con el que Sabiya había tenido un rollo. Esa chica se llamaba Jeanette, medía casi uno ochenta y parecía sacada de la final de los cien metros lisos de los Juegos Olímpicos. Era la chica más dulce del mundo. Ambas éramos jugadoras de balonmano, vaya. Por cierto, ella es enfermera aquí ahora. En todo caso, Sabiya se acercó a ella después del colegio para arreglar las cosas.

—¿Y entonces? —pregunto.

—En lugar de eso, Sabiya pegó un salto y le dio un cabezazo a Jeanette.

—¡Menuda salvajada! —exclamo.

—La tía albergaba una ira increíble, supongo que ahora ha aprendido a ocultarla mejor, pero me trataba con bastante frialdad cuando empezó a trabajar aquí; a lo mejor se sentía amenazada por el hecho de que yo supiese quién era. He estado preguntándome, si el tipo ese al que le dispararon la semana pasada no pertenecería a la misma pandilla que ella.

Le echa un vistazo al reloj.

—Mierda, tengo que irme si quiero llegar a tiempo a la guardería. Tengo que subir hasta Oppsal, ya sabes.

—Yo también tengo que ir a recoger a los niños de las actividades extraescolares; les gusta volver pronto a casa. Pero podemos tomarnos un café otro día, ¿no? —comento cuando ella se levanta.

—Yo encantada —responde y se le ilumina la cara.

Me levanto con ella, con intención de darle un abrazo. La agarro bien de los hombros y la beso en la mejilla.

—Ay, qué majo —dice ella y sonrío coqueta antes de marcharse con veloces pasos de enfermera.

Cuando ha recorrido veinte metros se gira y se despide con la mano. Yo le devuelvo el gesto.

19

CLARA

TRAS PASARME LA noche entera cavilando, me levanto sobre las cinco de la mañana. Ya he tomado una decisión.

Para ir a ver a Agnes debo conducir una hora y media.

Primero debo tomar el mismo ferri con el que llegué el día anterior. El mismo traspasador, el mismo revisor. Me saluda risueño. Yo digo lo mínimo posible. Considero quedarme sentada en el coche, pero lo de contemplar el fiordo, a pesar de todo, es como un ritual; por ello, me bajo del vehículo y me sitúo junto a la borda.

Cuando llego a la residencia permanezco en el coche y hago mis ejercicios de respiración durante bastante rato. Abro la puerta, me bajo, contemplo la oscura y empinada montaña que se alza justo detrás del edificio. Más arriba, el cielo luce de un intenso color azul. Un avión atraviesa el paisaje dejando una estela blanca a su paso. Recuerdo durante unos instantes cuando era pequeña y veía pasar los aviones, siempre fantaseando sobre su procedencia, preguntándome adónde iban, quiénes iban a bordo.

No me apetece, bajo ningún concepto, entrar en este edificio.

Todo mi cuerpo se tensa, intenta oponer resistencia.

Y encima le he prometido a mi padre que no vendría.

«Sin embargo, tengo que hacerlo. Y debe ser ahora, tengo que hacerlo de una vez.»

—¡Clara! ¡Caray! Cuánto tiempo, ¿no? —dice la de la recepción; es evidente que cree que me conoce.

Echo un breve vistazo a la placa que lleva en el pecho.

Se llama Bodil, tiene el pelo moreno corto, teñido de un color demasiado intenso, y lleva el flequillo largo hacia un lado. Varios aros de oro en cada oreja. Un bronceado artificial, treinta o cuarenta kilos de sobrepeso; unos muslos enormes debajo del pantalón blanco de uniforme. Algunos tatuajes borrosos azul grisáceos en los antebrazos morenos.

¿Puede ser alguien con quien haya estudiado? ¿En el instituto?

Tiene el aspecto de una abuela de casi sesenta años, algo que es habitual en las mujeres de cuarenta en esta zona. A menudo me he preguntado qué es lo que hace que los cuarentones aquí, en general, parezcan veinte años mayores que la gente de Oslo; sin embargo, cuando Haavard hace algún comentario al respecto, siempre protesto.

—Creo que no has venido por aquí antes, ¿no? —pregunta y le echa un vistazo a su cuaderno.

—No —respondo, no tengo ninguna intención de darle explicaciones a esta mujer.

—Agnes está en el edificio para pacientes de larga duración, está justo al otro lado. Ven, que te acompañe —dice y empieza a caminar enérgicamente con los pies enfundados en sus zapatillas blancas—. Tu madre no está muy acostumbrada a recibir visitas. Está muy medicada y, en general, tranquila, por no decir apática. Es probable que no hable mucho, aunque es cierto que ha empezado a hacerlo; es increíble, nadie había pensado que fuese a ocurrir...

No digo nada y, al fin, Bodil también se queda callada.

El pasillo huele a medicamentos y a productos de limpieza; añoro la terraza de la casa, los cencerros de las ovejas, los pajaritos y el rumor del río, pero no me queda otra que entrar, quedarme un rato y luego volver a marcharme.

Bodil abre la puerta principal del edificio con una tarjeta. Huele a recién pintado y me sobreviene una oleada de náuseas.

Una vez, cuando era pequeña, Agnes preparó un guiso de cordero con repollo al mismo tiempo que estaba pintando la cocina; debía de estar en un buen momento en aquel entonces. El guiso se quedó varios días ahí apestando y el olor a repollo cocido se mezcló con el de la pintura. Desde entonces no soporto ninguna de las dos cosas.

—Tenemos que subir a la primera planta —dice Bodil y empieza a subir

la escalera. Una vez arriba, abre una puerta en la que figura mi apellido y entra.

Nada coincide con lo que me había imaginado.

Aquella mujer gorda y horrible no existe.

Es posible que haya intentado convertir a Agnes en algo menos amenazante, en algo menos parecido a sí misma, para ser capaz de verla.

Sin embargo, la mujer que ahora se incorpora de la silla casi no ha cambiado nada en treinta años. Su cabello luce apagado y en su rostro hay dibujada una fina red de líneas de expresión, como una especie de filtro fotográfico, pero resulta sorprendente que tenga tan pocas arrugas. Sus ojos han perdido el brillo, pero es igual de delicada y delgada; está bastante flaca, de hecho. La misma espalda recta, el cabello todavía le llega a la cintura. Lleva una falda larga con estampado floral y una blusa blanca, ahora igual que entonces.

¿Se trata de la misma ropa? ¿O le han comprado ropa nueva idéntica?

En cualquier caso, me quedo con la sensación de que ha permanecido aquí tendida como una Bella Durmiente marchita durante treinta años.

Soy incapaz de pronunciar una sola palabra; al final es ella la que habla.

—Vaya, ¿eres tú? —dice esbozando una especie de sonrisa y mirándome directamente, atravesándome con la mirada.

Se me eriza el vello de los brazos. Le echo un vistazo a Bodil.

—Bueno, yo me marchó, entonces —dice—. Llamadme si necesitáis algo.

Cierra la puerta tras ella.

—Sí —digo—. ¿Nos sentamos? —añado a continuación y hago un gesto con la cabeza hacia la pequeña mesa redonda de abedul que hay junto a la ventana, con sus dos respectivas sillas. Ella se sienta en el borde de una de ellas. Ahora advierto un cierto atisbo de desprecio en su pálida mirada.

—Bueno. Ha pasado mucho tiempo —comienzo al sentarme.

Entonces me detengo.

He planificado lo que voy a decir, lo he repasado una y otra vez durante la noche, esta mañana y de camino aquí, pero ahora que me encuentro sentada frente a ella después de todos estos años, me quedo paralizada.

—Treinta años, dos semanas y tres días —dice ella y un abismo se abre

ante mí. Junto las manos sobre el regazo, me inclino un poco hacia delante, mareada—. ¿Has venido desde Oslo? —añade. Se retira hacia atrás el cabello y se lo coloca detrás de la oreja con la mano enjuta.

Asiento.

—Tus mellizos, ¿qué edad tienen? —continúa—. Deben de tener unos ocho años ahora, ¿no? Todavía unas criaturas inocentes, entonces...

¿Oslo? ¿Los mellizos? ¿Cómo sabe todo eso?

Carraspeo, necesito desviar la conversación.

—No sé cuánto recuerdas...

—Todo —dice con una deslumbrante sonrisa—. Lo recuerdo todo.

Es como desplomarse a través de la trampilla de un sótano y aterrizar duramente sobre un suelo de piedra. Me quedo sin aliento. No soy capaz de decir nada, quiero levantarme, marcharme de este lugar, pero tampoco soy capaz de hacerlo.

De repente me mira asustada.

—Clara... —dice, juguetea con la alarma de botón que lleva colgada del cuello—. Clara con C.

De repente, el mentón le cae sobre el pecho. En el transcurso de uno o dos segundos vuelve a ser la versión de ella que seguramente ha sido en las últimas décadas.

—¿Agnes? ¿Agnes? —digo. Y después, al final, tanteando—: ¿Mamá?

Nunca me ha resultado natural emplear esa palabra para referirme a ella y tampoco me lo parece ahora. Es como tener una patata podrida en la boca. Agnes me contempla con una mirada apática.

Me quedo sentada e inmóvil durante diez segundos, veinte.

Después me levanto y me marcho sin mirarla.

Cuando camino por el pasillo vuelven a sobrevenirme las náuseas. El temblor. Todo vuelve. Tengo que detenerme, apoyarme contra la pared.

—¿Estás bien? —me pregunta una enfermera que pasa por allí.

—Sí, claro —respondo, sonrío, me endezco de nuevo, sigo caminando; no quiero que me confunda con una paciente recién llegada.

Pero estoy allí de nuevo. En el coche que se precipita por el arcén. Una y otra vez.

20

LEIF
1981

FUE EL PEOR verano que se recuerda. Estuvo nevando casi hasta el 17 de mayo y por las noches siguió helando también después de esa fecha. Luego empezó a llover y a soplar viento.

Solo pude segar una vez, bien entrado el verano, y apenas conseguí reunir algo de forraje. Por primera vez, tuve que comprar heno para los animales.

Las fresas, que solíamos colocar bajo una sombrilla a rayas sobre una mesa hecha de palés para venderlas junto a la carretera o llevarlas a las tiendas próximas, se convirtieron en un pálido amasijo blanquecino que dejamos pudrirse bajo el follaje.

La cosecha de manzanas resultó en unos minúsculos y miserables frutos verdes que ni siquiera habían empezado a madurar y que no servían ni para exprimir el zumo.

Era el revés de la medalla en la libre existencia de un pequeño agricultor; no era el trabajo incansable, ni siquiera los humildes ingresos, sino el riesgo de que cualquier día todo podía irse al infierno, precipitarse directamente al abismo, sin ninguna red de seguridad.

Me pasaba las noches junto al escritorio, con la calculadora, intentando valorar cómo iba a salir de aquella situación. Me asaltaban los números rojos. La cuenta de ahorro ya estaba a cero.

Cuando pensé que la cosa no podía ir a peor, las ovejas contrajeron la tembladera y tuve que sacrificarlas.

¿Qué podía hacer? Vender la granja que había heredado de mi padre y

que llevaba en la familia más de doscientos años no era una opción. Intenté conseguir un trabajo en la fábrica del pueblo vecino, en el supermercado, en el taller, pero éramos varias personas en la misma situación. Yo nunca había hecho otra cosa que trabajar en la granja y no obtuve por respuesta más que algunos comentarios sobre que verían qué se podía hacer.

Por las noches me quedaba contemplando fijamente los nudos de madera del techo inclinado que había sobre nuestra cama, oía la lluvia que azotaba las losas, el viento que sacudía las paredes.

Era el sonido característico de mi hogar; siempre me había transmitido calma y alegría, pero ahora solo me producía desasosiego.

Varios hombres del pueblo habían decidido marcharse al Líbano, unirse a las tropas de las Naciones Unidas; me habían sugerido que fuera con ellos. Todo el mundo sabía que ese último año todo se había ido a pique; sin embargo, yo había hecho caso omiso cada vez que alguien nombraba el Líbano.

En algún momento empecé a considerar seriamente el alistarme, sobre todo porque no me quedaban otras alternativas.

Necesitábamos dinero. Y solo se trataba de un periodo limitado.

—Yo puedo encargarme de los niños —dijo Agnes.

Estuve a punto de comentar que eso sería toda una novedad, pero no lo hice.

Quizá esto podría contribuir a unirla más a los niños.

En dos ocasiones había presenciado cómo Agnes le daba una bofetada a Clara. Le había comunicado de manera muy tajante que jamás quería volver a presenciar semejante acto y ahora había pasado bastante tiempo desde aquello; al parecer, ella estaba pasando por un momento mejor.

—De acuerdo —dije a la mañana siguiente después de haber pasado toda la noche en vela, reflexionando—. Si crees que es buena idea...

No les dijimos nada a los niños hasta que todo estuvo decidido, hasta que hube firmado el contrato con las Fuerzas Armadas, con las que no había tenido nada que ver desde que cumplí el servicio militar obligatorio.

Clara no quería que me fuera bajo ningún concepto.

Intenté explicarle que su papá solo iba a estar fuera unos meses y que iba a pensar en ella y enviarle besos a través del cielo cada noche. Papá solo tenía

que ir a socorrer a unas familias buenas que necesitaban ayuda para estar a salvo y luego podría regresar a casa para no volver a irse jamás. Y mamá iba a quedarse en casa con ella, mamá y Lars y los animales.

Se acurrucó en mi regazo, algo que casi había dejado de hacer; me rodeó el cuello con los brazos, apretándome con fuerza y negándose a soltarme. «¡No voy a dejar que te vayas!», gritaba una y otra vez mientras me agarraba con todas sus fuerzas. Me dolía escucharla. Yo intentaba buscar la complicidad de Agnes, pero ella apartaba la mirada; eso me hacía sentir una cierta inquietud. ¿Era correcto todo aquello? ¿De qué iba a servir?

En el momento de acomodarme en el asiento de la pequeña avioneta que nos transportaría a Fornebu, hasta el Hércules que nos llevaría a Rodas, donde haríamos trasbordo para coger el avión que iba al aeropuerto internacional de Beirut, en el momento de abrocharme el cinturón, de cerrar los ojos y reclinar me en el asiento, sentí como si se abriese un telón y tuve la abrumadora sensación de estar cometiendo el mayor error de mi vida.

Ya añoraba mi casa, el viento, la lluvia y el sol, los crujidos del suelo de madera y el chisporroteo de la chimenea, el cálido cuerpecito de mis dos pequeños.

Antes jamás me había sentido tan solo, aunque estuviese rodeado de gente bebiendo cerveza, fumando y contando chistes malos.

Ninguno hablábamos de lo que nos esperaba.

21

CLARA

CUANDO REGRESO DE ver a Agnes, lleno un cubo con amoniaco, friegasuelos y agua hirviendo, y me pongo a limpiar durante una hora, rápido y con intensidad. La grasa acumulada en los armarios de la cocina, encima del extractor, el polvo debajo del camastro del pasillo y de los sillones en el salón.

Pienso en ella todo el tiempo. El rostro marchito. Las manos enjutas. La falda estampada, tan descolorida y anticuada como ella misma.

Todo era demasiado parecido.

Me pongo las mallas negras, la camiseta sin mangas, la chaqueta de chándal y las zapatillas de deporte, empiezo a correr junto al río y subo hacia donde está la cascada. La cuesta es empinada. No he podido hacer suficiente ejercicio mientras he estado trabajando en el proyecto de ley; lo noto en las piernas y en la falta de aliento. Sin embargo, lo doy todo, avanzo por el sinuoso sendero atravesando piedras cubiertas de musgo, bosques de abetos, pequeños claros de abedules.

El trayecto se registra en Strava a través de mi reloj deportivo, pero soy la única en esta ruta. Hay algunos usuarios de Strava en el pueblo, pero no son muchos y corren en otros lugares. En general, los únicos que caminamos por aquí somos Haavard, los niños y yo, un par de veces cada verano. Para poder subir a la cabaña de los pastos de verano la gente tiene que pasar por nuestra granja, pero no lo hace, y muchos prefieren desplazarse en *quad* por los caminos de gravilla en vez de caminar. Es algo que suele irritar a Haavard, que se pone a darnos un sermón sobre que la naturaleza virgen debe

mantenerse intacta. Yo siempre defiendo a la gente del pueblo, puntualizando que los caminos de gravilla no son naturaleza virgen, aunque, en principio, estoy de acuerdo con él.

Lo conozco todo en este lugar: cada metro, cada barranco, cada gran raíz que cruza la senda, cada hormiguero, cada roca sobre la que se puede trepar. El entorno natural de este lugar me representa más que yo misma. Aunque en algunos lugares tengo que saltar sobre árboles caídos hace poco sobre la senda.

Mi padre no debe de haber subido hasta aquí este año. En vacaciones tendré que darme una vuelta con la motosierra, despoblar el sendero que, año tras año, desaparece cada vez más.

Lo vi con claridad nada más llegar a la granja el día anterior.

Las tejas quebradas del tejado, la pintura desconchada del zaguán, la ventana rota reemplazada por una simple lámina de cartón, el cubo en el pasillo de la planta de arriba que recoge el agua que gotea del techo.

Hay demasiadas cosas a punto de desmoronarse y este último año el deterioro se ha acelerado.

Tengo que ponerme con ello. Pero hoy no.

La cascada es enorme, ruga y retumba; su sonido se entremezcla con el de mi sangre, que cada vez corre con más rapidez por mi cuerpo. Me presiono al máximo. Una vez arriba, me inclino hacia delante y resuello; el ácido láctico se ha apoderado de cada célula de mi cuerpo.

Al cabo de un rato vuelvo a incorporarme y echo a correr por la orilla del lago hacia la playita que hay junto a la cabaña, una pequeña edificación grisácea en mitad de la pendiente con tan solo una ventana francesa orientada al lago.

Hay una piedra concreta sobre la que suelo sentarme siempre. A menudo puedo quedarme horas y horas contemplando el agua sin cansarme; nunca deja de sorprenderme el silencio que hay aquí a pesar de estar a una mínima distancia del entorno salvaje en el que el lago, con su corriente avanzando despacio, de pronto, se convierte en una estruendosa e indómita cascada.

Noto el viento que sopla, que me atraviesa.

El único lugar en donde puedo hablar con él es aquí, en esta playa; aquí es donde lo siento más cerca de mí.

—¿Lars? —susurro—. Hoy he ido a ver a Agnes... A mamá, ya sabes.

—Vaya —responde él—. ¿No es eso arriesgado, Clara?

—Sí. Creo que quizá no haya sido buena idea.

—¿Se lo has dicho a papá?

—No... no puedo.

—Hmm —musita él, pensativo.

Lars era tan pequeño y estaba tan rico tendido en su cuna, agitando las manos, gorjeando y riéndose... Me encantaba tomarlo en brazos, sentarme con él, acunarlo. Cuando era más mayor me lo llevaba en brazos a todas partes, salía con él, lo señalaba todo y le contaba lo que veíamos. Flor, Lars. Vaca, Lars. Establo. Tractor. Puente del granero. Hierba. Papá. Mamá. Árbol. Carretilla. Gato.

Le enseñé casi todas las palabras, lo llevaba de la mano cuando estaba aprendiendo a caminar, le enseñé a montar en bicicleta.

Él es uno de esos muchachos flacos, rubio con unos enormes ojos azules que siempre reflejan sorpresa, como si no entendiese bien a qué mundo ha ido a parar.

Cuando está contento, va dando saltitos con cada zancada mientras traza unos pequeños movimientos extraños con los brazos en forma de aleteo, casi como cuando la gente del colegio hace el baile de los pajaritos. Los pájaros es lo que más le interesa en el mundo. Reconoce casi todas las especies que salen en el libro de ornitología de papá; muchas de ellas las identifica solo por el sonido.

Por las noches, a menudo se hace pis encima, a pesar de que Agnes, mamá, se enfada y le dice que ya debería haber dejado de hacerlo hace mucho. Ella no le deja dormir en su cama, pero yo siempre le permito dormir conmigo cuando viene a mi cuarto por la noche. Aquí, en la cabaña, siempre dormimos juntos en la misma cama. Y siempre le canto antes de que se quede dormido.

«Pajarito que cantas en la laguna... —canto—. No despiertes al niño que está en la cuna, ea, la nana...», canto a continuación.

Lo de «ea, la nana» siempre le hacer reír.

Mamá suele traernos aquí, sobre todo ahora que papá está en el Líbano. Cada vez que suena el teléfono me estremezco; temo que haya pasado algo.

Yo no quería que se fuera; era él quien me leía a Julio Verne por las

noches, el que me llevaba a pasear por el bosque y me enseñó los nombres de los pájaros y los árboles, y que tengo que abrazar a un árbol y llamarlo si me pierdo; era él el que me traía a la cabaña y quien me enseñó a amar la montaña.

Pero se marchó de todos modos. Ahora solo estamos mamá, Lars y yo.

Mamá dice que se casó con papá a causa de la naturaleza de esta zona, aunque ella casi siempre se queda dentro de casa. Cuando estamos en la cabaña, le gusta subirse a alguna cima y ponerse a gritar, o tumbarse sobre el brezo y mirar al cielo.

«Respirar del cielo», lo llama ella. En esos casos debemos mantenernos alejados, no molestarla.

Solemos jugar a los granjeros con piñas y piedras; en realidad yo soy demasiado mayor para jugar a eso, pero lo hago por Lars.

Esta mañana es clara y luminosa, la hierba todavía está cubierta de rocío, pero el sol acaba de arrojar un viso dorado sobre la cima más cercana, a la que suele subirse mamá para gritar. Pronto el sol iluminará todo el prado alrededor de la cabaña.

Lars ha salido antes que yo, tenía que hacer pis. En la cabaña hacemos pis en cualquier parte, no hay ninguna letrina.

Yo tardo un poco en salir y, cuando lo hago, no lo veo por ninguna parte.

—Lars —voceo—. ¿Lars? ¿Lars?

Rodeo la cabaña, alzo la voz. El corazón comienza a palpitarme con más intensidad; vuelvo a subir a la cabaña, abro la puerta con brusquedad. Dentro hay tres camas, una en cada rincón, excepto en la esquina donde está la estufa de leña. En la cama más ancha y corta es donde solemos dormir Lars y yo. En el rincón más oscuro, en la cama más larga, suele dormir mamá.

—¡Mamá! —grito—. No encuentro a Lars.

Ella gruñe algo, yo salgo corriendo de nuevo.

No hay ningún lugar al que haya podido irse sin que yo lo vea. Tiene que haber bajado al lago; le encanta ir allí a tirar piedras, aunque le he enseñado que siempre debe ir acompañado. Él no sabe nadar y allí las corrientes son fuertes debido a la cascada que se precipita por uno de los extremos.

Bajo corriendo hasta la pequeña playa, que en realidad solo es un diminuto banco de arena entre la hierba y el agua.

Hay huellas recientes de botas de agua en la arena. ¿Y no es aquello una sombra dentro del agua?

Una vez le oí decir a un buzo en la tele que la gente solía pensar que los niños flotaban en el agua y que había bastante tiempo para salvarlos, pero que, en realidad, cuando tratan de pedir ayuda, se les llenan los pulmones de agua y se hunden como piedras.

Ahora intento recordar lo que me he enseñado a mí misma.

Respira profundamente. Inspira. Espira. Inspira. Y espira.

Me quito la chaqueta con rapidez, me saco las botas a patadas, me lanzo al agua. Veo los sedimentos del suelo fangoso. Y luego una sombra allí abajo. Me escuecen los ojos. Necesito cerrarlos, abrirlos. Sí, es Lars, mi hermano, en el fondo. Pero él no me ve, la corriente lo aleja cada vez más.

Y pronto necesitaré tomar aire. Abro los ojos, nado hacia Lars. Ahora está más cerca, casi consigo agarrarle la mano; entonces se aleja de mí de nuevo; cojo impulso, consigo rodearlo con el brazo. Él patalea.

La corriente nos arrastra hacia la cascada. Pronto desapareceremos dentro de sus estruendosas y blancas aguas. Entonces recuerdo algo que papá me dijo. Que la corriente es más débil en el fondo.

Sujeto bien a Lars del cuello, tomo aire y me sumerjo para avanzar mientras intento usar la mano libre para darme impulso.

Hacia abajo y hacia delante.

La fuerte presión que siento a mi alrededor cede un poco. El fondo, repleto de juncos y fango, está justo debajo de nosotros; rozo algo con el dedo del pie, pero necesito tomar aire. Un poco más, avanzo, avanzo; debo mantenerme abajo, abajo. Parece que vamos acercándonos a la otra orilla. El lago no es demasiado ancho, pero sí muy profundo y con fuertes corrientes.

Lars cuelga pesado alrededor de mi cuello, pero tenemos que ascender, subir, subir.

Así, ya. Me arrastro hasta la orilla. Toso, carraspeo, abro los ojos. Estoy tan mareada, todo me da vueltas. Me tumbo un par de segundos, luego vuelvo a incorporarme.

Lars se encuentra tendido a mi lado. ¿Está vivo? ¿Respira? Lo coloco boca arriba, comienzo a insuflarle aire en la boca y a presionarle el pecho. Soplo y presiono, soplo y presiono. Una y otra vez.

—TENGO QUE IRME —dice él ahora; me rodea el cuello con los brazos y me abraza.

—Quédate un poco más, Lars —le digo.

—Lo siento, no puedo.

Un soplo de viento me recorre el cuerpo. Luego ya no está.

Me levanto, me sacudo la ropa; el ácido láctico ha disminuido. Doy una vuelta alrededor de la cabaña y todo parece estar en orden.

No me he traído la llave, no puedo entrar; me conformo con poner la palma de las manos contra la pared y apoyarme en ella un segundo, dos.

Mi bisabuelo fue quien la construyó. La madera tiene más de cien años.

Año tras año, las tormentas y la lluvia, el hielo y el calor, los inviernos y los veranos han ido deteriorando el revestimiento de madera; solo resisten las fibras más fuertes. Es como si ejercieran una cierta presión contra la palma de mi mano, hasta casi fundirnos la vieja casita y yo.

Permanezco así durante un par de segundos, siento el pulso de la grisácea madera muerta. Cada anillo de crecimiento late contra la palma de mi mano.

Luego me enderezo y emprendo el camino de vuelta hacia abajo.

22

HAAVARD

UN BREVÍSIMO CHASQUIDO, unos segundos de espera y luego Sabiya abre la puerta de su habitación.

Doy un paso para entrar, la puerta se cierra.

Dos brazos cálidos me rodean el cuello, su cuerpo casi desnudo contra el mío, su boca contra la mía.

He intentado reprimir lo mejor que he podido la imagen de Sabiya y su marido en Ullevålsveien. Esta estancia en el seminario de Lysebu, en la temporada más hermosa del año, es como un regalo para ambos. Una noche entera juntos, la primera. Nada podría arruinarlo.

En realidad me sentí algo culpable cuando Clara me preguntó si podía quedarse unos días más en el pueblo; si hubiera sido un seminario cualquiera, habría accedido y me habría quedado en casa, pero no podía prescindir de estas horas. Y mi madre, la única canguro que tenemos, está en Estocolmo con sus amigas.

—Una hora y media para la cena —digo tumbándome boca arriba sobre la cama de Sabiya, extendiendo los brazos hacia ella—. ¡Una eternidad!

—Tenemos que tener cuidado —comenta ella agitando una llave magnética—. Ten, así tienes una para esta noche, pero recuerda ser discreto por el pasillo, y mañana por la mañana tendrás que salir antes de que los demás se despierten.

—Sí, claro —respondo—. He estado en un hotel antes.

—Tú sí... —dice ella con una tímida sonrisa.

—¿Y tú no? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

—Sí —responde—, pero no tan a menudo como vosotros, me imagino.

Se hace el silencio durante unos segundos.

—Ya sabes que no me dejaban pernoctar en los campamentos o en los viajes de fin de curso o en las otras actividades en las que participaban los demás. Y a duras penas me dejan ahora...

En realidad debería aprovechar la oportunidad para averiguar más sobre ella, pero soy demasiado impaciente; no continúo preguntando, sino que me tumbo encima de ella, la agarro de las muñecas y le beso el cuello.

Ella agita la cabeza, ríe, protesta, pero sé que es puro teatro.

Después, cuando nos recostamos satisfechos sobre la cama, llega la pregunta obligada que estaba esperando.

—¿Has sido infiel antes? —pregunta mirándome con curiosidad.

—No —respondo—. Y jamás pensé que fuera a serlo, pero eso fue antes de que aparecieses tú.

DE CAMINO A la cena paso por la recepción. En la tienda que hay enfrente, donde venden artículos de cerámica, miel y Dios sabe qué más, hay una mujer que me resulta familiar.

Melika Omid Carter.

Ahora ya debe de rondar los cincuenta, pero tiene el mismo aspecto que hace veinte años, cuando conducía su estiloso Jeep a todo gas para ir a visitar los restaurantes de Grünerløkka que regentaba. Los rasgos alrededor de su boca se han endurecido. Las arrugas alrededor de sus ojos son más evidentes, pero por lo demás, sigue siendo la misma. Está en buena forma física, es esbelta y atlética, lleva unos vaqueros azules caros, una blusa negra ajustada, cinturón de cuero ancho, el pelo rizado en cascada sobre la espalda. Los ojos muy maquillados, aros de oro en las orejas. Un poco vulgar, pero, sobre todo, sexy, bien conservada; una de las típicas MQMF sensuales, entradita en años, a la que la mayoría de mis amigos se tirarían si tuviesen la oportunidad.

Es una locura encontrármela por aquí, como si hubiese salido por arte de magia de mi lista para manifestarse en carne y hueso. Vuelvo a tener, de alguna forma, la misma sensación que cuando era niño y acudía a ver a mi padre gente famosa de los periódicos o la tele.

Después de incluir a Melika Omid Carter en mi lista, busqué y leí un

reportaje sobre ella en el suplemento de D2.

Es de origen iraní-americano, su familia emigró a EE. UU. cuando era niña. Llegó a nuestro país cuando era una adolescente y, desde entonces, ha ascendido de su condición de niña pobre, perdida e incapaz de comunicarse para convertirse en una líder empresarial competente y despiadada.

Ahora acaba de abrir una nueva cafetería de moda, pero en la actualidad está más implicada en el yoga y la meditación; posee su propio blog de entrenamiento y una marca de ropa deportiva. Tiene una imagen impecable, representa a esa clase de inmigrantes respetada incluso por los compañeros de partido de Anton Munch; de hecho, es posible que hasta les dé su voto.

A Carter se la conoce por su amplia red de contactos y por un talento extraordinario para los negocios, a pesar de su género y su país de origen. Y su nombre figura en mi lista.

Está de espaldas a mí, estudiando unos jabones. Al final, sale de la tienda y se marcha caminando por el pasillo, arrastrando una pequeña maleta de mano.

Todavía no ha llegado nadie al restaurante del hotel. Hago una búsqueda de Melika Omid Carter + Lysebu en Google, con resultados de los últimos seis meses. Ahí está.

Imparte cursos mensuales de formación de profesores de yoga; parece que existe una gran demanda.

En su blog relata lo hermoso que es el hotel de Lysebu, la fantástica comida que ofrece, lo maravillosa que es la piscina, todas esas cosas; un contraste llamativo con respecto al relato que se puede leer sobre ella en los historiales.

Los nombres de la lista habían acabado encajando con bastante facilidad; es posible que yo no fuese sincero del todo cuando expliqué para qué iba a usar los ejemplos, pero, en cualquier caso, mis compañeros parecieron aliviados de poder dedicarse a otra cosa.

En la actualidad hay cinco casos, si incluimos el de Faisal Ahmad.

Cinco familias. Cinco casos. Debo conseguir al menos el doble.

En los últimos días me he topado con los nombres de dos o tres periodistas que han escrito sobre violencia doméstica con los que puedo ponerme en contacto. Tengo la sensación de que la elaboración de este documento de una sola página es lo más importante que he hecho en mucho

tiempo y resulta un poco irónico, ya que a veces también salvo vidas. Le mostré la lista preliminar a Sabiya y pareció bastante impresionada.

Askildsen entra en el restaurante y se sienta a la mesa. Enseguida aparecen Bente y Roger.

—¿Así que esta es la antigua residencia de los combatientes del frente? No está nada mal —afirma el primero.

Fui yo el que sugirió venir a Lysebu en vez de ir al hortería Holmenkollen Park Hotel, que se encuentra a unos pocos metros de distancia más abajo, en la cuesta, y que tiene mejores vistas, pero peor comida y menos estilo.

Es obvio que hay un cierto elemento de excentricidad en este encuentro anual, en el hecho de que vayamos a pernoctar en un hotel en nuestra propia ciudad; nuestros presupuestos son ajustados. Sin embargo, a pesar de lo antisocial que suele ser Askildsen, estos encuentros significan mucho para él, tal vez porque vive solo, al contrario que los demás. Sospecho que nosotros somos lo más parecido que tiene a una familia o amigos.

Sabiya lleva un vestido de verano con estampado en azul y blanco y el escote en V. Se sienta frente a mí, tenemos una de las mesas redondas junto a la ventana. Intento no mirarla con demasiado descaro, no estar muy pendiente de ella, sino hablar con los demás. Todos están charlando sobre lo de siempre, una mezcla entre su vida privada, el fútbol, los planes para vacaciones y chismes sobre los médicos que no están presentes.

Permanezco callado la mayor parte del tiempo, inmerso en mis propios pensamientos, incapaz de seguir sus conversaciones, constantemente pendiente de si veo a Melika Omid Carter.

Los demás no saben quién es ni lo que ha hecho y estoy deseando contárselo; no obstante, mi lista no es oficial y, en cualquier caso, este no es el momento adecuado. Lo mejor que puedo hacer es mantener la boca cerrada y participar en las conversaciones antes de que me tilden de arrogante.

De repente se cierne el silencio alrededor de la mesa. Todos miran a Askildsen y a Sabiya, que está tomándose una copa de vino.

—Eso no lo dices en serio, ¿no? —pregunta Sabiya.

—Porque tú lo digas —responde Askildsen ofendido.

—¿Sobre qué estáis discutiendo? —pregunta Roger.

—MeToo —responde Bente, que ha estado atenta—. ¿Qué podría ser si no?

—¿No apoyas el movimiento MeToo, Askildsen? —pregunto.

—Solo temo que cualquier asunto mínimo se infle y se magnifique, que surja una especie de sugestión de masas —responde visiblemente afectado, aunque al mismo tiempo parece complacido de poder exponer su punto de vista—. Luego habrá que interpretarlo todo a partir de esos parámetros; además, no me gusta que las mujeres se proclamen víctimas cuando son individuos tan autónomos como los hombres. Esa, por lo menos, ha sido siempre mi opinión.

—Uy, uy, uy —dice Bente y mira expectante a Sabiya, como si estuviese presenciando un partido de boxeo.

—Si te soy sincera, no hay nadie que se haga la víctima. Es todo lo contrario —prosigue Sabiya.

—A ver —dice Bente—. ¿Recordáis todas las historias sobre el viejo doctor Skjølberg?

—Ese solo estaba loco —comenta Roger.

—¿A ti también se te insinuó? —pregunta Bente.

—No, por Dios —contesta Roger y se sonroja—. Pero recuerdo...

—Por favor, ese hombre no está aquí presente —dice Askildsen—. Comportaos...

A alguno se le escapa una risita y durante unos segundos se hace el silencio.

—Pues estoy de acuerdo. A la mierda con los viejos médicos jefe fantasma y hablemos mejor de lo que nadie quiere nombrar —dice Roger—. Hace poco se cometió un homicidio durante nuestra guardia y parece que a todos se nos ha olvidado...

—Por Dios —protesta Sabiya—. Está bien que podamos hablar de alguna otra cosa de vez en cuando; llevamos semanas sin hablar de otro tema que no sea el asesinato.

—Pues a mí no me parece correcto hacer como que no ha ocurrido nada —dice Roger.

—Nadie ha dicho que lo hagamos —comenta Askildsen—, pero hace un año os busqué sustitutos para que pudiéramos llevar a cabo este encuentro. Y por primera vez, con vuestra presencia, la de los jefes de enfermería. Es algo que no se da en muchos sitios...

—Está bien —dice Roger—. Nos alegramos de ello. No tiene nada que ver con eso.

Al parecer, Askildsen está decidido a tratar de salvar la situación.

—Por cierto, ¿conocéis la historia de este hermoso lugar? —pregunta y, sin esperar respuesta alguna, empieza a contar la historia del matrimonio Hammerich, que organizó las labores danesas de asistencia humanitaria para Noruega durante la Segunda Guerra Mundial.

—Propongo un brindis ¡por Lysebu y por Haavard, que fue el que propuso venir aquí este año! —concluye.

Todos alzan las copas y brindan; Sabiya vacila un poco.

—¡Un brindis por los Hammerich! ¡Y por nosotros! —zanjo yo.

23

CLARA

FUE HAAVARD EL que sugirió que intentásemos tener hijos. Yo estaba menos entusiasmada con la idea; temía fracasar como lo había hecho mi madre. Mi resolución no mejoró precisamente cuando me vi sobre la camilla de la clínica ginecológica a la que Haavard me había arrastrado para realizar una ecografía temprana para comprobar si en efecto estaba embarazada, puesto que no me sentía mareada, cansada ni presentaba otros síntomas.

—Vaya, vaya —dijo la matrona.

Dos pequeñas manchitas en las que latían con brío dos corazoncitos.

—¡Caramba! —dijo Haavard—. ¿Son... ¡dos!?

—Así es —respondió la matrona—. ¿Hay antecedentes de embarazos múltiples en la familia?

—No —dije con un suspiro.

—No —constató Haavard entre risas.

Me practicaron varias ecografías, una incontable cantidad de ellas durante todo el embarazo y, a partir de la semana veintidós, me dieron la baja, aunque yo habría preferido seguir trabajando. Tenía la sensación de que el enorme tripón tiraba de mí hacia el suelo. Se me hincharon las manos y los pies. Me dolía todo el cuerpo. Empecé a experimentar picores.

Pasaba noches enteras sin dormir, rascándome; me decían que era algo habitual.

El parto no fue un momento nada memorable: tendida allí, entre electrodos que monitorizaban los latidos de los fetos, atada, atrapada entre una maraña de cables. No fue como me lo había imaginado. Pero, por lo

menos, no grité. Di a luz. Los picores desaparecieron. Me dediqué a amamantarlos y a mecerlos, los dejaba descansar sobre mi pecho, lo típico.

Las cosas iban bien. Yo no era mi madre. Me las apañaba.

CUANDO LOS NIÑOS cumplieron seis meses, volví a incorporarme al trabajo. Habían empezado a pelearse, descansaban uno al lado del otro, dos redondeados bultitos en pañal y lana que aún no sabían caminar, solo darse cabezazos mutuamente. Lloraban y se chocaban, lloraban y se daban golpes; yo no sabía qué hacer con ellos.

Haavard era mucho más hábil, tenía un talento natural para la paternidad; los tomaba en brazos, los balanceaba, les hacía gorgoritos y cosquillas y muecas, calmaba su llanto, los golpes y hacía que riesen sin parar.

Los niños crecieron. Les desaparecieron los mofletes de bebé y se convirtieron en niños altos y esbeltos.

Cumplieron dos, tres, cuatro, cinco años; protestaban cuando iba a recogerlos a la guardería.

—Mamá no —decían—. ¡Papá! ¡Queremos con papá! —exclamaban. Y a pesar de que yo nunca quise tener a dos niños enmadrados pegados a mí como lapas, este hecho me inquietaba; quizá me pareciese más a Agnes de lo que quería pensar.

Cuando cumplieron tres o cuatro años, una abrumadora simbiosis reemplazó las interminables peleas y discusiones.

No empleaban la palabra yo, siempre hablaban de nosotros.

—Andreas y nosotros —decía Nikolai refiriéndose a su hermano y a él.

—Nikolai y nosotros —decía Andreas.

Si uno de ellos se sentía insatisfecho por algún motivo y lloraba, el otro siempre salía en su defensa. Cuando tuvieron edad de levantarse solos los fines de semana, uno despertaba al otro y bajaban juntos a la planta baja, charlando por la escalera antes de llegar a la sala donde estaba el televisor. Yo me sentía aliviada; ya no me necesitaban, no de verdad. Yo ya había hecho mi parte.

Además de tenerse el uno al otro, tenían un padre juguetón y cariñoso, pero, a excepción de con los niños, Haavard siempre se ha mostrado más afectuoso y jovial con los extraños, cuando no hay nada en juego. Cuanto

más se acerca uno a él, más frío se vuelve.

Siempre solemos embarcarnos en discusiones absurdas sobre las pelusas que hay en los bolsillos de los pantalones en la cesta de la ropa sucia, sobre el reciclaje de la basura, sobre dónde vamos a ir de vacaciones, sobre cómo hay que hablarles a los niños, sobre quién tiene la culpa del lamentable estado del jardín.

Últimamente hay menos fuego abierto entre nosotros y nuestras discusiones se han convertido más bien en una guerra de trincheras silenciosa.

Yo enseguida perdí interés por el sexo; me resultaba repetitivo, no queda nada por descubrir ni emoción alguna; además, siempre estaba cansada. Quizá no sea la excusa más original, pero es verdad.

Entonces, tras años lamentándose por la falta de sexo, varios años en los que se pegaba a mí por las noches cuando para mí era impensable dedicarme a otra cosa que no fuera dormir y en los que yo lo rechazaba y él gruñía insatisfecho y ofendido, dejó de insistir.

No volvió a intentarlo. A mí me pareció bien. Quizá se había cansado de sentirse rechazado.

Por la misma época, sin embargo, empezó a mostrarse más contento que antes, de mejor humor; además, lucía otro aspecto físico. No es que hubiese cambiado mucho, pero lo suficiente como para que resultase notable. El pequeño michelín que ya había empezado a sobresalirle por la pretina del pantalón volvió a desaparecer. Y el cabello, que se había dejado demasiado largo últimamente, empezó a cortárselo con más frecuencia para que volviese a tener el perfecto aspecto desaliñado y encantador de antaño.

Me di cuenta de que la maldición que la abuela Edith había anticipado se había materializado.

Parecía que Haavard creía que ocultaba bien su rastro.

No lo hacía. En la cartera que llevaba al trabajo había varios resguardos sospechosos; de repente se le coló un preservativo en el forro del neceser. Además, el código de su móvil no resultó demasiado difícil de averiguar. Es 2250, el mismo que usa para casi todo. En su móvil, en el buzón de Messenger, encontré algún que otro mensaje íntimo de un par de mujeres que no me sonaban de nada.

Detesto la infidelidad, es la conducta más mísera que conozco desde que

era niña y mi madre abandonó a mi padre.

Aun así, llegué a la conclusión de que la única manera de gestionar la humillación que sentía era fingir que no había ocurrido nada.

24

HAAVARD

SABIYA SE RETIRA a las diez y media; acto seguido, se marcha Roger y yo me despido a las once menos cuarto.

Primero voy a mi habitación; tiene un balcón con unas magníficas vistas sobre los azulados horizontes lejanos, con diferentes tonalidades de verde y gris. Entre la información del hotel que hay sobre el escritorio vislumbro la imagen de una piscina bastante apetecible. «Abierta hasta medianoche», pone.

¿Tal vez podamos ponernos a tono con un bañito?

«¿Nos vemos en la piscina en diez minutos? ¿Un bañito antes de acostarnos?», escribo.

Diez segundos más tarde, llega la respuesta.

«De acuerdo, pero mantén las distancias.» Añade una carita sonriente al final.

Con rapidez, me pongo ropa deportiva. Si me cruzo con alguien mañana por la mañana, podré decir que he salido a correr, que me desperté temprano y no pude volver a conciliar el sueño. Me llevo la llave magnética, el bañador, una toalla y el móvil antes de abandonar la habitación con sigilo.

En el pasadizo que conecta los edificios, el que tiene techos bajos y paredes de vidrio y una talla de madera de una madre y su hijo de cuerpo entero pintada en colores estridentes, percibo el característico olor a Jean Paul Gaultier.

Espero de verdad que Roger no esté en la piscina; en ese caso, no nos quedaría otra que darnos la vuelta. Resultaría realmente incómodo quedarnos

chapoteando en el agua con él.

Por suerte, no hay rastro de Roger en la piscina.

Solo Sabiya, flotando bocarriba en el agua.

La instalación está casi a oscuras, salvo por unos focos que forman un rectángulo en el techo sobre la piscina y algunas velas gruesas colocadas en un portavelas de vidrio. La iluminación hace que el agua centellee.

Estamos solos; sin embargo, en una de las paredes longitudinales hay unos enormes ventanales orientados al exterior. La combinación de la penumbra exterior y la iluminación del interior hace que se nos pueda observar desde fuera sin que nosotros podamos ver a nadie. Al final este no es el punto de encuentro más discreto que se nos haya podido ocurrir, pero me importa una mierda; es tarde, todo el mundo ha bebido y en estos casos está permitido bañarse con una compañera.

Sabiya se incorpora, se yergue bajo los focos con el agua llegándole hasta los pechos y sonrío; el cabello húmedo, cubierta de gotas en forma de perla que se deslizan sobre su piel dorada. Luce como una especie de diosa. Brigitte Bardot, Ursula Andress, Bo Derek, Halle Berry; ninguna tiene nada que hacer.

Me dirijo a la sauna y me detengo en el momento de poner la mano sobre el tirador cuadrado de madera que ahora está tan de moda.

—¿Entras conmigo? —pregunto y hago un gesto con la cabeza hacia la sauna cuando Sabiya pasa por delante nadando. Es posible que, al fin y al cabo, me sienta algo incómodo con la idea de que la gente pueda vernos desde fuera; en la sauna nadie puede vernos ni saber lo que hacemos.

—Prefiero no entrar —responde ella y se detiene un instante—. Esos sitios me dan algo de claustrofobia, hace demasiado calor y resulta agobiante.

—Estoy de acuerdo —digo, aunque no es cierto, y suelto el pomo.

—¿No quieres meterte mejor en la piscina? —sugiere contemplándome con una mirada que no sé cómo interpretar, antes de tomar impulso y lanzarse a nadar de espaldas. Da brazadas hacia atrás y azota el agua con las piernas.

Me acerco a la escalerilla que hay en una esquina, me zambullo en el agua y empiezo a nadar tras ella.

En la piscina hay un olor extraño; huele a quemado, a incienso o algo parecido, un olor que me resulta familiar, aunque no soy capaz de ubicarlo. Sin embargo, me provoca cierto malestar en este ambiente burbujeante,

delicioso y placentero.

Tomo una bocanada de aire y me sumerjo en el agua. Intento ver sin gafas, pero no resulta fácil. Las luces y las sombras van rotando como en una especie de danza; todo gira, como si hubiese bebido mucho más de lo que lo he hecho en realidad.

Durante un instante, vislumbro una sombra que se precipita sobre nosotros desde arriba, pero cuando emerjo a la superficie y me giro para echar un vistazo por encima del borde de la piscina, no veo nada.

25

CLARA

SON LAS OCHO en punto cuando llamo a su puerta abierta.

Mona aprecia la puntualidad. Ni un minuto antes ni un minuto después, sino justo a la hora acordada. Los rumores cuentan que ha decidido que las reuniones de los jefes de departamento se inicien a las 12:05 cada jueves para evitar que la gente se retrase cinco minutos. Ahora todos aparecen justo a las 12:05.

—Hola, Clara —dice Mona—. Puedes cerrar la puerta.

«¿Puedes pasar a verme a las 8 si ya has llegado?», ponía como asunto en el correo electrónico que llegó con un pitido hace una hora.

En el cuerpo del mensaje solo aparecía su firma.

«Mona Falkum, secretaria general del Ministerio.»

Cuando me contrataron acababa de graduarme. Había desbancado a candidatos con bastante más experiencia que yo porque, en teoría, parecía poseer las cualidades personales adecuadas para el puesto, aunque no quedó muy claro qué implicaba todo esto.

Al principio me esmeraba en formar parte de la vida social que se desarrollaba en el ministerio; la directora me había dado a entender que era conveniente hacerlo. Participaba en el almuerzo de los viernes, que incluía una rifa de vino; salía a tomarme una cerveza en Justisen después del trabajo; me inscribí voluntariamente en la carrera de relevo Holmenkollstafetten con varios compañeros, la mayoría de ellos en pésima forma física y con un pobre instinto competitivo, todos más interesados en la cerveza que nos tomaríamos en Youngstorget una vez finalizada la carrera que en otra cosa.

No tardé en ir dejando esas actividades.

En cambio, empecé a ser la primera en llegar a la oficina y la última en marcharme.

Me llevaba documentos a casa y los leía en la cama. Allí se me hacían manifiestas soluciones y correlaciones obvias que luego le presentaba a mi jefe.

Él sonreía.

—En efecto —decía—. Es una manera de verlo. En teoría. En la práctica hay una serie de obstáculos.

A continuación me ofrecía un monólogo de quince minutos.

Después intentaba razonar con mis compañeros. Su sonrisa era la misma e indicaba: «con el tiempo irás dándote cuenta». Yo pensaba que si conseguía reunir más peso, si encontraba una mejor manera de argumentar, de presentar mis ideas, entonces la gente lo entendería. Mientras tanto, me dedicaba a hacer mi trabajo a rajatabla.

Ser funcionaria en un ministerio es como caminar por un bosque insondable. Una deambula errante por aquí, por allá, trata de tomar una senda, luego otra; sin embargo, una se va enredando progresivamente en nuevas malezas, cada vez aparecen nuevos senderos que se bifurcan.

De repente han transcurrido quince años y una se da cuenta de que, en realidad, no ha llevado nada a cabo.

Mona está sentada detrás de su escritorio, con el rostro enrojecido y la boca apretada. Su corto cabello plateado, que siempre me hace pensar en M, la jefa de James Bond, le envuelve el cráneo como un casco. Su americana está adornada con un ingenioso broche de plata. Los broches son su distintivo oficial.

—Munch se ha pasado para hacerme partícipe de sus planes contigo — comenta cuando me siento.

—Ah —digo aguardando. Quiero saber qué es lo que ella sabe antes de pronunciarme; después de todo, es ella la que me ha invitado a su despacho.

—¿No estarás considerando en serio lo de convertirte en secretaria de Estado?

Pronuncia el cargo acentuando cada sílaba.

—No lo sé —respondo, y es verdad.

Cuando Munch vino a mí con su propuesta, me pareció ridícula, una especie de broma; sin embargo, entre tanto ha empezado a gustarme la idea. Cuando regresé del pueblo, le pregunté a Munch si la oferta seguía en pie. En efecto, seguía en pie. De momento.

Ser secretaria de Estado me brindaría la oportunidad de conseguir una influencia real mayor que la que he alcanzado hasta este momento; además, sería algo novedoso. Me gusta hacer cosas que los demás no hacen, cosas que nadie se espera de mí.

En principio no soy afín al partido de Munch, pero quizá pueda operar un cambio desde dentro; quizá sea más efectivo que cualquier vocación de burócrata que pueda desempeñar.

Mona se ríe en un intento por templar la situación.

—Clara, eres una de mis funcionarias más competentes; si tienes intención de dimitir para...

Se detiene, busca las palabras adecuadas.

—¿Pasarme al lado oscuro? —pregunto con una leve sonrisa.

—Sí, algo así... Bueno, no entiendo cómo puedes estar siquiera considerándolo, para empezar. Después de quince años desempeñando una excelente labor como funcionaria, pasarte a la política...

Lo dice con la voz teñida de desprecio que solo son capaces de emular los funcionarios de alto rango cuando las cosas en realidad están ardiendo. En el día a día, todos fingen respeto mutuo.

—Sé que has trabajado muy duro con el proyecto de ley, pero el momento todavía no había llegado. No puedes cambiar de bando así, por las buenas; no es así como funcionan las cosas. Y sí, en efecto, ha ocurrido antes, pero no ha resultado particularmente exitoso.

—¿No? —pregunto, sobre todo para dejar constancia de que estoy escuchándola. Sin embargo, es como echar gasolina al fuego, pues continúa con un entusiasmo renovado.

—Inger Louise Valle también era jurista y llegó, de hecho, a ser ministra de Justicia. Todo acabó cuando la degradaron a ministra de Gobierno Local y luego dimitió. La ministra de Justicia, Anne Holt, enfermó y se retiró para escribir novela negra. El secretario de Estado, Haktor Helland, vino del cargo de director general en el Ministerio de Infancia e Igualdad y lo sacrificaron tras el escándalo de pesca de Rød-Larsen. Una transición de este tipo no es

necesariamente una buena jugada desde el punto de vista social...

—Ah —respondo—. En realidad no estoy tan...

—¿Preocupada por lo que los demás piensen de ti? —concluye ella con un suspiro. Después sonreímos las dos—. ¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

—Llevar algo a cabo, de una forma u otra —digo.

—Pero, por Dios —resopla ella y da a entender que está irritada de verdad. También lo veo en la mueca tensa de su rostro—. ¿No crees que eso es lo que todos queremos? ¿En realidad piensas que vas a conseguir algo siendo la chica de los recados de Munch?

Se reclina en la silla, como si quisiera examinarme mejor.

Mona Falkun tampoco es que sea Miss Simpatía; está claro que ella también tiene su propia agenda.

Cuando continúa, es como si me hubiese leído el pensamiento.

—Las personas simpáticas no acaban como altos directivos, recuérdalo bien. Anton Munch congeló tu proyecto de ley. Y ¿qué pasará el día que lo destituyan? Bueno, supongo que no debería comentar esto contigo, pero sé que eres una persona discreta. Munch es competente. En apariencia es fácil trabajar con él, pero yo lo veo más que vosotros y he empezado a observar una serie de cosas. No debes confiar en él. Tiene varias caras, ¿entiendes?

Asiento.

Mona rodea el escritorio y coloca la mano sobre mi hombro.

—Clara... Si cambias de idea, olvidaré toda esta conversación. No es bueno anticiparse, pero el cargo de directora de departamento quedará libre en breve. Tendré buenas posibilidades de influir en el asunto. Si no cambias de bando, claro —declara mirándome con intensidad.

No respondo, no sé qué decir.

—Prométeme que al menos te lo vas a pensar —prosigue Mona.

—Sí, lo consideraré —constato como un eco de la respuesta ofrecida a Munch hace poco y me levanto.

26

HAAVARD

JUSTO DESPUÉS DE las ocho y media me despierta el sonido de sirenas, gritos y coches junto a la ventana del hotel, y enseguida me inunda una sensación de crisis.

Me levanto sobresaltado, agarro la llave magnética y bajo corriendo a la recepción, donde me encuentro con varios compañeros que también parecen desconcertados.

—¿Qué ocurre? Me he quedado dormido —digo y tengo la sensación de llevar escrito en la frente lo que aconteció anoche.

En realidad tenía intención de quedarme despierto toda la noche para no perder ni un instante con Sabiya, pero alrededor de las dos y media nos quedamos dormidos. Nos despertamos sobre las seis y Sabiya me indicó que era hora de que me fuera.

Luego volví a acostarme, agotado, en el sofá de mi habitación, todavía con la ropa deportiva con la que me había escabullido la noche anterior.

—No lo sabemos —responde Roger.

Por la puerta entran tres policías uniformados y continúan hacia el interior del hotel. Al parecer, pertenecen a una especie de patrulla de seguridad ciudadana. ¿Qué está pasando? El pulso se me acelera de inmediato.

—Está claro que tiene que ser algo serio —comento.

Fuera se encuentran estacionadas varias ambulancias y vehículos policiales; han conducido todo el camino hasta la entrada del hotel, delante del hórreo.

—He oído a alguien comentar que han encontrado un cadáver —dice

Bente—. Esto es de locos...

—¿Cómo sabemos que no es uno de los nuestros? —pregunta Roger.

—Buena observación —secundo—. Pero todos estamos aquí...

—¿Y Sabiya? ¿Alguien la ha visto? —dice Bente.

Un cosquilleo me recorre la piel.

—Yo no la he visto —dice Roger.

—Yo tampoco —digo intentando rebobinar. ¿Puede haberle sucedido algo después de que me marchara de su habitación? ¿Algo que han descubierto ahora? Lo dudo; sin embargo...

—Voy a intentar llamarla —digo.

Saco el teléfono y marco su número. No responde.

—Iré a buscarla —continúo y abandono la recepción para dirigirme a las escaleras que llevan a la planta donde se aloja Sabiya.

Al principio comienzo a subir las escaleras con tranquilidad; luego echo a correr.

El corazón me late con intensidad, tengo la boca seca. Todo está bien, intento asegurarme a mí mismo. No es ella, ella está en su habitación, acicalándose, maquillándose, secándose el pelo y todo eso que requiere su tiempo. Sabiya cuida con esmero esos detalles.

Cuando llamo a su puerta nadie contesta; intento mirar por la minúscula mirilla, pero todo lo que hay en el interior es una neblina difusa. Saco el móvil, vuelvo a llamarla. No responde, pero puedo oír que su teléfono suena dentro de la habitación.

¿Estará ella dentro? ¿O solo su teléfono?

Ahora me imagino con claridad la situación: veo a Sabiya sobre la cama, estrangulada o asesinada a golpes. Quizá el guaperas del marido ese que tiene esté loco después de todo, quizá nos haya descubierto y haya venido aquí para matarla.

Dios mío, entonces sería culpa mía.

Tengo ganas de vomitar. No debería haber bebido anoche ni haber ido a la piscina. Debería haber dormido más. No debería ser un cabrón adúltero.

Más policías, muerte y toda la gaita. Y Sabiya sin aparecer. Joder, joder, joder. Mientras permanezco allí con la cabeza inclinada y apoyándome sobre la pared con las palmas de las manos, alguien dobla la esquina.

Es Sabiya, vivita y coleando, sudada y con las mejillas encendidas, en ropa deportiva.

—¿Haavard? ¿Qué haces? —pregunta.

—Sabiya. ¿Estás... aquí?

—Sí —responde sorprendida—. ¿Dónde iba a estar si no?

—Dios mío, pensé que estabas... muerta.

—¿Muerta? —pregunta y empieza a reírse con sorna—. Muerta, sí, claro...

Me enfurezco tanto que me cuesta no propinarle una bofetada.

—Joder... Esta noche han matado a alguien en este hotel —digo— y no conseguía dar contigo, no estabas en la habitación, no respondías al teléfono...

—He salido a correr, pero... ¿un asesinato? —dice con los ojos abiertos de par en par—. ¿En serio?

—Así es, según la policía. Entonces, como entenderás, me he preocupado por ti. ¿No has visto los coches de policía ahí fuera?

Ella niega con la cabeza.

—Entré por una puerta trasera.

Roger aparece por la esquina, se detiene delante de la puerta que hay a mano izquierda de la de Sabiya.

—¿Reunión de médicos o qué? —dice con un tono de voz que sugiere que sabe algo que desconocemos.

Ninguno de nosotros contesta. Sabiya se había jactado de disponer de una habitación en una planta alejada de todos los demás. Nuestro gozo en un pozo.

—Bueno, no os molesto más —dice y entra en su habitación.

—¿Eso a qué ha venido? —pregunta Sabiya lanzando una mirada desconfiada tras él.

—Sabiya —digo apoyando la mano en la pared junto a su cabeza e inclinándome hacia ella—. Yo...

—Haavard —dice negando con la cabeza y mirándome con frialdad—. Ahora no. ¿De acuerdo?

—Pero, por Dios —digo mientras mi enfado se aviva de nuevo, pero antes de que pueda decir nada más, ella se escabulle por debajo de mi brazo,

dobla la esquina por la que apareció Roger hace un instante y desaparece.

La noche que habíamos compartido fue justo como había esperado que fuese; cálida, cercana, íntima. Pero por la mañana ella se había mostrado poco interesada y arisca, enfocada solo en sacarme de la habitación cuanto antes.

Y ahora que no la encontraba y pensaba que había muerto, va y se ríe en mi cara.

¿Cómo puede cambiar con tanta rapidez?

Aquí estoy yo, meneando la cola como un perrito para que ella me rechace. Y encima, hay policías por todos lados.

—¿TE HAN INTERROGADO? —pregunto mientras damos una vuelta por los alrededores del hotel. La pillé por banda a la hora del almuerzo y le exigí que nos viéramos en el parque. Como era natural, nuestro encuentro había tomado otros derroteros y habíamos acabado hablando solo de los homicidios. No podíamos marcharnos de Lysebu hasta que la policía nos diera permiso.

—Todavía no —dice ella—. ¿Y a ti?

—Tampoco, pero pienso declarar que pasé toda la noche en mi habitación. ¿Y tú?

—Diré que estuve en mi habitación —dice Sabiya mirándome de reojo—. Es la verdad.

—¿Piensas contar que yo también estuve allí? —pregunto y mi propio tono me estremece.

Niega con la cabeza sin decir nada.

—A Bente le han dicho que encontraron el cadáver en la sauna —dice ella.

—¿Sí?

—Y que era la mismísima Melika Omid Carter.

—¿Cómo? —digo y me detengo; la miro—. ¿Estás de coña?

—¿Te parece un tema como para hacer bromas? —pregunta ella en un tono hostil.

A nuestro alrededor se aprecia el alentador zumbido de las colmenas. El invernadero está colmado de plantas. El pequeño cenador, que en realidad

solo consiste en unos simples postes, parece una especie de jaula de pájaros exótica o una quesera sobre un pálido banco de mármol instalado entre los árboles en una plazoleta de gravilla blanca; es probable que sea donde se hacen las sesiones fotográficas de las bodas, pero ahora este lugar idílico parece casi grotesco.

—Oye, sobre el baño que nos dimos en la piscina —digo—. ¿No crees que es mejor que no digamos nada al respecto? Y tampoco de nuestra lista.

—Tu lista...

—De acuerdo. Mi lista. Pero deberíamos coordinarnos un poco.

—Esa mujer merecía morir —afirma con un extraño fulgor en la mirada, evitando responder a lo que estoy comentando—. Trajo a uno de sus hijos a la policlínica, uno de los peores casos que he visto.

—¿No pudo haber sido su marido?

—Es un ricachón de origen iraní, un hombre de negocios de Los Ángeles. Vive allí; es ella la que está aquí con los niños. Fue ella, créeme. De esos individuos hay en todos los bandos, de cualquier nacionalidad y época; estoy convencida de que Melika también ha vivido cosas, cosas tan jodidas que no te las puedes ni imaginar... Y entonces ella, que contra todo pronóstico, ha sobrevivido a todo eso, se ha convertido en una persona que les hace a sus propios hijos justo lo mismo que le hicieron a ella.

—El puto pecado original.

—Exacto —dice ella, sombría.

Cuando regresamos al hotel, los demás están sentados alrededor de las mesas bajas que hay junto a la recepción, tomando café. Todos tienen el rostro pálido.

—¿Dónde está Askildsen? —pregunto.

—Dentro. Está negociando con la policía a qué hora podemos marcharnos —responde Roger.

—Estaría bien que encontrasen a ese tipo que anda por ahí matando gente —comento yo, lacónico.

—Sí... o la tipa —dice Roger.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Bente; parece estar al borde de las lágrimas.

—Simplemente, que no sabemos quién es —dice Roger—. Puede ser

cualquiera, hombre o mujer.

—Muy probable, vaya —resopla Bente.

—Pero lo más factible es que sea uno de nosotros, ¿no? —prosigue Roger—. Es de pura lógica: dos homicidios y nosotros hemos estado presentes en ambos casos...

—¡Anda ya! —lo interrumpo—. Si fuese uno de nosotros, esa persona habría buscado un lugar diferente para cometer el crimen, ¿no crees? Vamos, si yo fuese a matar a esa gente, no lo haría en el hospital o en este hotel, por así decirlo. Lo habría hecho en su casa o en cualquier sitio donde no pudiesen relacionarlo directamente conmigo.

—En eso tienes razón —comenta Roger—. Pero, en cualquier caso... Dos homicidios en dos semanas cuando estábamos presentes. Claro que van a sospechar de nosotros, y no me gusta nada.

—A mí tampoco —dice Bente secándose las lágrimas.

Noto una angustia creciente. Las medias verdades que le he contado a la policía empiezan a molestarme; soy un cabrón adúltero y embustero.

En ese momento llega Askildsen con la chaqueta colgando sobre el brazo, arrastrando un *trolley*.

—Están por aquí los mismos policías de antes, el hombre y la mujer. Parece evidente que este homicidio está relacionado con el anterior. Haavard, te toca entrar. Luego entra Sabiya; después, Roger. Bente y yo podemos irnos a casa; se pondrán en contacto con nosotros más tarde.

—¿Es cierto que la encontraron en la sauna? —pregunta Roger mirándonos a Sabiya y a mí.

—Creo que sí —responde Askildsen con un suspiro—, pero me ha dado la impresión de que la mataron anoche...

—¿Lleva toda la noche asándose ahí? —pregunta Roger y arruga la nariz.

—Joder —exclamo.

—Basta ya —ruega Sabiya.

—No lo sabemos —prosigue Askildsen—. Se comenta algo de un temporizador que apaga la sauna de forma automática para que no tengan que pasarse por allí por la noche antes de cerrar. Pero, señores, sugiero que no sigamos con las especulaciones; el asunto ya está mal de por sí...

—Pero, si le pegaron un tiro, ¿no deberíamos haberlo oído? —pregunta

Bente.

—¿Has oído hablar de los silenciadores? —pregunta Roger—. ¿Como el de Ullevål?

—Si esta vez también se trata de una víctima de origen extranjero a la que le pegan un tiro y el autor del crimen desaparece, tiene que haber una relación, ¿no? —reflexiono sin mencionar que las víctimas guardaban otras similitudes.

—Haavard, tienes que entrar, ¿recuerdas? —dice Askildsen.

—Sí, sí —confirmo y me levanto.

27

ROGER

NO ME GUSTA nada encontrarme entre las personas que ahora van a entrar, a las que, como es obvio, les dan prioridad. ¿Todavía sospechan de mí?

—De acuerdo, Roger, ¿puedes contarnos qué hiciste desde que se acabó la cena, alrededor de las 22:45, en adelante? —pregunta la agente policial introduciéndose un paquetito de *snus* bajo el labio. No creí que les estuviese permitido consumir ese tipo de tabaco en horas de trabajo; causa una mala impresión.

—No tenía sueño —respondo—; por lo tanto, me di un garbeo por el hotel. Luego di un paseo por fuera, por el recinto.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo estuviste paseando?

—Pues durante media hora, quizá.

—¿En algún momento te acercaste a la zona de la piscina?

—En realidad no...

—¿En realidad no? ¿Eso qué quiere decir?

—Pues que, como he mencionado, me di una vuelta por los diferentes edificios, intentando orientarme, y en algún momento bajé las escaleras de esa ala, pero me detuve cuando me di cuenta de que ahí abajo solo estaba la piscina. Después fue cuando salí.

—Entonces, ¿no entraste en los vestuarios o en la piscina?

—No, no lo hice.

—¿Hablaste con alguien?

—No —repito.

Sospechan de mí, lo noto.

He estado demasiado cerca varias veces; tengo que hacer algo para cambiar la impresión que tienen de mí.

—Pero... vi a alguien.

—Cuéntenos —le pide la agente.

—Cuando subía del sótano vi a Haavard bajar a la piscina, y cuando salí, pasé por los ventanales inclinados que dan a la piscina. Y entonces...

Vacilo, como si tuviese dudas sobre si debería comentar esto.

—¿Sí?

Ahora habla Morten. Es alentador. Muestra interés. Me cae bien.

—Bueno, desde fuera vi a Haavard y Sabiya en la piscina. Ella estaba nadando y él la contemplaba desde el borde.

—¿Estuviste fuera observándolos? ¿Te quedaste mucho rato?

—No, qué va, medio minuto, tal vez. En retrospectiva resulta extraño pensarlo, considerando aquella noche en el hospital. También los vi esa noche.

—De acuerdo, necesitamos que nos expliques esto con mayor detalle —dice la agente.

—Haavard y Sabiya —repito y me inclino hacia delante tomando un profundo aliento—. Los vi. Juntos. Fuera. Al mismo tiempo que yo estaba fuera, sin ningún motivo lógico y aparente, pero supongo que ellos mismos ya se lo han comentado, ¿no?

28

HAAVARD

LOS NIÑOS HAN colocado el aspersor debajo de la cama elástica y están saltando en medio del chorro de agua que atraviesa la lona negra; saltan de lado, como si fuesen unos delfines alegres; dan volteretas, pegan gritos y se ríen. El sol crea pequeños arcoíris en el agua que emerge del césped.

Su minúsculo cuerpo al sol, bajo el agua, hermoso como una escultura, tan lleno de futuro.

Me parece que puedo ver cómo van pegando el estirón y crecen cada día más. Al mismo tiempo, es como si acabasen de nacer.

Aquel día intenté, en mi ignorancia, tomar a Clara de la mano, colocarle un paño en la frente, respirar con ella, lo típico. Ella, sin embargo, me ahuyentaba gesticulando con la mano, tan fuerte como siempre. Y si para algo no necesitaba ayuda, era justo para la respiración, pues ya se lo había estudiado ella de forma obsesiva.

—En una escala del uno a diez, ¿cuánto dolor sientes? —le preguntó la matrona cuando experimentó una dilatación de dos a ocho centímetros en una hora.

—Cinco, quizá —respondió Clara.

—¿Sabes si tienes un umbral de dolor alto? —le preguntó la matrona.

Clara se limitó a encogerse de hombros.

—Sí, está claro que lo tiene —constaté yo; sentí que debía intervenir. En cuanto pronuncié aquellas palabras, me arrepentí; me di cuenta de que le había restado autoridad a aquel alto y esbelto ser con una enorme barriga.

Parecía que para ella lo peor era la humillación de estar allí tumbada,

desnuda, dependiendo de los médicos, las matronas y de mí. Tal vez por eso no emitió ningún sonido durante el parto a pesar de haber conseguido convencerlos de que la dejaran dar a luz sin epidural, algo contrario a las recomendaciones en caso de partos múltiples.

Soltó tan solo un par de gemidos, nada más; ni una palabra, ni un grito.

No me recordó para nada a los partos que había presenciado cuando era estudiante o interino.

El día anterior, cuando subía hacia Lysebu, me había sentido expectante, alegre, retozón. Las cosas andaban bien por casa, Clara mantenía el fuerte, yo empezaba a hacer progresos en mi proyecto y me aguardaban veinticuatro horas en compañía de Sabiya. Había logrado distanciarme en cierta medida del episodio con Faisal y Mukhtar Ahmed.

En el transcurso de este último día se ha desmoronado todo.

Contemplo el agua, las hojas de los árboles al agitarse, el sol que asoma entre las ramas; todo lo veo a través de una especie de neblina.

El chorro de agua, las risas, los crujidos de la cama elástica; todos estos sonidos veraniegos apenas me alcanzan desde la lejanía.

Un oscuro presagio se cierne sobre este ambiente hermoso, armónico y seguro. El contraste con todo lo que he leído en las últimas semanas y todo lo que he presenciado estos años se hace insondable; hasta ahora no había logrado entender su magnitud.

Recuerdo, de repente, una estrofa de un poema sueco.

De Pär Lagerkvist, creo.

«Todo me pertenece y todo me será arrebatado, pronto todo me será arrebatado.»

De nuevo tengo la sensación de que hay alguna conexión que debería captar, aunque se me escapa, como los pececitos que intentan atrapar los niños con la red cuando nos bañamos, que siempre se escabullen.

Hay tanta maldad en este mundo...

Pero ¿quién representa en realidad la maldad? ¿Los que les pegan palizas a sus hijos hasta dejarlos medio muertos o los que matan a esos asesinos? ¿Ambos? ¿Puede el fin justificar los medios en estos casos?

¿Se puede justificar quitarle la vida a alguien que mata o hace daño?

Andreas se ha tumbado boca arriba sobre la lona de la cama elástica;

intenta darle cabezazos a un balón y atraparlo con los pies. Nikolai y su amigo llenan de agua la piscina con asientos, como si fuese un jacuzzi, una de esas chorradas inflables. Su abuelo Leif se la regaló por su cumpleaños; a mí no me hizo mucha gracia, pero a los niños les encanta, por supuesto.

Acto seguido, empiezan con su habitual concurso de mantener la respiración bajo el agua; llevan haciéndolo desde los tres años. Es increíble cuánto tiempo pueden permanecer ahí abajo.

—¿Has tenido guardia esta noche? —pregunta Andreas mirándome con compasión, pues supongo que nota lo cansado que estoy. Niego con la cabeza.

—Solo una reunión en el trabajo. Y he dormido mal en el hotel.

POR LA TARDE, por una vez, estamos los cuatro en casa para cenar juntos. Clara volvió a casa y preparó la comida, mientras que mi contribución fue, sobre todo, la de poner la mesa y hablar sobre el nuevo homicidio.

En el menú hay salmón con espinacas, uno de sus platos estrella.

A Clara no le gusta cocinar, así que imagino que respira aliviada cada vez que consigue colocar un plato de comida sobre la mesa y anotar entonces una marca junto al objetivo cena en su lista mental. El salmón, por lo visto, la hace sentirse particularmente hábil, como si no se hubiese enterado de que el salmón de piscifactoría no es exactamente saludable.

Como de costumbre, el pescado está demasiado hecho por fuera; se ha quemado y se ha descompuesto al mismo tiempo que la carne del centro permanece rosada y tremulante. Las patatas gajo nadan en aceite. Las espinacas están lánguidas y tristes; tengo que esforzarme para no hacer ningún comentario.

—¡Qué asco! No quiero salmón —dice Nikolai.

—Yo tampoco —dice Andreas—. ¿Por qué siempre tenemos que cenar salmón?

Clara se limita a mirarlos por encima del vaso de agua, taciturna e inexpresiva, como siempre se muestra cuando el mundo la decepciona; es tarea mía hacerles cambiar de parecer.

—Venga, pequeñajos, vamos —digo—. ¿No queréis volveros grandes y fuertes para pegarles una paliza a los otros chicos en el campo de fútbol? Si así es, lo mejor que podéis hacer es comer salmón y espinacas, pues os darán

una fuerza superguay.

Llevo años repitiendo el mismo sermón; sé que ya no se lo creen, pero al menos consigo que tome un trocito de pescado cada uno.

—¿Puedo ponerle kétchup? —pregunta Andreas.

—Dios mío —responde Clara; niega con la cabeza, suspira. Tiene completa aversión al kétchup, como si fuese un invento del mismísimo Satanás.

—No, no se les puede poner kétchup al salmón y a las espinacas —digo—. Estropea todo el efecto superguay, llevan años investigándolo...

—Ay, papiiiiiii —dice Nikolai y suelta su risa más cordial. Andreas también ríe y enseguida surge una sonrisa hasta en los labios de Clara.

—Terminad de comer, vamos, y así podréis levantaros de la mesa —digo.

—¡Sí! —exclaman a coro, devoran los últimos trozos y dejan tirados los cubiertos antes de salir corriendo.

—Buen trabajo —dice Clara alzando las cejas—. Comer y salir corriendo...

—Muy bien, sugiero que lo intentes tú la próxima vez —respondo.

Ninguno dice nada mientras terminamos de comer. Luego me levanto y empiezo a recoger la mesa. Clara está inclinada sobre el lavavajillas, colocándolo todo en su sitio.

—Por cierto, me han hecho una oferta de trabajo... —comenta ella.

—Vaya —digo. ¿De qué puede ser? ¿Un bufete de abogados? Sé que suelen fichar a gente del Ministerio de Justicia, aunque Clara lleva demasiado tiempo en la Administración pública como para resultarles relevante—. ¿Dónde?

—En el ministerio...

Tengo que morderme la lengua para no mofarme de ella. Clara lleva media vida en el ministerio.

—Espero que subiendo de categoría, ¿no?

—Secretaria de Estado —dice con una sonrisa aniñada—. Woll va a dimitir y Munch quiere que yo ocupe su cargo.

Me quedo pasmado con la sartén en la mano, boquiabierto.

—Pero tú eres funcionaria. ¿Es habitual cambiar así de bando?

—No, pero ha acontecido antes. Y volverá a acontecer —responde y me

hace dudar de si su bíblica forma de hablar es casual o no.

Dejo la sartén en el fregadero y me siento en una banqueta.

—Esta vez no, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros y sigue colocando platos en el lavavajillas.

—Espera un momento —digo—. ¿Me estás diciendo que estás considerándolo en serio?

—Quizá —constata de nuevo con una media sonrisa—. ¿Te parece muy de locos o qué?

—Sí, la verdad es que sí. ¿No tiene esa gente una carga de trabajo absurda por completo? ¿Y vas a renunciar a un puesto de funcionaria para trabajar en una especie de cargo temporal del que pueden echarte en cualquier momento?

—Tú tampoco tienes un puesto fijo —dice y de hecho tiene razón. En Ullevål a uno no lo hacen fijo hasta que cumple los cincuenta. Y eso, con suerte, si viene de un puesto fijo en otro sitio y si tiene una buena dosis de fortuna.

A mí no me preocupa, pero la mayoría de mis compañeros están ansiosos por conseguir un puesto fijo. Es algo que crea un ambiente malsano en el que nadie se atreve a cuestionar nada.

—¿No prefieres disfrutar de la vida? ¿Mimarte un poco? Viajar, beber buenos vinos. Vacaciones largas.

—Pues no —responde Clara mirándome incrédula.

Jamás estoy seguro de si pilla las bromas cuando me meto con ella.

Viajar a «casa», a su pueblo, sí. Vacaciones, no.

Clara es y siempre será una chica currante de pueblo, una persona muy competitiva, una mujer ambiciosa. En definitiva, nunca ha sido una hedonista.

—No te gusta tener jefes. Además, ¿sientes alguna simpatía hacia esa gente? Pensé que Munch no te gustaba.

—No me agrada en especial, es cierto; tampoco es algo que considere imprescindible. Tengo un plan para reventarlos desde dentro, ¿sabes qué quiero decir?

Por una vez suena entusiasmada.

Yo no debería repudiarlo así, de golpe; debería escucharla, apoyarla, dejar

que ella misma se dé cuenta de la locura en la que quiere embarcarse.

Pero no soy tan inteligente.

—No —concluyo—. Eso no puede funcionar, ni siquiera contigo.

En el mismo instante me percaté de la metedura de pata que acabo de cometer y de que es demasiado tarde para echarse atrás.

—De acuerdo —responde ella sin más, en un tono que no hace presagiar nada bueno y con una expresión totalmente impenetrable.

29

CLARA

LA PUERTA DE la oficina del ministro está cerrada.

—Enseguida estará disponible —me asegura Vigdis, que está sentada respondiendo peticiones para que el ministro participe en diversas actividades.

Sí al discurso del 1 de mayo el próximo año. Sí a la asamblea anual. Sí a una audiencia.

No a presentar su receta favorita en un libro de cocina. No a elegir discos para una emisora de radio.

Espero de pie junto al oso polar, hojeando los periódicos allí expuestos, *VG*, *Dagbladet*, *Aftenposten*, todos con llamativos titulares sobre los homicidios de los dos inmigrantes.

Por lo visto, *VG* tiene una fuente en el seno de la Policía, una especie de garganta profunda que se pronuncia sobre varios asuntos y que es probable que esté causando grandes frustraciones en la Jefatura de Policía.

Dos teorías parecen haber cristalizado, resume el periódico, que asimismo señala que resulta llamativo que un grupo de empleados del hospital de Ullevål haya estado presente en ambas ocasiones.

La primera teoría consiste en que algún individuo extremadamente racista y perturbado anda pegando tiros a inmigrantes siguiendo la tradición del Hombre Láser.

Es temporada de sequía informativa y, para gran regocijo de los lectores, el periódico ha rescatado la antigua historia del Hombre Láser.

Desde agosto de 1991 hasta enero de 1992, el sueco John Wolfgang

Alexander Ausonius disparó a doce personas en Estocolmo y Upsala.

Solo una de las víctimas falleció, pero varios de ellos sufrieron lesiones permanentes. La única característica que compartían las víctimas era su piel oscura.

El propio Ausonius era de madre alemana y padre suizo. De niño sufrió acoso escolar por su cabello oscuro y su aspecto moreno en general.

Los tiroteos desencadenaron el segundo mayor despliegue policial en la historia de Suecia y, seis meses más tarde, detuvieron a Ausonius *in fraganti* durante el atraco a un banco. Más tarde le diagnosticaron un trastorno disocial de la personalidad.

El artículo del periódico culmina la noticia sobre Ausonius revelando que ahora, en 2018, lo han condenado por el asesinato de una mujer en Fráncfort en 1992.

Si en realidad existe alguien en Oslo que quiere seguir los pasos del Hombre Láser, puede deberse a la polarización que últimamente se les está dando en varios frentes a los políticos de la extrema derecha, y a la considerable cobertura mediática sobre la comunidad musulmana y el problema de las bandas, comenta el periódico.

La segunda teoría, en cambio, sostiene que podría tratarse de ajustes de cuentas entre bandas en la comunidad inmigrante de Oslo.

El homicidio de Ahmad encaja muy bien en esta teoría.

El homicidio de la emprendedora Melika Omid Carter, de origen iraní-americano, se ajusta menos; no obstante, es posible que ella también tenga conexiones con estas comunidades sin que resulte tan evidente.

La policía no ha querido profundizar más por el momento y no quiere aventurar ninguna hipótesis.

Los medios han intentado conseguir alguna declaración de Askildsen con respecto al hecho de que tanto él como sus empleados se encontrasen cerca cuando se produjeron ambos homicidios, pero este se abstiene de conceder entrevistas.

Los columnistas de varios periódicos han escrito sobre el tema.

La policía debe llegar al fondo del asunto rápidamente, antes de que se desmorone la ciudad, escribe uno de ellos.

—Tienes mi rotulador —grita alguien enfadado a mi espalda—. ¡Es mío!

¡Mío!

Me doy la vuelta. Dos niñas anémicas de entre cuatro y seis años con trencitas, tutú y leotardos a rayas están dibujando mientras el canal Cartoon Network se proyecta en la pantalla que cuelga de la pared tras ellas.

Las hijas de Munch.

—¿Va todo bien, chicas? —pregunta la secretaria y se levanta para mediar entre ellas.

En el mismo instante se abre la puerta.

Sale Woll, cruzamos la mirada durante uno o dos segundos.

Luego entro yo, cierro la puerta y me quedo parada delante del escritorio del ministro.

—Dios mío, Clara, estos homicidios están acabando conmigo —dice Munch—. Es lo único que le importa a la prensa, lo único de lo que escribe; es de locos. Pero ya basta del tema. ¿Tú cómo estás? ¿Has tomado una decisión?

Se reclina en la silla mirándome expectante.

He vacilado y he tenido dudas.

Mona tiene razón en lo que me ha dicho. Haavard tiene razón en lo que me ha dicho.

El sentido común marca una clara respuesta negativa.

El argumento más importante no es, en realidad, la consideración que les tengo a mi familia, a la Administración pública o a mí misma, sino que no me identifico de ninguna manera con Munch, sus opiniones o su partido. Bueno, y que el tipo se comporta como un imbécil de vez en cuando.

—Sí —respondo—. He tomado una decisión.

—¿Y?

—Estoy dispuesta.

—¡Sí, sí, bien! —dice él y suena como un camarero sueco que intenta hacerse el encantador. Se levanta y me extiende la mano—. ¡Lo sabía! Ni siquiera tú ibas a poder resistirte a esto.

En el mismo instante suena su teléfono, situado en el centro de la mesa de reuniones que hay junto a mí.

«Anna-Karin llama.»

Le acerco el teléfono. Él lo mira, pone una mueca.

—Hola —contesta—. Sí, claro. Estamos en Egertorget ahora, las niñas han estado probándose ropa. Ahora estamos tomando té helado en una cafetería. Sí, estamos disfrutando muchísimo —declara mirándome algo avergonzado; yo me examino las uñas e intento fingir que no ocurre nada.

—Hoy no tienen colegio —dice después de colgar—. Mi mujer tenía que trabajar, así que me tocó llevarme a las niñas. Y le juré por lo más sagrado que no las traería aquí...

—Entiendo —digo.

Claro que lo entiendo. Está claro que es un calzonazos y que es igual de mentiroso que los demás.

—Vamos a hacer el nombramiento cuanto antes —dice—. Oye, por cierto, una cosa, Clara. ¿Eres miembro del partido?

—No —respondo y niego con la cabeza.

No soy una persona comprometida políticamente, jamás he formado parte de un partido político. Y si fuera a unirme a uno, el de Munch no encabezaría la lista.

—Me lo imaginaba —dice—. Entonces estaría bien que te afiliases.

—¿Tengo que hacerlo?

—Bueno... —dice y vacila un poco—. Nadie puede obligarte, pero el partido lo desea.

—De acuerdo.

—También debes pasar por una exhaustiva habilitación personal de seguridad; te preguntarán si hay algo en tu pasado que pueda ocasionar problemas, pero es un mero procedimiento. Luego se te nombrará en el Consejo de Ministros presidido por el rey el viernes que viene. ¡Bienvenida a bordo!

30

HAAVARD

—PERO, MAMÁ, ¿POR qué quieres ser secretaria? —pregunta Andreas.

Clara acaba de contarles a los niños que hoy, en el Consejo de Ministros, el rey la nombrará nueva secretaria de Estado en el Ministerio de Justicia, cuarenta y ocho horas después de que yo le aconsejase de manera insistente que declinase la oferta.

—Vale —dije intentando contar hasta diez cuando me soltó la noticia la noche anterior.

Y, de hecho, fui capaz de morderme la lengua, pues, a pesar de todo, soy un hombre moderno que no piensa que puede o debe decidir lo que haga su esposa, un hombre que permite que su mujer se desarrolle profesionalmente, un hombre que asume gran parte de la responsabilidad del hogar.

El problema es que también me gustaría ser tenido en cuenta.

Y aunque resulta imposible que Clara acabe trabajando mucho más de lo que ya lo hacía cuando se dedicaba al proyecto de ley, al menos entonces se trataba de un periodo limitado de tiempo.

Yo trabajo a turnos, quiero tener una vida, no quiero convertirme en padre a tiempo completo.

—A ver, no voy a ser una secretaria normal —comenta Clara—. Seré una secretaria que ayude al que es ministro de Justicia.

—¿Cómo se llama? —pregunta Andreas.

—Anton Munch —digo yo, acentuando cada sílaba.

—Así es —dice Clara.

—¿Su ayudante, entonces? —pregunta Nikolai.

—Sí, una especie de ayudante —responde ella, recogiendo la merienda envuelta que ha dejado en la encimera de la cocina.

Es muy probable que sea la única secretaria de Estado que se lleve su propia comida. Sándwich de paté con pepinillos, salami con pepino, lo mismo que se llevaba al colegio en su día.

—Pero ¿no prefieres ser jefa?

—También mandaré un poco —dice Clara—. Espero poder decidir más cosas. Mandamos, entre otras cosas, sobre los bomberos. Y la policía...

—La policía intenta encontrar al que mató al hombre en el trabajo de papá —dice Nikolai.

—Sí, y a la mujer del hotel —comenta Andreas.

Clara me dirige una mirada de reproche, como si fuese culpa mía que se enteraran de las noticias.

—Mientras tanto, papá tendrá que ser aún más jefe por aquí —digo yo—, porque ahora veremos a mamá menos que de costumbre.

—Por Dios —dice Clara y me mira desalentada—. Ya hemos hablado de esto.

—Hablar, lo que se dice hablar —digo—. Efectivamente, he sido informado.

—Pero, mamá, ¿por qué no quieres estar con nosotros? —pregunta Nikolai.

—Sí, ¿por qué prefieres estar con ese Anton antes que con nosotros? —pregunta Andreas.

—Muchas gracias —dice Clara con una mirada gélida—. Claro que quiero estar con vosotros —les dice a los niños y sonrío. Alzo las cejas, silbo; Clara se sonroja, pero no dice nada, solo me ignora, como suele hacer cuando se cabrea—. Pero mamá también tiene que trabajar —añade— para ganar dinero para compraros comida y ropa y juguetes...

—Sí, por supuesto. Solo por eso —comento.

—Y ahora voy a hacer algunas cosas en el trabajo diferentes de las que hacía antes —continúa Clara—, pero voy a trabajar en el mismo edificio y con la misma gente. ¿Entendéis?

—¿Vas a salir en la tele y esas cosas?

—Es muy probable que no.

—¿En la radio? ¿El periódico?

—No lo sé. Quizá —responde ella y noto que aumenta su impaciencia—. Pero ahora tengo que irme. Luego nos vemos.

Se inclina sobre Nikolai y lo abraza, repite el procedimiento con Andreas, se cuelga el bolso del hombro y se marcha.

—Hasta luego —voceo efusivamente con una dulzura exagerada—. Que tengas mucha suerte hoy, mi amor.

Este rollo político la ha hecho florecer, le ha conferido un nuevo brillo a su mirada.

La noche anterior, para mi sorpresa, ella, que siempre había sido muy escéptica en cuanto a las redes sociales, incluso se creó un perfil en Facebook desde el que va a compartir vídeos, selfis, propaganda del partido y entretenimientos varios. Por lo visto, uno de los requisitos del ministro ha sido que fuera más activa en las redes.

Además, su teléfono empieza a soltar pitiditos desde el primer boletín de noticias de la radio a las seis de la mañana hasta el último telediario de la noche en NRK. Al parecer, Munch quiere que esté pendiente de la actualidad las veinticuatro horas del día.

Lo más sorprendente es el entusiasmo y el afán con que ella afronta todo esto.

—¿Cuándo piensas dormir, en realidad? —pregunté cuando la vi sentada bajo su manta en la terraza, respondiendo mensajes; acababa de hablar con Munch durante media hora y parecía despierta y de buen humor.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros mientras le daba una calada a su porro nocturno. Se ve que es lo único que siempre permanece inalterable y siento una especie de alegría miserable por el hecho de que algo, a pesar de todo, siga igual que antes. Aunque tendrá que dejar de fumar porros ahora que se ha convertido en secretaria de Estado, imagino.

UNA VEZ EN el despacho, abro mi lista. Después de Lysebu estoy empezando a arrepentirme de todo el asunto. He invertido demasiado tiempo en el tema y van a cesarme del trabajo si continúo así; además, algo tenebroso e inquietante ha comenzado a cernerse sobre mi proyecto.

Melika estaba en la lista.

La lista establece un móvil claro.

Además, ha acabado interponiéndose entre Sabiya y yo, o al menos algo se ha interpuesto entre nosotros.

Ella no tiene tiempo para que nos veamos en la colina junto a Frognerseteren. Casi no mantenemos ningún contacto en Strava. Si pongo algún comentario, ella no me responde; si llego al despacho y me la encuentro allí, ella siempre tiene que marcharse en ese preciso instante.

No sé a qué se debe que me evite de esta manera, pero me inquieta.

Tengo que dejar apartada la lista, al menos hasta que todo se tranquilice; quizá debería incluso eliminarla. El problema es que se la he mandado a Sabiya por correo electrónico. Está en el sistema. En su bandeja de entrada.

Me resulta imposible concentrarme y hoy necesito trabajar en el artículo.

Askildsen entra, se sienta en la silla de Sabiya sin que yo lo invite a hacerlo. Está delgado y nervudo, pero no de la manera fuerte que se debe a la práctica de deportes. Su rostro luce más pálido y azulado, más enjuto que de costumbre. Lleva unas gafas redondas.

—Haavard —dice pasándose la mano por el cráneo reluciente—. Estos putos homicidios...

—¿Sí? —digo esforzándome por sonar natural, relajado, franco; sin embargo, el corazón me late acelerado y con mucha fuerza.

—¿Sabes algo de ellos que yo desconozca?

—No... ¿Qué podría ser?

—No lo sé. Solo tengo la sensación de que alguien está ocultándome algo.

Mira a su alrededor y se detiene un par de segundos en las vistas antes de volver a clavar la mirada en mí.

—Veo que Sabiya no está. ¿Hay mal ambiente por aquí estos días?

—No, qué va —digo y trago saliva.

—Bien. Bueno... Dedícate a tu trabajo, Haavard.

Suena como una especie de amenaza. Se marcha y cierra la puerta tras él sin que yo tenga ocasión de responder.

Me inclino un poco hacia delante, apoyo la cabeza entre las manos. ¿Qué sabe? ¿Sospecha de Sabiya? ¿Sospecha de mí? ¿Conoce la existencia de la lista?

La conversación ha sido de esas que pueden parecer cordiales si se dan por escrito; sin embargo, cuando se incluyen el tono, los gestos y las pausas, acaban resultando desagradables.

Me quedo quieto un instante, reflexionando.

Después hago justo lo que había decidido no hacer.

Recojo la llave que hay en la parte superior de la estantería y abro con ella el primer cajón del escritorio de Sabiya; luego, el cajón del medio; al final, el último.

Joder, no hay nada en ninguno de ellos. Tampoco debajo de todo el desorden de Sabiya.

La Glock, sencillamente, ya no está.

Un segundo. Dos. Tres. Revierto todo el proceso. Cierro los cajones, echo la llave, vuelvo a colocarla en su sitio.

Me siento y percibo que me invade el pánico como una enorme ola contra la orilla cuando acaba de pasar una embarcación demasiado grande, demasiado cerca.

Estoy acojonado.

¿Qué está ocurriendo? ¿Hay alguien que va a por mí, que está jugando conmigo? ¿Y qué ocurre con Sabiya, con la que he estado en el momento de producirse los dos homicidios? ¿Está manipulándome? ¿Quién es en realidad? ¿Ahora qué hago? No tengo la menor idea.

Entonces hago lo que siempre he hecho en momentos de crisis: llamo a Axel, mi amigo de toda la vida de la calle Ivar Aasen. Más que un amigo, un hermano.

—Oye —le digo—. Necesito desconectar un poco, tienes que venirte conmigo a la cabaña este fin de semana.

—¿A Kilsund? ¿Ahora? —pregunta sorprendido, algo que no puedo reprocharle, ya que no he hecho algo tan espontáneo desde que conocí a Clara, y menos aún desde que nacieron los niños.

—Sí —digo—. No te lo estoy preguntando. ¡Vete a hacer la maleta ya!

31

CLARA

EL CORREO EN el que se anuncia que hoy me nombrarán nueva secretaria de Estado del Ministerio de Justicia y Seguridad Pública en el Consejo de Ministros presenciado por el rey se envía por vía interna justo después de las 09:00.

Dos horas más tarde, los ministros y el primer ministro se reúnen en Consejo con el rey en el Palacio Real.

Cuando se levanta la sesión ya no soy consejera superior.

—Enhorabuena, Clara. ¿Te servirán estas? —pregunta Vigdis con profesionalidad. Aparece en mi puerta con algunas cajas de cartón desmontadas.

Ella tiene una larga experiencia en estos temas, en especial con todos los ministros que han tenido que guardar sus cosas a toda prisa, muchos de ellos sin tener más que unas horas para recogerlo todo antes de que su sucesor cruzase la puerta para que lo retrataran con un ramo de flores, la llave magnética y una gran sonrisa, mientras ellos tenían que bajar en el ascensor y salir a la calle donde, a partir de ese momento, no estaría esperándolos un coche oficial y no le importarían a nadie. Imagino que a Vigdis no le entusiasmará demasiado la idea de tener que recoger algún día la colección de helicópteros y vehículos de emergencia de Munch.

—Gracias —respondo y acepto las cajas que me ofrece.

—El despacho de Woll se ha desalojado y limpiado esta noche; ya debe de estar preparado para ti. Voy a dejar un carrito aquí fuera para que puedas trasladar tus cajas. Tenemos bastante lío por aquí últimamente; el ministro

está alterado por los homicidios, ya sabes. Nos vendrá bien contar con una mente fría femenina, Clara; qué bien que te incorpores.

—Muchas gracias —digo. ¡Cuánta cordialidad y cariño!

Cuando apilo las primeras cajas en el carrito que se encuentra junto a la puerta, un par de compañeros de mi sección están apoyados en la encimera junto al fregadero de la pequeña cocina que hay frente a mí.

No dicen nada, solo se me quedan mirando.

Cuando llego a la sección del ministro empujando mi carrito, el asesor bajito y los dos secretarios de Estado que serán mis compañeros se encuentran delante del oso polar, riéndose a carcajadas de algo.

Capto algún comentario sobre la sede del partido y algo de que, joder, no se lo pueden creer. Vigdis está sentada justo al lado, trabajando, con una sonrisa indulgente y tolerante.

Mis nuevos compañeros me ven, dejan de reírse y se quedan callados.

En el mismo instante, Mona sale de su despacho, se detiene y nos contempla con una breve sonrisa.

—Vaya, Clara. Ya estás aquí con tu nueva pandilla.

Uno de los dos secretarios de Estado musita algo; esta vez resulta imposible oír lo que dice.

Munch sale de su despacho; la puerta está enfrente de la oficina de Mona. Entre los dos despachos están Vigdis y las demás secretarias.

—Necesito a alguien que haga unas declaraciones en el telediario sobre la falta de helicópteros para luchar contra los incendios forestales. Esta noche. Yo tengo las manos atadas con la celebración del 75.º cumpleaños de mi suegra en Bodø este fin de semana.

Los demás agachan la mirada; no es un buen caso para dar la cara. Los últimos días se ha hablado mucho del tema de la escasez de helicópteros y la cobertura ha sido escandalosamente nefasta.

—Clara, ¿te apetece estrenarte? —pregunta Munch mirándome.

—De acuerdo —digo—. No sé nada sobre los helicópteros de extinción de incendios forestales, pero...

—No importa, aquí no hay nadie que sepa de eso —dice mirando de reojo al resto de los dirigentes políticos.

—Hoy es viernes, toca hacer rifa de vinos —canturrea Vigdis—. ¿Te

viene bien a las 15:00? Serás la invitada de honor, Clara; vendrás, ¿no?

—Por supuesto —digo.

En el mismo instante, el teléfono da un pitido en mi bolsillo.

HAAVARD

«MI PADRE HA llamado, quiere que vaya a abrir Kilsund. ¿Puedes ocuparte de los niños este fin de semana?», le escribí a Clara.

Me responde con un breve «OK».

En realidad, es bastante generoso por su parte dejar que me marche sin previo aviso, sobre todo teniendo en cuenta que ella no pudo quedarse más tiempo en el pueblo.

Axel me acompaña, por supuesto; tiene el fin de semana libre, los niños están con Caroline.

Después de un rato conduciendo a toda velocidad por la autovía E18 hacia el sur, consigo reprimir el pánico que me atenaza para dar paso a la ilusión por llegar a la costa de rocas peladas y el olor a mar salado, aquel interminable horizonte salpicado de algunos arrecifes y, de vez en cuando, un buque de camino a algún sitio.

La cabaña ha estado cerrada durante los largos meses de otoño, invierno y primavera, expuesta al viento y a la lluvia, y en su interior el aire está viciado; no huele mal, sino a cerrado. Abro todas las puertas y ventanas.

Las cortinas azules están descoloridas; en las paredes, viejas fotografías que alardean de la pesca y otros momentos álgidos retratados en blanco y negro o color sepia colgadas sobre el revestimiento de pino amarillento. El suelo de pino barnizado, diversos artilugios, un enorme mapa náutico colgado en la pared; todo permanece inalterado desde que mi abuelo paterno construyó la cabaña en 1952.

Dos años más tarde adquirió el bote de madera de veintiún pies que

todavía tenemos. Cada verano solemos participar en la regata anual de Kilsund. La abuela Edith, por lo visto, ganó en 1959; yo he ganado en la clase de 8-12 caballos en dos ocasiones.

Mi padre y yo estamos de acuerdo en que aquí nada debe cambiar. Mi tío se hizo cargo de la casa de la abuela Edith cuando esta falleció, y la arruinó por completo. Tenemos que conservar Kilsund.

Me encanta venir aquí a practicar piragüismo, quedarme sentado contemplando el mar, pintar alguna pared, arreglar algo. A los niños les chifla salir a navegar, pescar cangrejos desde el muelle, tirarse de cabeza desde la roca; a menudo venimos solo los niños y yo mientras Clara se queda en casa trabajando.

Axel, en cambio, está tan familiarizado con el lugar como yo.

Cuando nuestras madres estaban embarazadas, compartían habitación en su obligado ingreso hospitalario en el antiguo hospital maternoinfantil, hablando sin parar; desde entonces, tanto ellas como nosotros hemos sido uña y carne. Durante años compartimos piso y ahora vivimos a dos minutos el uno del otro. Siempre pasamos juntos la Nochevieja, el 17 de mayo² y días así.

Christian Ferner-Hansen, el padre de Axel, se convirtió en el mejor amigo y compañero de juergas de mi padre a partir de nuestro nacimiento. Nuestras respectivas madres adoran juntarse para ponerlos verdes a sus espaldas.

A veces pienso que este es el motivo por el que siguen casados tanto mis padres como Jenny y Christian: que mi madre tenga a Jenny y mi padre a Christian, y viceversa.

TENGO LA MARAVILLOSA sensación de estar escabulléndome del mundo, pero sé que solo funcionará durante menos de cuarenta y ocho horas. Ni siquiera la rojiza puesta de sol sobre el arrecife y la copa de whisky con Axel en la escalera de piedra consiguen mitigar la angustia que me corroe por dentro y hace que el pecho me arda como si estuviese sumergido en ácido.

Me tomo una copa, dos, tres. Hablamos de fútbol y geopolítica, nos preguntamos por qué ya nadie saca álbumes de rock cojonudos, debatimos si el episodio de ocho horas sobre Gengis Kan es el mejor *podcast* de *Hardcore History* realizado por Dan Carlin. Yo opino que sí; nunca es suficiente cuando se trata de saber sobre los pueblos ecuestres mongoles que salieron de

la nada y conquistaron el mundo, pero Axel prefiere el *podcast* sobre la caída del Imperio romano y piensa que, en realidad, trata sobre EE. UU.

Cuatro copas. Cinco. Al final, Axel me mira preocupado.

—¿Qué te pasa, Haavard?

—No es nada —respondo.

—Tú no sueles emborracharte. ¿Tiene que ver con Clara?

Normalmente nunca hablamos sobre nuestras relaciones de pareja, por eso estas preguntas resultan tan intimidantes ahora que llegan.

—Se ha convertido en secretaria de Estado de la noche a la mañana —digo—. Por lo demás, todo va como siempre.

Axel contempla fijamente el mar y sonrío.

—Impresionante. Vaya tía. Una loba entre corderos, una especie de Clint Eastwood femenina.

A él siempre le ha gustado Clara.

—Visto desde fuera.

Ahora Axel se endereza y se me queda mirando.

—Haz lo que quieras, pero no te divorcies.

Él sigue desilusionado tras el divorcio. A cada momento lo inundan nuevas oleadas de decepción y resentimiento.

Al parecer, en la actualidad, su principal problema es la nueva pareja de Caroline.

—Siempre aparece algún imbécil que tiene que entrometerse en la educación de los niños. El otro día mis propios hijos me echaron la bronca por no usar un posavasos para poner la taza en la mesa. ¿Entiendes?

Axel gesticula.

—¿Un posavasos en la mesa? ¿Por quién me toman? Eso es lo que les enseña el pequeño burgués ese de Tønsberg, un nuevo rico. Él es la prueba de que los hípsters son más o menos igual de independientes que unas niñas adolescentes. He mirado su Facebook; todo va sobre bicicletas eléctricas, Interrail y vinos ecológicos.

—He oído cosas peores —comento.

—No fue hasta más tarde cuando me enteré de que Caro y sus amigas usan el mismo abogado de divorcios. Al tipo se le conoce por asegurar unas condiciones especialmente favorables para las mujeres. ¡Joder, lo que cuesta!

Es preferible tener un rollete. Pero no lo olvides: tiene que ser con una que esté casada y tenga tanto que perder como tú. Ahí fue donde yo metí la pata.

—Está casada —digo de repente.

—¿Sí? —dice Axel mirándome sorprendido—. Un comienzo prometedor...

Busco a Sabiya en Google, encuentro una foto en la que aparece como investigadora. Ahí está: morena, sonriente, deslumbrante.

«Sabiya Rana. Residente, Departamento de Pediatría del Hospital de Ullevål. MD 2008. Ph. D. 2012.» Cabello negro ondulado a media melena. Pentalabios rojo. Una pícara y oscura mirada.

—Aquí está —digo entregándole el teléfono a Axel mientras me quedo contemplando las vistas. La luna cuelga casi sobre la superficie del agua, el cielo se alza rosado sobre el fiordo. A unos cientos de metros algún imbécil ha encendido una hoguera en un cabo, aunque la prohibición temporal para hacer fuego aquí también está vigente.

Axel se toma su tiempo para examinar la fotografía.

—O sea, que vas por esos derroteros...

—¿Eso es lo único que tienes que decir? —le pregunto algo indignado.

—Guapa es, vamos —comenta prolongando cada palabra.

—¿Y?

—Pero eso no es para mí.

—¿Eso?

—Conozco a uno que estuvo liado con una mujer kurda y, por decirlo sutilmente, acabó metido en muchos líos. Por muy seculares que sean, siempre llevan un buen equipaje.

—Estás generalizando muchísimo —digo irritado.

—Caro también solía recriminármelo. Y claro que generalizo, todos lo hacemos. Se nos acelera el pulso cuando nos encontramos con una pandilla de inmigrantes en el metro, no con una anciana. Se trata de generalizaciones, intuiciones. Y la intuición suele acertar.

—Yo también intuyo algo —digo.

—¿Sí? —pregunta expectante.

—Los medios de comunicación insisten en un hombre láser racista o una guerra entre bandas a raíz de los homicidios, pero eso no son más que

pamplinas.

—¿Y eso?

—Porque nadie se ha enterado de que la conexión que hay entre los dos asesinados, además de su origen inmigrante, es que ambos eran maltratadores de niños. Era algo evidente en el caso del pakistaní en el hospital, pero la señora Carter no se quedaba corta. Se trata de asuntos muy turbios.

—Los inmigrantes están sobrerrepresentados en estos casos —dice Axel—. Nos guste o no, es un hecho.

—Sabiya se quedó totalmente fuera de juego, pareció sentirse avergonzada por el hecho de que el pakistaní fuese compatriota suyo. Después he averiguado que, en su día, ella misma formó parte de una de las bandas que atracaba a otras chicas en Oslo City, mucho antes de doctorarse en Pediatría. ¿Qué me dices al respecto?

—Como ya he dicho, un buen equipaje.

Tomo aliento.

—Compartimos despacho. Un día, Sabiya quiso dejar claro lo importante que era que llevásemos nuestra relación de manera discreta y me enseñó una pistola guardada bajo llave en un cajón; quería tenerla a mano por si se daba el caso de que el retrógrado de su marido nos descubriese o algo. Ahora la Glock ha desaparecido y, por lo visto, las investigaciones indican que ambas víctimas pueden haber recibido el disparo de una...

Hago una pausa dramática.

—... Glock —concluyo.

—Dios mío —exclama Axel jadeando; es obvio que no tiene una buena respuesta que ofrecerme.

Cuando me levanto para seguir la senda plagada de hormigas que conduce hasta el retrete exterior, me siento casi sobrio. El domingo por la tarde Axel me deja en casa; desciendo del coche con la bolsa de viaje colgada del hombro.

Los niños están correteando por el jardín. Levanto a Andreas, lo giro en el aire, lo abrazo con fuerza. Huele a crema solar, a niño veraniego; grita de alegría y ríe alborozado.

Repito el mismo procedimiento con Nikolai. Luego entramos en casa.

En el pasillo se abalanzan sobre mí; quieren jugar a las peleas. Me dejo

machacar, pero enseguida se tumban junto a mí, cada uno en su lado respectivo. Quieren mimos, me los acerco aún más y los abrazo, percibo el calor de sus cuerpecitos menudos.

Y mientras permanecemos así, Andreas con la frente sobre mi mejilla y Nikolai con un dedo índice enterrado en mi pecho, alguien llama a la puerta.

Tanto los niños como yo nos estremecemos.

—Abro yo, abro yo —dice Andreas y sale corriendo hacia la puerta con su hermano detrás.

—¡No, yo! —grita Nikolai.

Así están todo el rato. Todo es una competición: quién es el que come más salchichas, quién esquía más rápido, a quién se le dan mejor las mates, a quién se le caen primero los dientes, quién se duerme más tarde y quién se despierta primero.

No quiero perder nada de esto y ese es el principal motivo por el que aguanto, no por los consejos de Axel.

Nikolai llega a la puerta el primero, pero Andreas se cuela por delante de él, presiona el tirador y abre la puerta.

En el exterior hay tres policías. Van de uniforme, camisas de color azul celeste, corbatas y todo, y son demasiados para venir a anunciar una muerte. Además, los conozco.

En los segundos iniciales hay un silencio absoluto, como si se tratase de una película de cine mudo.

Andreas y Nikolai, que se han pasado toda la infancia gritando «policía, policía, policía», enloquecidos de alegría cada vez que veían un coche de patrulla o a un agente uniformado y que, en algunas ocasiones, han proclamado que de mayores van a ser policías, vuelven hacia mí corriendo a toda prisa sin pronunciar una palabra.

Instintivamente presienten el peligro.

Me levanto, los rodeo con un brazo y los atraigo hacia mí. Ahora Clara también se asoma al pasillo.

—¿Podemos pasar un momento? —pregunta uno de ellos.

Sin esperar respuesta entran en el recibidor, los tres, con las botas puestas. Casi mejor; no quiero retenerlos en la escalera, donde resultan visibles para todos los vecinos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Clara detrás de mí, con su tono de voz más gélido.

—Haavard —dice la agente e ignora a Clara—, querríamos que nos acompañase, que nos ayudara con algunas preguntas.

Nikolai emite un breve gimoteo.

—Ahora tenéis que ir con mamá y prestarnos a vuestro papá un ratito —dice la agente de policía dirigiendo la mirada hacia él.

—Venga —animo a los niños; no me atrevo a preguntarles nada con Clara delante—. Id con mamá, solo voy a ayudar un poquito a la policía.

Andreas corre a toda prisa hacia Clara y se le agarra a la pierna, como cuando era más pequeño; está asustado y tiene la mirada perdida.

Nikolai, en cambio, empieza a llorar sin consuelo.

—¡Papá, papá, papá! —grita tirando de mí. Lo cojo en brazos y se lo acerco a Clara. Ya es muy grande y pesa mucho.

—Vendrás con nosotros en el coche, Haavard —declara la agente y yo asiento; no quiero continuar con la conversación aquí, en el pasillo. Beso a los niños en la mejilla e intento decirles que los quiero, pero mis palabras quedan ahogadas entre los llantos de Nikolai.

—Hablamos pronto —le digo a Clara, que no parece precisamente invitar a que le dé un beso conyugal de cara a la galería.

Camino a paso tranquilo detrás de los agentes, intentando moverme con la máxima naturalidad y calma posibles.

33

CLARA

NUNCA SUELO LLAMARLO por la mañana; hoy estoy al teléfono antes de las ocho.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —pregunto.

—Por aquí ando. Ayer me di una vuelta por el supermercado. Después fui a comprar unos limpiaparabrisas nuevos para el coche y piedras de sal para las ovejas. El dinero está gastándose a una velocidad pasmosa. A Bella no la he visto en dos días; no pinta bien la cosa.

—Seguro que volverá —digo y cojo impulso—. Oye, papá... La policía se llevó a Haavard ayer para interrogarlo y, de momento, parece que sigue detenido.

—Dios mío... ¿Qué me dices? ¿Tiene que ver con el homicidio en Ullevål?

—Sí, y con el de Lysebu. Se trata de un malentendido, una metedura de pata por parte de la policía; se arreglará enseguida. ¿Podrías venirte aquí unos días? Yo te compraría los billetes, claro.

Hay silencio durante un breve instante.

Mi padre siempre ha estado más a gusto en su casa.

Antes de que muriesen sus padres y le tocase encargarse de la granja, fue marinero un par de años, pero cuando se hizo cargo de la granja, gran parte de su espíritu aventurero, por no decir la posibilidad de viajar, desapareció. El poco deseo de aventura que le quedaba desapareció tras los seis meses que pasó en el Líbano.

Salvo por las cinco o seis noches que ha pasado en nuestra casa a lo largo

de estos años, por bautizos y demás compromisos familiares, desde entonces nunca ha dormido en otro sitio que no fuese la granja.

—Sí —responde—. Por supuesto que sí.

34

HAAVARD

LA ACTITUD DE los agentes de policía Elin y Morten ha cambiado; es como si el tono amistoso y jovial de cooperación que habían mantenido hasta el momento solo hubiese sido de cara a la galería, una máscara falsa de la que se han desprendido para mostrar su verdadera naturaleza. O quizá estén fingiendo ahora.

No lo sé y, en realidad, no tiene importancia; tampoco es que seamos amigos.

Lo único que me preocupa en este momento es salir de aquí cuanto antes.

—Hemos tenido acceso a una interesante correspondencia por correo electrónico —afirma la agente en cuanto concluyen las interminables formalidades y he vuelto a aceptar que se me interrogue y a rechazar la presencia de un letrado, aunque empiezo a pensar que lo que realmente necesito en estos momentos es, en efecto, un abogado—. Los correos ponen en evidencia que ha intentado recopilar información, sin el conocimiento de su jefe, sobre ciertos pacientes que han sido víctimas de violencia doméstica. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto —respondo en un intento de mantener un tono abierto y sincero.

—En uno de los correos electrónicos destinados a Sabiya Rana, con fecha del 23 de mayo, usted escribe, y cito: «Aquí está la lista de los maltratadores, la escoria de este mundo. En mi humilde opinión deberían torturarlos y crucificarlos».

¡Ay, Dios! Pronunciado con su voz y en ese tono, el breve comentario

que le hice a Sabiya suena demente.

—Era el sentimiento que me invadía en aquel momento, es cierto —afirmo y carraspeo—. No tienen ni idea de cuánta miseria ha causado esa gente. Sí, es algo que me enfurece, y sí, he de admitir que me expresé con torpeza. ¡Pero eso no me convierte en un asesino!

Ella hojea los documentos.

—¿Es correcto que Melika Omid Carter también figuraba en la mencionada lista?

Asiento. Las cartas están sobre la mesa.

—Sí, es correcto —respondo todavía con calma.

—De acuerdo. Volvamos al hospital de Ullevål el 10 de mayo —prosigue la agente—. Al padre, de origen pakistaní, le dispararon. Su cadáver se encontró a las 22:27. En teoría, la muerte se produjo entre las 22:15 y las 22:20. La policía recibió un aviso a las 22:35 y llegamos al lugar de los hechos a las 22:45. Todo esto ya lo sabemos. Lo que no sabemos es dónde se encontraba usted entre las 22:15 y las 22:30.

—Estuve en la unidad —digo—, ya se lo he explicado en otras ocasiones.

—¿Estuvo allí todo el tiempo? ¿En el interior del edificio?

Asiento. No puedo empezar a cambiar mi testimonio ahora.

—Bueno —dice Elin—. Es sorprendente que siga manteniendo su declaración a pesar de que hayamos intentado darle la oportunidad de corregirla. Resulta que a usted lo vieron en el exterior del hospital, con Sabiya, alrededor de las 22:20. Según el testigo, ambos estaban en actitud cariñosa y parecían nerviosos.

¿Quién podría habernos visto? ¿Quién nos había delatado? ¿Por qué no habíamos dicho las cosas como eran?

—Sí, es cierto. Sabiya estaba alterada, salió para tomar el aire. Yo fui tras ella. Es solo que se me había olvidado.

—¿Es habitual que ambos se ausenten en medio de una guardia?

—No, pero no era una guardia cualquiera, en especial a partir del momento en que entró aquel niño. En todo caso, Sabiya estaba muy nerviosa; es más, estaba totalmente fuera de sí. Jamás la había visto así, por lo que, en efecto, intenté tranquilizarla.

—El testigo afirma que los dos parecían, cito de nuevo: «fuera de sí», y

que al mismo tiempo daba la impresión de que mantenían «una relación íntima».

—Sí, por supuesto. El incidente con el niño nos conmovió profundamente y yo estaba muy preocupado porque Sabiya parecía algo perturbada...

El corazón se me encoge un poco, pero, joder, no me queda más remedio; tengo que salvar mi pellejo, tal y como había decidido que haría mientras volvía a casa desde la cabaña.

—Entiendo entonces que desea modificar su declaración sobre el curso de los acontecimientos especificados antes, ¿no? Cuando usted manifestó que permaneció en el interior del edificio en todo momento frente al hecho de que salió en compañía de su compañera.

Está conduciéndome a un callejón sin salida.

—Sí, pero fueron solo un par de minutos —respondo y me percato de lo patético que suena—. Máximo cinco. Luego volvimos a entrar.

—Bueno, aquí hay una discrepancia —afirma Elin.

—¿De veras? —pregunto. A estas alturas me siento exhausto por completo.

—¿Cómo accedió a la unidad después de la conversación con Sabiya?

—Sabiya usó su tarjeta. Entramos juntos.

—Efectivamente, ella empleó su tarjeta a las 22:23. Es cierto.

—Así es —constato y me recuesto sobre el respaldo—. Los dos entramos a esa hora.

—No obstante, el problema es que usted usó su tarjeta para entrar a las 22:32; es decir, nueve minutos más tarde. Entonces, la pregunta es qué hizo fuera durante nueve minutos después de que Sabiya entrara sin usted y también por qué insiste usted en que entraron juntos cuando es imposible que lo hiciesen.

Es como una avalancha de nieve que va desprendiéndose tanto a mi alrededor como en mi interior, avanzando con gran estruendo. Me es imposible detenerla.

Lo que dicen no es cierto.

—En teoría, durante esos nueve minutos usted tuvo tiempo de ir a la sala de oración, disparar a Mukhtar Ahmad y regresar para fichar a las 22:32 —constata Morten.

—En teoría —musito plegando las manos, apretándolas con fuerza mientras intento mantener la calma. El aire acondicionado debe de estar fuera de servicio, pues varias gotas de sudor empiezan a resbalarme por las sienes y los pómulos.

35

CLARA

LA REUNIÓN MATUTINA transcurre en un ambiente jovial.

—¡Clara! La protagonista del fin de semana —dice Munch—. Eso sí que es lo que yo llamaría un estreno espectacular.

—Gracias —digo—. Al menos he recibido un curso intensivo sobre helicópteros de extinción de incendios forestales...

—Es una pena que tuvieras que delegarlo, Anton —comenta el asesor—; era el clásico caballo ganador.

—No antes de que cayera en manos de Clara —replica el responsable de comunicación, algo que le agradezco.

La entrevista en el telediario del viernes por la noche había ido cada vez a más. Antes me habían entrevistado en un programa de noticias en la radio. A última hora de la noche retransmitieron mi aparición en el último informativo de la noche. Luego me llamaron para varios programas de actualidad el sábado y el domingo.

Al principio solo había confirmado que habíamos tomado nota de la necesidad de adquirir más helicópteros y que regresaríamos cuanto antes a este asunto con más información, algo que no resultó demasiado satisfactorio, sobre todo porque había varios incendios forestales activos en la zona este del país.

Llamé a Munch; luego, al funcionario encargado, a los máximos responsables del departamento; llamé a protección civil; volví a telefonar a Munch.

El sábado por la tarde pude presentar en primicia que el Gobierno había

adquirido quince nuevos helicópteros para luchar contra el fuego, sobre todo en las zonas rurales. Además, el Estado sufragaría los gastos de estos.

—Buen trabajo, Clara —declara Mona—. Ahora solo nos queda determinar qué hacemos con esta oleada de homicidios. En Oslo se cometen menos homicidios de lo que la gente piensa, tan solo uno o dos cada año, y de repente se han producido dos homicidios en un breve intervalo de tiempo. Si la teoría del Hombre Láser se sostiene, la demanda popular será que actuemos, que mostremos que no vamos a permitir un exterminio sistemático de la población inmigrante.

—De eso me encargo yo —interviene Munch.

—¿Te envió alguna pauta para la intervención? —pregunta el director de comunicación.

—No, no es necesario —responde el ministro—. La pista del Hombre Láser no es más que un invento de los medios. El inspector jefe que dirige la investigación me ha puesto al día en persona y me consta que la policía está segura de que el arma homicida proviene del entorno de las bandas inmigrantes en Oslo.

Todas las miradas están clavadas en él y entonces es como si cogiera impulso, se lanza a pronunciar un agitado monólogo que en apariencia estaba deseando soltar mientras gira el móvil sin parar, golpeándolo contra la mesa repetidas veces, el lateral largo del móvil, el corto, el largo, el corto.

Lo golpea con dureza y rapidez, como si se tratase de una baraja de cartas.

—El conflicto va intensificándose por momentos; solo hace falta mirar a Suecia para comprender lo que va a ocurrir si dejamos que esa gente siga haciendo de las suyas. Los asesinatos entre bandas son algo habitual. ¡No se detendrán por mucha formación en valores o por mucho dinero que destinemos a los centros juveniles! Parecería que la policía hubiera desistido en la lucha contra el crimen organizado. Esa gente solo comprende un lenguaje: el de la fuerza bruta. Hay que tenerlos vigilados las veinticuatro horas del día, detener sus vehículos, registrarlos, arrestarlos por delitos menores, enviar un mensaje contundente de que no aceptamos todo esto.

—Bien dicho —proclama el asesor.

Munch toma aliento y sigue dando golpes rítmicos en la mesa con el iPhone.

—Los demás partidos piensan que pueden solucionar esto por medio del diálogo con comunidades que no tienen ningún respeto por los valores occidentales y llevan años atacándonos cada vez que intentamos llamar la atención sobre los derroteros que está tomando este asunto. Ahora queda demostrado que hemos tenido razón todo el tiempo: si esa gente no quiere acatar las leyes bajo ningún concepto, que haga las maletas y se largue de aquí. Los delincuentes deben ingresar en prisión, hay que armar a la policía y es preciso deportar a los extranjeros ilegales de inmediato.

—Así es —corea el asesor entusiasmado.

Mona suelta un pesado suspiro a mi lado.

—Resulta provocador que no consigamos que ningún partido nos apoye en este asunto. Si los miembros de la banda del barrio de Holmlia, los Young Bloods, se hubiesen paseado por la ciudad con pistolas de juguete, la prensa y los demás partidos habrían alzado la voz diciendo que se debe prohibir el uso de juguetes de plástico, ya que son nocivos para el medioambiente. Pero cuando esa gente campa a sus anchas con armas de verdad, somos nosotros los únicos que nos preocupamos.

Hay unos instantes de silencio; nadie sabe cómo debe reaccionar.

Gran parte de las afirmaciones de Munch tienen sentido; lo llamativo es el tono que emplea para expresarlas, como si estuviese presentando una ponencia que lleva mucho tiempo practicando en su propia reunión matinal, además de su insistencia en sacar conclusiones tajantes con respecto a los recientes homicidios.

Y aún no ha acabado.

—Me gustaría usar este caso como un ejemplo de la cultura tan corrompida que impera en esa comunidad. Es como si ahora estuvieran atacándose entre ellos... ¡Joder! —exclama con énfasis mientras mira fijamente su teléfono móvil.

La pantalla del móvil ha reventado, parece una enorme telaraña de cristal.

—¡Uf, vaya! —dice Vigdis—. Voy a llamar enseguida a los informáticos para pedirte un teléfono nuevo. Yo me quedo con este, Anton.

—Gracias —responde Munch mientras observa la pantalla de su móvil con nostalgia y conmoción, como si no pudiera comprender lo que acaba de ocurrir.

—Dámelo, anda —dice Vigdis indulgente y, como un niño irresoluto que

acaba de romper su juguete, él por fin le entrega el teléfono.

—En cualquier caso, debes ser precavido a la hora de pronunciarte sobre este asunto —insiste Mona—. Es poco prudente que el ministro de Justicia del país especule sobre las circunstancias que rodean a dos homicidios de los que no disponemos de información fiable todavía. Si insistimos en hacer declaraciones, estas deben producirse en términos muy generales.

—No me digas —suelta Munch con sorna.

—Al menos habla con Monrad, la directora general de la Policía, antes de pronunciarte; al fin y al cabo, se trata de un asunto policial, aunque no hay duda de que tendrás que gestionarlo de alguna manera.

—Sí, hablando de populismo... No necesitamos a esa mujer, tenemos nuestros propios contactos en el seno de la policía —afirma el asesor.

—En eso te equivocas —replica Mona desalentada y se pasa una mano por el cabello corto. Es un gesto que suele hacer cuando está irritada, algo que ocurre con frecuencia en las reuniones entre la dirección política, el secretario general del ministerio y el director de comunicación—. Monrad es sagaz y tiene un control absoluto; definitivamente, debes intentar tenerla de tu lado.

—Por cierto —digo—. Mi marido y sus compañeros de la unidad de pediatría en Ullevål se han visto involucrados en estos dos homicidios por casualidad y están intentando asistir a la policía lo mejor que pueden. Creo que Haavard está reunido con ellos en estos momentos.

—Sí, el mundo es un pañuelo —comenta Munch mostrando poco interés.

—Es estupendo que estén colaborando —dice Mona.

Suelto el aire de manera inaudible; he evitado deliberadamente emplear palabras como interrogatorio y tampoco he mencionado que Haavard lleva bajo custodia policial desde ayer.

Durante la reunión he comprobado el móvil en varias ocasiones.

¿Me ha llamado Haavard? ¿Alguien de la prensa?

No tengo ninguna llamada perdida, pero por cada hora que pasa, esta bomba de relojería va resultando cada vez más peligrosa.

—Cambiemos de asunto —prosigue Munch impaciente y yo suspiro aliviada—. El miércoles por la noche hay una cena en el Palacio Real a la que yo debería asistir, pero lamento comunicaros que esta noche viajo a Bruselas

y no regreso hasta el jueves. Mona, no me había dado cuenta hasta este momento de que hay un conflicto de agendas...

Se lleva un dedo a la boca y mira a la secretaria que, a su vez, niega con la cabeza y pone los ojos en blanco, aunque con una sonrisa que destila lealtad.

La gente se ríe un poco. Todo el mundo sabe que Munch aborrece esas cenas y que a Mona le disgusta que descuide esos compromisos.

—Vaya —dice ella con un suspiro.

—Entonces... Clara —dice Munch mirándome directamente—. Si mi secretaria consigue hacerse con una acreditación para ti, ¿podrías asistir? Si es posible, con tu marido, el médico; de esa manera, el ministerio estaría representado en la cena.

Me encojo de hombros. Asiento.

Por el rabillo del ojo veo que Mona niega con la cabeza.

—Enviar a una secretaria de Estado constituye una clara violación del protocolo.

—¿Otros asuntos por tratar? ¿Alguien? —prosigue Munch—. A la primera... A la segunda... ¿No? Hala, fuera de aquí todo del mundo.

Se disuelve la reunión.

Echo un vistazo al teléfono; tengo una llamada perdida de un número desconocido que empieza por veintidós y un mensaje en el buzón de voz. Lo escucho mientras regreso a mi despacho.

Es Haavard. Me pide que le devuelva la llamada a ese mismo número.

—Clara —dice Haavard alterado cuando contesta al teléfono; yo estoy sentada en mi nuevo despacho, con la puerta cerrada—. Es increíble, joder. Al parecer, la policía no tiene intención de soltarme por ahora, solo me han permitido hacer un pequeño descanso en el interrogatorio. No creo que puedan tenerme retenido más de cuarenta y ocho horas sin proceder formalmente al encarcelamiento. ¿Puedes avisar a Askildsen de que tengo que ausentarme unos días del trabajo y pedirle que les diga a los demás que estoy enfermo o algo? No quiero que todo el mundo sepa dónde estoy. Dile que se trata de un malentendido. ¿Puedes llamar también a mi padre? Tiene que ayudarme. Dile que me llame. ¿De acuerdo? Ahora tengo que colgar...

Se le oye muy alterado, casi presa del pánico.

—Los llamo ahora mismo. ¿Haavard?

—¿Sí?

—Todo irá bien.

—¿Tú crees?

Parece que esté a punto de romper a llorar.

—Claro que sí. Solo resiste.

36

HAAVARD

LA SALA EN la que nos encontramos es pequeña y aséptica, lo bastante minimalista incluso para el gusto de Clara.

He leído que, en la actualidad, los interrogatorios suelen llevarse a cabo en salas más distendidas, habilitadas con sillones cómodos separados por una mesita. Nadie se sienta enfrente del otro, pues las investigaciones todavía muestran que, en situaciones así, los interrogados se retraen y dejan de hablar.

Este interrogatorio, sin embargo, está llevándose a cabo a la antigua usanza.

Hay una mesa, agua y vasos, un termo de café y tazas, sillas para sentarse, una ventana con vistas a un abedul que, al igual que todo lo demás, ha empezado a marchitarse tras un mes de calor intenso y sequía. Las hojas de color marrón amarillento revolotean en su trayecto hacia el suelo.

He adquirido ciertos conocimientos a través de mi padre y Christian, y del año que cursé Derecho. Como en cualquier profesión, no todo es precisamente como lo pintan.

Los interrogatorios rara vez se desarrollan por completo según el manual, aunque los policías así quieran presentarlo. La intención es que todo fluya entre iguales y abiertamente y todo eso, pero en esta profesión, como en cualquier otra, se cometen errores y deslices.

Los investigadores policiales suelen estar más interesados en colgarle el muerto a alguien que en los hechos en sí.

Ahora los miro, intento que nuestras miradas se crucen. Elin, la agente de

policía, se ha maquillado, lo que le da un aspecto más autoritario, más adulto.

—¡Entré con Sabiya! —digo en voz alta—. Lo juro, pregúntenle a ella, por favor. No me ausenté tanto tiempo; eso habría sido una locura.

—Le recuerdo que acaba de modificar su testimonio para admitir que, en efecto, salió, y su tarjeta de acceso se usó para entrar a las 22:32 —constata la agente de policía con calma.

Silencio. Tan solo se aprecia el sonido de un ventilador que gira sin cesar, dando vueltas de la misma forma que mi cerebro ahora mismo. Siento vértigo, se me entumescen los dedos; tengo la sensación de que voy a caerme redondo al suelo en cualquier momento.

—Revisemos la declaración que prestó en Lysebu —continúa la agente inexpresiva cuando no hago ningún comentario al respecto, y lee en voz alta un documento: «Estuve fuera hasta alrededor de las once. Después, me fui a la habitación y me quedé profundamente dormido hasta despertarme a causa del alboroto de esta mañana y luego bajé a la recepción». No obstante, la camarera de piso que limpió la habitación ha declarado que la cama de su habitación estaba intacta. ¿Cómo es eso posible?

—Dormí en el sofá —digo desesperado.

—Durmió en el sofá; anotamos eso, entonces —afirma la agente.

—No. Estuve con Sabiya —exclamo de repente—. En su habitación.

Los agentes de policía se intercambian una mirada.

—Sabiya Rana ha declarado que ustedes mantienen una relación íntima desde hace un año, ¿es cierto?

Así que se lo ha contado. Sin decirme ni una palabra.

—Sí —digo nervioso—, es cierto. Pero le había prometido que jamás le contaría lo nuestro a nadie. Me he tomado muy en serio mi promesa. Temía que mi mujer lo descubriera, pero, más que nada, tenía miedo por el marido de Sabiya, el hombre del que ella necesitaba protegerse con una pistola.

El agente de policía ha permanecido un buen rato en silencio. Carraspea y se inclina hacia delante.

—Por las balas y el calibre podemos constatar que Melika Omid Carter recibió un disparo con la misma pistola que Muktar Ahmad; es muy probable que se trate de una Glock 17/9 mm con silenciador.

—De acuerdo —digo.

—La Glock 17 es un arma bastante común —comenta él en tono pedante—. Se emplea, entre otras cosas, en el Ejército, y ocurre que de ahí desaparece alguna que otra. Después del homicidio hemos investigado los grupos delictivos que han estado en conflicto con Ahmad y su círculo y descubrimos que, durante años, una Glock 17 con silenciador robada ha estado circulando entre los delincuentes de la ciudad.

Las náuseas remiten un poco.

—Hemos interrogado al propietario del arma ilegal; resulta que conoce a Sabiya Rana y ha confesado que le entregó el arma a esta en noviembre del año pasado.

Así que los hechos están relacionándose con Sabiya; por eso quieren hablar conmigo, porque sospechan de ella. Gracias a Dios.

—¿Alguna vez le mostró Sabiya el arma?

Ahora quieren que lo niegue para poder pillarme mintiendo.

—Sí —respondo alto y claro—. Lo hizo.

—¿Expresó usted su opinión con relación a la presencia de un arma de fuego en el despacho que comparten?

—Seguramente debería haberlo hecho; lo intenté, pero temía por lo que pudiese llegar a hacer su marido.

—Sabiya ha confesado haber almacenado un arma de fuego en el despacho y por iniciativa propia ha confirmado la historia de cómo esta llegó a su posesión. No está en nuestras manos valorar las consecuencias que esta evidente violación de la ley noruega de armas pueda tener; nosotros estamos investigando un homicidio. Lo que sí nos resulta interesante es que el hombre que le entregó el arma a Sabiya, en efecto, sabía que ella estaba en posesión de esta, pero no sabía dónde la guardaba. En cambio, usted sí lo sabía.

—Sí —constato y considero si debo contarles que vi en actitud cariñosa a Sabiya y a su marido en Ullevålsveien, que tengo motivos para sospechar que Sabiya miente bastante. Pero ¿cómo podría expresarlo de una manera creíble?

—Sabiya también ha declarado que la pistola había desaparecido cuando la buscó justo después del homicidio del padre pakistaní.

El aire está denso y viciado.

Lo que más me apetece es cubrirme el rostro con las manos. La agente se levanta, da una breve vuelta por la habitación, se tira un poco del pantalón

que lleva sujeto con cinturón, como si se preparase para una nueva ronda en el *ring*. Morten se inclina hacia delante; es obvio que está listo para tomarle el relevo mientras tanto.

Cierro los ojos, me clavo la uña del pulgar de la otra mano en la yema del dedo herido para tratar de tener otra cosa en la que concentrarme.

—Pues bien, en cuanto a Lysebu —comienza Morten—, el testigo que lo vio a usted fuera del hospital a las 22:20 la noche en que asesinaron a Mukhtar Ahmed también lo vio en la piscina del hotel a las 23:00 cuando Melika Omid Carter recibió un disparo. ¿Es esto correcto?

—Sí —respondo.

—¿Estuvo en la sauna?

—No.

—Hemos encontrado sus huellas dactilares en el tirador de la puerta. ¿Puede dar una explicación plausible al respecto?

No puedo. En este momento no puedo. Lo único que soy capaz de hacer es cubrirme el rostro con las manos.

—Nos encontramos en la peculiar tesitura de que usted no tiene coartada para los momentos en que se llevaron a cabo los homicidios; en ambos casos ha modificado usted su declaración. Sabía dónde se guardaba el arma homicida. Ha expresado el deseo de que ambas víctimas murieran y, además, tiene un móvil —afirma el agente.

Elin apoya una mano sobre mi hombro.

—Entiendo su ira, Haavard; yo también veo cosas terribles en mi trabajo, pero usted es un hombre respetuoso con la ley, que ha cometido actos que deben tener su castigo. En el fondo lo sabe. ¿Por qué no ponemos todas las cartas sobre la mesa?

—Yo no los maté —susurro.

37

CLARA

—ESTOS DOS HOMICIDIOS ilustran una tendencia que debe cortarse de raíz —dice Munch con gran vehemencia. Su rostro levemente hinchado llena la pantalla por completo.

Mona, Vigdis, el director de comunicación y yo estamos delante del televisor instalado en la pared que da a la oficina de Mona.

—Oslo, sobre todo los barrios del este, está convirtiéndose en una ciudad sin ley que recuerda cada vez más a los países con los que no nos gusta compararnos y cada vez menos a nuestra capital, que antes solía ser segura. Estas bandas actúan de una forma extremadamente violenta sobre la gente común y corriente. Los homicidios del padre de familia Mukhtar Ahmad y de la emprendedora y madre de dos hijos Melika Omid Carter han sido la gota que ha colmado el vaso. Hay que poner fin a esto antes de que la oleada de violencia se extienda todavía más y termine por destruir nuestro país. Llevamos tiempo trabajando para aumentar las condenas, armar a la policía, conseguir más presencia policial y eliminar las listas de espera que hay para entrar en prisión. Esta labor tendrá prioridad de aquí en adelante. He solicitado un paquete de medidas urgentes para asistir a la policía en su lucha contra las bandas que arrasan nuestra capital.

—¿Cuál es su valoración de los dos perturbadores homicidios que hemos presenciado hace poco? —pregunta el entrevistador.

—Nos han arrebatado a una madre y a un padre, varios niños han perdido lo que más querían; no podemos seguir así. Voy a procurar que la policía, a partir de ahora, dedique todos los recursos y las fuerzas disponibles para

luchar contra esta lacra.

—«No podemos seguir así» —lo imita Mona—. ¿Será posible? Le he prohibido que use esa expresión.

—Eres demasiado severa, Mona —declara el director de comunicación.

—Es necesario. Es un cliché equiparable a «en el país más rico del mundo».

—Últimamente Anton no ha sido él mismo, no está durmiendo bien — comenta, maternal, Vigdis, su eterna protectora.

—Por cierto, ¿dónde está? —pregunto.

—En el Parlamento —responde Vigdis, la única que está al tanto en todo momento.

Todas las miradas siguen dirigidas hacia el televisor. Aparece en pantalla Cathrine Monrad, que con su lustrosa cabellera rubia, abundante maquillaje y enormes pendientes no tiene el aspecto convencional que cabría esperar de la directora general de la Policía.

—Esa mujer —dice Vigdis—. ¿No es algo... como inapropiada?

—Shhh —chista el director de comunicación.

—Cathrine Monrad, directora general de la Policía, ¿qué opinión le merece la declaración que acaba de hacer el ministro Munch? —le pregunta el periodista televisivo con voz metálica.

Cathrine Monrad mira directamente a la cámara con seriedad; su mirada no cede ni un ápice.

—Es muy desafortunado que el ministro se pronuncie de manera tan categórica sobre la investigación policial en curso de un caso tan grave, sobre todo cuando aún están evaluándose todas las alternativas. Quisiera desvincularme tajantemente de las palabras del ministro de Justicia.

—Ay, ay, ay —exclama el director de comunicación.

—Sí, tenemos lío a la vista —afirma Mona con los brazos cruzados, moviéndose inquieta de un lado a otro.

—Esperad —dice Vigdis y entorna los ojos hacia el móvil cuando el boletín informativo termina—. Tengo un SMS del ministro.

—¿Ya tiene un nuevo teléfono? ¿O está rajándose las yemas de los dedos para redactar un mensaje? —no puedo evitar la pregunta.

—Clara, por favor —dice Vigdis y me mira decepcionada—. Tiene un

teléfono nuevo; me encargué de solucionarlo enseguida, claro.

—¿Qué quiere? —pregunta Mona.

—Que telefonee a Cathrine Monrad para llamarla al orden.

—¿Ahora? —pregunta Mona sorprendida.

—Sí, esta tarde, antes de que viaje a Bruselas.

—De acuerdo, intentaré organizarlo, aunque no es buen momento...

Mona suele asistir a las reuniones delicadas con los directores de las diferentes instancias; al fin y al cabo, es la responsable de recursos humanos.

—Bueno —dice Vigdis disculpándose con una sonrisa—. Aquí dice que quiere que vaya solo Clara y nadie más que ella. Veo que tiene un hueco a las 15:00. ¿Estás disponible a esa hora, Clara?

—Sí —afirmo con tanta neutralidad como puedo—. Supongo que sí.

—Oh —exclama el director de comunicación con una mueca.

—Vale —zanja Mona con una dignidad forzada—. Si eso es lo que quiere, pues...

—Voy a llamar a Cathrine Monrad —dice Vigdis recurriendo a la sonrisa que suele adoptar cuando le toca hacer llamadas muy complicadas.

HAAVARD

VISTO DESDE FUERA, las cosas no están tan mal por aquí. De alguna manera habría sido mejor si realmente lo hubieran estado, pues los centros penitenciarios noruegos tienen unas condiciones aceptables, la gente a menudo piensa que no es tan terrible permanecer recluido en ellos.

Se equivocan.

El mobiliario de la celda recuerda al del servicio militar, sobre todo las sábanas azules; la única diferencia es que en ellas pone «Administración penitenciaria» y no «Fuerzas Armadas».

Por lo demás, la celda tiene gruesas paredes grises, una puerta de metal, un espejo, un lavabo, un armario, una ventana con rejas, una lámpara de techo y otra de lectura, una estufa, una rejilla de ventilación y una bolsa térmica para guardar la comida, además de un sencillo retrete de acero.

El mayor problema es que no existen distracciones. Obviamente, me han quitado el móvil. Me han dado papel y bolígrafo y, al principio, intenté garabatear algunas ideas que me rondaban la cabeza, tratando de valorar la situación, pero luego se apoderó de mí una especie de paranoia, el temor de que requisaran mis notas, de que se usaran en mi contra. Acabé rompiéndolas en mil pedazos y tirándolas a la basura.

Oigo el sonido lejano de alguien jugando al tenis de mesa.

Todos los sonidos se amplifican en este lugar, ya que no hay nada que ver.

No he pisado un calabozo desde aquel fallido año en que cursé primero de Derecho y trabajé como voluntario en Jussbuss, una asociación que ofrece

asistencia jurídica gratuita, y es algo bastante diferente encontrarme aquí como recluso en lugar de ser una especie de héroe ambulante.

Hay tantas cosas que no me cuadran...

¿Quién me ha visto fuera del hospital y en la piscina? ¿Qué más han podido ver? ¿Por qué diablos se ha producido el registro de acceso diez minutos después de que yo entrara? ¿Dónde estará la Glock de Sabiya? Asimismo, me pregunto si los indicios que tienen son en realidad suficientes como para encerrarme aquí permanentemente. No puede ser, ¿no? ¿O sí?

¿Es posible que tenga que quedarme aquí durante un periodo indefinido de tiempo?

Esa idea me resulta insoportable.

En ocasiones, cuando he oído hablar de gente recluida por algún motivo u otro, he llegado a pensar que sería una maravilla poder tomarse un descanso de la vida cotidiana por un pequeño periodo de tiempo sin nadie que me moleste: ni jefes ni pacientes ni niños ni mujer ni vecinos. Sin tener que hacer nada. Solo descansar, leer, dormir; una especie de paréntesis en la vida normal.

Madre mía, menuda ocurrencia más estúpida.

Sin duda, es imposible relajarse estando encerrado en un diminuto cuarto sin otra compañía que los pensamientos de uno, que cada vez se enredan más formando una descomunal maraña.

¿Cómo es posible que no haya llegado a entender antes que la libertad que he dado por supuesta durante cuarenta y tres años es el bien más preciado que tengo?

¿Qué pensarán los niños? ¿Sabrán dónde estoy? ¿Pensarán que los he abandonado, que los he traicionado? ¿Tendrán miedo de lo que pueda pasarme? ¿Qué supondrá esto para Nikolai y sus recurrentes pesadillas?

Y Sabiya, ¿qué estará pensando? ¿Sospechará algo? ¿Qué ha entendido? ¿Me ha tendido una trampa?

¿Qué ocurrirá si llama a Clara y se lo cuenta todo?

Clara y su nuevo trabajo, ¿se irá todo al garete?

Debería haber actuado de otra forma desde el principio o ni siquiera haberme embarcado en este asunto, para empezar.

La puerta se abre y el guardia, un hombre musculoso, asoma la cabeza.

—Tiene una llamada —dice.

—De acuerdo —respondo y me levanto.

Espero que sea Clara; ella es la única persona con la que quiero hablar en este momento.

Pero no es ella.

—¿Haavard? —le oigo decir a mi padre al otro lado. Las lágrimas me brotan de los ojos; me froto la cara con la manga del jersey, en parte por la decepción de que no sea Clara y en parte por el alivio de que sea mi padre.

William Fougner siempre tiene soluciones para todo; los asuntos suelen arreglarse cuando él está cerca. Rompo en llanto como un mocoso.

—Papá —me oigo decir con voz débil. La palabra me resulta extraña; hace siglos que no lo llamo así—, tienes que ayudarme.

Silencio.

—Haré unas llamadas —dice al final—. Comprobaré si los medios están al tanto, intentaré que esperen antes de publicar algo y luego le preguntaré a Christian si puede ayudarnos.

Christian, el padre de Axel y el mejor amigo de mi padre, tiene fama de ser el abogado defensor más feroz de la ciudad.

—Gracias...

Si alguien puede sacarme de aquí, tiene que ser él.

—A Clara le gustaría visitarte, pero en este momento no nos tienen permitido ir a verte; en todo caso, no sería buena idea que lo hiciera, ya que el caso seguramente estallaría. Cuando nos veamos, debes contármelo todo, de principio a fin. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto —respondo.

39

CLARA

CATHRINE MONRAD ES una mujer alta, más alta incluso que yo. Hoy va vestida de calle. Esbelta y atlética, lleva un traje de chaqueta con estampado de leopardo y el largo cabello rubio en cascada sobre la espalda. Alrededor del cuello, un caro chal de color claro. Recuerda más a una glamurosa autora de novela negra sueca que a una alta funcionaria noruega.

—Soy Cathrine Monrad —me dice con un marcado acento de Bergen.

—Clara Lofthus —me presento y le estrecho la mano—. Encantada de conocerte —añado; intuyo que es buena idea mostrarme cortés de entrada.

—Enhorabuena por el puesto de secretaria de Estado —dice adoptando una mirada inquisitiva, como si intentase averiguar si todavía me parece que hay motivos para felicitarme—. ¿No viene nadie más? —pregunta y mira a su alrededor.

—No, hoy nos reunimos en *petit comité* —dice Munch y la invita a sentarse antes de rodear la mesa y colocarse al otro lado.

La sala de reuniones tiene sitio para veinte personas alrededor de la mesa y resulta demasiado grande para los tres. El hecho de que la reunión se celebre en aquel lugar se debe, más que nada, a una especie de técnica de dominación.

Yo lo sigo y nos sentamos juntos, uno al lado del otro, frente a Cathrine Monrad.

Mona Falkum debería haber estado aquí; al menos, alguien de la Administración debería haber estado presente. Yo había tratado de sugerirlo, pero Munch no mostró ningún interés en escucharme.

Uno de nuestros anteriores ministros siempre llevaba a algún representante de la Administración a todas las reuniones; cuando dimitió, dijo que jamás se había equivocado al hacerlo. En su opinión, cuanto más confianza mostraba, más lealtad conseguía.

—Bueno, veo que anda haciendo comentarios sobre mí en los medios —comienza Munch—. Y eso que yo tenía la impresión de que ya que es directora de uno de mis departamentos subordinados, debería mostrarse leal a mí como ministro.

—En principio, sí —replica Monrad.

—¿En principio? —repite Munch acentuando cada sílaba.

Ella se toma su tiempo. Se sirve un vaso de agua con gas, luego un café. Toma un trago de la taza de café, vuelve a dejarla en la mesa.

—Pues —dice Monrad y suelta un suspiro— es muy desafortunado que insista en que existe una conexión entre las bandas criminales y los dos homicidios cometidos, puede ser peligroso. Y en cuanto a la lealtad, se la debo a la ciudadanía en general y a los intereses del país.

—Los intereses del país —refunfuña Munch.

—Así es—replica Monrad—. Esa clase de comentarios no hacen más que echar gasolina al fuego. Crean tanto una alarma innecesaria como situaciones de riesgo y, además, no tienen ningún fundamento real. La situación de las bandas ya es bastante grave como para que contribuyamos innecesariamente a intensificar el papel que desempeñan. Yo le ofrecí al periodista mi mejor juicio; es mi deber mantenerme estrictamente fiel a los hechos. Si se hubiera puesto en contacto conmigo, le habría advertido de ello.

—¿Por qué no me llamó simplemente por teléfono? —pregunta Munch.

Ahora se hace el tonto; los tres sabemos que habría hecho lo mismo con independencia de lo que ella le hubiese aconsejado de antemano.

A Anton Munch solo le preocupa lo que puede reportarle algún beneficio, simplemente dice lo que la gente quiere oír o, mejor dicho, lo que piensa que sus votantes quieren oír. Le importa un bledo el resto de la gente.

Todos son así, aunque Munch quizá sea algo peor que la media.

Asimismo, se acepta el hecho de que los políticos se dediquen a la comunicación estratégica; que no digan lo que piensan, sino lo que creen que les beneficia. La comunicación estratégica a menudo se vuelve tan estratégica que acaba siendo una mentira.

Siempre he menospreciado este hecho; lo detesto. Ahora he pasado a formar parte de este entramado y lo he hecho voluntariamente.

¿Qué me había creído? ¿Que iba a conseguir cambiar algo?

—Francamente —continúa Monrad—, se trata de evitar agitar a la gente a la que no hay que agitar. Una vez que usted ya ha hecho las declaraciones que ha hecho, lamento decirle que una llamada telefónica no habría cambiado nada. Es una situación en la que la directora general de la Policía debe pronunciarse con claridad en los medios de comunicación, y si puede ser, de inmediato.

¡Qué típico que los vanidosos directores de departamentos gubernamentales hablen de sí mismos en tercera persona!

—Y en cuanto a la lealtad —prosigue—, también es desafortunado que usted nos salte a la yugular en público sin haberlo consultado antes con nosotros.

—Bueno —replica Munch—. Tengo un requisito absoluto en cuanto a mis subordinados, al margen de las necesidades puntuales que estos tengan...

En el momento en que pronuncia la palabra subordinados, me aparto de Munch con máxima discreción, agarro el móvil que he dejado a mi lado en la silla y lo levanto unos diez centímetros del asiento, manteniéndolo oculto bajo la superficie de la mesa.

Munch y Monrad están ocupados mirándose a los ojos y no se percatan de que tecleo el código y hago un par de movimientos con el dedo.

Ya está. Vuelvo a colocar el móvil en la silla.

—Y es que actúen con lealtad ante los medios. En cada momento, con independencia de las circunstancias.

Se intercambian una mirada hosca.

—Y tampoco es la primera vez que usted hace ese tipo de declaraciones; no tenemos que ir más lejos que al telediario de la otra noche, por ejemplo —añade.

Cathrine Monrad niega agitando su aparatosa melena rubia y reprime una risa frustrada.

—Con todos mis respetos, últimamente nos llegan tantas instrucciones sobre procedimientos, objetivos y tareas por parte del ministerio que no nos queda tiempo para concentrarnos en las actividades que deberíamos estar

llevando a cabo. Esto resulta problemático.

—¿Qué tiene que ver...?

—Cuando hablamos de este caso en concreto, existen, como ya he dicho, unas sólidas razones de seguridad para desmentir sus teorías. Si la Noruega oficial, representada por el mismísimo ministro de Justicia, afirma que los responsables de los homicidios en cuestión son pandilleros y esta información no se corresponde con la realidad, pueden desencadenarse sanciones que nadie desea. No puedo dejar de rebatir estas teorías solo para complacerlo a usted; ya hay suficientes personas que lo hacen.

Todo queda en silencio.

Monrad tiene razón. Con la honrada excepción de Mona, nadie se atreve a contradecir al ministro; la gente teme represalias y problemas, y en su afán de proteger al ministro contra cualquier resistencia, en realidad este queda desprotegido.

—Cathrine —pronuncia Munch lentamente y con claridad—. Si sigue así, me será imposible seguir confiando en usted. ¿Entiende lo que estoy diciéndole?

—Pues... —dice Monrad con el rostro sonrojado y me mira por primera vez—. ¿Qué opina su secretaria de Estado de la amenaza que acaba de hacerme? —pregunta no sin un cierto desprecio en la voz.

—Recapitulemos —interviene Munch, pues no está interesado en que yo responda—. Usted debe cambiar su estilo ante los medios de comunicación o mejor aún: dejar de tener un estilo mediático.

—¿Me lo está diciendo en serio? —pregunta Monrad.

—Sí, en realidad no le corresponde la labor de ser una zorra mediática políticamente correcta.

Silencio. Luego el sonido de un cristal invisible que estalla contra el suelo.

—De acuerdo —responde Cathrine Monrad y se levanta—. Doy la reunión por terminada.

Recoge su gabardina de color claro de la silla y se la dobla sobre el brazo, se coloca el bolso sobre el hombro y se marcha sin mirarnos ni extender la mano, aunque los dos nos hemos levantado.

Pero, al llegar a la puerta, se gira de repente.

—Si se hubiera puesto en contacto conmigo, le habría comunicado que hemos detenido a un hombre de etnia noruega al que imputaremos como presunto autor de los homicidios.

Me mira fijamente durante un par de segundos. Yo me enderezo; mi mirada se cruza con la suya y lucho contra el impulso de sentirme intimidada.

Percibo que ella lo sabe. Podría haberlo dicho.

Sin embargo, no lo hace.

En lugar de ello, se aleja por el pasillo con los tacones restallando con fuerza contra el suelo.

—¿Qué cojones ha sido eso último? —balbuce Munch mientras recoge el bolígrafo, el papel y el móvil—. Tendré que llamar a mi contacto para enterarme de qué está ocurriendo.

Media hora más tarde, me llama a su despacho.

Munch luce un aspecto adusto y malhumorado tras su escritorio.

—Por Dios, Clara... ¿es cierto? ¿Es verdad que es tu marido el que está imputado? ¿Por los dos homicidios?

—Sí. Pero es inocente.

—Pareces muy convencida...

—Créeme, se trata de un error. Enseguida lo soltarán.

Me lanza una mirada escudriñadora y suspira.

—Todos me advirtieron al ofrecerte el cargo de secretaria de Estado; por lo que veo, tenían razón. La mayoría cortaría por lo sano en este momento.

—Debes hacer lo que creas conveniente.

—El problema es que tampoco quedaría bien... —continúa como si mantuviese una conversación consigo mismo—. ¡Veinticuatro horas, Clara! Es lo que te doy. Si sale como un hombre libre, olvidamos este asunto y que hemos tenido esta conversación; doy por sentado que entiendes que si la acusación se sostiene, no tengo elección.

CUANDO VUELVO A casa por la tarde, abro la aplicación de Strava.

Lo sé todo sobre ella, lo he sabido todo este tiempo; también sobre las demás, pero no he dicho nada y Haavard piensa que no soy consciente de sus escauceos. Se cree muy listo porque no se intercambia mensajes ni chatea con ella; no tiene la menor idea de que he descubierto su cuenta en Strava. No

tuve que hacer más que repasar minuciosamente las listas de su recorrido habitual para encontrarlo. *doctorh*.

Y al localizarlo a él, también encontré a *mrssplendid*. Habría sido difícil dar con un apodo más patético.

¿Habrá pensado Haavard que sería suficiente con no seguirse en Strava? Cuando cada dos por tres se intercambian «me gusta» y comentarios en sus respectivos *posts* y fotos, cuando coinciden cada dos por tres en sus itinerarios e incluso sus respectivos resúmenes de ritmo cardiaco indican que se toman un descanso de veinte o treinta minutos al mismo tiempo.

A pesar de todo, no he entrado en la aplicación para buscar pruebas de su infidelidad, sino para averiguar a qué dedica su tiempo la hipócrita de *mrssplendid* por las noches.

Abro sus itinerarios. Al parecer, Sabiya suele hacer el mismo recorrido a las 20:00 horas, la misma ruta varias veces por semana.

Son las 19:35; necesito un cuarto de hora para llegar al barrio donde vive.

—¿Puedes quedarte un rato con los niños? —le pregunto a mi padre—. Para que pueda salir a dar una vuelta con la bici.

Es reconfortante tener aquí a mi padre, verlo con los niños; me doy cuenta de lo mucho que he echado de menos tenerlo cerca en el día a día.

—Claro que sí —responde y, después de informar a los niños, que están cada uno con su iPad, me abalanzo sobre la bicicleta.

Nadie creería que Haavard ha cometido los delitos de los que lo acusan.

«Y Sabiya guardaba una pistola en el cajón de su escritorio. Una Glock.» Haavard me lo ha contado.

Las víctimas recibieron sendos disparos con una Glock, incluso los periódicos se han hecho eco del asunto.

Sabiya estaba cerca en Ullevål. Y en Lysebu. Cada vez que Haavard ha estado cerca de las víctimas, ella ha estado con él.

Si logro reunir pruebas de que Sabiya está involucrada en asuntos en los que no debería, puedo conseguir que lo suelten de prisión preventiva y que vuelva a casa con nosotros.

Después del comentario final de Cathrine Monrad en la reunión, me he dado cuenta de que estoy trabajando contra reloj. Ella podría compartir la información sobre Haavard con otras personas para perjudicar a Munch.

No me queda mucho tiempo.

VEINTE MINUTOS MÁS tarde, me encuentro entre los árboles del bosquecillo ubicado justo fuera de su jardín. Tienen una parcela cuidada, el césped tiene pinta de ser de ese en tepes que se desenrolla. Luce perfectamente recortado a ras de suelo, justo lo opuesto a nuestro anárquico jardín. Una terraza de madera barnizada con margaritas blancas y rosas dispuestas en grandes macetas. Una casa blanca, recién pintada o tratada con pintura impregnante. Grandes ventanales.

En su interior puedo divisar el salón; luminoso, amplio, ordenado.

Haavard me ha contado que los inmigrantes exitosos y bien integrados como Sabiya suelen autodenominarse *desi*. A los *desi* no se les ocurriría residir en el barrio de Grønland, me ha comentado en alguna ocasión; ese tipo de barrios les recuerdan demasiado a las viviendas abarrotadas de gente y que apestan a *garam masala* en las que se criaron.

No, los *desi* residen en amplios chalés o casas adosadas a las afueras de la ciudad.

Y así es justo, por supuesto, como vive Sabiya.

La observo mientras camina por el salón. Esbelta, con vaqueros negros, un top de seda blanco. Recoge una manta del sofá y la dobla. Recoge unos juguetes del suelo. Sale, vuelve a entrar, se sienta para mirar el móvil, vuelve a levantarse.

Su marido entra, ambos se quedan en el centro de la habitación, conversando. ¿Será consciente de su relación con Haavard y del nidito de sexo que se han montado en el bosque? ¿Sabrá algo sobre la pistola en el cajón de su despacho? Lo dudo.

Durante un instante siento la necesidad de entrar en aquella casa y contárselo todo, pero en este momento lo más importante es vincular a Sabiya con los homicidios y no causarle problemas domésticos.

Sale del salón y luego vuelve a entrar; lleva ropa deportiva negra ajustada, unas mallas y una chaqueta fina con capucha. Le asiente al marido y vuelve a marcharse.

Me escondo entre los árboles.

Poco tiempo después la veo salir por un lateral de la casa; las suelas de sus zapatillas crujen contra la gravilla blanca que hay en el lugar donde

aparcen sus dos coches, un Tesla blanco recién lavado y bonito, y un pequeño BMW eléctrico, también blanco. Coches impecables, una casa impecable; los dos deben de ganar bien.

Todo parece estupendo.

40

SUSANNE

—¡MAMI, MAMI, MAMI! —chilla el niño, pensando, a lo mejor, que así conseguirá que pare, pero eso solo hace que golpee su cabeza con más fuerza contra el suelo. Quizá estén oyéndonos los vecinos de abajo; me importa un bledo, aunque estoy segura de que son ellos los que han avisado a protección de menores para que vengan aquí a fisgonear e investigar.

No pueden quitarme a los niños a menos que me pillen bajo los efectos del alcohol o las drogas o pegándoles; hasta ahora he conseguido evitarlo, porque soy más lista que ellos, más lista de lo que se piensan. La gente cree que soy algo tontita por tener el aspecto que tengo, por ir tan maquillada, por llevar bótox, por el peinado y la ropa. Pues no lo soy.

Simplemente, no soy como ellos.

—Mamá, no —me grita su hermana e intenta apartarme—. Para, no se puede hacer eso. ¡No! ¡No!

Me doy la vuelta y le propino una bofetada a ella también, de manera que cae al suelo. Putos niños... Agarro a uno con cada mano, los arrastro al pasillo y los subo por las escaleras.

Se van oyendo unos impactos sordos; los niños berrean. Ambos chillan, pero abro la puerta del desván y los arrojo dentro, cierro la puerta y echo el pestillo. Tienen unos colchones para jugar o dormir, unas galletas para comer; además, el cuarto está insonorizado. El anterior propietario de la casa lo utilizaba como cine en casa, casi seguro que para ver porno.

El tío que ha venido a verme se pone nervioso cuando nos quedamos sin alcohol; quiere ir al centro, conseguir más coca. Accedo a llevarlo a la

estación con el coche, pues a pesar de todo tampoco he bebido tanto; así por lo menos me deshago de él.

Cuando vuelvo a casa oigo unos golpes sordos. Joder, no pueden seguir así. Subo las escaleras a trompicones, mi cabeza está de nuevo a punto de estallar. En el momento de abrir la puerta del trastero, me asalta el hedor.

El niño se ha hecho caca y se ha metido la mano en el pañal; hay mierda por todas partes: en su mano, en la pared, en el colchón y en su hermana.

—¡Joder! —exclamo y cierro la puerta de un portazo. Entro al cuarto de baño, abro el grifo de la bañera, me quito la ropa y la cuelgo en los ganchos que hay tras la puerta.

A continuación, saco el polvo blanco de su escondite secreto y lo esparzo sobre un pequeño espejo.

Le dije que no me quedaba; no quería compartirlo con él ni con nadie. Coloco el espejo con precaución sobre el borde de la bañera.

Luego vuelvo a bajar, me sirvo una copa del vino rosado que guardo en el frigorífico; es caro y tampoco quise compartirlo.

Una vez de vuelta al cuarto de baño, coloco la copa junto al espejo, en el borde de la bañera, antes de sumergirme con cuidado en el agua. Es muy probable que me quede dormida; suelo amodorrarme cuando estoy así en la bañera.

Se oyen unos crujidos en la casa; debe de ser el viento.

Me reclino, me hago un selfi, se lo envío a un par de amiguetes, de ninguna manera al tipo que me acompañaba antes esta misma noche. En realidad, espero que no vuelva jamás. Tiene una polla enana, además de poca pasta e inteligencia. Lo único que tiene grande es el concepto de sí mismo.

El calor se extiende por mi cuerpo, aunque noto la corriente que viene de la puerta en la parte del torso que sobresale del agua. Debo de haber olvidado cerrarla por completo; tendría que levantarme y hacerlo, pero no me apetece nada salir del agua caliente en este momento.

Me giro hacia la puerta para comprobar lo abierta que está.

Entonces la veo.

Una mujer desconocida, vestida con unas mallas deportivas negras y una chaqueta con capucha también negra permanece inmóvil en el vano de la puerta de mi cuarto de baño.

¿Cómo habrá entrado? ¿Y qué es lo que quiere?

Estoy a punto de gritar, pero ella se coloca el dedo índice sobre la boca y hace un gesto con la cabeza hacia la pared que da al pasillo.

—¡Shhh! —dice—. No tiene sentido gritar. Nadie va a oírte.

No respondo. Intento incorporarme. El agua se arremolina; he llenado demasiado la bañera y empieza desbordarse empapando el suelo. La mujer se acerca más.

Ahora debería incorporarme, levantarme y marcharme sin más, abalanzarme sobre ella, cualquier cosa, pero no soy capaz de hacer nada; no puedo ni pensar.

—¿Quién eres? —pregunto susurrando, como para no provocarla—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí para deshacerme de ti —responde; su voz es baja y ronca, habla diferente; no es de aquí.

Percibo algo frío y metálico contra la sien.

Un arma.

—Por favor —suplico y me incorporo unos centímetros; ella me detiene presionando el metal con más fuerza contra mi sien. Desvío la mirada, contemplándola de reojo sin moverme demasiado—. No sé quién eres ni qué es lo que quieres, pero por qué no hablamos...

—Esto es por esos dos —declara haciendo de nuevo un gesto con la cabeza hacia el trastero.

—¿Por los niños? —pregunto. El tono de mi voz sube en falsete—. Pero ¿por qué?

—Para que no tengan que pasar por esto. Ya es hora de que se libren de ti.

Ahora se inclina hacia mí.

Es guapa. Lleva los ojos maquillados de una forma elegante.

Son muy azules. Jamás he visto unos ojos tan azules.

—Y por Lars —añade.

TERCERA PARTE

41

HAAVARD

—¿ACEPTA EL ACUSADO cuatro semanas de prisión, según el requerimiento del fiscal, o pide su puesta en libertad?

—Solicito mi puesta en libertad —declaro y carraspeo; tengo la voz ronca.

—¿Está el acusado dispuesto a prestar declaración?

—Sí —afirmo.

En una vista judicial de esta naturaleza, el juez dispone de los documentos del caso, me ha explicado Christian.

El acusado, que en esta ocasión soy yo, no debe realizar una nueva declaración detallada de los hechos, sino que ratifica la que ya ha prestado ante la policía. Acto seguido, el juez lee en voz alta el testimonio transcrito y pregunta si el acusado lo admite como declaración judicial.

Se le concede la palabra al fiscal para que justifique su petición. A continuación, el abogado defensor tiene ocasión de argumentar su solicitud de puesta en libertad si el acusado así lo requiere.

Luego el juez dedica algo de tiempo para dictar sentencia que, a continuación, se lee en el tribunal.

El acusado puede aceptarla, pedir un periodo de reflexión o interponer un recurso.

Conozco a la perfección el procedimiento después de haber cursado aquel absurdo primer año de Derecho antes de abandonar la carrera. Había acudido varias veces a los juzgados de instrucción, donde permanecíamos días enteros contemplando encarcelamientos.

Christian ha solicitado que la vista judicial se lleve a cabo a puerta cerrada en consideración a mi privacidad, sin que se le haya concedido la petición; por lo visto, rara vez ocurre. Nervioso, echo un vistazo a mi alrededor; por suerte, no hay periodistas o conocidos en la sala. Christian ha acordado con mi padre y con Clara que no estén presentes para así evitar llamar demasiado la atención.

Supongo que a los dos les viene bien.

Observo que Elin y Morten han hecho acto de presencia; los investigadores policiales no suelen acudir al tribunal salvo en casos de gran repercusión, según me ha explicado Christian.

Empiezo a darme cuenta de que este es un caso de gran repercusión.

—Considerando la gravedad del delito, la posibilidad de destrucción de pruebas y el riesgo de reincidencia, es necesario, según la Policía, decretar prisión provisional incomunicada durante un periodo de cuatro semanas — constata el juez, haciendo referencia a la petición del fiscal.

Una hora y media antes, un vehículo policial me había trasladado al Palacio de Justicia y me había llevado directamente al sótano, donde se encuentran los calabozos, y me permitieron un encuentro fugaz con Christian. Él acababa de recibir el expediente del caso, pues al parecer este se entrega tan solo una hora antes de que comience la vista judicial. Tras una breve conversación me acompañaron a la sala de audiencias.

Me resulta tan reconfortante ver el rostro familiar del viejo Christian Ferner-Hansen que, de la emoción, se me hace un nudo en la garganta.

Estoy seguro de que él habrá venido hasta aquí en bicicleta desde la calle Ivar Aasen. En algunas ocasiones lo he observado, sin que él me haya visto, cuando recorre la ciudad montado en su vieja bicicleta. Siempre me ha conmovido. Christian representa una fuerza primitiva cuando pasa pedaleando a gran velocidad, con la amplia gabardina revoloteando a su alrededor y el viento recorriéndole la tupida melena canosa.

En el último año, más o menos, Christian se ha retirado para dedicarse a dar paseos cada vez más largos por el campo, por Puttedalen o subiendo directamente desde la granja Fyllingen hasta la cima Kikuttoppen, que tiene vistas hacia el sur, hacia lugares como Bjørnsjøen, Appelsinhaugen, Tryvann y, en los días más luminosos, hasta se puede vislumbrar el fiordo de Oslo.

Hoy, sin embargo, ha desempolvado su revólver y ha vuelto a la carga

para salvarme a mí, y yo no puedo quedarme aquí fantaseando con los campos.

El fiscal presenta el escrito de acusación en el que se solicita la petición de prisión, que es lo que está pronunciando el juez en este momento.

Todas las frases vacías de mi época de estudiante hace veinte años y de las horas que pasé debajo del escritorio de mi padre adquieren un nuevo significado ahora que me conciernen a mí, a mi vida, a mi futuro.

El juez hace referencia a la gravedad del caso y alega que la investigación está en una fase prematura y que la prisión preventiva, por lo tanto, se considera necesaria, sobre todo por el riesgo de que se produzca una destrucción de pruebas. En el caso de ser puesto en libertad, el acusado podría ponerse en contacto con los testigos e intentar influir sobre ellos.

Yo, por mi parte, me hundo cada vez más en la silla.

La sensación de irrealidad aumenta por momentos. Me laten las sienes y tomo un trago del agua que me han puesto delante; no he comido nada y he bebido muy poco, y empiezo a experimentar signos de deshidratación y fatiga. Cualquier mínimo movimiento me supone un gran esfuerzo.

Todos los indicios que hay contra mí constituyen una artillería bastante pesada.

Las múltiples mentirijillas que he ido soltando se enredan y conforman un nudo firme que no soy capaz de desatar.

Lo peor es que ya no recuerdo qué es verdadero y qué falso; todo se ha entremezclado conformando un enorme lodazal.

42

CLARA

Tres semanas antes

SOLO ESTAMOS A diez de mayo; sin embargo, es como si ya hubiese llegado el verano.

Por la noche, cuando por fin refresca, me encuentro sentada en el salón de casa con el portátil sobre el regazo, revisando los correos electrónicos e intentando redactar una lista de lo que debo hacer en estos próximos días. Me está costando lo mío.

Munch ha congelado mi proyecto de ley.

Y mi padre ha sufrido un ictus.

Todo está yéndose al carajo.

El teléfono que tengo a mi lado empieza a parpadear.

«Haavard móvil», pone, incluso aparece un corazón detrás de las dos palabras; lo habrá puesto uno de los niños, tengo que asegurarme de quitarlo.

—¿Sí? —digo.

Al principio hay unos instantes de silencio.

—¿Haavard?

Carraspea.

—¿Puedes ir a ver si los niños están bien?

—Haavard... —digo.

Entonces me habla del niño y del tipo de la camiseta azul del Chelsea que va de camino a la sala de oración para rezar.

Voy a echarles un vistazo a los niños.

Nikolai está durmiendo bocabajo; hoy duerme solo en calzoncillos, unos verdes con dinosaurios. En un colchón sobre el suelo está Andreas; tiene su propia habitación, pero prefiere dormir con su hermano. La verdad es que podríamos trasladar su cama aquí. Todavía duerme con pijama, un conjunto desgastado del pirata Kaptein Sabeltann, de color gris claro con estampado de calaveras.

Por las noches duermen muy profundamente, es imposible que se despierten.

Informo a Haavard. Colgamos.

Un niño de cuatro años.

Un niño solo algo menor de lo que Lars era entonces, tan pequeño y tan grande a la vez. Un niño que entiende tanto y, al mismo tiempo, tan poco.

He leído tantos informes, estudios y guías sobre ese tipo de maltratos que puedo imaginarme su diminuto cuerpecito, no muy diferente al de mis hijos, que duermen arriba; no muy diferente al de Lars en aquel momento; solo algo más moreno y más menudo.

Un pequeño ser que recibe golpes sin cesar, que aguanta, que piensa que la vida es así, que la vida tiene que ser así.

Un niño que ama a su madre y a su padre, que piensa que es culpa suya cuando lo tratan así.

Aparecen varias escenas ante mis ojos, instantes que no quiero recordar. Mi padre, que ve a Lars en la bañera rosa y me llama.

Yo, que acudo. Y lo veo. Y lo entiendo.

Es insoportable, joder.

Es en ese momento cuando tomo la decisión.

Tengo un margen de maniobra muy breve. Acabo de echarles un vistazo a los niños; no tiene sentido que vaya a verlos de nuevo.

Entro rápidamente en el despacho cursi que tiene Haavard en casa, recojo la tarjeta de acceso de su trabajo; sé que guarda una de repuesto ahí. El código es el mismo que usa para todo: la fecha de nacimiento de los niños, 2205. Una vez abajo, en el pasillo, conecto la alarma, cierro la puerta y voy a por la bicicleta.

Solo cuatro minutos después de acabar la conversación telefónica, los neumáticos de mi bicicleta crujen contra la gravilla de la entrada de

vehículos.

En mi interior hay ahora un motor en marcha, una ira que arde como una bola de fuego y que siempre he albergado, aunque en estado latente, como los volcanes.

Ahora la bola de fuego vuelve a arder con intensidad.

A estas horas de la noche el aire es fresco y límpido, saturado de la fragancia de los cerezos de racimos, las coronitas de novia y las primeras lilas, tan precoces este año.

Aún no ha oscurecido; en esta época del año apenas anochece.

Pedaleo todo lo deprisa que puedo. Hay poco tráfico, poca gente en la calle. Intento hacer mis ejercicios de respiración como puedo mientras voy montada en la bicicleta. Las condiciones no son óptimas, pero no tengo tiempo para nada más.

Cuando llego a Ullevål, entro por el garaje y aparco la bicicleta.

En uno de los pasillos hay un enorme carrito con ropa que, al parecer, procede de la lavandería. Me pongo una bata y un pantalón; así llamaré menos la atención, pues el horario de visitas acabó hace rato. En los pasillos hay cestas para depositar la ropa sucia; las he visto antes, cuando los niños y yo hemos acompañado a Haavard al trabajo. Toda la ropa se lava después a temperaturas muy altas.

En la planta baja me desvío por la escalera trasera y subo hasta la quinta, donde está el despacho de Haavard; así evito pasar por la recepción y que me vea el personal que trabaja allí. Haavard suele quejarse del hecho de que no haya cámaras de vigilancia en Ullevål, algo que resulta muy inoportuno para los empleados cuando tienen que lidiar con pacientes o familiares agresivos. En el caso de que por fin hubiesen conseguido que instalasen alguna cámara, la recepción sería el primer lugar donde la pondrían.

El ala de los despachos está a oscuras, en estos momentos no hay nadie trabajando. A estas horas nunca lo hay, aunque las plantas inferiores rebosan de actividad. Me pongo unos guantes de usar y tirar, paso la tarjeta de acceso, tecleo el código, abro la puerta; no quiero encender la luz y conecto la linterna del móvil.

El despacho de Haavard y Sabiya es el tercero desde la izquierda. Es un despachito cutre, no muy diferente a los que tenemos en el ministerio. Un escritorio cada uno, ordenador, teclado, folios. Reconozco el desorden de

Haavard. La mesa de la destrozamatrimonios Sabiya está ordenada. Tiene una fotografía de tres niños morenos que reconozco de la foto de portada de su página de Facebook.

En la curva que une su mesa a la de Haavard empieza a manifestarse un desorden gradual; entre otras cosas hay un bisturí con el mango verde menta, del tipo de los que deja tirados por casa. Me lo meto en el bolsillo; quién sabe si voy a necesitarlo. Además, me llevo un cepillo del pelo rosa, de un tamaño casi infantil, con una gruesa capa de cabellos entretejidos en las púas.

Entonces me quedo contemplando los cajones que hay debajo de la parte de la mesa que le corresponde a Sabiya.

Debió de ser una manifestación perversa del proverbio «de la abundancia del corazón habla la boca» cuando Haavard, una noche de este invierno, me comentó que la pobre Sabiya, la más inteligente y brillante de todas, estaba atrapada como una rata por su horrible marido.

—Y, ¿sabes qué? —dijo al final de un largo monólogo.

—No —respondí.

Como era de esperar, no hizo falta decir nada más antes de que continuase con su verborrea.

—Pero tienes que prometerme que no vas a comentarlo con nadie...

—Por Dios, qué te crees...

—Pues después del curso sobre leucemia, nos quedamos hablando de cómo había ido y estábamos a punto de irnos, solo necesitábamos aterrizar un poco después de tratar con todos los padres, las preguntas y...

—Al grano.

Me miró dolido, como siempre hace cuando le pido que no se enrolle.

—Bueno, de repente sacó una pistola con silenciador del cajón de la mesa y...

—¿Una pistola? —lo interrumpí francamente sorprendida.

—Una pistola, en efecto. Una Glock, creo. Y entonces me apuntó con ella.

—¿No teme que alguien la encuentre? —le pregunté.

—El cajón está cerrado con llave, claro, pero guarda la llave encima de la estantería.

¿Por qué me contó todo esto? ¿Tan convencido estaba de que yo no sabía

que era su amante? ¿Pensaba que era la clase de información sobre los compañeros de trabajo que suelen compartir los hombres no infieles con sus esposas?

Al final soltó la explicación sobre el marido e hizo hincapié en que le había exigido a Sabiya que sacara la Glock de su despacho y que entre ellos se referían al arma como «la bestia».

Después de eso yo no he vuelto a preguntar y él tampoco ha mencionado el asunto, pero dudo mucho que se haya atrevido a exigirle nada en absoluto a su preciosa amante.

El arma seguirá allí si ella no la ha retirado por iniciativa propia.

Primero intento abrir los cajones de Sabiya; están cerrados con llave.

Luego me estiro, palpo el estante superior de la estantería con la mano. No hay ninguna garantía de que la llave siga ahí; sin embargo, ahí está, la encuentro en la parte de atrás del estante.

Entonces abro los cajones situados bajo la ordenada mesa con la foto de los preciosos niños.

En el primero no hay nada. Tampoco en el segundo.

En el tercer cajón, debajo de una presentación de Power Point impresa, entre unos palillos de dientes, varios clips, recibos y un collar de abalorios que seguramente le hayan hecho sus hijos —debe de haber ocultado todo su desorden en los cajones— aparece una pistola con silenciador.

Retiro el arma del cajón, compruebo el cargador antes de guardármela bajo la pretina del pantalón, tapándola con el jersey, cierro los cajones de un golpe, echo la llave y vuelvo a colocarla donde estaba.

Salgo de nuevo al pasillo.

Solo han pasado veintitrés minutos desde que Haavard me llamó y diecinueve desde que me monté en la bicicleta y salí de casa; sin embargo, el hombre de la camiseta del Chelsea puede haber concluido sus oraciones desde hace rato.

Todo depende de si consigo llegar a la sala de oración antes de que él la abandone.

En una ocasión le oí decir a un músico que para poder tocar su instrumento, uno debe ponerse a cero, convertirse en nada; hasta que no lo consigue, la música no puede fluir a través de él. No es hasta ese momento

cuando él se convierte en un ente por el que mana la música.

A veces, cuando salgo a correr y todo encaja y alcanzo ese estado, puedo llegar a olvidar que soy un cuerpo que corre.

Simplemente sigo adelante.

En estos momentos estoy en la zona, soy una nada vibrante con una bola de fuego en el centro que me impulsa a continuar, a buscarlo, como si fuese una especie de perro sabueso. Bajo al sótano. Salgo por el garaje. A la derecha. Retrocedo hacia la deprimente zona donde se ubica el cubículo para fumadores, que parece una marquesina de autobús. Continúo caminando hasta llegar a la puerta azul que, según me indicó Haavard en una ocasión, es el acceso a la sala donde pueden rezar los musulmanes.

El bisturí que llevo en el bolsillo no haría ruido, eso es una ventaja, pero me arriesgo a acabar en una trifulca con el tipo. Es mejor usar la pistola. Me la saco del pantalón y la sujeto con las manos pegadas al cuerpo, empujo la manija de la puerta con el codo y la abro con el hombro.

Debo actuar con rapidez y confiar en que el silenciador sea bueno.

La sala tiene un tamaño aproximado de veinte metros cuadrados.

En el suelo, sobre una alfombra de oración, hay un hombre de espaldas que lleva una camiseta azul del Chelsea y reza. Percibo sus murmullos.

Astaghfirullah.

Astaghfirullah.

Astaghfirullah.

Pido perdón a Dios.

Me aparto de la puerta y dejo que se cierre despacio tras de mí.

El hombre se da la vuelta para ver quién ha llegado.

Su mirada. Primero irritada, después asombrada, asustada.

Avanzo tres pasos, todavía con la Glock alzada.

—¿Qué cojones...? —pregunta.

—Es por el niño que está ahí dentro —digo—. Y por tus otros hijos. Y por Lars.

Entonces disparo.

De la boca del arma emerge una llamarada anaranjada y percibo un

modesto estallido; parece que lo he alcanzado en un costado. Avanza a gatas.

Vuelvo a apretar el gatillo.

En esta ocasión parece que lo alcanzo en la espalda, pero sigue moviéndose. Me acerco, lo agarro del brazo, lo pongo bocarriba y le pego un tiro a quemarropa en el pecho.

Entonces, su mirada se extingue.

Al cabo de unos instantes, la rabia e inquietud que sentía dan paso a una pequeña y efervescente sensación de alegría, como las burbujas de una copa de champán cuando ascienden a la superficie, un alborozo que jamás he experimentado, al menos no desde hace treinta años.

Transcurre un segundo cristalino, silencioso, hasta que mi estado de alerta se activa; aquí no puedo quedarme.

Recojo dos de los casquillos vacíos del suelo. El tercero no lo veo por ninguna parte y tardaría demasiado si me pongo a buscarlo.

El último disparo ha perforado un oscuro agujero en su camiseta; aun así, es llamativa la poca cantidad de sangre si pienso en los tres tiros que le he pegado. Me agacho y le levanto la camiseta azul. Una voluminosa barriga poblada de vello negro. En el lugar donde la bala ha penetrado hay una especie de bulto, parecido a los chichones en los dibujos animados, lleno de un líquido rojo azulado.

¿Con qué le he disparado en realidad?

Vuelvo a colocarme la pistola debajo de la pretina del pantalón; parece que sigue teniendo pulso, tirado en el suelo, palpitando y ardiendo. Acto seguido, salgo por la puerta azul y empiezo a caminar de vuelta a la unidad de pediatría.

El miedo es, como todas las sensaciones, sobre todo una ilusión.

Fue una torpeza aparcar la bicicleta en el garaje; no me gusta demasiado la idea de deambular por aquí en estos momentos, pero tengo que llevármela a casa.

Uso la tarjeta para entrar, me arranco la bata y el pantalón, echo las prendas en la cesta de la ropa sucia marcada con lavado a sesenta grados, voy al garaje.

El recinto sigue en silencio y tranquilo cuando salgo, y voy empujando la bicicleta con calma.

Diez minutos más tarde atravieso la cancela de casa. No me he quitado los guantes de usar y tirar hasta ahora. Los corto en trocitos con unas tijeras y tiro de la cadena del váter.

Los niños siguen durmiendo en la misma postura que hace una hora. Abro la ventana de par en par, dejo entrar el aire fresco, me agacho y beso primero a uno y luego al otro.

Ya en la puerta, me giro.

—Buenas noches —susurro.

Entonces me dispongo a buscar un sitio donde poder ocultar la Glock 17 de Sabiya.

43

HAAVARD

ES EL TURNO del fiscal. Una vez más, presenta la serie de indicios que me relacionan con los homicidios y los lugares de los hechos. Siento náuseas, malestar, como si tuviese resaca y estuvieran transportándome con los ojos vendados en un coche a gran velocidad por una carretera llena de curvas cerradas.

El juez parece quedar más convencido con cada argumento que se expone.

Estoy acabado. Soy como Per Liland y Fredrik Fasting Torgersen, condenados injustamente por delitos que no habían cometido, y como Harrison Ford en *El fugitivo*.

Por fin le toca intervenir a Christian. Luce un bronceado estupendo todo el año, es fibroso y esbelto, lleva una vida saludable, a excepción de la copa de vino que se toma con Jenny en la terraza o en el porche acristalado por la noche.

Él se toma su tiempo.

—Los seres humanos estamos hechos de manera que, en cuanto llegamos a una conclusión, nuestro cerebro se activa para buscar los argumentos que la sustentan, con independencia de si la conclusión es correcta o no —comienza—. El sesgo de confirmación es un concepto ampliamente extendido entre los abogados defensores noruegos. Normalmente no lo sacaría a colación en una fase tan inicial del proceso, pero en este caso todo indica, por muy asombroso que suene, que este fenómeno ya se ha introducido en la investigación. Por desgracia, esta ha adquirido un enfoque unilateral muy desafortunado y se ha

atascado en una vía en la que solo se buscan constataciones que apoyen la hipótesis principal. Se han producido una serie de fallos muy graves en esta investigación. La policía requirió, entre otras cosas, que mi cliente se presentara en el lugar de los hechos para identificar a Mukhtar Ahmad antes de que los técnicos forenses despejaran la escena; esto constituye una clara violación del principio de no contaminar la escena del crimen. Pero no perdamos tiempo en este particular justo ahora, hay bastantes temas de los que ocuparse.

Un breve rumor de asombro, casi imperceptible, se extiende entre los presentes.

—La policía sostiene que el detenido es culpable y ha presentado una serie de indicios. ¿Qué información nos proporciona esta? Primero, que la persona en cuestión siente odio y desprecio hacia los maltratadores de niños, ejemplificado por un correo electrónico con fecha del 16 de mayo de 2018. Si detuviésemos a todos los noruegos que comparten esa opinión, nuestras prisiones se llenarían a una gran velocidad...

—Relevancia —lo reprende el juez.

—Le pido disculpas, señoría. La fiscalía enfatiza, además, el hecho de que el señor Fougner haya cambiado su declaración en cuanto a dónde se encontraba a la hora de cometerse ambos homicidios. Este hecho puede resultar extraño, pero solo hasta que llegamos a conocer que el motivo de esto es privado. Se pueden tener muchas opiniones con respecto a las relaciones extramatrimoniales, pero, bendito sea Dios, creo que hablo en nombre de más de uno al sostener que no pintan nada en el sistema judicial.

Christian se da una vuelta por la sala. Su ropa está oculta detrás de la toga.

—Y luego está el arma. Rana informa a Fougner de que está en posesión de un arma de fuego que guarda en su despacho común. ¿Debería él haber denunciado este hecho? ¡Pues sí! Visto en retrospectiva, podemos constatar que debería haberlo hecho, pero por el mismo motivo que no desveló ninguna información sobre su relación con Sabiya Rana, esto es, debido a un fuerte sentido de lealtad, decidió no hacerlo. ¿Lo convierte en un asesino el hecho de conocer la existencia del arma de fuego? No. Definitivamente, no lo hace. No existe ninguna prueba técnica. No se ha hallado su ADN en ninguno de los lugares de los hechos ni en el arma homicida, que tampoco ha aparecido.

La conclusión es que existe un mínimo grado de probabilidad de que puedan condenarlo por estos hechos. Y quisiera recordarles que en las condiciones de la prisión preventiva se especifica explícitamente que la probabilidad de que el acusado haya cometido el delito del que se le acusa ha de ser mayor que la probabilidad de lo contrario.

El viejo zorro toma aliento.

Me siento aliviado, aunque de ninguna manera convencido de que haya sido suficiente.

44

CLARA

DESDE LA ÚLTIMA vez que la usé, la Glock ha estado guardada detrás de una viga de soporte en la vieja buhardilla de casa donde, por lo demás, solo se acumulan esqueletos de pájaro, himnarios y periódicos de alrededor de 1912.

Esta será la segunda vez. Y todo será distinto, más planificado.

Me gusta pensar que he conseguido recuperar algo de lo que Sabiya me ha quitado.

A raíz de mis investigaciones he averiguado que la Glock 17 se emplea en las Fuerzas Armadas y que además es un arma popular entre tiradores aficionados, ya que es un arma fiable y relativamente barata.

A lo largo de los años se han extraviado unos cuantos ejemplares de este tipo, ya sea debido a robos en los almacenes de las Fuerzas Armadas, en viviendas particulares o en tiendas de armas, aunque, considerando los planes a largo plazo que he empezado a maquinar, espero que la Glock esté registrada con todas las de la ley y, si es posible, a nombre de la propia Sabiya.

La munición es de 9 mm, la misma que la de las pistolas que usa la policía. Para adquirir munición es preciso tener un permiso de armas y yo no lo tengo. También se puede comprar ilegalmente; sin embargo, ambas alternativas son demasiado arriesgadas. Debo conformarme con las balas que hay en el cargador; deberían durarme bastante tiempo, estaba completamente cargado cuando me hice con el arma.

Disparé tres veces en la sala de oración y quedan catorce balas.

La munición se denomina Federal Hydra-Shok y es cara.

Leí todo esto en internet, en un cibercafé aleatorio al que entré en la estación central de Oslo. Hacer ese tipo de búsquedas en casa o en el trabajo está fuera de toda cuestión.

Melika Omid Carter es una elección obvia en la lista de Haavard, aquella que encontré cuando me metí en su ordenador en casa la mañana anterior a irme al pueblo. Había notado que andaba metido en algo y quise enterarme de qué era.

Memoricé la lista como pude y después anoté los nombres en un post-it que escondí junto a la Glock en la buhardilla.

Como Carter también es inmigrante, la gente creerá que esa es la razón y, de momento, es mejor que así sea. Debido a su origen étnico, Carter forma parte del entorno de Sabiya, al igual que lo hacía Ahmad.

Cuando hace algún tiempo leí un reportaje sobre Carter en el diario económico *DN*, pensé que era una mujer impresionante. Dura. Implacable. Sin embargo, la información que ha reunido Haavard indica que está podrida por completo.

Les pegaba palizas a sus hijos y, en teoría, les quemaba en la lengua y el cuerpo con una cuchara al rojo vivo. Es increíble que sigan viviendo con ella.

No sirve de nada que Haavard elabore estas listas.

Hay que hacer algo, actuar, tal y como yo actué en Ullevål, tal y como voy a hacer ahora.

Melika imparte cursos en el Hotel Lysebu todos los meses. En su blog describe la excelente calidad de las habitaciones y la comida; dice que siempre llega la noche anterior, que disfruta de una cena de tres platos compuesta por las materias primas más exquisitas en el restaurante con vistas a las copas de los árboles y a la ciudad, que se vislumbra abajo, a lo lejos, antes de bajar sobre las once y nadar sus dos mil metros habituales en la agradable piscina donde casi siempre está sola.

Y lo mejor de todo: impartirá su curso justo cuando Haavard y Sabiya se alojen en el hotel.

Munch asistirá a una conferencia en Lysebu más adelante, en junio. Su equipo de seguridad ha comprobado la situación del lugar y me han comunicado que solo existe una cámara de vigilancia en todo el hotel, junto a la entrada. La evitaré sin problema; hay varias puertas traseras, entre otras la

que da acceso a la piscina, que durante la estancia de Munch se cerrarán, aunque por lo general suelen estar abiertas.

En el cibercafé encontré, asimismo, un viejo mapa del hotel que iba adjunto a una solicitud enviada al ayuntamiento por Lysebu para pedir un permiso de obra para construir un anexo. Se hallaba guardado correctamente en el archivo electrónico municipal y proporcionaba una buena visión general del edificio.

Exactamente a las 22:40 entro por una puerta lateral. Haavard y compañía estarán entretenidos tomándose un coñac en el restaurante.

Solo hay que bajar una pequeña escalera para llegar al sótano.

Aquí abajo los techos son muy bajos; me falta poco para golpearme en la cabeza. El pasillo es estrecho y blanco, una especie de variante en miniatura de las catacumbas de Ullevål.

La puerta que lleva al vestuario, tan agradable y relajado, al más puro estilo escandinavo, también está sin cerrar. No hay vigilantes ni hacen falta tarjetas magnéticas, solo puertas abiertas. El vestuario está vacío. Hay diez taquillas con llave, ninguna de ellas cerrada. Me pongo unos guantes de usar y tirar y unos calcetines de plástico, además de una especie de bata de limpiadora encima de la ropa de calle. También llevo una gorra de visera; es discreta, pero efectiva. Me miro en el espejo para constatar que tengo el aspecto de la señora de la limpieza que intento parecer. Acto seguido, salgo del vestuario y accedo a la piscina. Son las 22:45.

Empiezo a deambular por la piscina; soy Clara, una empleada de mantenimiento que revisa el establecimiento.

Una de las paredes longitudinales está cubierta por unos enormes ventanales. A lo largo de la pared opuesta se sitúa el vestuario por el que acabo de salir y una de esas duchas con efecto lluvia. La sauna está a oscuras, solo se filtra una luz verde por la parte inferior de la habitación.

Lo más llamativo es la pared que hay junto a la puerta que lleva al vestuario femenino. Allí cuelga una figura oval blanca por completo que representa a una madre y a sus hijos. La referencia a María, la madre de Jesús, es bastante explícita. Lleva un niño en cada brazo; ambos contemplan con admiración a la mujer, a la buena madre.

Si creyese en estas cosas, lo interpretaría como una señal.

A lo largo del borde de la piscina, como una especie de tabique entre el

agua y la pared donde está la escultura, se ha levantado una fila de troncos de abedul. Poso la mano en uno de ellos y se desprende una fina capa de corteza del tronco, una capa de piel de abedul. Los troncos me recuerdan a los jóvenes abedules que han aparecido alrededor de la cabaña en los últimos tiempos y que tanto me cuesta mantener a raya.

Hay silencio, lo único que se oye es el murmullo del sistema de ventilación, un lejano rumor de gente; quizá provenga de Haavard y su compañía en el restaurante.

Y, al final, aparece Melika Omid Carter.

Incluso con gorro y gafas de natación resulta posible reconocerla. Me echa una mirada fugaz; parece sorprendida e irritada al ver que hay alguien más aquí a estas horas. A continuación, como si cambiase de planes, se coloca las gafas sobre la cabeza, se dirige a la sauna y cierra la puerta. Lleva una bolsita colgada al hombro.

La luz verdosa me permite vislumbrar su silueta. Deja la bolsa, extiende la toalla y se tiende en el banco más bajo, a oscuras.

El reloj que hay sobre la piscina indica que son las 22:50.

Recojo una bolsa de tela, me dirijo a la sauna, abro la puerta, entro y la cierro. Me acerco al banco donde está tendida Melika, levanto el arma, apunto.

Ella levanta la cabeza y me mira sorprendida.

—Esto es por tus hijos —digo—. Y por Lars.

El retroceso resulta más violento que la última vez, aunque en esta ocasión estoy preparada.

Le disparo directamente en el corazón, a quemarropa. Esta vez tampoco hay demasiada sangre, aunque a nuestro alrededor se forma un dibujo de puntitos rojos que piso sin cuidado.

Llevo fundas de plástico en los pies y, por lo tanto, no podrá identificarse el dibujo del calzado que llevo, pero el tamaño de las huellas que se impriman a través de las fundas desvelará que soy mujer. Y aunque tengo los pies más grandes que Sabiya, son pequeños considerando mi estatura, pues solo gasto un 38. Es posible que esto les confunda un poco.

La piscina permanece azul e impoluta cuando vuelvo a salir.

Vuelvo a comprobar la hora: he estado un minuto dentro de la sauna.

En el vestuario me quito la bata deprisa y la meto en la bolsa. Puesto que Melika se ha llevado todos sus enseres a la sauna, no queda rastro ninguno de ella en la instalación; con algo de suerte no la encontrarán hasta mañana.

Después, me marchó con toda la calma y naturalidad que tendría cualquiera que se alojara en el hotel. Me coloco la bolsa al hombro, introduzco las manos en los bolsillos para que nadie descubra los finos guantes de plástico y recorro el pasillo; subo la escalera hasta la planta donde se encuentran las salas de reuniones, el conjunto de sofás y la máquina de café, donde todo permanece desértico y en silencio.

Ahora la puerta está cerrada por dentro. Abro el pestillo y salgo, me apoyo contra la pared, me quito los guantes y los meto en el bolsillo.

Atravieso tranquilamente la plazoleta hacia la bicicleta que he dejado en el lindero del bosque.

45

HAAVARD

CHRISTIAN NO HA acabado. Alza el dedo índice como para pedirle a la gente que lo escuche con atención.

—Por último, quisiera añadir un detalle que no carece de importancia. Anoche se cometió otro asesinato en Oslo al que el fiscal, por conveniencia, no ha hecho mención en ningún momento durante su intervención. Una mujer de treinta y pocos años se encontró muerta en su casa.

—¡No concierne al caso en cuestión! —protesta el fiscal.

Christian sonrío.

—No concierne al caso del detenido, en eso estoy de acuerdo; sin embargo, es un hecho que la víctima, Susanne Stenersen, figuraba en la mencionada «lista» de padres que maltratan a sus hijos que los investigadores de la policía han señalado como el móvil que tenía el detenido para cometer los delitos en cuestión.

Por el rabillo del ojo observo que Elin se ha inclinado hacia delante y lo escucha con atención.

—Por supuesto, aunque no sea muy probable, podría deberse a una simple casualidad. Haavard Fougner podría haber cometido los primeros dos homicidios; no obstante, las investigaciones forenses preliminares indican que a la mujer le dispararon con munición del tipo Federal Hydra-Shok, una munición de uso poco común que también se halló en los dos anteriores fallecidos. Todo indica, por lo tanto, que se ha empleado la misma arma en los tres homicidios. Se sabe que la policía ha dedicado grandes esfuerzos a socavar la coartada de mi cliente, pero, ¡caray!, se me antoja muy complicado

encontrar una coartada más sólida que hallarse en prisión. Por consiguiente, solicito la inmediata libertad del detenido.

—¿Quiere el fiscal añadir algo? —pregunta el juez.

—No —responde el fiscal; parece cansado.

Christian, en cambio, lucha para suprimir una breve sonrisa.

Echo un vistazo a los policías Elin y Morten; no parece que en ningún caso se hubiesen esperado este desenlace y apuesto a que son conscientes de los hechos que Christian acaba de narrar, aunque de ninguna manera habrán pensado que él estaba al tanto.

Es poco probable que los detalles del último homicidio ya hayan saltado a los medios de comunicación.

Sin duda, el viejo halcón habrá realizado una llamada a algún despacho de la comisaría de Grønland para «tantear un poquito».

Alguno de sus contactos dentro del cuerpo policial le habrá filtrado la noticia y le habrá contado que ha aparecido otro caso muy similar.

—De acuerdo, gracias —concluye el juez—. El tribunal hará un breve receso antes de reanudar la sesión en quince minutos para dictar sentencia.

46

CLARA

TRES CUARTOS DE hora más tarde estoy en casa.

Es la tercera vez y ya casi se ha convertido en una rutina.

Tecleo el código y abro la puerta, que se cierra automáticamente detrás de mí dando un portazo. La casa está en silencio. Me dispongo a subir las escaleras para entrar al baño y darme una ducha.

Pero en la escalera está sentado mi padre, quieto por completo, en la oscuridad.

—¿Dónde has estado? —pregunta mirándome inquisitivo.

—He ido a dar una vuelta con la bici. Te lo dije, ¿no?

—Sí, eso dijiste —comenta en un tono extraño, como si supiese perfectamente adónde he ido y qué he hecho.

—Bajemos, no vayamos a despertar a los niños.

—Como si una estampida pudiese despertar a esos dos —dice y se levanta con exagerada precaución. Bajamos a la cocina, nos sentamos en dos de las sillas diseñadas por Wegner que he adquirido y que a Haavard le parecen demasiado convencionales.

—Se acostaron sin problema, ¿no? —pregunto.

—Sí, por supuesto, pero me quedé un rato con ellos de todas formas —dice y sonrío.

Ha envejecido bastante en el último año, pero todavía parece joven con respecto a la edad que tiene. Su cabello tupido, corto, que conserva el corte militar, se lo recorta él mismo con la maquinilla. También luce un atractivo bronceado que le dura todo el año; le hace parecer sano, fuerte y vigoroso,

aunque no lo esté.

—¿Quieres un té? ¿Un sándwich de queso? —pregunto y pongo a hervir agua para el té.

—Sí, por favor —dice y entra al salón arrastrando los pies.

He notado que le cuesta más andar por las noches, tal vez porque esté cansado. Preparo unas rebanadas de pan, queso, mantequilla, todo lo necesario. Desde el salón oigo el informativo de la noche.

Este homicidio es el que más satisfacción me produce. Entre otras cosas, porque le proporciona a Haavard la mejor coartada del mundo, encerrado a cal y canto como está.

Y porque este homicidio va cerrando el círculo de sospechas en torno a Sabiya.

Cuando estuve comprobando los nombres que figuraban en la lista de Haavard, en la que la mayoría de las personas que quedaban eran de origen étnico noruego, descubrí que Susanne y Sabiya eran prácticamente vecinas. Entonces todo cuadraba.

Tenía que deshacerme de Susanne en algún momento en el que Sabiya hubiese salido a correr. Tenía que ser justo en un momento en que, a medida que fuera estrechándose el círculo, ella no fuese capaz de presentar una buena coartada.

De antemano había comprado un móvil con tarjeta de prepago para avisar a la policía sobre Susanne, para que los niños no fueran los que la encontraran. La tarjeta de prepago era un truco viejo y manido, pero funcionó.

Cuando subía a hurtadillas la escalera que iba de la planta baja al primer piso fue cuando oí unos débiles golpecitos sordos procedentes del trastero prácticamente insonorizado.

Le disparé a Susanne en la sien; era lo más práctico, teniendo en cuenta la posición en la que se hallaba.

Un fino hilillo de sangre brotó de la herida y comenzó a teñir el agua del mismo color que el vino rosado que había en la copa situada sobre el bordillo de la bañera. Entonces, saqué la bolsita que guardaba en el bolsillo del pantalón y extraje tres cabellos de Sabiya.

Los cabellos que conservo en la bolsa los seleccioné de forma muy minuciosa, pues mantienen el folículo piloso. Ahí es donde reside el ADN.

Yo estaba convencida de que el arma de Sabiya habría sido suficiente para que la policía la relacionara con los homicidios después de Lysebu.

Pero no había sido así. Y con Haavard detenido, comprendí que era preciso fabricar pruebas más sólidas.

Introduje un cabello en la mano de Susanne, que reposaba sobre el borde de la bañera. Otro lo dejé en su hombro. El tercero quedó flotando sobre el agua rosada. Había suficientes cabellos como para que los técnicos forenses los descubriesen, pero, al mismo tiempo, no tantos como para que llegasen a despertar sospechas. Y era imposible confundirlos con el cabello rubio cobrizo de Susanne.

Esto le causaría un buen quebradero de cabeza a esa zorra de Sabiya.

De camino a casa avisé a la policía, me presenté como una vecina que había oído el llanto de los niños del piso de arriba, les comuniqué que los niños parecían estar encerrados y solos en casa.

Acto seguido, rompí el teléfono y arrojé sus restos a la alcantarilla, por si acaso.

Así salvé a los niños de quedarse encerrados en el trastero durante más tiempo; este hecho le confería algo más de sentido a todo.

Otro nombre que puedo tachar de la lista, aunque solo lo haga en la mente.

Lo he conseguido, también esta vez. Debería estar contenta.

Pero quedan más nombres en la lista. Siete más. Y luego están todos los demás niños. ¿Cuántos niños habrá encerrados en un trastero?

Lo que empezó como un proyecto más o menos impulsivo en Ullevål se ha convertido en una bola de nieve. Ya no puedo parar.

Es como cuando era pequeña y bajaba esquiando por Langebakken y todo era blanco, duro y luminoso, e iba cada vez más rápido; mi cuerpo se convertía en una flecha que descendía a toda prisa y sabía que debía empezar a frenar en cuña. El pulso se me aceleraba y el corazón me latía con más fuerza, pero no hacía la cuña, no frenaba, sino que seguía descendiendo a toda velocidad.

En realidad, es posible que haya llevado esto dentro desde que mi padre se fue al Líbano. Todavía recuerdo, de antes de que se marchase, cómo se siente uno cuando está alegre.

Una especie de sensación rezumante de pompas de jabón en el cuerpo.

Después de que mi padre se fuera, jamás volví a sentir alegría. Cuando regresó a casa, me sentía aliviada, pero no experimenté ninguna alegría, no la sentí entonces ni he vuelto a sentirla.

47

LEIF
1982

EL DÍA EN que regresé a casa, la niebla lo envolvía todo, la hierba del jardín estaba podrida y resultaba resbaladiza bajo los pies. La puerta estaba cerrada; nadie abrió cuando llamé al timbre, tuve que rodear la casa y golpear la ventana de la parte trasera.

Al final apareció el rostro de Clara. Le hice señas para que fuese al otro lado de la casa y me abriese.

—Hola, mi pequeña —dije cuando ella me abrió la puerta, y me puse en cuclillas. Ella permaneció quieta, mirándome. Hacía frío en el pasillo, olía mal.

—¿Le das un abrazo a papi? —añadí y ella se acercó y reposó cuidadosamente sobre mi pecho. La abracé y entonces emitió un breve gemido, pero todavía no decía nada.

—¿Dónde está mamá, Clara?

—Arriba.

—¿Y Lars?

—Allí —dijo y señaló con la cabeza hacia el salón, donde sonaba el televisor encendido, aunque era pleno día. Entré en la cocina, había platos sucios por todas partes, en los armarios no quedaban ni platos ni vasos limpios. El lugar estaba repleto de basura y viejos periódicos, había migas de pan y tierra por el suelo. Por allí no se había pasado un aspirador ni una fregona desde que yo me marché.

—¿A ti qué coño te pasa? —le grité a Agnes más tarde aquel mismo día.

Estaba acostada en la cama como antes, pálida y ensimismada.

No me respondió. Me fui para comenzar la gran labor de limpieza.

Los niños estaban taciturnos y pálidos; los animales, flacos y asustados, no parecían estar bien de salud. Los cerdos ni siquiera estaban allí, Agnes los había enviado al matadero.

Durante varios meses tuve más que suficiente con tratar de ponerlo todo en marcha de nuevo, recoger los pedazos rotos, volver a entablar relación con los niños, obtener una idea general de la situación económica.

Desde las Fuerzas Armadas recibí órdenes de no hablar con nadie de mi estancia en el Líbano, sobre todo no debía mencionar los tiroteos en Rachaiya, ya que la misión noruega podría verse perjudicada. Por lo demás, no tuve ninguna noticia más de ellos.

Al principio mantenía algo de contacto con mis compañeros de pelotón, pero me estresaba encontrármelos y tener que pararme a conversar con ellos; tenía bastantes asuntos de los que ocuparme, por lo que el contacto no tardó en ir desvaneciéndose.

Me preocupaba el bienestar de los niños durante mi ausencia, Clara, sobre todo, había experimentado un gran cambio. No mostraba sentimiento alguno, tampoco lloraba; no quería que la consolara cuando se hacía daño o tenía cualquier otro problema; jamás expresaba lo que pensaba, sentía o deseaba. Intenté preguntarle qué había ocurrido mientras estaba fuera, cómo habían sido las cosas en casa, pero no quería hablar de ello.

—Yo cuidaba de Lars, papá —fue lo único que decía. Y seguía haciéndolo. Lo abrazaba mientras veían los dibujos en la tele, le contaba cuentos, lo ayudaba a ponerse los zapatos, pues él todavía no era capaz de hacerlo—. Shhh, Lars —decía y le acariciaba el pelo cuando le ocurría algo. Era una pequeña madre para él. Una niña adulta.

Con el tiempo volvió a sentarse en mi regazo, rodearme el cuello con los brazos.

Pero no decía nada. Era yo el que hablaba.

—Jamás debí haberme marchado, lo sé —le susurraba—. Pero nunca más te dejaré sola, te lo prometo. Todo irá bien.

Ella no respondía, pero yo notaba que estaba escuchándome, aunque esto no lo decía por ella, sino más bien por mí.

Yo dormía mal por las noches, me despertaba cada dos por tres bañado en

sudor. A menudo experimentaba temblores y en ocasiones el corazón me latía con violencia en el pecho; la primera vez pensé que iba a morirme, que estaba sufriendo un infarto. Cuando volvió a ocurrir comprendí que se me pasaría si me tumbaba en el sofá y aguantaba un par de horas.

El tiroteo junto al olivo. Los hombres desplomándose sobre el suelo.

Aquella boina verde acribillada que había en el suelo y que se convirtió en el primer objeto de mi colección.

Y luego, el incidente que ocurrió algunas semanas más tarde en el puesto de escucha, junto a la cueva de las cabras. El silencio. Solo se oían los grillos y los ladridos de los perros, las cabras que yo solía acariciar entre los cuernos.

Los estallidos sordos y el fuego de las metralletas. La granada que estalló justo a mi lado.

Después descubrí que tenía la cadera empapada de sangre; la esquirra incrustada en mis carnes, que me había alcanzado justo por debajo del chaleco.

Esta se convirtió en mi segundo objeto de colección.

Estos dos objetos, la boina y la esquirra, fueron lo único que me llevé a casa.

El hecho de haber disparado a varias personas no me atormentaba en particular; sabía que eran ellos o yo. Si no hubiese disparado, Clara y Lars ya no tendrían padre.

Y me alegraba estar en casa. Claro que sí, aunque al mismo tiempo añoraba aquel lugar donde todo era cuestión de vida o muerte, donde jamás había dudas sobre cómo actuar, donde constantemente compartíamos algo grande e importante.

Cualquier cosa de la casa me parecía ajena de repente, como si hubiese aterrizado en un planeta desconocido. Aquello me aterraba. La gente me aterraba.

Por las noches permanecía a menudo junto a la ventana, con la mirada perdida en la noche. La escopeta estaba colgada en la pared del trastero, pero al cabo de un tiempo empecé a dormir con ella debajo de la cama.

Fue por esa época cuando Agnes empezó a moverse de nuevo, de la misma manera que las moscas que hibernaban bajo el techo de vigas en la cabaña resucitaban cuando a alguien se le ocurría prender la estufa de leña un

día de invierno. Se levantaba, se daba una ducha, se cepillaba el cabello, se iba al nuevo centro comercial a comprarse ropa, se maquillaba; de repente lucía un aspecto asombrosamente saludable, como si no hubiese permanecido retorciéndose bajo las sábanas durante meses, taciturna y aterradora.

Entendí que ahora tenía una buena temporada.

Al cabo de poco tiempo me anunció que iba a empezar a trabajar como monitora en el colegio; nos hacía falta el dinero y de esa manera tendría que levantarse por las mañanas. Yo respiraba aliviado cuando se marchaba al trabajo, con el bolso colgado al hombro y el cabello recogido en una bonita trenza.

Pensé que era estupendo que ella se levantara ahora que yo estaba hundido.

48

HAAVARD

—ES TERRIBLE QUE te hayas metido en este lío —dice mi padre—. Ahora tenemos que evitar a toda costa que esto llegue a la prensa, aunque dudo que eso sea posible. Clara y su trabajo me preocupan mucho en estos momentos, he de admitirlo.

En realidad, es lo habitual. Mi padre siempre ha mostrado debilidad por Clara, la considera una hija. Siempre alardea de lo perspicaz que es, aunque en el fondo opina que ha malgastado demasiados años en el ministerio.

—Por cierto, tu madre está muy alterada; debes hablar con ella —añade.

—De acuerdo —respondo—. Pero ¿podría dejarlo para otro momento?

—Yo me encargo de ella de momento. Pero, Haavard, lo más importante... Estás bien casado. Muy bien casado.

—Padre —suplico—. Por favor.

Lo último que necesito ahora es una charla sobre infidelidad y menos aún viniendo de él.

En el fondo creo que mi padre ama a mi madre, que no puede imaginarse la vida sin ella, pero tiene una forma extraña de mostrarlo.

Cuántos líos ha habido a lo largo de los años... Llamadas telefónicas a altas horas de la madrugada, mi madre llorando y lamentándose, mi padre callado. Un día, cuando regresé pronto del colegio y mi madre estaba en París, me topé con el trasero blancucho de mi padre, dale que te pego, entre los muslos de Ninni Jessen. Gemidos, risitas, susurros.

Salí a hurtadillas de la habitación sin que me viera; nunca se lo he comentado, solo juré que yo jamás acabaría como él.

La ironía es que he acabado justo como él.

Todo empezó cuando Clara y yo nos instalamos en la casa de mis padres. De alguna manera me convertí en mi padre, mientras que él, en apariencia, ha gastado su pólvora, pues ahora parece más interesado en pasear por el campo, tomar vinos caros y ver a sus amigos que en las mujeres.

—Bueno, Haavard, pon orden en tus asuntos —dice y se detiene delante de nuestra cancela.

49

CLARA

TODOS SALVO MUNCH, que está en Bruselas, están mirando con mucho interés los recortes de prensa en sus respectivos iPad. La portada de VG muestra una fotografía en primer plano de Cathrine Monrad y el retrato de Munch insertado en una esquina.

El titular: «¡Zorra mediática!».

Y más abajo: «¿Debe dimitir el ministro?».

—Dios mío —exclama el director de comunicación—. ¿Será posible?

—Si alguien dudaba de la descripción, supongo que ella ya ha dado su respuesta —comenta el asesor.

—Si Munch ha hecho tan solo la mitad de estas declaraciones, no es Monrad la que constituye el problema —puntualiza Mona mirándolo con severidad.

—Pero ¿cómo lo gestionamos? Esa es la cuestión —señala el director de comunicación.

—¿Ha hablado alguien personalmente con el ministro? —pregunta Mona.

—Todavía no —responde el director de comunicación—. He intentado llamarlo, sin éxito; volveré a intentarlo. Clara, tú estuviste presente durante la conversación, ¿no? ¿Dijo todo eso?

Percibo que Mona me observa con frialdad.

—Fue algo descuidado. No recuerdo que dijera todo eso, pero...

—Voy a llamarlo —afirma el director de comunicación—. Repasad el resto de los recortes de prensa por vuestra cuenta. En cualquier caso, es el tema de conversación del día.

—Del mes —comenta Mona—. O del año. Encima tienen otro homicidio sobre el que comentar; no soy capaz de comprender qué está ocurriendo.

—La Virgen —replica el asesor—. ¿Estamos locos o qué? ¿Asesinada en su propia casa? Y sin testigos. ¿Cómo es posible?

—Los vecinos del piso de abajo afirman que oyeron un cierto alboroto dentro del apartamento de Susanne Stenersen antes, esa misma noche —lee en voz alta Mona de algún artículo—. Le cuentan al periódico que era algo habitual y que han intentado, en repetidas ocasiones, avisar a la policía y a los Servicios de Protección del Menor sobre la situación de los hijos de la susodicha, ya que pensaban que no estaban bien cuidados, sin que ocurriese nada...

—Vaya...

—Asimismo, los vecinos observaron a un hombre que visitó a Susanne unas horas antes del homicidio —continúa Mona—. Susanne se marchó con el tipo en coche, sobre las ocho. Se preguntaban qué habría hecho con los niños, pues habían oído que estaban en casa. También se quedaron sorprendidos de que ella estuviese en condiciones de conducir, puesto que parecía haber montado una fiesta en su apartamento. Susanne regresó diez minutos más tarde. Luego no la vieron ni oyeron nada sospechoso hasta que llegó la policía a las 23:10 horas y todos quedaron horrorizados.

—¡Caray...!

—La policía ha ido de casa en casa hablando con todos los vecinos, pero nadie ha notado nada fuera de lo común, excepto un hombre que observó a una mujer rubia en bicicleta cuando salió a pasear al perro. La policía recuerda la importancia de que la gente avise de cualquier observación que hayan hecho, bla, bla, bla. Por cierto, recibieron el aviso sobre Susanne mediante una llamada en la que alguien se presentó como la vecina de abajo. Los vecinos, sin embargo, niegan haber llamado y no es posible rastrear el teléfono. ¡Qué curioso!

Nos quedamos leyendo cada uno por nuestro lado hasta que vuelve a entrar el director de comunicación.

—Últimas noticias: a Munch le dieron veinte minutos para una contrarréplica y ya ha hecho nuevas declaraciones a VG. Niega rotundamente haber comentado nada de lo que alega Monrad. Ella, por lo visto, se lo ha inventado todo para crear drama y socavar su autoridad.

—¡Madre mía! —exclamo.

Ha cometido una estupidez, sí. Pero también es abominable que los periodistas digan que tiene derecho a rebatir las declaraciones y aun así vayan a publicar la noticia en una hora, con independencia de si ha tenido ocasión de responder o no, o de lo que esté haciendo en ese momento. Se trata de una técnica de extorsión bastante descarada.

—Yo solo espero, por el amor de Dios, que Munch no esté mintiendo —continúa Mona y en su voz se aprecia un atisbo de regodeo cuando se levanta y recoge sus papeles—. Voy a llamar a Cathrine Monrad, a ver si puedo reconducir la situación. Y sugiero que desde ahora, y de modo provisional, dejes que Clara se encargue de las consultas que lleguen desde los medios en este caso —declara mirando al director de comunicación.

—De acuerdo. Yo debo volver a las veinticinco llamadas sin responder que tengo —zanja él.

—¿Qué le pasa a ese? —le pregunto a Vigdis cuando salimos, haciendo un gesto con la cabeza hacia el oso polar. Dos operarios vestidos con mono del departamento de mantenimiento del ministerio están envolviéndolo en un plástico translúcido, del tipo del que sospecho que se usa para envolver cadáveres.

—Van a llevarlo a limpiar —responde ella mientras contemplamos cómo se marchan llevándose al oso polar entre los dos—. Por lo visto, han empezado a salirle insectos de la piel.

—¡Vaya por Dios! —digo. Entro en mi despacho, cierro la puerta y me instalo en la silla negra de cuero superergonómica que he heredado de Woll.

Me reclino un poco y medito un par de minutos.

A continuación, entro en la guía telefónica de mi ordenador y busco el número de Cathrine Monrad. Primero empleo algo de tiempo en buscar la manera adecuada de redactar el mensaje y, al final, quedo satisfecha.

El móvil emite un breve zumbido cuando envío el mensaje.

Acto seguido, llama Haavard para comunicarme que es un hombre libre y que está de camino a casa.

50

HAAVARD

—¡POR FIN ESTÁS aquí! —dice Clara en el momento en que entro por la puerta y viene a mi encuentro. He salido a dar un paseo; no soportaba quedarme en casa esperando a que volviesen los demás—. ¿Estás bien?

—En realidad, no —respondo, siento que estoy al borde de las lágrimas. Es un alivio estar en casa, pero me siento mentalmente destrozado, débil, incapaz de sentir alegría alguna—. Menuda pesadilla...

—Y ahora, ¿qué va a suceder?

—No lo sé.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que te soltaran por fin?

—Christian ocurrió —respondo y me siento en una de las banquetas de la cocina—. Tendrías que haberlo visto, estuvo de puta madre. Y, para concluir, señaló que se había cometido otro homicidio similar a los anteriores anoche, mientras yo estaba detenido. También habían aparecido nuevas pruebas técnicas, rastros de ADN que me descartaban como el autor, según llegué a entender. ¿Dónde están los niños, por cierto?

—En su habitación.

—Bien, voy a subir.

—De acuerdo. Pero Haavard... Están un poco desorientados.

—¿Por todo esto?

Ella asiente.

—No esperes demasiado de ellos.

—Hola, Haavard —dice una voz y Leif entra del jardín con una taza de café en la mano.

—Vaya, hola —respondo—. ¿Estás aquí? Me has dado un susto.

—Me alegra verte, Haavard —dice Leif y me extiende la mano.

—Gracias, igualmente. Lo siento —digo y agito su mano—. Tengo que...

—Claro, sube a ver a los niños —le contesta con una cálida sonrisa.

Me dirijo a la escalera y la subo corriendo, emocionado por verlos, hablar con ellos, abrazarlos.

De nuevo me pregunto cómo habrán transcurrido las cosas por aquí mientras he estado ausente. Clara, que por lo general es tan brillante en todo, siempre ha tenido que llamarme cuando uno de los niños ha tenido un berrinche, la ha golpeado furioso o se ha puesto a gritar por un subidón de azúcar; ella no tiene ni idea de cómo gestionar esas crisis, suele encerrarse en el dormitorio o salir a correr. Ahora los niños son tan mayores que rara vez tienen esos arrebatos; no obstante, soy yo el que mejor los maneja.

—Hola —digo y llamo a la puerta de Andreas.

Los dos están allí. Andreas con su iPad y Nikolai inclinado sobre un barco pirata de Lego que lleva construyendo mucho tiempo.

—Hola, papá —dice Nikolai. Andreas no dice nada.

—¿Me dais un abrazo o qué? —pregunto.

Nikolai se levanta, viene titubeante hacia mí antes de darme un abrazo prudente, de puntillas y manteniendo una cierta distancia, como si temiese que fuera a contagiarle algo.

—Hola, guapetón —digo, lo cojo en brazos y lo zarandeo un poco.

—Ay, papá —exclama y ríe, aunque se escabulle de mí—. ¿Has estado en la cárcel?

Tardo unos instantes en recobrar la compostura.

—¿Sí o no? —pregunta de nuevo.

—Qué va —digo—. Solo estoy ayudando a la policía.

—Has estado fuera mucho tiempo —dice.

Por fin Andreas aparta la vista del iPad y me mira algo desconfiado.

—Hola, Andreas —digo y me agacho para abrazarlo.

—Quita —dice y me empuja para apartarme—. Hueles mal.

CUANDO VUELVO A bajar, Leif está balanceándose sentado sobre un taburete en la cocina; está muy delgado, parece haberse convertido en una

sombra de lo que fue en su día.

—Tengo una cena en el Palacio Real —me comunica Clara—. Estaría muy bien que me acompañases. Papá puede quedarse con los niños.

Su propuesta me enfurece, como si estuviese preparado para servirle de aderezo después de pasarme dos días retenido acusado de homicidio.

—Ven conmigo —digo y la agarro del brazo para llevarla al pasillo. Cierro la puerta y la empujo contra la pared.

Es una reacción desmesurada, sobre todo teniendo en cuenta que su padre se encuentra en la habitación contigua, pero en este momento me la suda.

—Suéltame —dice ella.

—Te suelto.

—Bien. ¿Puedo irme ya?

—No —respondo—. Me parece fenomenal que esté aquí tu padre. Pero ¿no deberíamos dejar que entre por la puerta antes de dejarle al cuidado de dos niños que no están pasando por su mejor momento mientras nosotros nos vamos a un baile en el Palacio Real? Yo recién salido de prisión... solo para que tú puedas cultivar tus nuevos contactos.

—¿Has acabado?

—No. Acabo de empezar.

—Aunque no te lo creas, no todo gira en torno a ti y a tu ombligo.

—No, claro, porque todo gira en torno a su Alteza Real la secretaria de Estado.

—Eres tú el que ha metido la pilla donde no debía...

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto.

—Ya me has oído —responde hablando en voz baja, como siempre. Clara jamás alza la voz bajo ningún concepto y es algo que le suele otorgar una cierta autoridad. En este momento, sin embargo, percibo que está enfadada—. Me he encargado de todo mientras tú estabas en Lysebu, de parranda con Axel y luego detenido. Esta noche tengo que ir a una cena en el Palacio Real y tenía la esperanza de que pudieras acompañarme, una vez que te hubieran soltado, pero no tengo ninguna intención de obligarte.

—Guau —exclamo. Rara vez he oído a Clara soltar tantas frases seguidas si no es hablando por teléfono con terceros, que siempre resultan ser del ministerio. Casi me enternece un poco. Solo casi.

—Bien, porque voy a quedarme aquí, no voy a ir a ningún baile en el palacio.

—Cena —me corrige con dureza.

—¿Hmm? —digo.

—Es una cena, no un baile.

—Lo que sea, pero no voy a acompañarte —contesto, haciendo énfasis en cada palabra.

—De acuerdo —responde ella, entra en la cocina y empieza a conversar en voz baja con su padre. Tengo la horrible sensación de que esta me la guardará y de que yo, en efecto, me arrepentiré. Pero, joder, acabo de salir del trullo; bajo ningún concepto soy capaz de mantener una conversación con los ministros y sus respectivas esposas en este momento.

Salgo al jardín y me siento. No me levanto hasta que la oigo marcharse.

—He pensado que podíamos hacer una barbacoa o algo —le sugiero a Leif.

—Bien. Bueno, creí que ibas a ir al baile en el palacio con Clara...

—Es una cena, no un baile —digo con una sonrisa socarrona.

—Cena... o lo que sea. Clara me dijo que pidiésemos pizza, pero una barbacoa no es nada desdeñable —dice él.

—Ya me imaginaba —respondo.

Leif no es un hombre de barbacoas; jamás he visto una barbacoa, una parrilla o una barbacoa de usar y tirar en la granja, pero sé que le encanta la comida hecha a la brasa. Una chuleta, un perrito caliente acompañado de una cerveza... Con eso es feliz y, en este momento, quiero hacerlo todo lo feliz que pueda. Por lo tanto, pongo en marcha la barbacoa, sazono las chuletas, saco las salchichas y preparo una ensalada.

Pongo la mesa larga en el jardín: vasos, servilletas, cubiertos, platos. Un jarrón con flores. Leif sale. Los niños juegan bajo el aspersor de agua. Hace un calor sofocante, se oyen truenos en la distancia.

—¿Cómo te encuentras de salud, Leif? —pregunto cuando acabamos de cenar y los niños han vuelto a desaparecer. Debe de haber perdido al menos diez kilos desde la última vez que lo vi y eso que nunca ha sido obeso. Está pálido y macilento, tiene unas ojeras azuladas.

—No me encuentro mal, podría ser peor, considerando lo que pasó.

—Sí, ¿te refieres a...? —pregunto tanteando, sin tener la menor idea de lo que me está hablando.

—Al ictus, sí...

—Sí, ¿hace cuánto tiempo fue en realidad? —digo con la esperanza de que no se dé cuenta de que no sé de qué me habla; maldigo a Clara, que no me ha dicho nada al respecto.

Es cierto, algo le pasó a su padre cuando se fue al pueblo, pero no me dio ningún detalle; en verdad, yo tampoco se lo pregunté.

—¿Dos o tres semanas? ¿Algo más? No lo recuerdo bien.

—Y ¿cómo te encuentras ahora?

—Bueno, supongo que más que nada me siento... débil.

—Se te irá pasando esa sensación —digo—. Te lo prometo. Y muchas gracias por hacer el esfuerzo y venirte, has sido de gran ayuda para Clara y para nosotros.

Un breve instante de silencio. Nos quedamos contemplando el arbusto de lilas, sus rollizos racimos morados, el zumbido de un abejorro que entra y sale de entre las flores. Las lilas me provocan nostalgia; me recuerdan a la abuela Edith, a su vieja y destartalada casona que ahora está en ruinas, y me recuerdan, sobre todo, al verano en que conocí a Clara y todo seguía siendo posible.

—Entonces, ¿has pasado unos días detenido? —pregunta Leif escudriñador.

—Sí —respondo e intento imaginarme cómo manejaría esta situación mi padre. Todavía me encuentro indispuerto, aunque mientras he estado cocinando he llegado a sentirme algo mejor. En cualquier caso, estaría pasándolo aún peor en el Palacio Real con una copa de champán en la mano y conversando sobre nimiedades—. Ha sido una locura, un lamentable error por parte de la policía. Por cierto, ¿quieres una cerveza?

Leif asiente y voy a buscar dos botellines de Carlsberg, los abro y le entrego uno a mi suegro.

—Solo han sido un par de noches, pero ha sido más que suficiente. Todo esto me ha dejado algo traumatizado —añado y me arrepiento inmediatamente de la manera de expresarme; al fin y al cabo, estoy con un veterano del Líbano. Me apresuro a añadir algo más—. Creen que el autor de los tres homicidios es la misma persona.

—¿Y cuál puede ser el móvil? ¿Ajuste de cuentas entre pakistaníes?

—Bueno. Esa era la hipótesis en el primer caso, pero además de que las dos víctimas eran inmigrantes, la señora Carter también maltrataba a sus hijos...

—Caray. ¿Es algo habitual, entonces?

—Bueno —digo—. Más habitual de lo que pensamos. Ocurre hasta en las mejores familias. Te sorprenderías. Pero, por desgracia, según las estadísticas, los inmigrantes están sobrerrepresentados con creces...

Permanecemos en silencio un breve instante.

—¿Cómo se lo han tomado los niños?

Me encojo de hombros.

—Mantienen las distancias...

—Debes darles tiempo.

—Sí, no me queda otra —replico y le doy otro trago a la cerveza—. Por suerte, Clara ha mantenido la cabeza fría y la calma durante mi ausencia.

—Sí —corroboraba Leif y toma un trago él también—. Suele hacerlo. Me pregunto qué tal estará pasándolo en el baile... perdón... ¡la cena!

Añade lo último con una breve sonrisa; siento la necesidad de abrazarlo.

—Seguro que estará en su salsa. Un brindis por que así sea —digo y alzo la cerveza hacia él—. Tu hija puede conseguir todo lo que se proponga.

51

CLARA

UNA LARGA FILA de vehículos negros, coches oficiales, de diplomáticos y taxis se detiene junto a la entrada en la parte trasera del Palacio Real.

En la invitación, que llevaba impreso el monograma de los reyes, se requería que los invitados acudiesen a la entrada principal entre las 19:20 y las 19:40. Por lo visto, eso significa que hay que presentarse con exactitud a las 19:30, algo que estoy haciendo en este momento.

Un grupo de fotógrafos y periodistas se ha colocado para retratar a los invitados más célebres. Cuando llego, las cámaras empiezan a disparar, varios fotógrafos se han tumbado en la alfombra roja ante mí. Es evidente que a raíz del fin de semana y de la adquisición de los nuevos helicópteros me reconocen y saben quién soy.

—¡Bonito vestido, Clara! —grita uno de ellos.

La cola de la falda es tan larga que la arrastro al caminar. Vigdis había tenido que ir a comprarme el vestido a toda prisa ese mismo día, pues a mí no me daba tiempo; resulta fascinante la rapidez con la que una se acostumbra a tener a alguien que se encargue de esas cosas. Aunque las secretarias se ocupan sobre todo de los asuntos de Munch, también nos sirven de gran ayuda a los demás.

De repente, tengo a alguien que responde a gran parte de mis correos electrónicos, que me concierta reuniones, modifica mis citas con el dentista, me compra los vestidos y se sabe el protocolo para cualquier ocasión.

Vigdis me ha explicado, entre otras cosas, que el código de vestimenta de

gala implica vestido largo para las mujeres y que no debe ser ni blanco ni negro.

Dejo el abrigo en el guardarropa, abajo, y entro al lavabo.

«19:40 exactas, en el lavabo de la planta baja —me había escrito Monrad en respuesta a mi SMS—. No tenemos mucho tiempo», añadía.

Son las 19:38. Hace frío aquí abajo. El agua del grifo me cae helada sobre las manos.

Me contemplo un instante en el espejo. Voy bien maquillada, discreta y bien peinada. Tengo un aspecto estupendo.

Sin embargo, me quedo helada cuando veo mi reflejo y me inclino hacia delante para mirarme más de cerca.

Mi rostro, tan familiar. Veo el rostro de mi padre en él y el de la abuela Klara, a la que jamás llegué a conocer, aunque la he visto en muchas fotografías.

No obstante, me resulta extraño.

¿Quién es esa? ¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí?

Permanezco allí un segundo. Dos. Tres. Intento respirar.

Entonces se abre la enorme puerta y entra Cathrine Monrad. Luce un aspecto ajado y cansado, a pesar de ir maquillada de manera muy elegante y peinada con un moño alto; viste de rosa.

Saco la memoria USB del minúsculo bolso que llevo.

—Aquí tienes —digo y se lo entrego. Es blanco, anónimo, al contrario que los lápices de memoria del ministerio, que son metálicos y llevan el logo impreso.

—Oye —añade ella y me agarra del hombro derecho—. ¿Cómo puedo agradeceréte?

—Bueno —digo tratando de esbozar una sonrisa—. Diciendo que tú misma grabaste la conversación, ¿no?

Suelta una breve risa.

—Por supuesto, pero lo que no entiendo es ¿por qué haces esto?

Me encojo de hombros.

—Estuve allí, escuché lo que dijo; me indigna que Munch te llame mentirosa y lo niegue todo. ¿Acaso se supone que tú deberías retirarte con el rabo entre las piernas, humillada, mientras él se va de rositas? Pues no.

—Sabes que esto puede traer repercusiones para ti, ¿no? —pregunta mientras introduce la memoria USB en su bolso pequeño—. Si Munch cae, es probable que tú también caigas.

—Si es lo que hace falta, asumo las consecuencias.

Podría haberle agradecido el hecho de que no le hubiese mencionado nada sobre Haavard a Munch, pero no quería dar a entender que se trataba de un intercambio de favores.

Poco después subimos juntas la ancha escalinata que lleva a la primera planta. Hace demasiado calor. Las puertas de los balcones están abiertas, pero no está permitido salir; es una de las instrucciones que me han dado.

Miro a mi alrededor e intento no parecer demasiado solitaria. Los ministros, la primera ministra, que tengo la sensación de que me escrudiña con la mirada.

Conocidos actores y actrices, empresarios, invitados islandeses; todos están congregados en el pasillo, fuera de los salones.

Me repito a mí misma que al rey y a la reina debe decirseles «Buenas tardes, Su Majestad».

Al príncipe heredero, a la princesa heredera y a la hermana del rey se les debe decir «Buenas tardes, Su Alteza Real».

Al resto de los invitados se los saluda simplemente con «buenas tardes».

Ahora comienza el desfile, me agarro del brazo de un caballero corpulento, sudado y calvo que también está solo. Juntos avanzamos hacia el comedor de gala del palacio.

Los fotógrafos están colocados a los lados; las imágenes que ellos captan deben de ser las que luego aparecen en las revistas del corazón.

Al final, llegamos a los representantes de la realeza y nos disponemos a saludarlos.

Hago una reverencia y consigo recordar quiénes son majestades y quiénes no lo son, pero en el momento en que me dispongo a alzar la mano para saludar a la hermana del rey, una princesa ya entrada en años, mi corpulento acompañante me pisa la cola del vestido, de modo que doy un traspié hacia ella.

La anciana princesa se encoge y me mira horrorizada.

—Me ha pisado el vestido; buenas tardes, Su Alteza Real —exclamo y

entonces ella se echa a reír.

Cuando nos sentamos a la mesa, me toca hacerlo con un escritor cansado de la existencia a mi izquierda. El hombre sentado a mi derecha tiene el flequillo rubio y la mirada muy azul; es atractivo, pero sus gestos resultan pretenciosos, como si estuviese interpretando un papel de teatro. Ni siquiera se presenta, es obvio que piensa que debería saber quién es.

Lo he visto antes, pero no tengo la menor idea de dónde.

Los camareros con librea empiezan a servirnos con precisión militar. El rey se levanta, nos da la bienvenida, en particular al invitado de honor islandés, que, a su vez, se incorpora y pronuncia un discurso para el anfitrión. Después, todos nos ponemos en pie mientras cantamos los himnos nacionales.

El hombre al que no reconozco resulta ser un acompañante de mesa fácil de llevar, ya que su conversación gira en torno a él mismo y sus propios asuntos.

—Pero ¿por qué no está Munch? —pregunta al final—. ¿Ha huido por el asunto con Monrad?

—No. Tenía una reunión en Bruselas.

El rey y la reina se levantan y, a continuación, se ponen en pie todos los demás; las conversaciones enmudecen y permanecemos quietos hasta que los miembros de la realeza abandonan la sala. Ha llegado el momento del café y los digestivos. Según el protocolo, los asistentes deben cultivar sus contactos en el salón contiguo. Si tienen contactos, claro.

Me dirijo a la escalinata. Ahí me detiene uno de los hombres vestidos con librea.

—Disculpe. ¿Adónde se dirige usted?

Su sonrisa es educada, aunque artificial.

—A casa.

—No creo que sea buena idea.

Cruzamos las miradas un breve instante.

Me doy media vuelta y regreso con la muchedumbre; me decido a adoptar el papel de la nueva Clara, la que la gente quiere que salga en las fotografías, la que hace que los demás piensen que le gusta conversar con ellos, la que ama su nuevo trabajo. En consecuencia, me zambullo en el agitado tumulto

plagado de chismorreos y codazos, paso de mano en mano, saludo, sonrío, asiento. En un par de ocasiones incluso llego a abrazar a la gente, a pesar de que es lo que más detesto.

La primera ministra se acerca a mí.

—Clara, ¿verdad? —pregunta y extiende una diminuta mano.

—La misma —respondo a punto de hacerle una reverencia.

—Así que tú eres el nuevo fichaje de Munch —continúa—. Bueno, he de decir que me llevé una sorpresa; jamás había tenido la impresión de que Anton supiese que se puede contratar a mujeres, pero veo que no hay regla sin excepción.

—No la hay —respondo.

Me observa con una mirada crítica e inquisitiva.

Un hombre trata de llamar su atención posándole una mano sobre el brazo. Seguramente sea un asesor.

Ella asiente con brevedad.

—Al parecer, tengo que marcharme ya —declara. Se gira hacia el hombre que la espera y desaparece con él.

Por fin, una hora más tarde, las conversaciones vuelven a enmudecer y se hace el silencio mientras los miembros de la realeza desfilan para retirarse. En el guardarropa me invitan a ir al bar Lorry.

Declino la invitación; tengo que volver a casa para relevar al canguro, digo.

A la altura del Parque de la Reina, me doy cuenta de quién era el señor de gesto estirado.

Se llama Erik Heier y dirige un programa sobre política en TV2. Debo trabajar mi ceguera facial.

Lo peor es que Cathrine Monrad tiene razón; es bastante improbable que un supuesto nuevo ministro vaya a querer tener en su equipo a una secretaria de Estado recién convertida y a la que ya le ha salpicado un escándalo. Había pensado que tenía un cierto margen de tiempo para conseguir hacer algo, pero puede que esto se acabe antes de empezar, incluso con Haavard puesto en libertad.

Al menos está aquí mi padre. Eso ayuda.

52

LEIF

ERA DEMASIADO JOVEN, lo sabía, pero, al mismo tiempo, nunca había sido en realidad una niña pequeña.

Al principio solo le conté lo azul que era el cielo, el calor que hacía, lo bien que olía todo, que el café tenía un sabor maravilloso, que la gente era amable y hermosa.

Pero al cabo del tiempo también empecé a hablarle de los tiroteos de Rachaiya.

Del sonido del impacto de los proyectiles primero en un cuerpo, luego en otro.

Del sonido que hacen los seres humanos al desplomarse sobre el suelo.

De que no tenía la sensación de estar quitando una vida humana, sino más bien, de que tenía que alcanzar una diana donde acertar era cuestión de vida o muerte.

Tal vez quería que ella supiera lo cerca que había estado de no volver a casa. Ella no parecía feliz en especial por tenerme de vuelta, aunque cuando le hablaba sobre el Líbano era como si despertara; se acercaba a mí, su mirada recobraba vida.

Tenía el sueño ligero. Al cabo de una hora, me despertaba.

Por las mañanas estaba muerto de cansancio y no siempre lograba levantarme; a veces bebía. Iba al establo, dormía un rato en el sofá, hablaba con mis hijos, volvía al establo, les daba un beso de buenas noches a los niños.

Pero era como si jamás nada fuese a volver a ser fácil o a volver a estar

bien.

El médico me recetó unos somníferos, por lo que pude dormir, pero las pastillas me provocaban malestar y durante el día deambulaba por la granja como si tuviera resaca.

No hablaba con Agnes, sino que hablaba demasiado con Clara.

Un día Magne, un compañero de Agnes, apareció en casa; era un tipo fanfarrón, edil en el ayuntamiento. Nunca me había caído bien.

—Agnes te tiene miedo, Leif —me dijo—. Me tiene preocupado. Ha tenido que apechugar sola con bastantes cosas en tu ausencia.

La voz era cálida y considerada, pero su mirada era fría, despectiva, como si alguien estuviese presenciando aquella conversación.

Eché un vistazo y vi a Agnes detrás de la puerta de la cocina como una especie de espectro.

—¿Te ha pedido Agnes que vengas? —pregunté sin obtener respuesta.

—Eres demasiado débil para esto, Leif —dijo, en cambio—. Necesitas ayuda.

Lo que mejor recuerdo es el temblor de piernas. La manera en que él negaba con la cabeza y miraba hacia Agnes.

«Pobre diablo», eso era lo que expresaba aquel gesto.

Lo que ocurrió a continuación fue que ella me contó que quería marcharse. No podía quedarse más tiempo allí, me dijo ella, a mí, que la había aguantado todos estos años en que había permanecido tirada en la cama sin contribuir mientras yo cuidaba a los niños, los acunaba, les lavaba los dientes y los peinaba, cocinaba, lavaba la ropa, limpiaba el retrete y sabe Dios qué más.

Dijo que quería llevarse a los niños, pero Clara no quería irse con ella.

—Puedes irte, yo me quedo —le dijo a su madre.

—Clara, eso es imposible —respondió ella sin convicción; sospecho que en el fondo se sentía aliviada.

Agnes se marchó y se llevó a Lars consigo.

Clara lloraba desconsoladamente mientras intentaba retener a su hermano.

53

CLARA

COMO SIEMPRE, ME imagino la voz de mi padre cuando me compro mi café diario por la mañana, un doble *latte* con leche semidesnatada.

Un café *latte* al día durante dos años equivale a un coche, según mi padre. Él, que remienda sus propias camisas y jerséis y calcetines, arregla sus viejas prendas de lluvia con parches de bicicleta, que va a la biblioteca a leer el periódico cuando, una vez por semana, baja al pueblo para hacer la compra. Él, que compra el café y los huevos más baratos, que paga las facturas al momento cuando las recibe, varias semanas antes de su vencimiento, por miedo de tener que pagar un sobrecargo.

Yo intento no despilfarrar el dinero, pero me alejo mucho de sus estándares.

Todos esos imbéciles que afirman que el dinero no da la felicidad; al menos reduce la angustia vital, que, en rigor, es en lo que consiste la vida para muchos de nosotros.

No se trata de poder comprar todo lo que uno quiera, ni siquiera de poder contratar a alguien que te limpie la casa y el coche y te corte el césped, sino de no tener que preguntarse cómo va a apañárselas uno para pagar las facturas y conservar la casa.

Es un privilegio que no pueden entender aquellos que siempre han tenido dinero.

Mientras camino desde Youngstorget hacia Akersgata con el café en la mano, cruzo la plaza donde una mujer joven, funcionaria como yo, perdió la vida cuando se detonó la bomba el 22 de julio del 2011.

Ahí, justo en ese lugar, a las 15:25 de aquel viernes plomizo en plenas vacaciones, se detuvo su vida. Y mi lugar de trabajo, tal y como lo conocía, quedó destruido.

Yo estaba trabajando; sobreviví, conseguí bajar las escaleras, atravesar la destrozada recepción para salir a la calle. Sin un rasguño.

Varios de mis compañeros siguen sufriendo secuelas de aquel día. Una cicatriz en el rostro, una pierna menos, un brazo que no pueden doblar.

Luego están las otras secuelas, las que no son visibles.

Atravieso lo que solía ser el vestíbulo del bloque alto, como hago siempre que tomo este camino. Muchos dan un rodeo para no tener que pasar por aquí, pero para mí se ha convertido en una especie de ritual.

Este fue mi lugar de trabajo durante muchos años; he fichado centenares de veces para entrar y salir de esta recepción.

Me encantaba aquel edificio alto, su combinación de paredes de piedra, teca de los años sesenta y el tapiz de Hannah Ryggen, *Vivimos sobre una estrella*, que siempre me hacía pensar en los cuadros de Astrup. El tapiz no se libró de los daños causados por el atentado de Anders Breivik.

Todo esto me pertenecía. Todo saltó por los aires. Ahora todo ha desaparecido.

Pulverizado, reducido a humo y cenizas. Y luego eliminado, desalojado.

El Ministerio de Justicia adquirió una especial posición entre los ministerios. Perdimos empleados, despachos y confianza en nosotros mismos; además, el ministerio tuvo que asumir responsabilidades por muchos de los procedimientos que habían fallado. Sin embargo, no fuimos los únicos afectados. La responsabilidad de las medidas de seguridad atañe a diferentes ministerios, organismos, administraciones regionales y municipales. La lista está encabezada por dirigentes que gozan de plena perpetuidad en su cargo.

El tapiz de Hannah Ryggen se ha restaurado; se le han retirado los cristales rotos y el polvo de hormigón, se ha vuelto a zurcir cuidadosamente y, en la actualidad, está expuesto en alguna parte.

El edificio, sin embargo, lleva siete años igual. Todavía no se ha encontrado una solución. El vestíbulo, que solía ser un lugar cálido, vibrante de vida, se ha convertido en una terrorífica cáscara vacía.

Solo permanece el elegante espejo de agua que separa el edificio alto del R5, que ahora es la sede de nuestro ministerio.

Antes solía sentarme a contemplar el agua, que caía tan silenciosa y rasa; ya nunca tengo tiempo.

—VG quiere seguir a Clara durante toda una jornada —dice el director de comunicación después de revisar los recortes de prensa—. Mejor si es un día en el que ocurran cosas, donde haya buenas opciones para tomar fotografías, sitios chulos...

—No —digo antes de tener ocasión de meditarlo. Tanto Munch, que ha vuelto de Bruselas, como el director de comunicación me miran sorprendidos.

—Se trata sobre todo de acompañarte durante la jornada laboral. Sí, por cierto, tenemos otra petición similar. De Erik Dammann-Heier, de TV2; quiere hacer un perfil de Clara.

—¿Heier? ¿Ese cabrón? —murmura Mona.

—¿TV2? ¿Sobre Clara? —pregunta el asesor negando con la cabeza, mirando encarecidamente a Munch—. Eres tú el que debería estar en el punto de mira, por muy mujer que sea Clara.

Mona carraspea algo aciaga.

—Yo estoy servido, gracias. ¿Qué opinas? —pregunta Munch, mirando al director de comunicación que, a su vez, se encoge de hombros.

—Creo que será difícil escabullirse; si lo hacemos, simplemente alegarán que no queremos dar la cara.

—¿Mona? —pregunta Munch y mira a la secretaria general del ministerio.

—Yo no voy a entrometerme en vuestras estrategias mediáticas —declara ella y suspira.

Su escepticismo salta a la vista, aunque en los últimos tiempos parece estar más relajada con respecto a mí. Creo que aprecia el hecho de que sea organizada, que responda con rapidez y claridad y que no abrume a sus departamentos con demasiados encargos absurdos que requieran muchos recursos.

—Tanto VG como TV2 han expresado su deseo de ir a tu casa —afirma el director de comunicación—. Quieren mostrar el contraste entre tu vida profesional y la privada, cómo te arreglas para organizarte...

—Por Dios, ¿por qué recibe tanta atención? Tampoco es que sea primera ministra —suspira el asesor. A pesar de su corta edad, tiene tres hijos en su localidad natal, en el sur del país. Su mujer se encarga de los menesteres de la casa y de la familia mientras él sube fotos con los niños en Instagram y Facebook cuando pasa por casa los fines de semana. En este caso, sin embargo, me inclino a estar de acuerdo con él.

—Es una mujer hermosa con un cierto halo de misterio, ya sabes —alega el director de comunicación—. Es lo único que hace falta; además, nos consiguió de la noche a la mañana quince helicópteros para combatir los incendios forestales.

—En cualquier caso, no van a pisar mi casa —declaro.

Cuando me dispongo a salir de la reunión, suena el móvil del director de comunicación.

—¿Sí? ¿Cómo? Tendremos que retomar este asunto luego. Yo te llamo —dice y cuelga.

—Madre mía... Era VG —me dice y mira a su alrededor. Munch ya no está—. Adivina qué.

—No tengo la menor idea.

Suspira con pesadez.

—¡Qué pesadilla! Ahora quieren saber si el ministro tiene algún comentario con respecto al hecho de que Cathrine Monrad haya presentado un archivo de audio que prueba que Munch en realidad dijo todo aquello que ha negado.

—¿Como qué? —pregunta Mona con una arruga de preocupación entre las cejas.

—Como que no es tarea suya ser una zorra mediática.

—Dios mío... ¿De verdad lo dijo? —pregunta Mona—. Si es así, lo han pillado en una mentira, es de lo peor que puede pasar. Recuerda cuántos han tenido que dimitir por asuntos menores porque han sido tan tontos de intentar mentir sobre ello. Amenazar a una directora subordinada con retirarle la confianza si no se calla es...

En el mismo instante suena el teléfono de Mona.

—La Oficina del Primer Ministro —dice y se coloca bien el broche que lleva, una especie de pelícano, tras echarle un vistazo a la pantalla—. Me lo

esperaba, vaya.

—¿Qué quieren? —pregunta el director de comunicación.

—La verdad y nada más que la verdad, por supuesto. *Ipsa facto* — contesta Mona con una mueca antes de responder a la llamada y empezar a caminar deprisa hacia su despacho.

54

LEIF
1982

EN CIERTA MANERA, las cosas se calmaron un poco cuando Agnes se marchó.

Yo respiraba con más libertad, dormía mejor por las noches, me quedaba menos tiempo en la terraza con la escopeta, hablaba con Clara, le contaba también anécdotas sobre el olivo y la cueva, las cabras, los grillos, las granadas que interrumpían el descomunal silencio y sobre el pedazo de metal que me habían retirado de la cadera y que había traído a casa.

—¿Dónde está ahora la esquirra? —me preguntó Clara y entonces saqué la caja de cerillas que guardaba en la cómoda del dormitorio y se la mostré.

—¿Puedo tocarla? —añadió ella.

La sopesó en la mano.

—Es mi *souvenir* —dije—. Uno de ellos.

—¿Podemos hacer un colgante con ella?

—¿Un colgante? —pregunté sorprendido—. Sí, quizá, si quieres.

—¿Tienes más cosas? ¿Puedo verlas? —preguntó ladeando la cabeza.

—Espera un momento —dije y me acerqué al cajón de la cómoda; después volví con la boina verde llena de agujeros.

Ella se la colocó sobre el regazo y permaneció allí, observándola desde todos los ángulos posibles.

—¿Se la quitaste a alguien? —preguntó.

—No, la encontré en el suelo.

—¿E hiciste tú todos estos agujeros?

—No lo sé, aunque es probable que sí. ¿Sabes...? Lo más curioso es que en medio de toda aquella infamia me sentí más vivo que ninguna otra vez antes.

—¿Porque habías matado a alguien?

—No, no por eso en sí, por favor.

—Entonces, ¿por qué?

—Es imposible explicárselo a alguien que no haya estado allí, pero, de alguna manera, todo tenía mucho sentido.

55

CLARA

ESTOY SENTADA JUNTO a la pequeña mesa de café en nuestro jardín. Llevo un vestido azul celeste de lino y poso para VG con una taza de café en la mano. A continuación, me apoyo en el peral. Me arrodillo junto a un parterre. Me asomo a una ventana.

Como todos, siempre me he mofado del típico ministro que se dedica a recorrer el país para dejar que los fotógrafos obtengan buenas fotos en vez de quedarse en el despacho trabajando. Ahora, sin embargo, soy yo la que se prostituye para los medios; sonrío tanto que parece que mi rostro esté a punto de quebrarse.

El equipo trae a su propio estilista, maquillador o como se llame. Intento decir que no me gusta maquillarme en exceso, solo rímel y algo de polvos, pero no sirve de nada; me aplican un pintalabios rabiosamente rojo y me peinan al más puro estilo Betty Draper.

Cuando por fin llega el momento de la sesión fotográfica, recibo instrucciones detalladas. Pon la mano así. Mira a la derecha y luego a mí, gracias. Un poco hacia delante. Un poco hacia atrás. Gracias, gracias, gracias, clic, clic, clic.

Nuestro director de comunicación presencia la escena desde un segundo plano y me anima y levanta el pulgar, como si yo fuera un perro de exposición.

Yo le había avisado de antemano de que no era necesario que asistiera, pero vino de todas formas.

En realidad nunca me ha gustado la gente. Me agobia. Todos los sonidos que emiten, sus conversaciones, que te absorben fuerzas y la concentración.

Me gusta estar con mi padre. Y con mis hijos, hasta cierto punto. Antes me agradaba la compañía de Haavard, al menos en pequeñas dosis. Y la de la abuela Edith. Pero, por lo demás, no. Lo considero una pérdida de tiempo.

Siempre he tratado de aparentar ser lo más normal posible. En algún momento consideré incluso cambiarme de nombre, a Anna o Anita o Marie u otro nombre normal y corriente. Clara me parecía demasiado extravagante.

Nunca acabé cambiándome de nombre, pero me he esmerado para que nadie, ni siquiera Haavard, sepa nada de mí. Así lo he preferido. Vivir como una burócrata invisible, una mujer común de barrio bien. Una soldado disfrazada.

Y ahora esto. Un numeroso equipo metido en mi jardín, tener que exponerme ante todo el mundo: ante los compañeros de trabajo, los vecinos, la gente del supermercado, los padres del colegio; todos los que en realidad no saben nada de mí ahora van a estar un paso más cerca.

Es tarde para cambiar de opinión, no me queda otra opción que sonreír y mirar a la cámara.

Quizá mi madre vea este reportaje. Quizá Bodil o cualquier otra zorra de la residencia le lleve el periódico o un esmerado recorte de prensa.

—Mira, Agnes, aquí sale Clara, tu hija, la de Oslo, ya sabes.

¿Había sido un error que me presentase en la residencia psiquiátrica?

Me había dicho a mí misma que era necesario, que después de lo que había ocurrido en Ullevål aquella noche tenía que saber cómo de espabilada estaba mi madre en realidad, cuánto recordaba, hasta qué punto era capaz de expresarse.

Durante todos estos años me había imaginado que ella no existía, que estaba muerta, tal y como le he contado a todo el mundo.

Sin embargo, resulta que está vivita y coleando, aunque mi encuentro con ella no me aportó gran cosa.

La mayoría de la gente de mi pueblo se habrá olvidado desde hace mucho tiempo de la existencia de Agnes Lofthus, pero todos los de la residencia, como Bodil, reaccionarán si leen una entrevista lacrimosa en la que hablo de mi madre fallecida. Llamarán al periódico para avisar de que se trata de una mentira.

—Gravemente enferma —le digo, en cambio, a la periodista de larga melena de VG—. Pero creo que lo mejor es que no la menciones en absoluto en el reportaje; se trata de un asunto complicado para la familia.

—De acuerdo —dice la periodista y se enrolla un mechón de pelo en el dedo índice—. Pero tu padre y tú ¿habéis tenido siempre una relación muy estrecha, entonces?

Suspiro, agito la mano para espantar a una avispa que revolotea alrededor de mi taza de té con tanta determinación como la periodista, que me avasalla a preguntas.

—No pensé que la entrevista fuese a ser tan íntima.

La reportera alza la cabeza y me mira con asombro.

—No es nada íntima, solo un poco personal. Y así tiene que ser...

—¿Sí? —pregunto.

—Sí —afirma ella.

Una silenciosa lucha de poder. Ella me devuelve una sonrisa melosa y ostentativa a la vez, y decido contarle la verdad.

—Mi padre siempre ha sido mi puerto seguro —declaro y es la verdad, al mismo tiempo que no lo es—. Cualquiera niño merece tener una persona así en su vida; muchos no la tienen.

—No —dice ella algo distraída mientras muerde el lápiz. No he visto a nadie morder un lápiz con tal intensidad desde que iba al colegio—. ¿Es cierto que de niña estuviste implicada en un accidente de coche? —pregunta acto seguido, antes de que me dé tiempo a elaborar mi argumento.

Joder, no se da por vencida; tiene práctica en esto, eso está claro. Se pega al tema como una lapa. Y es cierto, según he oído y también leído en las estúpidas entrevistas de perfil: el entrevistador siempre busca algún suceso traumático que poder tomar como punto de partida. Que hayas sufrido íleo intestinal de bebé, cualquier cosa vale.

—Sí, pero me resulta demasiado traumático, preferiría que no lo incluyeses —digo e intento ahuyentar a la avispa a manotazos.

Ella asiente, aunque soy consciente de que la lista de temas que no puede incluir empieza a ser demasiado extensa.

Es el motivo principal por el que no me gustan las entrevistas.

—Mi dedicación viene de todo lo que he visto, leído y de lo que he oído

hablar; hay un océano lleno de historias sobre niños a los que han sometido a graves episodios de violencia y maltrato en su casa. Cuando intentan contarlo en el colegio, por ejemplo, no ocurre nada, salvo en algunos casos en los que se avisa a los padres y el asunto empeora todavía más. Demasiadas personas son conscientes de lo que ocurre y no hacen nada, pues resulta más fácil ignorarlo. Es lo que tenemos que cambiar —digo.

—Gracias —murmura la tía sin expresar un especial entusiasmo y, en ese mismo instante, consigo matar a la avispa. Yace prácticamente partida en dos junto a mi vaso, dando los últimos coletazos.

EL HOMICIDIO DE Susanne ha desmontado la hipótesis de Munch sobre las bandas, algo que ahora le echan en cara de continuo. Debe acudir a los programas de actualidad política de radio y televisión para dar explicaciones, tanto sobre el caso Monrad como sobre el último homicidio.

¿Está en peligro la vida de los ciudadanos de Oslo? ¿Por qué ha salido en los medios haciendo unas declaraciones tan controvertidas sobre la cultura de bandas cuando los homicidios no tienen nada en absoluto que ver con pandilleros? ¿Ha sido solo con el fin de agitar los ánimos para que él pueda mostrarse como una persona resolutiva? ¿O fue una estrategia premeditada en el ya existente debate sobre la policía armada, que él defiende con tanto fervor?

Los medios están especulando sobre la presencia de violencia doméstica en relación con las tres víctimas y han empezado a escribir sobre niños que siguen viviendo en familias donde se sospecha que no todo va como debería. ¿Cómo es posible? ¿Por qué el sistema no detecta estos casos?

Munch debe responder a todas estas cuestiones y no es capaz de dar buenos argumentos. Murmura algo sobre una propuesta de ley que está a la vuelta de la esquina, pero por lo demás tiene pocos argumentos.

UNOS DÍAS MÁS tarde, VG publica un artículo de seguimiento sobre la comparecencia de Munch que la Comisión de Control Constitucional del Parlamento ha requerido para que dé explicaciones sobre el caso Monrad. La Auditoría General también va a investigar el asunto.

En el suplemento que acompaña al periódico este sábado se publica mi perfil con el titular «Ha nacido una nueva estrella en el Ministerio de

Justicia».

En el trabajo se ha puesto en marcha una estratégica operación mediática para salvar a Munch y el elogioso reportaje que me han hecho no resulta especialmente bien recibido.

—Magnífica publicidad para ti, Clara —comenta el asesor cuando asoma la cabeza por mi puerta; los dos hemos acudido al trabajo para acabar unos asuntos antes de las vacaciones—. ¡Buen trabajo! Justo lo que el jefe necesitaba...

—La entrevista no fue idea mía; fue VG el que se puso en contacto con el departamento de comunicación. Lo sabes bien.

—Esa fue la versión que nos llegó, en efecto —continúa con una mueca—. Pero ¿es posible que alguien sugiriese la posibilidad de publicar un reportaje así?

—Bueno, piensa lo que quieras.

Observo que empieza a dudar.

—¿Quieres decir que admites...?

—No admito nada —lo interrumpo—. Solo he dicho que puedes pensar lo que quieras.

Se limita a negar con la cabeza y a marcharse con los puños cerrados dentro de los bolsillos del pantalón de traje, de manera que la tela se le ajusta alrededor de los glúteos.

Está verdaderamente rollizo, como los demás lacayos de Munch; demasiada comida basura mientras trabaja horas extras, demasiadas chocolatinas de la máquina dispensadora del pasillo, pocas horas de sueño.

Tengo que cuidarme, intentar no acabar como ellos.

Hoy, cuando llegue a casa, saldré a dar una larga vuelta corriendo por el bosque, sobre raíces y charcos de lodo, y me echaré a correr y a respirar y a sudar hasta eliminar de mi cuerpo las entrevistas y a Munch, al asesor y a todos los periodistas del mundo.

Luego tenemos vacaciones. Y nos iremos a casa.

56

LEIF
1986

LARS VENÍA CONMIGO cada dos fines de semana. Era muy poco, pero la situación era la misma para otros padres divorciados. Con el tiempo todo irá a mejor, pensaba cuando Agnes se sumergía en su oscuridad y no era capaz de levantarse por las mañanas.

Poco a poco Agnes dejó de contestar el teléfono cuando la llamaba. Me presenté en la escalera del sótano que había alquilado como apartamento. No estaba en casa. Lo mismo al día siguiente. Por fin, encontré a Agnes en la granja de Magne. Estaba en el patio cuando llegué en coche. No vi a Lars.

—Quiero ver a mi hijo —dije.

—¿Y qué pasa si él no quiere verte a ti? —preguntó ella y se envolvió aún más en la chaqueta de punto rosa que llevaba, ladeó la cabeza, se alisó y colocó la larga melena rubia a un lado y me miró interrogante de aquella forma que antes me había gustado tanto—. Creo que tu compañía no le hace bien a Lars. Tampoco a Clara. No después del Líbano.

—En cambio, tú... —me di cuenta de que iba alzando la voz a medida que avanzaba en la oración— tú eres la madre del siglo, ¿verdad...?

—Dios mío —dijo retrocediendo algunos pasos antes de entrar y cerrar la puerta de un portazo.

Empecé a ir a buscarlo al colegio; era lo que mejor funcionaba. Lars parecía contento de verme, se acurrucaba entre mis brazos delante del televisor mientras yo observaba su pequeña nariz, el vello de su rostro, su sonrisita curvada. Lars era muy afable, casi débil, más aniñado que Clara. Y

callado. Tenía siempre el pulgar metido en la boca, había vuelto a desarrollar esa costumbre. Incluso en ocasiones se hacía pis en la cama; yo lavaba las sábanas, los pijamas y las fundas de colchón; habían pasado varios años desde la última vez que lo había hecho.

Clara opinaba que yo debía pedir la patria potestad. Era absurdo que viviese con su madre y Magne; además, era cuestionable que fuese bueno para él, decía ella. «Fíjate en lo asustadizo que es.» Yo no debía pensar en que no me encontraba muy bien después del Líbano; ella declararía a mi favor, dijo, iba a contarles a todos que yo era el mejor padre del mundo.

Yo pensé que me las apañaría, que lo arreglaría todo. Iba a enfrentarme a todo, solo necesitaba descansar antes un poco, reunir fuerzas para confrontar cara a cara a Magne y Agnes.

Al final conseguí que Lars pasase un fin de semana con nosotros.

Aquel sábado se bañó en la bañera rosa en la que Agnes me había obligado a gastar demasiado dinero.

Al principio se negó a bañarse, pero yo le insistí; estaba sucio.

Cuando lo vi desnudarse tuve que tragar saliva y apartar la mirada.

Los niños no se hacían daño de esa manera. Ningún niño se hacía moratones de forma natural debajo de los brazos, sobre las caderas, en el abdomen.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté a Lars.

—Me he hecho daño —respondió sollozando un poco.

Llamé a Clara para que ella también le echase un vistazo.

DESPUÉS DE ESTE incidente me presenté en la mesa de la persona del ayuntamiento que, entre muchas otras cosas, era la responsable de los Servicios de Protección del Menor.

—Entonces alegas que la madre del niño...

—O el padrastro —dije.

—¿Pega al niño porque habla menos y se ha roto el brazo?

—No es solo eso —suspiré—. Son muchas cosas. Como ya te he dicho, también tiene contusiones.

—Bueno, mis hijos también están llenos de moratones y no les pego, por así decirlo. Para mí esto suena a simples sospechas infundadas —dijo la

trabajadora social tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

Habíamos ido juntos al colegio y nunca me había caído bien; creo que yo a ella tampoco.

—Obviamente, vamos a estudiarlo, pero Magne Lia es un hombre de bien. Y tú has pasado por una mala racha últimamente, ¿no es así? —añadió con una mirada desafiante—. Aunque no te guste que tu mujer te haya dejado, y por muy traicionado y engañado que te sientas, entenderás que no puedes andar por ahí lanzando acusaciones de esta naturaleza, ¿no...?

—¿Quiere eso decir que no me crees? —pregunté y sentí el impulso de propinarle una bofetada a esa tía.

—Yo no he dicho eso —repuso ella.

Su mirada indicaba todo lo contrario.

Cuando salí de aquel lugar, tuve la sensación de haber gastado la energía de toda una vida. No me quedaba ningún ardor combativo; todo había quedado junto al olivo en Rachaiya y en la cueva de las cabras.

Me quedé esperando que las cosas se arreglaran por sí solas; que Agnes recobrará el sentido común y volviera a casa o, por lo menos, dejara a Magne; que alguien se diera cuenta de que había que tomar cartas en el asunto; que un profesor lo denunciara o hiciera algo o, ante todo, que fuese verdad lo que decía Agnes: que todo iba muy bien. Magne y Agnes me aterraban. Sabía que iban a usar lo del Líbano en mi contra, a decir que era un padre inepto. Era posible que todo empeorara si los provocaba.

Y entonces Agnes me llamó para comunicarme que Lars no iba a venir más a casa.

—Le agota —dijo—. Él necesita paz. Estabilidad.

Luego colgó el teléfono. Era como si por mis venas circulase agua helada. Tenía que ser capaz de hacer algo, protestar, actuar, cualquier cosa.

Pero antes necesitaba quedarme aquí un rato, relajarme, descansar.

Lo arreglaría más tarde. Al día siguiente. No en aquel momento.

HAAVARD

ES EL DÍA antes de marcharnos, después de haber aplazado la salida varias veces. Tengo el día libre. Clara ha vuelto a tener una sesión fotográfica en casa, en contra de mi voluntad, y se ha ido al despacho.

En la puerta me encuentro con un repartidor de flores.

—Tenga —dice y me entrega un enorme ramo envuelto en papel de estraza.

—Gracias —respondo y entro para desenvolver el ramo de flores tal y como he hecho con los demás que han ido llegando. La mayoría de las flores proceden de organizaciones; quieren entablar una buena relación con la nueva secretaria de Estado, ya han empezado a organizar un *lobby*. Por lo visto, ha recibido todavía más en su despacho.

Este ramo es del tipo tradicional y ostentoso, con lirios blancos, rosas rojas y unos chismes violáceos; lo único que le falta es un velo nupcial. Jamás se me ocurriría comprar ninguno de los cuatro ramos que han llegado. Y mañana nos vamos al pueblo de Clara. No obstante, busco un florero, lo lleno de agua y meto el último ramo que ha llegado sin recortar antes los tallos.

Entonces le echo un vistazo a la tarjeta.

«Enhorabuena por tu nuevo y estupendo trabajo. Estamos muy orgullosos de ti, Clara. Nos encantó que vinieras a vernos, espero que vuelvas la próxima vez que estés por la zona. Cordiales saludos de todos en Kleivhøgda. Fdo. Bodil.»

¿Kleivhøgda? ¿Qué es eso? ¿Y quién le manda una felicitación tan

efusiva? Clara no mantiene contacto con absolutamente nadie de su pueblo, salvo su padre. Nunca vamos a visitar a nadie ni nos encontramos con nadie; apenas saluda con un breve gesto con la cabeza cuando coincide con alguien en el supermercado.

Una rápida búsqueda en Google desvela que Kleivhøgda es una residencia psiquiátrica a algunos kilómetros del pueblo natal de Clara. Sin haberlo meditado antes, marco el número en el iPhone y pulso el icono verde.

Después de tres tonos, alguien responde.

—Kleivhøgda, dígame, Bodil al habla.

—Sí, hola, soy Haavard Fougner, el marido de Clara Lofthus...

—Ah, sí, hola...

—Quisiera agradecerle las flores que acaban de enviarnos. Clara no está en casa, pero acabo de desenvolverlas y tengo que admitir que son hermosísimas.

—¡Qué bien! —responde con voz alegre—. Pensamos que debíamos hacerle un obsequio a Clara... Y usted, ¿viene a menudo por aquí?

—Sí, de hecho vamos para allá mañana —digo y tomo impulso—. ¿Tal vez podamos pasarnos un día? Si les viene bien.

—Sí, por favor, vengan —responde ella. Ahora se pone parlanchina—. Creo que a Agnes le vendría muy bien que no pasara tanto tiempo antes de que volvieran a encontrarse. Ya sabe, no ha visto a su hija en treinta años y, de repente, aparece; es lógico que quiera volver a verla enseguida. Y ahora que Agnes por fin está mejorando, es especialmente importante hacer un seguimiento.

—Por supuesto —digo—. Si Clara está muy ocupada es posible que vaya yo solo, ya veremos.

Tras intercambiar algunas fórmulas rutinarias de despedida, colgamos. Me quedo con el ceño fruncido y el teléfono entre las manos, intentando pensar.

Siempre me ha dicho que su madre, su hermano y su padrastro fallecieron en un accidente de coche cuando Clara tenía tan solo doce años. Ella también iba en el vehículo e intentó salvar a los demás sin éxito; desde entonces, jamás ha sido capaz de hablar de ello, no antes de la breve conversación que tuvimos un día y que incluso yo recuerdo después de todos estos años.

Nos encontrábamos en la estrecha cama que tenía en casa de la abuela Edith, habíamos comido y bebido. Los dos estábamos tendidos de lado, mirándonos muy de cerca, tan de cerca que sentía su frente contra la mía, mi aliento contra el suyo, esas cosas que resultan tan maravillosas al principio de la relación, pero que luego se convierten en un suplicio.

Sus ojos estaban tan cerca de los míos que no podía enfocarlos, no era capaz de ver su iris azul, solo una difusa mancha azulada, como el cielo, como un prado de lavanda.

Entonces me contó lo de su madre, Lars y Magne, me transmitió cada palabra entremezclada con su aliento.

Tuve que prometerle que jamás volveríamos a hablar de ello.

Esa promesa la he mantenido.

En aquel momento pensé que habría muchas más noches así, que esta solo era el principio, que volveríamos a este tema una y otra vez, que nos acercaríamos más, que conversaríamos más.

No tenía la más remota idea de que aquellos días, aquella breve época, se convertiría en la época en la que más unido a ella llegaría a estar.

Alguna vez escuché a los niños preguntar si podían ir a la tumba de la abuela y del tío Lars, pero ella siempre buscó alguna excusa y ya hace mucho tiempo que ellos no han vuelto a preguntar. Yo no he ido nunca. Leif tampoco quiere hablar de su mujer y de su hijo; no sé nada de ellos, ni siquiera los he visto en fotografías.

No es anormal, muchas familias reaccionan de esa manera tras experimentar un trauma. Yo incluso he usado este hecho para explicarme a mí mismo por qué Clara es tan cerrada.

Pero resulta que mi suegra, que en teoría murió hace treinta años, sigue viva.

Qué mentira más atroz me ha soltado Clara.

CUARTA PARTE

58

CLARA

1987

TODOS LOS DÍAS mi padre decía que haría algo. Muy pronto.

Así fue pasando el tiempo, hasta aquel miércoles.

Como siempre, al acabar el colegio subí las empinadas cuestas que había desde donde me dejaba el autobús escolar, en la carretera nacional, hasta casa. Estaba sentada junto a la mesa de la cocina, con los deberes de matemáticas y un vaso de leche con dos cucharadas de cacao en polvo, cuando sonó el teléfono gris de la mesita del pasillo.

—¿Sí? —dije al descolgar.

—¿Clara?

Hablaba tan bajito que apenas lo oía.

—¿Lars?

—Tienes que venir. No quiero quedarme aquí.

—Vale, iremos a buscarte. Pero ¿qué pasa?

—Creo que van a pegarme, a darme una buena paliza, tengo... tengo que colgar ahora. Lo siento.

—Espera —supliqué—. Lars, espera...

Pero entonces ya no pude oír más que el pitido del teléfono al colgar. Me puse el abrigo y los zapatos a toda prisa. Salí corriendo de la casa. Llamé a gritos a papá.

Entré corriendo al granero. Al establo. Fui de un sitio a otro.

Volví a entrar en la casa. No veía a mi padre por ninguna parte; debía de estar en los prados. Eché a correr, subí al vergel llamándolo mientras corría,

atravesé la primera fila de manzanos, la segunda, la tercera.

¡Papá, papá, papá!

No estaba en ninguna parte.

Cuando volví a bajar a la casa, me senté un rato fuera para esperarlo.

Iba a tardar mucho en ir en bicicleta hasta allí, seguro que más de lo que tendría que esperar antes de que viniese mi padre. Pero quedarme esperándolo me resultaba insoportable.

Al final me monté en la bicicleta, que era nueva de aquella primavera; llevaba varios años ahorrando para comprármela. Comencé a bajar pedaleando tan deprisa como podía. Tenía que mantener el equilibrio, evitar caerme.

Fui derrapando por el arcén que hay junto al fiordo durante varios kilómetros mientras los coches pasaban a toda velocidad; la resistencia que ofrecía el aire hacía que la bicicleta se tambalease, hasta que llegué al cruce donde tenía que torcer para ir a la granja de Magne. Pedaleé de pie con todas mis fuerzas para subir la cuesta, continuando a pesar de que el ácido láctico iba apoderándose de mis músculos.

Cuando por fin llegué a la granja, vi que había una ambulancia.

El perro de Magne, un cazador de alces que siempre estaba atado al asta de la bandera y ladraba cuando venía gente, no estaba allí. Ningún pájaro cantaba en el árbol frente a la casa.

No se oía ningún sonido.

Subí la escalera hacia la puerta principal, agarré el tirador de la puerta y entré en el amplio recibidor. Lars yacía en el suelo.

Dos hombres corpulentos vestidos con chaquetas y pantalones demasiado ajustados le presionaban el pecho, una y otra vez, al igual que lo había hecho yo cuando estuvo a punto de ahogarse en el lago junto al refugio.

Magne estaba allí, contemplando la escena, tapándose la boca con la mano cual profesor preocupado. A mi madre no se la veía por ninguna parte.

—Ay, Clara —dijo Magne cuando me vio—. Has venido.

Mi mirada no se apartaba de Lars.

Su cara no tenía el mismo aspecto que aquel día junto al lago, cuando yo le presioné el pecho e insuflé aire hasta que, al final, expulsó por la boca el agua que había tragado como si se tratase del chorro de una fuente.

Esto era diferente por completo.

ME SENTÉ JUNTO a la cama de Lars en el hospital. Mamá y Magne se quedaron en el pasillo; por una vez se dieron cuenta de que debían mantenerse alejados.

—Lars, Lars, despierta —le dije una y otra vez.

Le tarareé «Pajarito que cantas en la laguna».

Él permaneció igual de quieto.

Al final apareció mi padre corriendo por el pasillo.

—¿Dónde están? ¿Dónde están mis hijos? —dijo.

Mi madre y Magne se levantaron e intentaron bloquear la puerta de la habitación.

—Lars necesita tranquilidad ahora —dijo mamá, como si hubiese alguna cosa en el universo que pudiese ayudar a mi hermano en aquel momento.

—Sí, siéntate aquí fuera, Leif —añadió Magne con una voz muy mansa para ser él.

—Ni lo sueñes —dijo mi padre y se abrió paso entre los dos, entró a la habitación y se acercó a la cama.

Y entonces todo volvió a empezar.

Pues ahora papá iba a darse cuenta, así como yo había tenido que darme cuenta.

Lars yacía totalmente quieto, con las manitas reposando sobre el abdomen; sus uñas estaban muy cortas, irregulares. Había empezado a morderse las uñas y a arrancarse los pellejos de los dedos; yo intentaba decirle que no lo hiciera y entonces paraba un rato, pero acto seguido volvía a la carga: venga a arrancarse los pellejos. Era algo que me irritaba.

¿Cómo era posible que me irritase?

¿Cómo podía causarme irritación cualquier cosa que tuviese que ver con Lars?

Ahora no respiraba, no se movía y su piel lucía azulada y fría. Papá lloraba, pero yo no lloré.

Sentía que debía estar igual de fría y azulada que mi hermano, que yacía allí; sentía que jamás iba a volver a respirar bien.

Tenía ganas de cogerlo en brazos, llevármelo, pero no lo hice; era

demasiado tarde.

Era demasiado tarde para todo. Y yo tenía la culpa.

Ya que papá no había sido capaz de hacer nada, debería haberlo hecho yo. Podría haber ido a buscar a Lars y haber huido con él; podríamos habernos ido a vivir a una cabaña en la montaña. Yo podría haberlo salvado, pero no lo había hecho y ahora no merecía seguir viviendo.

No le dije esto a nadie, solo me incliné sobre él y besé su gélida frente. Después me incorporé, me quedé de pie junto a mi padre, que se había arrodillado junto a Lars y sollozaba.

Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios; repetía una y otra vez. La ropa de Lars estaba empapada y, aunque sabía que él no podía notarlo, no me gustaba; quería decirle a papá que debía parar, pero no le dije nada; me limité a acariciarle la espalda.

Lars estaba en silencio. Yo guardaba silencio.

Ambos estábamos muertos, aunque yo de una manera distinta a él.

Yo tenía que seguir respirando; inspirar, espirar.

Una y otra vez.

ESTABA CONVENCIDA DE que condenarían a Magne.

Sin embargo, enseguida apareció la hipótesis de un posible ataque de epilepsia y otros trastornos de los que mi padre y yo nunca habíamos oído hablar, pero que mi madre se ocupó de avalar.

También los confirmó el médico, que era amigo de Magne.

La epilepsia había causado la fatal caída de Lars por las escaleras; esto fue lo que le provocó una hemorragia intracraneal, dijeron Magne y mamá.

Una auténtica tragedia, añadieron.

La gente se tragó esta explicación y luego fue soltándola por ahí.

Papá intentó hablar con la trabajadora social de Protección del Menor, pero por lo visto solo se mostró reacia y no tuvo ningún interés en escucharlo.

Yo no intenté razonar con nadie, sabía que era inútil, pero empecé a considerar otras ideas. Comencé a hablar muy bien de mamá y Magne a todas las personas con las que mantenía conversación.

AL FUNERAL SOLO asistimos mi padre y yo, y mi tía y su marido,

además del sacristán y el diácono.

Dos días antes había llamado a mi madre.

—No quiero verte en el funeral —le dije—. Ni ti ni a Magne. Si aparecéis por allí, os mataré.

Yo había insistido en ayudar a cargar el ataúd a pesar de que mi padre dijo que no era lo suficientemente mayor como para hacerlo.

Aunque Lars siempre fue menudito y el ataúd era pequeño, pesaba muchísimo. Decidí no dejar que nadie se diese cuenta y lo sujeté con más ímpetu aún, con la ayuda de ambas manos.

Los demás lloraban; a mí todavía no me salían las lágrimas.

Colocamos el féretro junto a la sepultura, sobre unas tablas de madera; después retiraron las tablas y fueron bajando el ataúd despacio. Oí un sonido proveniente del interior de la fosa; el cuerpo de Lars debía de estar moviéndose dentro del ataúd. Sonó el desagradable chirrido de una piedra cuando el féretro tocó fondo y un golpeteo igual de desagradable cuando el cura empezó a echar tierra encima del ataúd.

Por lo demás, el único sonido que nos acompañaba era el de la lluvia cayendo contra nuestros abrigos, el suelo y el féretro.

Ahí abajo, en la oscuridad, iba a descansar Lars mientras los gusanos y los escarabajos carcomían la oscura tierra a su alrededor, hasta que al final llegasen a él.

HAAVARD

EL UNIVERSO DE Leif y Clara comienza cuando uno se desvía de la carretera regional y recorre la carretera local llena de curvas y pésimamente mantenida que va retorciéndose por el valle. Pasando un par de granjas abandonadas, al fondo del valle, donde acaba el camino, se encuentra la granja de Leif.

«Al fondo del valle» puede sonar a un lugar oscuro y angosto, pero la granja está situada en la cima de una empinada cuesta y tiene unas vistas espectaculares.

Cuando les enseñé fotografías a mis padres por primera vez, quedaron fascinados. La región oeste del país es majestuosa y los poemas de Olav H. Hauge son tan hermosos..., comentó mi madre. Querían visitar aquel lugar, pero Leif y Clara jamás los han invitado. Creo que a Leif le daría un infarto si viese a mi madre dando vueltas por el patio de la granja, por no decir dentro de la casa, con su mirada de halcón. Ya hace mucho tiempo desde la última vez que hablaron de visitar el pueblo de Clara; ahora mi madre solo se limita a mirarme afligida y con un cierto reproche cada vez que alguien saca a colación la región del oeste.

A mis padres les encantaría ver la nieve en las montañas, las ovejas pastando, el fiordo verde y todo aquello.

A mi madre al principio le parecería encantadora la reducida oferta de productos del supermercado cooperativo, pero, por otro lado, no le habría gustado que a menudo no haya agua en la ducha del pequeño cuarto de baño. En verano solemos solucionar este problema bañándonos en el río, con

independencia de lo fría que esté el agua. A mí se me da bastante bien, pues estoy acostumbrado a los baños matinales a cualquier temperatura en la cabaña, en Kilsund; sin embargo, Clara me supera con creces; es como si no se diera cuenta de lo fría que está el agua en realidad.

Esta vez me resulta extraño estar en este lugar.

Siempre me he encontrado a gusto aquí; a pesar de las moscas y esas cosas, he sentido que este sitio era un remanso de paz en la tierra, un oasis verde de calma de una época ya pasada; siempre me ha gustado ver cómo Clara se transforma y pasa de ser una señora urbana de barrio bien a una especie de campesina con motosierra.

En esta ocasión, no obstante, todo es distinto.

El día antes de irnos, después de la conversación con Bodil de Kleivhøgda, tomé la firme decisión de confrontar a Clara en cuanto llegase a casa o, como muy tarde, cuando estuviese disfrutando de su porro vespertino.

El problema era encontrar la manera adecuada de sacar el tema.

Al final no me atreví a hacerlo y lo postergué.

Nos fuimos de vacaciones.

Y ahora todo ha adquirido un viso de irrealidad, a pesar de lo idílico del entorno.

Alrededor de la casa todo tiene aspecto de estar bien cuidado y, aunque la hierba esté algo crecida, hay flores y arbustos por todas partes. El granero es rojo y la casa, blanca; el asta de la bandera permanece intacta; las ovejas pastan en los prados.

El granero está abarrotado de todo tipo de trastos viejos reunidos durante varias generaciones, antiguos neumáticos de coches y tractores, bicicletas, damajuanas de vino, abono, heno, serrín, todo a troche y moche formando un auténtico caos y cubierto de una gruesa capa de polvo. El establo oscuro, estrecho, de techos bajos e impregnado de un intenso olor a orines de oveja y forraje ensilado debe de haber escapado a cualquier inspección, requisitos y disposiciones veterinarias.

Y luego está la casa. Repleta de objetos de arriba abajo. Libros y revistas de un siglo entero, ropa vieja que solía pertenecer a los padres de Leif. Lo más probable es que se haya dado por vencido. No resulta extraño que nunca se compre nada, pues aquí no cabe ni un alfiler.

Entre la zona de los pastos de verano y la granja, con una diferencia de

altura de unos trescientos o cuatrocientos metros, resuena la cascada Huldrefossen. Tiene una caída corta, pero es vigorosa y poderosa, sobre todo en las épocas de lluvia abundante. Desde la granja, el rumor de la cascada se aprecia como un sonido lejano y monótono, pero en la zona de los pastos de verano se oye su verdadero estruendo, aunque no se puede ver desde allí.

Clara se ha esforzado en inculcarnos que debemos dejar de denominar «la cabaña» a la zona de los pastos de verano y a su pequeño refugio.

Es una zona de pastos de verano, dice. La casa donde dormimos es un refugio.

Pastos de verano. Refugio. Los niños ahora emplean los términos correctos.

Yo sigo diciendo la cabaña.

Nada más abrir la pesada puerta veo de inmediato los resecos cadáveres de un ratón y sus siete crías en el cubo verde que hay justo detrás de la puerta. Seguramente la madre se habrá metido en el cubo, habrá parido y, al no ser capaz de salir del cubo, habrá acabado muerta junto a sus crías recién nacidas.

—Joder —digo y aparto la mirada.

Clara contempla el cubo con detenimiento.

—Negligencia no premeditada —dice cogiendo el cubo para deshacerse de los cadáveres en alguna parte bajo el brezo. En circunstancias normales yo habría pensado que es una valiente, pero ahora mismo lo interpreto como una prueba de su absoluta falta de empatía.

En una esquina hay una vieja estufa de esas que tienen unas placas de hierro fundido encima para las cazuelas, que cuelgan en la pared, calcinadas por fuera después de décadas de uso, pero relucientes por dentro.

En las tres esquinas restantes hay camas de esas que en Oslo denominaríamos *hechas a medida*. Son tan cortas que yo siempre duermo en un colchón en el suelo. Los colchones, además de algunas mantas de lana de las Fuerzas Armadas y unas sábanas viejas, están colgados en las vigas del techo.

La primera vez que acompañé a Clara a su pueblo fue en otoño, unos meses después de conocernos.

La granja parecía espolvoreada con nieve blanca. En el camino que llevaba a la cabaña había unos treinta o cuarenta centímetros de nieve, apenas

se apreciaba el sendero y caminábamos con la nieve casi hasta las rodillas. Cuando llegamos, nos sentamos en el suelo, junto a la antigua estufa de leña, y la mantuvimos encendida durante toda la noche. Manteníamos caliente el lado del cuerpo orientado hacia la estufa, pero el otro se nos quedaba helado.

Al cabo de dos horas algo empezó a moverse por el techo. Primero cayó una mosca medio muerta; luego, otra. Cuando alcé la mirada, pude divisar una gran mancha oscura en el techo; parecía que todas las moscas del pueblo se hubiesen reunido bajo aquel techo para hibernar. A medida que la temperatura aumentaba, empezaba a arderles la parte inferior de las alas, se despertaban y caían como una lluvia sobre nosotros, sobre la mesa donde habíamos dejado el queso y las galletitas saladas y sobre las velas, donde se quedaban bocarriba agitando sus diminutas patitas.

Las moscas medio muertas yacían por todas partes, desvalidas. Fue como la lluvia de ranas de la película *Magnolia*.

Debería haberlo interpretado como una señal.

La primera mañana que me despierto en la cabaña ya lo he decidido.

—Tengo que arreglar algunos asuntos en la civilización —digo—. Hacer algunos recados. No preguntes. Puede que tenga que resolver un asunto del trabajo también.

—¿Podemos ir contigo? —corean los niños.

—No, hoy no.

Bajo corriendo junto a la cascada, tardo media hora; paso por delante de la granja sin detenerme, me monto en el coche y me encamino a la carretera principal, hacia el fiordo.

Abajo, en la carretera principal, giro hacia el pueblo vecino e introduzco Kleivhøgda en el navegador.

60

CLARA 1988

INTENTABA CONSOLAR A mi padre, me sentaba en el suelo junto a sus pies, le rodeaba las rodillas con los brazos y, reposando el mentón sobre ellas, me quedaba mirándolo.

Entonces él empezaba a sollozar de nuevo, por lo que al final dejé de hacerlo.

Dios. No lo soporto, decía.

Todo irá bien, papi, decía yo, como se decía en las películas suecas.

Esto siempre le hacía llorar todavía más, por lo que también dejé de llamarlo papi, aunque eso es lo que era para mí.

Le preparaba café, ponía la mesa del desayuno, le escogía la ropa, le recordaba que debía ducharse cuando empezaba a oler rancio y a sudor, preparaba la cena, lavaba la ropa, me encargaba de los animales y de recoger el estiércol, iba a buscar el correo, sacaba las facturas de los sobres y las distribuía encima de la mesa, las señalaba diciendo que teníamos que ir al banco a pagarlas, le recordaba que debía devolver las llamadas a la tía y a la oficina de Protección del Menor, que en aquel momento había empezado a investigar si yo me encontraba bien.

Me dedicaba solo a tareas prácticas, intentaba evitar todo lo demás.

Me esforzaba, sobre todo, para no pensar en Lars.

Él se había ido y no volvería jamás.

Yo ya no tenía madre.

Solo tenía a papá; debía ayudarlo a levantar cabeza de nuevo, evitar que

se precipitase en un abismo.

DESPUÉS DE ALGÚN tiempo comenzaron a colarse algunos rayos de esperanza, poco a poco, aunque entonces papá me habló de su sueño.

—Tengo el mismo sueño una y otra vez. Voy conduciendo junto al fiordo y tú estás conmigo. Luego pierdo el control y el coche se precipita por el arcén, sumergiéndose en el agua. Me quedo quieto, incapaz de mover ni un dedo, mientras el coche se hunde cada vez más... No entiendo qué significa. ¿Voy a perderte a ti también?

Estábamos sentados en los sillones de oreja de los abuelos de mi padre, frente a la estufa.

—Papá, ¿qué dices? Yo no voy a ahogarme.

—Pero ¿por qué lo sueño una y otra vez, como si fuera un aviso?

—Porque has perdido a Lars y porque tienes miedo de perderme a mí también.

—Pero ¿y si ocurre?

—No voy a morirme, te lo prometo.

Papá había perdido por completo la confianza en sí mismo después de lo ocurrido con Lars. Yo intentaba recordarle todos sus momentos de éxito, como en el Líbano. Pero resultaba muy difícil; era como caminar sobre una ciénaga o sobre una capa de hielo muy fina.

—Papá, en Rachaiya te encargaste de todo.

—Bueno —dijo y carraspeó—. Eso fue muy distinto.

—¿Por qué?

—En esas situaciones tienes que luchar o huir, nunca quedarte paralizado.

—¿Crees que yo podría hacer algo así? ¿Convertirme en soldado?

Removí las brasas de la estufa con un leño antes de echarlo al fuego.

—Sí, lo creo; siempre consigues todo lo que te propones, podrás ser lo que quieras —dijo sonriéndome, pero noté que, en realidad, no lo creía.

CUANDO MI PADRE por fin volvió a encargarse de la granja y a ducharse por iniciativa propia, lo único que ocupaba mi mente era Lars.

Todos los días, cuando volvía a casa del colegio, pasaba por el cementerio. Me sentaba allí, apoyándome contra la áspera piedra oval que

habíamos encontrado en el río, a la que le habíamos colocado dos pajaritos tallados en piedra.

Los pajaritos eran tan caros que casi no podíamos permitirnoslos, pero los compramos de todas formas.

A veces cantaba junto a su tumba, pero, sobre todo, me quedaba allí y le hablaba.

—Hola, Lars. Pienso en ti todo el tiempo.

Al principio no me respondía, pero al cabo de un tiempo pude oírlo. Decía una sola cosa, una y otra vez. Era una frase que él jamás habría usado mientras vivía, ni habría entendido lo que significaba.

Pero yo la oía con total claridad.

«Venga mi muerte», decía.

61

HAAVARD

—ASÍ QUE TÚ eres el marido de Clara —dice la mujer que me recibe y que acaba de presentarse como Bodil. Me examina de arriba abajo con la mirada.

—Sí, soy Haavard Fougner —digo y extendiendo la mano.

—Caramba... Pues, la verdad es que nunca pensé que Clara llegaría a casarse. Nunca mostró mucho interés por los chicos y esas cosas; tampoco por las chicas, vaya —añade soltando una risita boba—. Ella era como muy diferente.

—Todavía lo es —declaro.

—Sí, la vi hace poco. Y también la he visto en la tele varias veces últimamente. Bueno, vienes a ver a Agnes, ¿no? Estamos saltándonos un poco las reglas, pero por esta vez lo dejaré pasar.

—Gracias, es muy amable por tu parte.

—Sí, digamos que Clara no ha formado parte de la vida de Agnes en las últimas décadas. Y ahora que Agnes ha espabilado un poco, se merece conocer a su familia. Si Clara no quiere venir, me parece bien que vengas tú; puedes traer a los niños también, si quieres.

—Te lo agradezco.

—Bueno, no supe nada de Clara después de mandar el ramo de flores.

Virgen Santa, ¿cuántas llamadas de agradecimiento necesita la gente?

—Ya. Como bien has dicho, ella es algo peculiar —digo—. No le des más vueltas.

—No, no lo hago —responde en un tono que indica todo lo contrario—.

¿Listo para conocer a tu suegra? Tienes suerte, hoy tiene un buen día; algunos días son muy diferentes, pero cada vez va a mejor.

Me acompaña por el edificio y a través del jardín entramos en otra edificación, subimos una escalera y atravesamos una puerta.

Me encuentro a una mujer sentada en una silla, mirándome fijamente.

Se parece a Clara, salvo por el hecho de que tiene un ojo marrón y otro azul, algo que hace difícil mirarla a los ojos.

—Agnes, este es Haavard —dice Bodil—, el marido de Clara. Ha venido a saludarte. Te parece bien, ¿no?

Ella hace un leve gesto afirmativo con la cabeza.

La mujer es sorprendentemente guapa, tiene un aspecto juvenil. ¿Puede tener realmente más de sesenta y tantos años? Parece que lleve conservada en formol los últimos treinta años. Tiene el cabello largo, un rostro prácticamente sin arrugas, la figura esbelta y lleva ropa que parece sacada del vestuario de una película de los años setenta, una falda larga con estampado de flores y una túnica.

—Bueno, yo me marcho. Pasadlo bien —dice Bodil y desaparece.

—¿Agnes? —pregunto—. ¿Sabes quién soy?

—Eres el que se casó con Clara.

—Clara vino hace poco, ¿no?

Un breve asentimiento, nada más. Percibo que sigue midiéndome con la mirada.

—No la habías visto en mucho tiempo, ¿verdad?

—Más de treinta años.

—¿Por qué tanto tiempo?

Ella se encoge de hombros.

—Pues... Ellos no quieren saber de mí.

—¿Ellos? —pregunto.

—Clara. Leif —responde, con el tono de alguien que se ha llevado un objeto sucio a la boca.

—Si te soy sincero, yo siempre he pensado que estabas muerta, que falleciste en el accidente de coche con Lars y Magne.

—¿El accidente de coche con Lars y Magne?

Suelta un breve bufido. Menea la cabeza despacio.

—Pues no, como ves, sigo viva. De alguna manera —declara mirándome con desprecio—. Llevo aquí casi la mitad de mi vida, sin relacionarme con nadie. A la única hija que tengo la veo solamente en la televisión. Así que... bueno. Pero tengo comida y un techo sobre la cabeza.

—Y has empezado a recuperar la memoria, ¿no? Eso es lo que me ha comentado Bodil...

—Ay, Bodil. Esa estúpida lagarta —dice Agnes con la voz cargada de desprecio, y no puedo evitar sonreír.

Es la madre de Clara, sin duda. Y ahora parece muy espabilada.

—¿Qué quieres de mí exactamente?

—Eh, pues quería saludar a mi suegra, a la que todavía no había conocido.

—De acuerdo —responde escéptica—. Ahora ya lo has hecho.

—Con el tiempo, ¿querrías tal vez conocer a tus nietos? —digo, sabiendo que estoy adentrándome en un terreno delicado. No sé si Clara estaría de acuerdo. Tampoco sé si quiero traer a los niños para que conozcan a esta mujer—. Sí, y además me gustaría saber más sobre...

—¿Más sobre qué? —pregunta, de nuevo en un tono hostil.

—Más que nada sobre el accidente. Es decir, no moriste ahogada. ¿Qué ocurrió en realidad?

Vuelve a reír; una risa breve, carente de alegría.

—Hijo mío, tú no sabes nada, ¿verdad? —dice y niega con la cabeza—. ¿Estás seguro de que quieres que te lo cuente?

Una parte de mí se inclina por decir que no, levantarme y marcharme de este lugar, no regresar jamás; otra parte de mí, sin embargo, necesita saber la verdad. Ahora. En este preciso instante.

—Sí —respondo—. Estoy seguro.

—Bueno, Clara y Leif eran uña y carne, quizá sigan siéndolo, qué sé yo... Así fue desde el principio. Desde que nació, esa criatura fue lo único que le importaba a él. En ningún momento intentó ponerse en mi lugar, saber qué supuso para mí acabar en un sitio perdido como este. Para Leif, su granja era el lugar más hermoso del universo y yo debía agradecerle al Creador haber tenido la dicha de poder vivir ahí. Si le preguntas a él, te dirá que era una vaga, pero él no sabía cómo era estar en mi cuerpo.

—¿Cómo era, entonces? —pregunto, pues se queda un instante en silencio.

—Bueno, durante el embarazo fue como si me hubiesen envenenado. Los brazos, las piernas, las manos, los pies... todo se marchitó, perdí toda la fuerza, como si hubiese sufrido una parálisis. El simple hecho de ir al baño me exigía más energía de la que tenía. La luz del día me consumía. Todo me consumía. Era algo imposible de explicar. Cuando intentaba hacer algo, aparecían los dolores, como fogonazos recorriéndome el cuerpo.

—Entiendo —digo, aunque no entiendo nada.

¿Qué le habría pasado?

¿Habría sufrido el síndrome de fatiga crónica? ¿Alguna patología reumática fulminante? ¿Otra cosa? ¿Borreliosis? ¿O se trataba de algo psíquico? ¿Una depresión perinatal?

—Ahora estarás preguntándote si me diagnosticaron alguna enfermedad. Pues no —prosigue Agnes—. Si te digo la verdad, no recuerdo qué llegó antes y qué después, solo que me hundí en la oscuridad. Era como si hubiese desaparecido, como si nadie pudiera verme. Clara y Lars me hacían sentir como una cáscara vacía. No me sentía como una madre. Era como si fuesen los hijos de otra mujer que, por casualidad, compartieran casa conmigo. Me llenaban de ira. Leif me llenaba de ira. Toda la maldita granja me llenaba de ira.

—Tiene que haber sido una situación muy difícil —digo con la máxima ecuanimidad de la que soy capaz, aunque sus palabras me estremecen.

—Pero, en realidad, la historia no empieza hasta unos años más tarde —continúa—. ¿Estás seguro de que vas a soportar escucharla? Ocurrieron cosas terribles en aquella época...

Su sonrisita infame me inquieta.

—Cuéntamela —digo, aunque intuyo que me arrepentiré de ello.

62

CLARA 1988

MI MADRE TENÍA muchas cualidades negativas. Era una mujer cobarde, irresponsable y estúpida. A veces nos pegaba. Resultó que había estado en casa cuando le ocurrió aquello a Lars, aunque sostenía que había estado fuera, tendiendo la colada.

Y claro, a pesar de todo, era su madre; era imposible que ella lo hubiese empujado por las escaleras.

Además, Lars había cambiado en el momento en que se fueron a vivir con Magne. El niño alegre y buenazo que yo había conocido desapareció. Se convirtió en un muchacho asustadizo, con extraños berrinches, que le pegaba patadas al gato y que ya nunca jugaba.

Todo esto eran síntomas típicos, según pude leer más tarde.

MAGNE TENÍA LIBRES todos los miércoles para encargarse de la granja, que por otro lado había arrendado para poder dedicarse a todos sus cargos, y ahora mamá estaba en el hospital unos días para someterse a una intervención menor. Ella misma me había llamado para comunicármelo, como si fuese de mi interés. Quería que fuera a visitarla. Le dije que estaba fuera de toda cuestión y colgué el teléfono. No la había visto desde el día en que estuvimos en el hospital con Lars y tampoco tenía intención de verla ahora.

Sin embargo, tomé nota de las fechas.

Y ahora estaba preparada.

Recorrí a pie el largo camino que llevaba a la granja de Magne. Durante el trayecto, tomé un descanso, me tendí en la hierba entre unos abedules, me concentré en respirar profundamente.

Cuando llegué a la granja y después a la casa, me coloqué delante de la puerta, puse el dedo sobre el timbre y lo apreté.

—Hemos salido antes del colegio hoy porque el profesor de conocimientos domésticos se ha puesto enfermo —dije cuando él me abrió—. Después no teníamos clase y nos dejaron irnos a casa.

—¿De veras? —dijo Magne contemplándome expectante.

—Así que pensé que podía pasarme por aquí —dije.

Sabía que los miércoles solía quedarse en casa bebiendo, Lars me lo había dicho. Los miércoles Lars solía tener más miedo que de costumbre; se encerraba en su cuarto intentando hacer el mínimo ruido posible.

Se notaba que Magne también había bebido aquel día, tenía la mirada perdida y algo vidriosa. Me venía bien. Hasta aquel momento todo iba según lo planeado.

Fue la pesadilla recurrente de mi padre sobre mí hundiéndome en el coche lo que me dio la idea. Fui a la biblioteca, leí un libro sobre primeros auxilios y un manual de autoescuela; tomé notas, copié algunas ilustraciones.

Aprendí, sobre todo, que cuando un coche acaba debajo del agua, la gente tarda demasiado tiempo en reaccionar. Por eso se ahogan. Hay que actuar rápido, actuar sin más, de inmediato. Casi nadie muere a causa del impacto con el agua; la gente muere por ahogamiento, al quedarse encerrada en el coche.

La noche anterior había ido a la granja de Magne en bici. Como siempre, la llave del coche estaba en el armario portallaves del pasillo, la puerta no estaba cerrada y él dormía profundamente.

—Ah, sí —dijo y frunció el ceño—. Pero Agnes no está aquí, está en el hospital.

—Sí, lo sé. Me gustaría verla. ¿Puedes llevarme? Por favor.

—Pues no es buen momento —respondió vacilante; sin duda, no quería admitir que había estado bebiendo entre semana.

—También me gustaría hablar contigo de papá —añadí—. No se encuentra muy bien últimamente; me preocupa un poco, vaya.

Tras decir eso pude observar un destello en su mirada, el fulgor del depredador. Me lo había llevado a mi terreno.

—De acuerdo. Deja que vaya a por mi cartera —dijo y entró.

Desde la puerta comprobé que se dirigía a la rinconera del salón.

Ahí era donde guardaba el alcohol. Pude oír cómo las botellas tintineaban mientras él trataba de no hacer ruido. Ahora solo hacía falta que fuese capaz de mantener el vehículo en la carretera.

El coche era un Opel bastante nuevo y reluciente de un color amarillo inusual. Olía a limpio y la peste a alcohol que despedía Magne se hacía notar todavía más en aquel ambiente estéril con olor a productos de limpieza.

Magne no toleraba el desorden, no permitía que Lars dejase juguetes en otro sitio que no fuera su habitación; al cabo del tiempo, ni siquiera allí. Al final, Magne había tirado todos sus juguetes, incluso los legos y sus coches favoritos.

Descendimos por el estrecho camino de gravilla y nos alejamos de la granja. Magne tenía la mirada fija al frente; debía de estar más borracho de lo que yo me había imaginado. Una vez en la carretera principal, puso el intermitente para desviarse a la derecha. El hospital estaba a veinte kilómetros. En los primeros diez kilómetros de la carretera junto al fiordo había muchas curvas y la vía era terriblemente estrecha y estaba en mal estado. Existía el riesgo de encontrarse con otros turismos en cualquier momento. Ya en esta época, aunque era a principios de verano, se veían vehículos alemanes y holandeses por todas partes, muchos de ellos arrastrando caravanas. A menudo se quedaban atascados en los tramos más estrechos y tenían que dar marcha atrás, aunque no eran capaces y entonces los lugareños acababan tirándose de los pelos.

Era uno de esos deslumbrantes días calurosos en los que el cielo era de un color azul intenso y la ladera lucía un verdor vivo, como siempre en primavera. El fiordo centelleaba y refulgía con destellos de oro cálido, aunque yo sabía que el agua debía de estar helada.

Las cumbres todavía estaban teñidas de blanco y los arroyos serpenteaban como anchas culebras albinas por las laderas de las montañas.

El deshielo. Por eso el fiordo tenía aquel color verde esmeralda.

El corazón cada vez me latía con más intensidad.

Pero ya no podía echarme atrás; tenía que llevar a cabo mi plan.

Nos adentramos en el tramo más angosto, donde solo cabía un vehículo. Tuvimos que esperar a que pasase un coche que venía en sentido contrario. Magne dio marcha atrás maldiciendo; entonces llegó nuestro turno y nos introdujimos en el estrecho tramo donde apenas había diez centímetros de arcén a cada lado. Por lo menos, Magne iba despacio.

A continuación, llegamos a la única parte en la que la carretera se ensanchaba. Magne aceleró.

Nos quedaban quince kilómetros para llegar al hospital donde estaba ingresada mi madre.

Dos kilómetros para llegar al lugar que yo había escogido.

Estábamos cerca.

Magne mantenía una velocidad exagerada; a mí me venía bien, lo facilitaría todo.

Cuando entramos en la curva, el borde de la carretera estaba justo junto a mi puerta; era una curva pronunciada donde no había ni guardarraíles ni árboles, solo una caída libre al fiordo. Los que querían deshacerse de su coche para cobrar el seguro solían despeñarlo por la noche en este lugar. La gente decía que la Administración de Carreteras Públicas debía asegurar mejor la curva antes de que ocurriese un accidente grave.

Tenía previsto que nos precipitásamos por mi lado de la carretera.

Lo había imaginado una y otra vez, lo había meditado infinidad de veces; sabía que solo tendría una oportunidad.

Agarré el volante con la mano izquierda y lo giré hacia mí con fuerza y brusquedad.

Caímos por el arcén.

Me aferré a la puerta, haciendo fuerza con las piernas; apreté la boca con firmeza, no tenía intención de ponerme a gritar.

Me había imaginado una y otra vez cómo sería el impacto contra el agua.

Lo que no había previsto fue el enorme estallido, la sacudida sorda, la fuerza del choque entre un coche cayendo al vacío y el agua del fiordo, el estruendo al impactar contra la superficie del agua.

Mi cabeza se proyectó hacia atrás, luego hacia delante y comenzamos a sumergirnos en el agua. Magne se puso a gritar algo, algo con joder; yo me agarraba a la puerta.

Había leído todo sobre este momento, sabía que el agua empezaría a filtrarse por todos los recovecos y que el coche comenzaría a hundirse de inmediato.

En estos casos, la mayoría de las personas reaccionaban con pánico y olvidaban actuar de una forma racional y sensata. Mi gran ventaja era que yo sabía lo que iba a ocurrir y estaba preparada para ello; me había inculcado a mí misma que debía mantener la cabeza fría, actuar con rapidez, bajar la ventanilla al mismo tiempo que me desabrochaba el cinturón de seguridad.

Después de unos breves instantes sería imposible tanto abrir la ventanilla como desabrocharse el cinturón y la única posibilidad de salir sería romper el cristal.

Abrir la puerta sería imposible de todas formas debido a la presión del agua que rodearía el vehículo.

En EE. UU. mueren ahogadas en vehículos cuatrocientas personas al año porque sus ocupantes esperan a que ocurra un milagro mientras transcurren los primeros treinta o sesenta segundos decisivos.

La gente, en realidad, es bastante tonta.

Abrí la ventana con la mano derecha mientras me desabrochaba el cinturón con la izquierda.

Tal y como había leído, el agua comenzó a entrar con mayor rapidez de lo que uno se pueda imaginar.

«Glup, glup, glup», se oía. Y el pánico se apoderó de mí.

El coche estaba hundiéndose en un profundo fiordo conmigo dentro.

Eché un breve vistazo a Magne; parecía paralizado por completo.

—Abre la puerta, Magne —balbucí y me di impulso con las piernas contra el asiento para salir por la ventanilla.

Magne comenzó a forcejear desesperado con su puerta, aunque era imposible abrirla. Si se le ocurría abrir la ventana, tampoco lo conseguiría.

Empecé a nadar hacia la orilla.

Cuando me di la vuelta, no sobresalía más que la parte trasera del maletero del coche dorado. Era imposible ver el fondo; lo único que se divisaba era una oscuridad absoluta.

No llegué a una playita, sino a unas piedras por las que podía salir del agua; lo había comprobado cuando fui en bici para inspeccionar el lugar hacía

unos días.

Logré salir del agua a gatas, me senté reclinándome contra una piedra y me quedé contemplando la superficie.

Él no apareció.

Había seguido el plan a rajatabla y lo había logrado.

Enseguida debería continuar con la siguiente fase; subir trepando por la ladera, detener un coche, entrar en estado de pánico, llorar, todo eso; pedir que me llevaran a la localidad más próxima, hablar con la policía. Omitir un par de detalles y explicarlo todo de manera que resultase creíble.

Pero antes de nada iba a permanecer aquí un rato, contemplar el fiordo, recuperar el aliento.

63

LEIF
1988

CUANDO PASAMOS POR el tramo donde Magne y Clara se habían precipitado al fiordo hacía pocas horas, donde el terreno era muy escarpado, donde en invierno a menudo se producían desprendimientos que bloqueaban la carretera y llegaban hasta el fiordo, donde ahora todo estaba acordonado, observé que a Clara le brillaban los ojos de una manera extraña, como cuando era pequeña y tenía fiebre.

La agente de policía que nos llevaba nos miró en ese mismo instante por el retrovisor. Sonrió con prudencia, con empatía. Observé que Clara se percataba de su mirada y adoptaba una expresión de niña triste.

La rodeé con el brazo y reposé la cabeza sobre la suya.

Solo quedábamos nosotros dos. A partir de ahora éramos solo Clara y yo.

SIN EMBARGO, POCO después de volver a casa, alguien comenzó a golpear frenéticamente la puerta.

El día estaba nublado cuando iba de camino al hospital a buscar a Clara y cuando emprendimos la vuelta a casa empezó a llover.

Tras la puerta, con el cabello adherido a la cabeza y la ropa empapada pegándosele al cuerpo, estaba Agnes. Los dientes le castañeteaban, temblaba. La dejé pasar al recibidor, a pesar de que tenía ganas de darle un portazo en la cara.

—No puedes estar aquí —dije y me apoyé contra la puerta del salón—. Clara está descansando.

—Esa niña no está bien de la azotea —dijo Agnes negando con la cabeza—. ¿Dónde está? Tengo que hablar con ella.

—Ni en sueños —protesté y me percaté de mi tono despectivo. Todo el odio que había ido acumulando contra Agnes en los últimos años, sobre todo después de la muerte de Lars, se desbordó de repente, como la cascada de detrás de la granja en primavera, en la época de deshielo.

—No vas a hablar con Clara ni tampoco a hablar de ella. Vas a marcharte ahora mismo y no volverás por aquí jamás. ¿Me oyes? Nunca voy a perdonarte que dejases que Magne estuviera cerca de mis hijos.

Esto último lo solté como un bramido. Ella me miró con los ojos abiertos de par en par y el rostro lívido.

—Las cosas no son como crees, Leif —dijo extenuada—. Nada es como te lo imaginas.

—¿Ah, no? ¿Cómo son entonces? ¿Eh? Solo tengo una cosa que decirte: mantente alejada de mi hija...

—También es mi hija...

—Joder, nadie lo diría. La única vez que tuviste que asumir la responsabilidad de quedarte sola con los niños fue cuando estuve en el Líbano. Y cuando regresé, a duras penas seguían vivos. Supongo que te quedaste en la cama todo el puto tiempo, compadeciéndote de ti misma. Y cuando te llevaste a Lars en contra de mi voluntad, lo único que conseguiste es que lo matasen. No sé ni cómo tienes las narices de presentarte aquí. ¿Cómo te atreves?

Había ido acercándome a ella con el dedo índice alzado mientras gritaba.

Agnes se quedó allí inmóvil, flacucha y empapada. Pero ahora yo era implacable. Clara me había infundido valor.

—Leif, Clara no está bien, es peligrosa... —empezó.

Respondí en voz baja, pero con contundencia.

—Deja que te lo repita una vez más: sé qué le ocurrió a Lars. Clara sabe lo que le ocurrió a Lars. Tú sabes qué le ocurrió a Lars. Y sucedió por tu puta culpa. Por lo tanto, déjate de cuentos grotescos ahora mismo. ¿Lo entiendes? Voy a llamar a la policía para que vengan a buscarte —zanjé.

—No será necesario —sollozó ella—. Ya me marchó.

—De acuerdo. Pues vete ahora mismo —dije y casi la eché a patadas.

—No volverá a molestarnos —le dije a Clara, que se asomó por la escalera cuando se hubo marchado.

Fue la última vez que vimos a Agnes.

Tres días más tarde nos comunicaron que había intentado quitarse la vida y la habían ingresado en un hospital psiquiátrico. Según los médicos, padecía trastorno de estrés postraumático o algún trastorno de la personalidad o algo similar, y querían concertar una reunión conmigo.

Les dije que Agnes y yo no teníamos trato alguno, que no quería saber nada de ella o de ellos, que hicieran lo que quisieran; que para Clara y para mí ella estaba muerta.

Llamaron varias veces. Repetí lo mismo.

Dejaron de llamar.

No fui a visitarla.

Clara no fue a visitarla.

ALCANZAMOS UNA CALMA renovada. Yo dormía mejor por las noches. Clara iba al colegio, volvía a casa, hacía sus deberes. A veces iba a casa de una compañera, otras veces traía a alguien a casa, pero nunca tuve la impresión de que fuese importante para ella.

Salía a correr por la montaña. A veces me leía en voz alta. A veces le leía yo en voz alta. Me acompañaba al establo, a los prados, al bosque; era habilidosa y trabajadora, ningún mayorazgo lo habría hecho mejor.

Quizá debería haber hablado con ella sobre lo que había ocurrido, pero no me encontraba con fuerzas para hacerlo.

Yo ordeñaba y cuidaba de las vacas, cortaba la hierba, araba y gradaba, preparaba la cena y fregaba los platos, hacía la colada, repasaba con Clara el vocabulario de inglés y alemán.

En ocasiones me despertaban mis propios gritos, pero ocurría cada vez con menos frecuencia. También dejé de beber.

A veces íbamos juntos al cementerio en el coche, casi siempre a las horas en las que no había nadie. En otoño llevábamos brezo. En invierno poníamos ramas de abeto y una vela. En verano plantábamos begonias, geranios y lobelias.

Cuando no llovía, hacía buen tiempo y nos encontrábamos solos, nos

sentábamos cada uno a un lado de la lápida y la rodeábamos con un brazo, como si lo abrazásemos a él.

64

HAAVARD

CLARA ESTÁ INMERSA en la tala de árboles. Observo que se toma un breve descanso y baja a la playa pedregosa a la que le gusta ir a meditar. Estos días cada vez baja más a menudo.

Ha desaparecido la secretaria de Estado elegante y bien maquillada de cabello rubio ondulado, trajes caros y tacones altos.

Lo que queda es una granjera, una soldado fuerte y tenaz.

Clara camaleón.

Soy un completo idiota que no conoce en absoluto a la mujer con la que está casado, con la que tiene hijos, y es obvio que nunca la he conocido.

¿Qué voy a hacer? ¿Debería intentar hablar con ella? ¿Fingir que no ha ocurrido nada? ¿Tratar de olvidarme del asunto?

—¿Cómo puedes estar tan segura? —le había preguntado a Agnes—. ¿Cómo puedes saber que fue así?

—Lo sé, entre otras cosas, porque Magne era un conductor muy hábil, incluso cuando había bebido, pues en esos casos era más prudente aún —había replicado ella—. Es impensable que simplemente se precipitase con el coche al fiordo. Había trabajado en el mar del Norte y tenía experiencia en situaciones así; jamás se habría quedado quieto en el coche. Habría conseguido salvarse.

Asentí.

—¿Y sabes qué? En realidad ya me esperaba que fuese a ocurrir algo terrible. La mirada de Clara lo decía todo. Esa niña nunca fue normal. Y después de lo que le ocurrió a Lars, se obsesionó. Tras el accidente fui a la

granja, intenté hablar con ellos. Leif no quiso dejarme pasar. Comprendí que no iba a dejarme volver a ver a Clara; si te soy sincera, no estoy segura de que me importase.

Según Agnes, Clara sufre un trastorno disociativo de la personalidad. Es probable que se lo hubiera diagnosticado ella misma o incluso que le hubiera trasladado su propio trastorno a su hija, pues Clara nunca había estado sometida a ningún tipo de diagnóstico o tratamiento.

En una ocasión acabé metido en una discusión sobre quién sería si tuviese que elegir: la víctima o el asesino. Yo había argumentado que todos llevamos a ambos dentro. Y he aquí la prueba.

Estoy sentado en la escalera de la parte de atrás, contemplando los matorrales de helechos en la ladera que hay tras la cabaña. Los helechos están muy crecidos, me llegan hasta el pecho; son tan altos como los niños. Permanezco así, inmóvil, hasta que Andreas viene corriendo hacia mí porque se ha cortado con un hacha o una sierra y llega sangrando de una herida en el dedo índice derecho. No resulta fácil sacarle los detalles de cómo ha sido. Se comporta como Clara cuando experimenta dolor; es decir, se vuelve taciturno.

—Es como cuando papá se cortó el dedo mientras desayunábamos. Todo fue bien, ¿recuerdas?

Asiente.

—¿Puedes probar a doblar el dedo?

El niño dobla el dedo.

—Fenomenal. Eso quiere decir que no te has cortado el tendón. Es buena señal. Ahora iré a por el equipo de primeros auxilios y lo solucionamos, ¿de acuerdo?

Asiente.

Pero el equipo de primeros auxilios no está en mi mochila y ahora recuerdo que lo saqué antes del viaje. Joder.

Al menos debería haber alguna tirita por aquí. O unas vendas.

Echo un vistazo en mi neceser. No hay nada.

Acto seguido busco en el neceser de Clara. Cepillo de dientes, pasta dentífrica, desodorante, champú, varios productos de belleza. No hay tiritas. Ni vendas. Me dispongo a cerrar su neceser cuando lo veo.

Un bisturí. Un bisturí que lleva el logo del Hospital de Ullevål.

Un bisturí del tipo de los que teníamos en nuestro despacho.

Un bisturí del tipo de los que tenemos por casa; en principio, no resulta nada llamativo que Clara guarde un bisturí del hospital en su neceser.

No es un hecho llamativo en sí.

Sin embargo, hay algo que me hace sacarlo para verlo mejor.

El otoño pasado Sabiya se cayó en el bosque y se hizo un pequeño desgarrón en la sien. Ella opinaba que no era necesario hacer nada al respecto, pero yo protesté y al final dejó que le pusiera unos puntos. Una semana más tarde le retiré los tres puntos.

Después de aquel incidente, dejé el bisturí a medio camino entre mi escritorio y el suyo, como una especie de recuerdo romántico extraño.

Ahí se quedó hasta que, de repente, tras la noche del homicidio ya no estaba.

El bisturí del despacho tenía una pronunciada muesca en el mango, donde no hay logo. Sabiya y yo habíamos bromeado sobre el asunto; ella afirmaba que yo lo había marcado para que ella no me lo robase.

Ahora saco el bisturí del neceser de Clara y lo levanto como si se tratase de una rata muerta. No me cabe ninguna duda.

El bisturí tiene una enorme muesca en el mango.

Clara tiene que haber estado en mi despacho. Recientemente. Sin mí.

Y se ha llevado el bisturí de Sabiya.

Y entonces todas las piezas comienzan a encajar.

La noche en que trajeron a Faisal, Clara estaba en casa. Los niños dormían profundamente. Era muy posible dejarlos solos en casa durante más o menos una hora.

Yo le hablé del maltrato que había sufrido.

Le ofrecí una descripción de Mukhtar Ahmad.

La informé de que tenía pensado ir a la sala de oración.

Le dije que había una pistola en el cajón del despacho.

Dejé tirada la tarjeta de acceso de repuesto por casa.

Elegí la misma estúpida clave que uso para todo.

Le serví en bandeja de plata el móvil y la oportunidad.

Y Clara lo llevó a cabo.

Pero ha cometido un error: ha cogido el bisturí de Sabiya.

65

CLARA

HE BAJADO A la playita para reflexionar.

Después de aquel día en el que vengué a Lars, fue como si lo viese todo con más claridad que antes. Me sentía distinta a los demás, superior. Todo había adquirido un resplandor diferente.

Comprendí que, a partir de aquel momento, nada volvería a ser lo mismo. Nunca lo fue, en realidad.

Pero a medida que transcurrieron los años, el sol que había en mi interior fue brillando con menos intensidad. La satisfacción de haber salvado al mundo de una escoria como Magne empezó a desvanecerse.

Había pasado mucho tiempo.

Desde entonces habían entrado en escena muchos como él. A estas alturas posiblemente Magne ya habría muerto por causas naturales; todo esto menoscababa el esfuerzo que yo había hecho.

La necesidad de volver a sentir que había hecho algo concreto, algo en realidad útil, que salvaría a alguien, iba aumentando día tras día.

Pero durante treinta años, desde Magne hasta Mukhtar, permanecí quieta observando todo cuanto ocurría, memorizando artículos legales y redactando informes.

En realidad, durante esos treinta años no había hecho nada en absoluto, al igual que papá y yo no habíamos hecho nada en absoluto en su momento.

Durante muchos años evité pensar en Lars; rehuía cualquier pensamiento sobre la edad que tendría, sobre cuál sería su aspecto, sobre cuáles serían sus aficiones, sobre qué hablaría. Pero cuando Andreas y Nikolai llegaron a la

edad que él tenía cuando murió, todo regresó.

Observaba sus gestos y ocurrencias, escuchaba sus preguntas sobre números y letras, sus comentarios extraños y pensaba que eran exactamente las cosas que diría Lars. Contemplaba sus espaldas arqueadas, sus pantorrillas enjutas y sus manos, que aún conservaban un aspecto infantil.

Las manos suelen ser la última parte del cuerpo que deja de pertenecerle a un niño pequeño y empieza a pertenecerle a un niño mayor.

Y, de repente, mis hijos se habían hecho mayores de lo que él había sido, habían empezado a sobrepasarlo y me habían recordado todo aquello que él no había llegado a ser.

Quizá Lars se hubiese quedado en la granja familiar, con una mujercita rechoncha, un nuevo tractor y tres mocosos. Podrían haberse instalado en la casa principal y haberle construido una casita a mi padre, haber adquirido cabras o unos cuantos cerdos además de las ovejas. Gallinas, un perro. Un patio lleno de vida, tractores de juguete de colores estridentes, una cama elástica, un trepador. Una nueva etapa, una nueva generación en la granja.

Lo más probable es que no hubiese sido así. Quizá Lars se habría ido a vivir a la ciudad para trabajar en el petróleo y habría acabado siendo materialmente rico y pobre de pensamientos, perdiendo el pelo y desarrollando una protuberante barriga y, un par de veces al año, volvería a casa a ocupar su vieja habitación. Por lo demás, viajaría a Dubái o a Bangkok o a Dios sabe dónde cuando librarse en el trabajo.

Quizá habría sido homosexual, felizmente emparejado con algún Erling o Raymond, Marius, Bjørn-Fredrik o Hans-Petter. O se habría sentado delante de Grindr por las noches, sintiéndose desdichado y en busca de algo o alguien.

Quizá ya no hubiese sido Lars, quizá se habría convertido en Line o Lena o Lone, una chica que apenas se atrevía a volver al pueblo y que, si lo hiciese, no saldría de la granja. O, al contrario, desfilaría orgullosa y erguida por la carretera del pueblo siendo el tema de conversación principal en el *pub* local a causa de su largo cabello y el abundante maquillaje.

Tal vez se pasaría las noches y los fines de semana en la hamburguesería del pueblo viendo el fútbol, siendo interrumpido tan solo por una ración de patatas fritas con queso fundido y especias sabor barbacoa y, de vez en cuando, una partida de billar.

No importaría quién hubiese acabado siendo, pues habría sido mi hermano y no me habría dejado con este enorme vacío.

Cada vez siento con más frecuencia esa corriente de aire que me atraviesa el cuerpo y oigo su voz.

Donde más cercano lo siento es aquí, en la playita, en este lugar donde le devolví la vida con mi aliento. Soplar y presionar, soplar y presionar. Por este motivo es tan importante que la playa y el terraplén y todo lo que hay aquí siga tal y como está. Que nunca cambie nada.

Es la única manera de mantenerlo con vida.

Recuerdo su pecho bajo mis manos, mi temor a presionar con demasiada fuerza, a romperle algo. No obstante, continué con la reanimación, una y otra vez.

Recuerdo cómo insuflaba el aliento dentro de su boca, una y otra vez, una y otra vez.

Recuerdo sus ojos cuando los abrió, la sacudida que recibió su cuerpo cuando tosió por fin, el chorro de agua que recibí en la cara.

Recuerdo que miró a su alrededor, desorientado.

Recuerdo que no me importó que nuestra inútil madre acudiese corriendo, como siempre, demasiado tarde para ser de ayuda.

Simplemente me eché a reír, me sentí invencible; pensé que ya nada malo podría afectarnos.

—Entiendes que tengo que hacerlo, ¿verdad? —le digo a Lars, que ahora está sentado a mi lado—. Que no tengo elección. Como aquella vez.

Antes, ese mismo día, Bodil había llamado de Kleivhøgda para informarme de que había dejado que Haavard viese a Agnes sin antes consultarme.

Después, ella había intuido que era posible que yo no estuviese al tanto, por lo que le entró mala conciencia y sintió la necesidad de confesarse.

—No pasa nada. De verdad. No te preocupes —dije.

Así que Haavard se había ausentado para ir hasta allí. Me llamó la atención que estuviera fuera tanto tiempo. Me dijo que había estado trabajando desde una cafetería, pero en realidad no era muy típico de él. Cuando regresó, estaba distinto.

—No lo sé —dice Lars por fin—. No siempre te entiendo, Clara.

Perdóname.

—Has vuelto a hacerlo. No te disculpes —digo con una sonrisa—. Yo nunca lo hago.

—Adiós, Clara —se despide. Desaparece. Me levanto, camino hacia donde están los demás.

HAAVARD

—OYE —DICE CLARA—. Le he prometido a mi padre que podría pasar algo de tiempo a solas con los niños, sin nosotros. ¿Qué te parece la idea de acompañarlos a casa con él y luego subir otra vez? Así nos quedamos un par de noches aquí sin ellos. Podemos ir a pasear por la montaña.

—Sí —respondo.

Leif suele quedarse alguna noche con los niños en vacaciones y nosotros aprovechamos para ir solos a la montaña.

Tras el lago comienza una salvaje zona montañosa de embrujo donde apenas hay gente; es más, ni siquiera hay ovejas, pero el paisaje es más hermoso que en ningún otro lugar.

Si uno consigue subir hasta Trollskavlen, se pueden contemplar unas vistas espectaculares.

No me queda más remedio que seguirle el juego; no quiero darle motivos para que sospeche que he ido a ver a Agnes.

Clara es toda una estrella en el Ministerio de Justicia, una persona que irradia confianza y seriedad. La persona más inteligente que conozco.

No es alguien que vaya dejando pistas.

Yo, por mi parte, le he mentado a la policía, he sido sospechoso, incluso me han detenido.

No bastará con que me presente con el bisturí que he encontrado en el neceser de Clara, pues en casa guardamos unos cuantos, y que insista en la muesca del mango. Nadie me creerá y tampoco yo seré capaz de detenerla. Lo más probable es que solo consiga cavar mi propia tumba y que vuelvan a

ponerme entre rejas. O que ponga en riesgo mi vida.

Además, ella tiene una coartada; estaba en casa con los niños. Quizá no sea indestructible, pero sí suficiente. ¿Quién dejaría a sus hijos solos en casa para salir a matar a alguien?

La última vez Leif también estaba en la casa y, sin duda, respondería por ella. Lo más probable es que esté enterado de todo, aunque en cualquier caso jamás delataría a su hija. La lealtad entre los dos parece ilimitada.

Además, está el pecado original que he visto que impregna todos los casos que he estudiado. Los niños maltratados a menudo se convierten en padres pésimos.

Clara no fue una niña maltratada, aunque sí una niña desatendida; desatendida por una madre inútil, por un padre que se marchó al Líbano. Y posiblemente también por vivir a solas con él cuando regresó a casa.

En sus venas corría un material genético dudoso.

En apariencia, todo le había ido muy bien.

Clara era una niña pobre, criada en circunstancias difíciles, que había salido adelante contra todo pronóstico.

Yo siempre la he considerado una madre normal, aunque fuese algo distante con sus hijos. Pero ¿qué será de los niños si se crían con ella? ¿Para qué será capaz de usarlos? ¿Qué les enseñará?

—¡SÍ! ¡HURRA! —EXCLAMAN los niños cuando les pregunto si quieren bajar a ver al abuelo. En su casa pueden ver toda la televisión que quieran, quedarse despiertos hasta las tantas y, además, atiborrarse a conos de helado.

Bajan corriendo el sendero por delante de mí, brincando y bailando; saben dónde deben tener cuidado, dónde deben detenerse.

Justo antes de nuestra llegada al pueblo había habido lluvias torrenciales durante varios días. La cascada produce un ruido infernal, pero al cabo de un rato uno deja de prestarle atención.

—¿Estáis bien allí arriba, en el refugio? —pregunta Leif cuando nos sentamos a la mesa de piedra para tomarnos un café antes de que yo vuelva a subir. Incluso ha servido unos bollos de coco que debe de haber comprado en el supermercado antes, ese mismo día, y los ha partido en cuatro trozos, como

suele hacer Clara. A ella no le gustan los bollos de coco, pero los compra cada dos por tres para los niños y su padre.

—Sí —digo y reposo la mano sobre la mesa de piedra—. Clara está peleándose con los abedules.

—Estupendo —dice Leif—. Mira, está levantándose niebla marina desde el fiordo. O niebla de advección, como la llaman los meteorólogos.

—Qué pena —respondo. Leif me ha enseñado que no queremos niebla marina o niebla de advección, pues solo estropea las cosas—. Espero que se mantenga alejada de Trollskavlen mañana.

En dos ocasiones, la primera vez antes de nacer los niños y la segunda hace un par de años, a Clara y a mí nos sorprendió la niebla cuando subíamos a Trollskavlen, por lo que tuvimos que dar la vuelta y bajar con la ayuda de una brújula, porque no éramos capaces de ver nada más allá de medio metro por delante de nuestros pies.

—BUENO, HASTA LUEGO, chicos —digo veinte minutos más tarde cuando abrazo primero a Nikolai y luego a Andreas—. Portaos bien con el abuelo.

—No te vayas, papá —dice Andreas mirándome con seriedad; no ha vuelto a ser el mismo desde que me detuvieron.

—Pero, Andreas... —replico, algo incómodo por el hecho de que Leif esté presente; no quiero que piense que los niños no quieren estar a solas con él.

—No te vayas —repite Andreas y parece asustado. Yo le revuelvo el pelo.

—Pasadlo bien —zanja Leif dándome una palmada en el hombro, de hombre a hombre.

67

LEIF

—VAMOS, CHICOS —DIGO—. Venid conmigo a ver si ya hay cerezas. Después podemos ir a ver si tenemos helados en el congelador.

Me toman la delantera brincando y saltando, mientras Haavard sube hacia

la cascada.

Mañana irán a Trollskavlen Clara y él.

Últimamente he visto a mi hija varias veces en la tele, en las noticias y en el último informativo de la noche. Llevaba ropa elegante, pendientes y el cabello bien recogido y retirado de la cara. Es cierto que es hermosa. Eso es lo que comentan los hombres que se reúnen en la cafetería del centro comercial si paso por allí, que han visto a Clara en la tele y que, realmente, mi hija es muy guapa. Yo también lo veo. Sus ojos de color azul intenso. Una mirada que inspira confianza. Fría y transparente, como si proviniese del agua del lago junto al refugio.

Clara transmite calma, su rostro no desvela nada. Tiene una voz algo ronca, habla en un tono bajo.

Pero en los últimos tiempos he visto algo distinto, algo que me ha hecho inclinarme hacia delante en el sillón con el mando a distancia en la mano. Pulso el botón rojo de «grabar», lo hago cada vez que aparece en la tele.

Es realmente hermosa. Elegante.

Pero tiene un rubor febril en las mejillas que no proviene de ningún colorete y que me produce escalofríos.

Lo he visto antes, ese fulgor en la mirada, el rubor en las mejillas.

Clara se ha convertido en una excelente soldado de infantería con todas las buenas cualidades que yo debí tener en su día.

Pero ella, además, tiene un valor y una ferocidad que yo jamás he poseído.

HAAVARD

CLARA ESTÁ DIFERENTE esta noche.

Sirve un guiso que ha preparado en casa para calentarlo aquí. También, como por arte de magia, saca un vino caro. Después de cenar encendemos una hoguera en la gran roca que hay entre la cabaña y el lago, como hacemos a veces, por lo general para asar salchichas en brochetas. Nos tendemos boca arriba con la copa de vino cada uno sobre el pecho, ella con su porro también, mientras contemplamos el cielo, donde las nubes se desplazan veloces.

Es curioso que me sienta tan cercano a ella; tal vez sea porque por fin sé quién es en realidad, quizá porque es posible que esta sea la última vez que vayamos a estar los dos a solas.

Ella se incorpora, coge un leño y remueve la hoguera con él, echa un vistazo hacia el borde del peñasco desde el que cae la cascada, donde acaba de ponerse el sol.

—Los mosquitos me matan —dice ella—. ¿Entramos?

Una vez dentro, nos terminamos el vino tinto y jugamos tres partidas al ocho loco. Clara gana dos veces; yo, una.

Y entonces tenemos relaciones sexuales por primera vez en siglos.

Me parece increíble que ella haya tomado la iniciativa. Aquí. Ahora.

Es mejor de lo que lo recordaba. Realmente lo disfruto, resulta cercano e intenso. Tal vez sea porque como ha pasado tanto tiempo desde la última vez, parece como si fuese la primera. Quizá sea porque soy consciente de que mantengo relaciones sexuales con una lunática. O incluso solo porque estoy melancólico.

A través de la minúscula ventana veo las montañas del otro lado; lucen negras y grisáceas en la luz crepuscular. Pero sobre las cimas el cielo relumbra claro y dorado, y en lo más alto adquiere un tono azulado de medianoche.

—AQUÍ LA VEGETACIÓN crece incluso más que alrededor del refugio —dice Clara cuando subimos al día siguiente. El camino está rodeado de pequeños abedules torcidos y enebros secos. Donde no hay tantos arbolitos abundan los cardos y las espigas.

—Ya nadie viene por aquí —digo yo.

—Solo las ovejas —responde Clara—. Pero ellas hacen sus propias sendas.

Me agarro a un minúsculo abedul tullido para poder subir. El sendero discurre por una especie de escalera en la parte exterior de un montículo. El joven abedul y los pequeños enebros que crecen en la parte interior del sendero lo han estrechado haciendo que apenas sea posible poner un pie delante del otro.

A mano izquierda está la ladera de montaña, que se corta abruptamente con una caída de unos cincuenta metros.

Nadie sobreviviría a una caída así.

Y, de hecho, hay gente que se despeña por la montaña en este país. Suele ocurrir todos los veranos, sobre todo con turistas extranjeros, aunque también les sucede a los lugareños. El año pasado un agricultor del pueblo pereció en la montaña al otro lado del valle. Debo concentrarme para no dar un paso en falso y resbalarme.

El problema es que ella va detrás de mí.

—Sería estupendo si pudieses liderar la marcha —dijo cuando empezamos a caminar.

Clara, que siempre va la primera cuando subimos a la montaña, que es la que sabe por dónde discurre el sendero, a quien le gusta marcar el ritmo.

Algo no cuadra.

No sé si tengo lo que hay que tener, así como ella sí lo tiene, pero sé que tengo que hacerlo, por mi propio bien y por el de los niños. Dos horas más tarde llegamos al pie de Trollskavlen, cuya cima parece más que nada un

gigantesco pedregal con forma de cúpula.

Es al pie de esa cúpula donde varias veces hemos tenido que dar la vuelta a causa de la niebla de advección. Pero hoy no hay niebla, el cielo presenta un intenso color azul, no hay corrientes de aire. Esta vez conseguiremos subir y de camino tendremos que escalar unas enormes piedras para alcanzar el glaciar que tenemos que atravesar para, al final, llegar al hito de piedra que hay en la cumbre.

Entre estas grandes piedras hay grietas cuya profundidad ni siquiera puede adivinarse en algunos casos.

Ayer, cuando hablábamos de Trollskavlen y la niebla de advección, Leif me había recordado los peligros que entrañaba la subida a aquella montaña.

Es aquí donde tiene que ocurrir. Aquí es donde debo empujarla.

—Tengo que mear, tú sigue —digo con la intención de que ella vaya delante.

Ella asiente, pasa ante mí y continúa caminando.

Me pongo a orinar de pie, esforzándome para que caigan algunas gotas; espero un instante, me subo la cremallera con torpeza. Cuando vuelvo a girarme, ella ya ha avanzado unos diez o veinte metros. Me apresuro a subir hasta donde está; debo alcanzarla.

A diez metros de donde se sitúa hay un gran barranco. Es perfecto.

Voy alcanzándola rápido; al final, solo voy a cinco metros por detrás de ella.

Tres.

Dos.

Ella todavía no se ha girado para mirarme.

El barranco que se abre junto a nosotros es negro y abismal; siento un hueco en el estómago, tengo que evitar tropezarme y caer.

Ahora estoy tan cerca de ella que puedo tocarla, empujarla al vacío.

Debo recordar que es ella la que nos ha llevado a esta situación.

Es ella o yo. Y sé que ella también lo sabe.

Cuento hasta tres mentalmente.

Cuando llego a tres, ella se gira, me rodea el cuello con los brazos y se abraza a mí, tal y como solía hacer a veces hace mucho tiempo. Me estremezco y doy un pequeño traspié.

Está sudando, pero su piel está fría.

—Mira, Haavard —dice señalando al fiordo que podemos divisar abajo, a lo lejos, a mucha distancia. Incluso vemos un diminuto punto que lo atraviesa. El ferri—. ¿No es increíblemente hermoso?

Lo dice en ese tono alegre e infantil que solo usa aquí arriba, una especie de ingenuidad relacionada con este lugar y que siempre me ha gustado.

—Sí —respondo y maldigo en mi fuero interno—. Es hermosísimo.

—PARECE QUE MAÑANA también hará buen día —dice ella cuando bajamos peleándonos con la maleza que cubre el sendero antes de llegar al refugio—. ¿Qué te parecería dar una vuelta por Heksefjell antes de bajar a la granja?

Algunos insectos de color verde intenso se me posan sobre los brazos, la camiseta, las orejas, la nuca y por todas partes. No pican, pero son molestos de cojones.

Echo un vistazo a Heksefjell. La parte delantera parece el rostro surcado de cicatrices de una vieja bruja con la nariz larga y puntiaguda. A los niños les chifla el hecho de que parezca que tiene una verruga en la nariz.

La caminata hasta Heksefjell es bastante más corta que la de Trollskavlen. Nosotros siempre caminamos por el borde del saliente, a Clara le encanta asomarse y mirar hacia abajo; siempre va por el borde cuando subimos a todas las montañas. Andreas suele seguirla. Nikolai se niega; tiene algo de vértigo.

—Por supuesto —digo—. ¿Por qué no?

Una caída desde Heksefjell resultaría bastante convincente.

Mañana debo conseguirlo, no dejarme embaucar o engañar, consciente o inconscientemente.

—Pero ¿qué me dirías de un bañito matutino antes? —dice Clara.

Siempre se ha metido conmigo por el hecho de que soy incapaz de bañarme en el lago de la montaña.

Se me ocurre una idea.

De acuerdo, ella conoce el lago.

Pero, a pesar de todo, yo soy un hombre y soy más fuerte que ella.

Así evito tener que empujarla con mis propias manos.

—Sí, un baño matutino —contesto—. ¿Por qué no?

69

CLARA

EN UN EXTREMO del lago desemboca el río que desciende de la montaña. Está helado y es de color verdoso, no importan la época del año o la temperatura.

En la otra punta el agua va acumulándose y va deslizándose tersa antes de precipitarse por un inmenso abismo blanco.

Entremedias se despliega el típico lago de montaña clásico y en una ladera, junto a uno de sus lados más extensos, se encuentra nuestro refugio.

La luz de la mañana es insólita y delicada; el aire, fresco y claro. Haavard y yo estamos uno al lado del otro en la playita, como dos nadadores profesionales que se sitúan al final de sus respectivas calles y se preparan para la competición. Muy temprano, aquella misma mañana, yo había permanecido despierta en la cama haciendo mis ejercicios de respiración mientras Haavard dormía. Hoy realmente tengo que estar en mi mejor momento.

—¿Escéptico? —pregunto.

—Bastante —responde él; parece que tenga frío, tiene la piel erizada y se rodea el cuerpo con las manos.

A pesar de todo, parece estar a la defensiva de alguna manera.

Soy yo o él. Selló su destino cuando fue a ver a Agnes.

Durante la caminata del día anterior me aseguré de ir detrás de él, de tener la espalda libre. Funcionó. Aguantaré durante más tiempo.

Ha venido aquí conmigo; no me ha denunciado, ni siquiera me ha dicho nada. Pero esto no puede seguir así durante mucho tiempo. Me denunciará o

me matará, me imagino que esto último.

Es la única manera de poder salvarme, la única manera de continuar con mi proyecto, de cumplir con mi vocación.

Me acerco a él, me pongo de puntillas y lo beso. En su mirada observo una alegría confusa y temerosa, una prolongación de la cercanía de la otra noche.

Antes, después de que los dos dejásemos los teléfonos en el refugio y yo regresase para dejar mi reloj, aproveché para enviarle un mensaje de texto a Sabiya desde su móvil.

«Tal y como habíamos acordado, he enterrado a la bestia en nuestro bosque. Pero es posible que empiece a oler. ¿Quizá debemos moverlo? Saludos veraniegos desde los fiordos.»

Ellos mismos habían optado por llamar a la Glock «la bestia».

Ahora alzo la mano y le acaricio la mejilla.

—¿Preparado?

—Tan preparado como puedo estar.

Por aquí el agua cubre muy poco, que yo recuerde; Haavard jamás ha sido capaz de meterse más allá de las rodillas, pero avanza con resolución.

Yo voy adentrándome hasta que el agua me llega hasta los muslos. El sol centellea en el agua, la clara arena del fondo y las pequeñas olas que se forman en la superficie hacen que todo reluzca como oro brillante.

Siento que el agua está helada contra el cuerpo, pero al cabo de unos segundos, el frío se convierte en calor contra mi piel. Arde, purifica.

—Ven, anda —digo y me giro hacia Haavard.

—Voy a ir un poco hacia la derecha —dice; quiere que me acerque más a la cascada, pues ahí la corriente parece ser más fuerte.

—Es mejor que nos quedemos aquí, por el centro —respondo—; es más seguro.

A mis espaldas oigo cómo Haavard gimotea, seguramente por el frío.

Nado deprisa, me mantengo a la izquierda, alejada del salto de agua.

Ahora nos adentraremos en la zona donde están las corrientes de verdad, donde de repente hay una gran profundidad.

—Clara, lo tienes todo controlado, ¿verdad? —pregunta—. ¿No sería mejor ir hacia la derecha?

Me doy la vuelta, lo veo justo detrás de mí, tiene una expresión extraña en el rostro.

—¿Quién de nosotros conoce mejor este lugar? Ven, anda —repito y fuerzo una sonrisa.

Soy la mejor nadadora de los dos, conozco estas aguas, juego en mi campo. Pero no me siento segura.

Él es un hombre, está en buena forma y es más fuerte que yo.

No me he alejado tanto de la orilla desde que tuve que rescatar a Lars. Entonces el agua era más cálida, había menos agua de deshielo, menos corriente.

En primavera y verano ha llovido tan poco en esta zona como en la del este del país, pero en las últimas semanas aquí ha estado lloviendo a cántaros. Los ríos y los lagos han ido llenándose a pasos agigantados y son más caudalosos que nunca.

No tengo ninguna garantía de que esto vaya a salir bien.

En el peor de los casos, los niños quedarán huérfanos.

Nos acercamos al centro del lago. Hasta ahora él se ha mantenido a la derecha, y yo, a la izquierda, pero ahora se acerca a mí nadando. ¿Tiene intención de sumergirme bajo el agua? ¿Arrastrarme hasta la catarata?

En cualquier caso, he conseguido llevarlo hasta la zona que quiero, al centro del lago, donde todo parece en calma e inofensivo.

Me doy la vuelta, contemplo su rostro concentrado; tiene un gesto tenaz y hermético.

Tiene que ocurrir ahora. Este es el momento.

Cuento hasta tres mentalmente mientras tomo aliento, doy una pequeña voltereta sobre la superficie del agua y me zambullo.

Abajo, abajo, abajo, abajo.

Hacia el fondo.

Ahora me hallo abajo del todo. Pero incluso aquí la corriente me arrastra hacia la derecha; es más fuerte de lo que recordaba.

Joder. No tengo el control de la situación.

Tengo que sumergirme más. Al final voy palpando el fondo con los codos, con las puntas de los dedos de los pies. La corriente de la cascada tira menos de mí aquí abajo.

Pero no me queda aire, tengo que volver a la superficie. Mi cuerpo está completamente rígido, no soy capaz de moverme.

Tengo que subir ahora. Por los niños. Arriba, hacia delante, respirar, respirar.

Ahora estoy arriba. Veo la orilla. Pero ¿dónde está Haavard?

Me giro y me coloco bocarriba, y veo que Haavard sigue en el centro. Ha ido acercándose más al salto de agua mientras yo estaba sumergida. Intenta luchar contra la corriente.

—Clara —grita—. ¡Clara! ¿Qué haces? ¡Ven aquí!

Durante un par de segundos considero nadar hasta donde él está, intentar llevarlo hasta la orilla.

Pero no puedo. Ahora es imposible, es demasiado tarde.

Cierro los ojos cuando veo que queda atrapado en una especie de espiral sin entrada ni salida, un remolino de agua que va haciéndolo girar sin piedad hacia el estruendoso abismo blanco.

Cada vez se aleja más, aproximándose a su vez al lugar donde todo desemboca.

En su día mucha gente acabó precipitándose por la cascada, si se pueden creer las historias que se cuentan. Las huldras. Las vacas. No sé si nada de eso es cierto. En cualquier caso, Haavard será la primera vida que se cobre la cascada en estos años.

Espero que encuentren su cuerpo.

Sería importante para los niños tener una tumba que visitar.

En una imagen recuerdo la primera vez que vinimos aquí; el pobre entró en *shock* cuando llegamos, el refugio era muy diferente a las cabañas en las que él se había criado en Ustaoset y en Kilsund.

Recuerdo su rostro cuando tomó a los niños por primera vez, uno en cada brazo. Cansado, con la cara hinchada, feliz. Su expresión cuando juega con ellos, dando volteretas en la cama elástica, haciéndoles cosquillas, fingiendo que se los va a comer. Eso todavía les divierte.

A Magne jamás lo encontraron. Le conté a la policía cómo intenté rescatarlo, tal y como les explicaré mis intentos por salvar a Haavard.

Me creerán. La gente siempre me cree. Es uno de mis puntos fuertes.

—Adiós —susurro cuando veo desaparecer a Haavard.

Cuando regreso a la zona de la orilla, me acuclillo sobre la arena y entierro los dedos en esa clara y casi desértica arena de montaña. Levanto las manos, dejo que se me escurra entre los dedos, repito el movimiento. Me entierro en ella, dentro de ella.

A mi alrededor el agua transparente refulge, centellea, forma olas bajo los rayos de sol que asoman entre las inmensas nubes plumizas.

Y entonces, algo muy inusual a estas horas tan tempranas: el prolongado bochorno se transforma en unos intensos truenos más arriba, detrás de Heksefjell, hacia Trollskavlen.

Poco después comienza a llover con intensidad.

Las gotas, que casi parecen granizo, alcanzan la superficie del agua a mi alrededor, se convierten en pequeñas ondas.

Azotan mi piel como pequeños latigazos.

Por primera vez desde que soy adulta empiezo a llorar y ahora no hay quien lo detenga.

QUINTA PARTE

70

SABIYA

«MUCHAS GRACIAS», LE escribo a mi marido en respuesta a su oferta de ir a buscar a los niños y preparar la cena para que yo no tenga que darme prisa por volver a casa.

En cuanto se envía el mensaje, un presentimiento me hace entrar en el periódico digital *VG.no*, aunque yo nunca suela navegar en internet en horas de trabajo.

La noticia principal me causa vértigo.

Haavard ha muerto. Se ha ahogado en un trágico accidente en la montaña.

Una sobrecogedora fotografía de una cascada blanca y un helicóptero de rescate amarillo sobre un fondo de cielo azul salpicado de algunas nubes, montada junto a un retrato de él que reconozco de la página web del hospital, acompaña la noticia.

La fotografía es de hace algunos años; lleva su bata blanca de médico, luce un bronceado veraniego y el pelo largo. Parece resuelto y alegre. Está guapo.

De pronto percibo el olor de su pelo, siento su rostro entre las manos.

—No —susurro con los ojos inundados en lágrimas—. No puede ser verdad.

No quiero leer más. Pero lo hago. No puedo evitarlo.

Su nombre se ha publicado con el consentimiento de su familia.

El pediatra Haavard Fougner (43), de Oslo, se encontraba en la zona montañosa que hay cerca del pueblo de su esposa, Clara Lofthus (43), secretaria de Estado en el Ministerio de Justicia, cuando sucedió el trágico

accidente.

La causa de la muerte está aún por confirmar, pero según las fuentes cercanas se trataría de un caso de ahogamiento en un frío lago de montaña con fuertes corrientes.

El accidentado iba acompañado de su esposa, que intentó recatarlo sin éxito. Ella no ha sufrido daños físicos, pero se encuentra en estado de conmoción.

LUEGO HAY ENLACES a una serie de artículos sobre Clara, sobre su nombramiento como secretaria de Estado, sobre apariciones en los medios y un perfil publicado hace unas semanas. Yo había leído la entrevista; me sorprendió que le dedicasen tanto espacio siendo una simple secretaria de Estado. Pero tiene un carisma especial, me di cuenta de ello. Bella, elegante, inteligente. Fría y dura. Con un algo indefinible. Fue fácil entender que Haavard se dejase seducir por ella en su día.

A medida que voy leyendo me dan escalofríos.

¿Cómo es posible que ya no esté? ¿Puede ser verdad?

¿Nunca más va a mirarme, a sonreírme?

Jamás va a volver a tirarme trocitos de goma de borrar o notitas amarillas, consolarme cuando algo me haya dejado consternada, rodearme con los brazos, abrazarme con fuerza, besarme el cuello, la frente, todo el cuerpo.

—Pero, Sabiya —dice Roger, que viene hacia mí por el pasillo. Se detiene y me posa las manos sobre los hombros; es la persona con la que más hablo últimamente.

—¿Estás bien? —dice mirándome con preocupación.

Niego con la cabeza.

—Haavard —digo y me detengo; tengo la sensación de que voy a ahogarme.

Roger me mira alarmado.

—¿Qué pasa con Haavard, Sabiya?

—Está muerto.

—Pero, por Dios, ¿qué me estás diciendo?

No puedo enfrentarme a su mirada consternada ahora mismo. Miro por encima de su hombro. Bente dobla la esquina y viene hacia nosotros, alegre y

enérgica; se detiene en seco cuando nos ve.

—Lo siento —digo—. Tengo que marcharme. Necesito salir de aquí.
Y echo a correr.

71

ROGER

ELLA SE MARCHA sin mirar atrás.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Bente—. ¿La has insultado o qué?

—No, no, qué va...

Estoy desconcertado por completo, no puedo decir nada más.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Bente impaciente.

—Vaya, estaba mirando su teléfono y parecía desesperada. Cuando le pregunté qué pasaba, me dijo que Haavard está muerto y que tenía que irse corriendo...

—¿Que Haavard está muerto? —pregunta Bente y se suelta la coleta para volver a hacérsela, algo que siempre hace cuando está estresada—. Eso no puede ser. Haavard está de vacaciones, está en la costa oeste.

Su tono categórico me saca de quicio.

—Yo no sé más de lo que tú sabes. Puede haber sido un accidente de coche. En cualquier caso, es algo terrible. Pobre Sabiya...

—¿Qué quieres decir? —pregunta Bente frunciendo el ceño—. Esto es terrible para todos si resulta ser cierto. Nosotros, los enfermeros, también trabajamos muy cerca de él...

—Sí, pero, Virgen Santa, ¿no te has dado cuenta? —suspiro. La intuición femenina está realmente sobrevalorada.

Después sigo con mis tareas como si tuviese el piloto automático puesto, tratando de contener las lágrimas. Haavard y yo no éramos íntimos, pero la noticia me afecta.

A mí, que llevaba todo el día esperando con ansia a que llegase la noche

porque iba a encontrarme con mi nuevo novio. Mohamed, ese precioso muchacho confiado y guapo que apareció de la nada para aportarles a mis días una alegría que yo jamás había pensado que fuese a experimentar. Le encanta que vayamos a cenar fuera, compartir una buena comida y una botella de vino blanco, pero también le gusta quedarse tirado delante de la tele en pijama y ver una serie en HBO. Con él puedo hablar de cualquier cosa.

Sabiya es la única que sabe de su existencia. Este verano nos hemos hecho íntimos. Ella se alegra por mí, pero también sabe mejor que nadie que es complicado, que debemos ir con cuidado.

Aún sigo ilusionado con lo de esta noche, aunque ahora es como si se hubiera cernido una sombra sobre mi alegría.

Haavard. Muerto.

Ahora me arrepiento de haberle contado a la policía que los vi juntos, a Sabiya y a él. Pero, al fin y al cabo, solo dije la verdad.

No he sido capaz de contarles que me había parecido percibir el olor del perfume tan peculiar que lleva la mujer de Haavard, la secretaria de Estado, cuando bajaba por las escaleras para entrar a la piscina en Lysebu.

Me fijé en su fragancia en una ocasión en la que ella vino por el hospital. Recuerdo bien los olores y ese no se lo he notado a nadie más.

Pero me di cuenta de que los policías estaban empezando a cansarse de mí, habían perdido el interés por escucharme y no es nada que pueda reprocharles.

Ahora que, gracias a Dios, ya no tengo nada más que hablar con ellos, pienso que es muy posible que me lo haya imaginado. Debo de habérmelo imaginado. Siempre he tenido una gran imaginación.

72

SABIYA

LOS PENSAMIENTOS ME atormentan cuando voy de camino a casa.

Durante el último año ha habido momentos en los que he creído que amaba a Haavard, aunque esas sean palabras mayores que nunca he entendido del todo.

Pero entonces comenzaron a producirse estos homicidios y él empezó a comportarse de una manera muy extraña, como si sospechara de mí o como si quisiera trasladar las sospechas hacia mi persona.

En cualquier caso, una especie de muro se alzó entre nosotros.

Nunca conseguí comprometerme de verdad con su lista de denuncias; era demasiado evidente que sus observaciones no iban a tener consecuencias prácticas, que no eran más que buenas intenciones, y quizá tenían también un cierto elemento de exhibicionismo.

Luego comenzaron los asesinatos de la gente que figuraba en la lista. Los homicidios seguían sin resolver; la investigación policial, por lo visto, se encontraba en punto muerto.

El día después del homicidio de Ahmad comprobé si la Glock seguía en mi cajón.

No estaba. Y yo no la había movido.

Cerré el cajón de golpe, como si me hubiese quemado. Intenté olvidarme del asunto, pero me fue imposible. Después del segundo homicidio, le mencioné la Glock a la policía y confesé que los únicos que conocíamos de su existencia éramos Haavard y yo.

Sentí que tenía que decirlo, temía que el hecho de callarme pudiese

causarme problemas, pues a pesar de todo tengo un pasado y encima soy pakistaní.

Me parecía bastante improbable que Haavard hubiese matado a aquellas personas, pero era cierto que había estado comportándose de una manera extraña. Por ejemplo, cuando se acercó a mí bruscamente en el pasillo de Lysebu; parecía que quisiese abalanzarse sobre mí, sus ojos destilaban ira.

Entonces lo detuvieron. Jamás creí que hubiese sido él, no de verdad, y pronto volvieron a soltarlo, pero para entonces la inocencia que existía entre nosotros ya había desaparecido, todo había ido muriendo. Fue una especie de alivio acabar con aquella relación, una excusa para poner en orden mi vida.

Las últimas veces que Haavard se puso en contacto conmigo ni siquiera le contesté y últimamente no había sabido nada de él. Pero ayer por la mañana, de repente, me envió un SMS, a pesar de nuestro acuerdo de no comunicarnos por mensajes de texto. Me sentí presa del pánico, estaba sentada en el sofá de casa; eliminé el mensaje de inmediato, sin leerlo siquiera. Ahora me arrepiento, pues me lo envió justo antes de morir.

Dios mío. Cómo es posible que esté pensando en todo esto ahora.

Camino despacio calle abajo. Es un día caluroso, el aire vibra cálido y veraniego, pero la conmoción se ha instalado en mi cuerpo.

CUANDO VOY A casa desde el metro y llego a nuestra cancela, alzo la mirada y los veo. Un coche de policía está aparcado justo delante del buzón y veo sus respectivos rostros, ya demasiado familiares.

—Sabiya —dice la agente de policía cuyo nombre nunca recuerdo—. Tenemos que pedirle que nos acompañe.

En la sala de interrogatorios de la Jefatura de Policía me informan de que, según ellos, el mensaje de texto que recibí ayer, sobre que Haavard había enterrado mi pistola en nuestro lugar en el bosque era un mensaje escrito en código.

La Glock que han desenterrado es el arma empleada en los tres homicidios. Ahora se ha convertido en una prueba decisiva.

Hay testigos que me han situado en las cercanías del homicidio de Mukhtar Ahmad, así como del de Melida Omid Carter.

Además, existen muestras de ADN que me relacionan con las víctimas. Mis huellas dactilares están por toda la pistola.

Eso no resulta extraño.

Lo que no entiendo en absoluto es que mis cabellos, con folículos pilosos que contienen mi ADN, se hayan encontrado en la última víctima, Susanne Stenersen. Jamás he estado cerca de esa mujer.

¿Cómo es posible? ¿Quién ha podido hacerme esto? No puedo respirar, siento una opresión en el pecho que hace que me duela, como si estuviese a punto de sufrir un infarto. Pero sé que es una reacción psíquica, que estoy sufriendo un ataque de ansiedad y que tengo que soportarlo hasta que antes o después acabe.

73

CLARA

ESTOY SENTADA EN el sofá ocre de casa, envuelta en una manta y con unas orquídeas de fondo, con las piernas cruzadas. Todavía llevo la ropa de la oficina, una camisa de seda azul marino y pantalón negro. Sobre el regazo sostengo una taza en la que pone «La mejor madre del mundo». Discretamente maquillada con polvos compactos y rímel, pero sin pintalabios o colorete. El pelo bien arreglado, ondas discretas, tal y como le gustaban a Haavard; solía decirme que le recordaba a Betty Draper, de la serie *Mad Men*. Es posible que a él le hiciese sentirse también como el adúltero Don Draper.

Los pendientes también son discretos, llevo puesta la alianza y un reloj.

Transmitir aflicción, calma y dignidad.

Ahora soy viuda, nunca volveré a casarme, pero no lo digo. Jamás tendré otra relación de pareja, pero tampoco lo digo.

Lo único que digo es que Haavard fue el amor de mi vida, la persona junto a la que creía que iba a envejecer. Que estoy satisfecha con el diálogo que he mantenido con la policía a raíz del accidente, que me conmueve el afecto que se me ha mostrado. Que no creo que vaya a superar esto en la vida, pero que necesito tiempo, que debo concentrarme en el cuidado de mis hijos.

De todos los niños, insisto con una breve sonrisa, construyendo así un puente para poder hablar de mi trabajo, de los asuntos que me apasionan.

Tienen que dejarme decir algo sobre esto y deben incluirlo en la publicación, estas son las condiciones que he puesto para acceder a la entrevista. Las aceptaron sin rechistar. Soy consciente de que mi valor de

mercado ha aumentado todavía más; por lo tanto, la entrevista no tratará solo del trágico accidente y de mi recién adquirido estado de viudez, sino también de mi compromiso con todos los niños que sufren en Noruega hoy.

—Y son muchos —digo—. Los casos no registrados son muy numerosos.

—¿A su marido también le preocupaba este asunto? —pregunta Erik Heier, que ha sido la persona designada para hacerme esta entrevista en exclusiva. Tiene los mismos gestos enervantes, los tics nerviosos y las muecas de celebridad televisiva que cuando lo conocí en la cena en el palacio.

—Sí, Haavard compartía mi inquietud —respondo cambiando de postura—. A través de su profesión observó muchos casos espeluznantes; era algo que le afectaba profundamente.

—¿No llegó su marido a ser detenido por el llamado caso de maltrato infantil?

—¿De dónde ha sacado dicha información? —pregunto y aprieto la taza con más fuerza.

—De fuentes fidedignas —responde Heier.

—Tomemos un descanso —digo. Heier le asiente con la cabeza al cámara. Otra de mis condiciones era que la entrevista se grabara y que yo tendría plena disposición del material grabado, que podría editarlo a mi conveniencia.

—Sí —añado cuando el cámara ha interrumpido la grabación—. Pero las sospechas resultaron ser infundadas. La policía ya se ha disculpado y ha detenido a la persona que estaba detrás de los asesinatos. Espero que por el bien de mis hijos podamos dejar de sacar a colación este tema; si no, tendremos que dejarlo aquí.

—De acuerdo —accede Heier, aunque noto que no queda satisfecho. Vuelve a asentirle al cámara. La grabación se inicia de nuevo—. ¿Te encuentras con fuerzas para trabajar después de todo esto por lo que acabas de pasar?

—Sí, mi trabajo siempre ha sido muy importante para mí y, en estos momentos, me supone un gran consuelo.

El resto de la conversación transcurre sin incidentes.

Al día siguiente, cuando nos intercambiamos algunos mensajes de texto, Heier me invita a cenar a finales de mes. Acepto la invitación, pues me

brindará la oportunidad de averiguar algo más de lo que sabe, aunque no me apetezca nada ni tenga tiempo para ello.

Los días pasan todavía más deprisa que antes.

Trabajar, trabajar, trabajar, encargarme de los niños después del colegio, ayudar a mis suegros, que se han derrumbado tras la pérdida de su único hijo. Tengo que hablar con ellos varias veces por semana, verlos todos los fines de semana e incluso más a menudo. Por suerte, Christian y Axel se pasan con frecuencia a verlos.

Y luego está mi padre. Intentamos ir a visitarlo al pueblo siempre que podemos.

No he vuelto a ver a Agnes y tampoco tengo intención de hacerlo. Bodil me llama de vez en cuando, deja mensajes en el buzón de voz pidiéndome que le devuelva la llamada. Mi madre quiere comunicarme algo, dice. Algo importante.

Tal vez debería ir a verla, entablar una relación cordial con ella para así controlarla mejor, pero no soporto la idea de hacerlo.

Haavard es el único de los asesinados que me había importado, el único que no tenía que ser eliminado por el bien de sus hijos. He hecho lo correcto, lo que tenía que hacer, pero el precio ha sido alto.

Empleo la mayor parte de mi tiempo en ayudar a los niños a ponerse en pie de nuevo.

Los dos han quedado destrozados tras la muerte de Haavard. Uno lo muestra más que el otro, llora hasta quedarse dormido por las noches; el otro tiene pesadillas y se despierta en mitad de la noche. Los dos están pasando el periodo de duelo y yo hago lo que puedo por intentar compensar su pérdida.

Mi consuelo es que los hijos suelen gestionar bien lo de perder a sus padres; solo necesitan tiempo. Perder a un hijo es algo que ningún padre puede superar. Eso lo destruye a uno para siempre.

74

LEIF

ESTOY SENTADO A la mesa de la cocina, junto a la ventana, donde me he tomado casi todos los desayunos de mi vida.

A lo lejos veo las laderas de las montañas. Todavía permanecen negruzcas y desnudas, pero cualquier mañana aparecerán espolvoreadas con las primeras nieves.

He empezado a encender la estufa de leña. Si no lo hago, la casa queda demasiado fresca. Requiere mucho trabajo cortar toda la leña que hace falta solo para mantener el salón caliente durante el invierno, pero me gusta, me gusta poder ser capaz de hacerlo todavía.

Haavard me sugirió que instalara una bomba de calor.

Es algo que no haré hasta el día en que me vea obligado a hacerlo.

Lo que ocurrió me atormenta.

Justo fuera de la ventana veo el arce del patio, rojo y amarillo, como el fuego. Eva Cassidy canta «Fields of Gold» en la radio. Antes sonaba Kari Bremnes, una mujer hermosa y elegante, aunque sus extraños ojos me recuerdan a Agnes y su mirada bicolor.

Por las noches tengo que tomarme una pastilla para poder dormir. Llevaba años sin tomarlas, pero este verano empecé de nuevo. Solo tomo una, no más; no quiero volver a perder el control, tengo que pensar en otra cosa que no sea Haavard, Clara, los niños y Agnes.

Esa tal Bodil me llama constantemente desde Kleivhøgda diciendo que tengo que ir a ver a Agnes, que es importante, que tiene algo que contarme. No he hecho nada al respecto.

Bella se restriega contra mis pies. Me levanto, voy con ella hasta el frigorífico, saco la caja de comida de gatos, me agacho y lleno su cuenco de pienso rojo, verde y amarillo. Ella se inclina y ronronea satisfecha; empieza a masticar produciendo los crujidos habituales.

Yo regreso a la mesa, vuelvo a sentarme con mi rebanada de pan con queso fuerte y tomo un sorbo de café. Abro el periódico, que llega tres veces por semana, pues Clara me ha regalado la suscripción.

Hoy casi toda la portada está ocupada por una noticia.

«Buzos encuentran coche a 180 metros de profundidad.»

Tengo la sensación de que mi tensión arterial aumenta de golpe, se apodera de mí; el sentimiento claustrofóbico que suelo tener cuando el médico o la enfermera me ajustan el manguito alrededor del brazo y lo inflan. Cierro los ojos, intento respirar, abro los ojos, tomo un trago de agua.

Al cabo de unos cinco minutos soy capaz de leer toda la noticia.

Unos buzos americanos, entre los mejores del mundo y que disponen de un flamante equipo, llevan varias semanas buceando en la zona. Están aquí para documentar la flora y la fauna del fondo marino, tienen relación con Greenpeace y luchan contra los mentecatos que quieren llenar el fiordo de residuos de minas y mierdas de esas. Cada dos por tres aparecen nuevos informes sobre plancton y marsopas poco comunes. En el periódico se ha escrito sobre ello varias veces.

Pero ahora es esto. Un vehículo oxidado a una profundidad de ciento ochenta metros, justo en el lugar donde suele haber desprendimientos en invierno.

La matrícula muestra que se trata del vehículo que desapareció en un trágico accidente ocurrido en Storagjelet en 1988. Un coche se precipitó por el arcén y el conductor se hundió con él. Una joven consiguió salvarse, pero nunca se pudo rescatar ni el vehículo ni al hombre. Nadie había sido capaz de bucear a semejante profundidad.

Hasta ahora.

La policía iba a estudiar las posibilidades de sacar los restos del coche; se trata de un emocionante y sorprendente hallazgo, afirmó el jefe de la policía rural.

Cierro el periódico, aparto el plato y me levanto, mareado y con sensación de malestar.

75

CLARA

UN DÍA, CUANDO el aire comienza a refrescar y voy caminando al trabajo rodeada de hojas amarillas, Vigdis está esperándome junto a mi puerta.

—Han llamado de la Oficina del Primer Ministro —dice con una emoción que apenas consigue ocultar—. ¿Tienes tiempo para reunirte con la primera ministra?

—Eh... Sí, de acuerdo —digo—. ¿Cuándo? Voy con Munch, ¿no?

—En una hora. Y no, solo vas tú. Dios sabe de qué puede tratarse.

No ocurre todos los días que a los secretarios de Estado los convoque la primera ministra. ¿Para reunirse con otros empleados de la Oficina del Primer Ministro? Sí. ¿Para reunirse con la primera ministra en persona? No.

Mientras converso con Vigdis, entran dos tipos con un inmenso objeto envuelto en plástico.

—¿Es...? —pregunto.

—Sí. Es el oso polar. Lo han traído de vuelta limpio, sin bichitos y listo para la acción.

En ese mismo instante sale Mona de su despacho.

—O sea, ¿van a interrogarte sobre el caso Monrad? —dice mientras niega con la cabeza—. En realidad es casi inaceptable; pese a todo, no deberías tener que pronunciarte sobre tu propio ministro, aunque supongo que no tienes elección.

—No —digo y le echo un vistazo al reloj.

—Cuando llegue el momento oportuno, el secretario general del

Gobierno me va a oír. Por ahora, te deseo suerte.

—Gracias —digo y me marcho.

El caso Monrad se ha convertido en un problema para todo el Gobierno y la pésima gestión de este solo ha empeorado la situación. Munch lo hizo fatal cuando tuvo que darle explicaciones al Comité de Control.

Han ido apartándolo, dejándolo fuera; se nota en la manera en que sus compañeros de partido y del Gobierno hablan de él, así como las mujeres hablan de un amante al que han dejado, al que ya no soportan y cuyo nombre apenas son capaces de pronunciar.

Y yo no soy más que su creación, una jurista procedente de la Administración que de la noche al día se ha convertido en una secretaria de Estado y que ha suscitado más interés que la mayoría de los ministros. Es inoportuno.

De alguna manera sería un alivio dejarlo ahora, no tener que dedicarme más a la política, poder concentrarme en otros temas.

Tal vez los niños y yo podríamos mudarnos al oeste, comenzar una nueva vida. Por lo menos problemas económicos no tendríamos gracias a la herencia, al seguro de vida y al dinero en el banco.

UNA HORA MÁS tarde me siento en una de las sillas para invitados en el despacho de la primera ministra. La miro directamente a los ojos, me noto serena.

—Bueno, Clara —comienza la primera ministra plegando las manos.

La stampa me recuerda al discurso de fin de año; lo único que difiere en la imagen son las tazas de café que hay entre nosotras. Ella lleva un traje de chaqueta azul. Camisa blanca. El cabello rubio y bien cuidado. El olor a líquido de planchado fácil y laca de pelo colma el ambiente—. Nos encontramos de nuevo. Has pasado por una época turbulenta y quisiera transmitirte mis condolencias.

—Gracias.

—Siento tener que molestarte con esto ahora, pero Munch se ha puesto en evidencia una vez más. El episodio con Cathrine Monrad. ¿Qué me dices?

—No fue afortunado, en efecto...

—No puedo ni hablar del tema... Los hombres que tienen la necesidad de

ir pavoneándose de esa manera nunca acaban de funcionar. Además, tampoco me gusta que haya una banda de cínicos sin escrúpulos aguardando la ocasión para sacarme de mis casillas. Todo sigue siendo igual de sangriento que en la época de Shakespeare, solo que ahora la gente evita que se la vea con sangre en las manos.

Suelto una risa breve, me parece la mejor reacción.

—Es agradable ser la número dos, como lo eres ahora. Ser el número uno es otra cosa bien distinta; no hay donde esconderse. Un ministro debe dormir con un ojo abierto y luchar sin parar para mantener alejada la presión que, por un lado, viene desde dentro y, por el otro, desde los medios de comunicación, sin perder por completo el rumbo. Resulta casi imposible. La mayoría de la gente acaba atrapada por la desmesura.

Ahora la que ríe es ella, con una risa cansada.

—Y entonces se sienten solos en la lucha contra Hacienda y la Oficina del Primer Ministro, sienten vértigo, se quedan paralizados. Todo eso. En realidad, todos deberían tener una placa sobre su escritorio donde pusiese *Memento mori*, pues un día todos van a salir de allí. Y ahora le toca a Munch. Me gustaría preguntarte a qué debería darle prioridad el nuevo ministro de Justicia, si tuvieses que mencionar uno o dos asuntos. ¿Más helicópteros de extinción de incendios forestales, quizá?

Sonríó un poco y carraspeo.

—Bueno, me desagrada que encerremos a gente en celdas de seguridad sin que sea violenta ni constituya un peligro alguno para ella misma. Ninguno de nuestros países vecinos hace nada parecido; yo haría algo al respecto. También mejoraría la actual asistencia jurídica para las personas con menos recursos. Sí, y efectuaría la modificación de la ley con la que he estado trabajando. De inmediato.

—Justo —dice la primera ministra con una sonrisa—. Todo esto suena muy prometedor. Entonces, Clara, ¿qué me dices de hacerte cargo de la cartera de Justicia?

AGRADECIMIENTOS

ESTE ES UN libro de ficción; por lo tanto, me he permitido situar el Ministerio de Justicia en su antiguo barrio, en Akersgata, y no en Nydalen, donde ha tenido su sede desde 2011.

Las condiciones meteorológicas del verano de 2018 coinciden, en parte, con la realidad, pero también me he tomado algunas libertades al respecto. Ocurre lo mismo, por ejemplo, en el caso del verano de 1981.

Mientras trabajaba con este libro he contado con muchos ayudantes magníficos e importantes.

Ante todo, mi marido y mis hijos, padres y suegros merecen mis agradecimientos por haber aguantado a una autora que, en ocasiones, ha estado algo distante.

Gracias a Gina Winje y Emilie K. Sunde, de Winje Agency, por las valiosas conversaciones durante el proceso y por todo lo demás que hacéis.

Gracias a Lise Reitan With, Mari Oppebøen, Wasim Zahid y Siri Lillegraven por su ayuda en cuanto a diversas cuestiones médicas; a Christin Schultz, por sus aportaciones con respecto a las técnicas de respiración de Clara, y a Usman Rana, por la oración musulmana correcta.

Gracias a Lars Krunken Ericsson, Elin Kruken y Cathrine Grøndahl por ayudarme en las cuestiones relacionadas con la investigación policial, los interrogatorios, encarcelamientos, etc.

Gracias a mis buenos amigos que han leído el texto y me han animado en todo momento: Monica Isakstuen, Sunniva Fosso, Berit Laura Bjerke y Einar Bjørndal.

Brit Bildøen: ¡gracias, como siempre, por todas tus útiles aportaciones!

Un agradecimiento especial a Eva Hildrum por sus repetidas lecturas, su gran ayuda y las interesantes conversaciones durante el proceso.

Gracias a Erlend Sørskaar, Runhild Skjølaas y Hilde R. Johnsrud, de Bokklubbene, por sus sugerencias y comentarios.

Gracias a toda la gente de la editorial Kagge que ha leído las versiones iniciales o tardías del manuscrito: Hans Petter Bakketeig, Marius Fossøy Mohaugen, Erling Kagge, Ina Strøm, Jorunn Sandsmark, Anja Gustavson, Bjørn Fredrik Drangsholt, Nina Tandberg.

Gracias a Terese Moe Leiner por el hermoso diseño de la cubierta, a los responsables de marketing y comunicación y a todos los demás en la editorial que han trabajado y trabajan con el libro.

Asimismo, gracias a Trude Marstein, que, a última hora, me prestó su aguda y útil mirada para los detalles; a Kari Lyngstad e Ida H. Solberg, por las correcciones, y a Dag Brekke, que convirtió mi documento de Word en un libro.

Tuva Ørbeck Sørheim ha sido una lectora minuciosa, buena e importante en varias ocasiones y merece mis agradecimientos por haber organizado la recta final.

Mi mayor agradecimiento va para el editor Aslak Nore. Su iniciativa, entusiasmo y confianza fueron lo que me puso en marcha. Más tarde, sus conocimientos, amor y entendimiento del género han sido decisivos para que este libro haya visto la luz. Mil gracias, Aslak, por las cosas grandes y las pequeñas, de principio a fin.

Ruth Lillegraven, agosto de 2018

NOTAS

¹ El bloque alto, *høyblokka* en noruego, fue el lugar donde Anders Breivik (*N. de las T.*)

² El 17 de mayo es el Día Nacional de Noruega, fecha en que se firmó la Constitución en 1814. (*N. de las T.*)